EX LIBRIS
LUX
I. 590.
JOAQVIN DE
ENTRAMBASAGVAS
Y PEÑA
VELASQVEZ

EL

ÁNGEL DEL HOGAR

ESTUDIO

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

SEXTA EDICION

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA

TOMO SEGUNDO

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA

MADRID

LIBRERÍAS DE A. DE SAN MARTIN,

Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39

EL LIBRO DE ORO

1881

ÍNDICE.

Págs.

CAPÍTULO I.—El avaro.—Astucia generosa.—Consejos.—Recuerdos dolorosos.—Partida y llegada al castillo..... 5

CAPÍTULO II.—Mistriss Simpson y su hija.—El castillo.—Lazos del corazon.—Alicia.—Diplomacia del doctor..... 21

CAPÍTULO III.—Vuelta á Lóndres.—Mary.—Carácter de Alicia.—Prevision de madre.—El dia del ángel San Rafael.—Amor filial.—Rosas y diamantes.—La cartera..... 38

CAPÍTULO IV.—Nuevas conocidas.—La dama de gran tono.—Proyectos.—Presentimientos maternales... 61

CAPÍTULO V.—Leontina.—La emancipacion de la mujer.—Aparece Claudio Laroche..... 76

CAPÍTULO VI.—La berlina azul.—Dos antiguos socios 93

CAPÍTULO VII.—La declaracion.—Aparece otra vez el doctor Simpson.—El salvador.—La carta de Claudio..... 107

CAPÍTULO VIII.—Una mirada á todos los personajes de esta historia.—La mujer sin corazon.—La muerte.—Otra vez Claudio.—Un casamiento sin amor.—Agonía de Mister Wilsson.—Aparece de nuevo el doctor Simpson 130

Págs.

CAPÍTULO IX.—Una casita pobre.—Desesperacion.—Elocuencia del amor.—El precio de una cadena.—La oracion.—El pan de cada dia..... 150

CAPÍTULO X.—El palacio de Alicia.—La carta del doctor.—Las heces del cáliz.—La partida..... 169

CAPÍTULO XI.—Remordimientos.—Dos bienaventurados.—El perdon.—Rafaela descansa al fin..... 185

CAPÍTULO XII.—Las dos amigas.—Felicidad doméstica..... 202

CAPÍTULO XIII.—La Fuente Castellana.—Dos carruajes.—Una herencia inesperada.—Suicidio.—Madama Stael..... 216

CAPÍTULO XIV.—La resignacion..... 227

CAPÍTULO XV.—La bondad y la amabilidad..... 240

CAPÍTULO XVI.—La reserva y el disimulo..... 254

CAPÍTULO XVII.—La envidia y los celos..... 266

CAPÍTULO XVIII.—Un marido débil.—Una madre enamorada de su hija.—Clemencia y Paulina.... 278

CAPÍTULO XIX.—El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El conde de Santurce.—El casamiento de Paulina..... 289

CAPÍTULO XX.—La mano de Dios.—El trabajo.—Para lo que sirven las habilidades.—El ramo de violetas y la paloma..... 304

CAPÍTULO XXI.—Martirio sin gloria.—Heroismo del amor filial.—El puerto de paz..... 317

CAPÍTULO XXII.—La felicidad..... 330

CONCLUSION..... 343

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Es propiedad de la Autora: queda hecho el depósito legal. 9 [illegible] 09

R. 7201

MADRID.—IMP. DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

CAPITULO I.

El avaro.—Astucia generosa.—Consejos.—Recuerdos dolorosos.—Partida y llegada al castillo.

I.

Las once de la mañana del siguiente dia acababan de dar, cuando entró el doctor en el despacho de mister Wilsson.

No le encontró ahí. El banquero estaba en sus oficinas, donde muchos dependientes suyos llevaban sus libros de caja, y los cuales, gracias á su presencia, hacian chirriar las plumas sobre el papel con una maravillosa rapidez.

Es verdad que así que mister Wilsson volvia la espalda se cruzaban de brazos, hasta el momento en que temian de nuevo su visita. Ninguno le amaba ni le tenía la más leve simpatía. Ninguno sacaba utilidad del penoso y constante trabajo á que se entregaba, y la ocupacion continua, cuando sólo se desempeña por temor, llega á hacerse molesta y odiosa.

Los pobres muchachos, que acudian á las nueve de la mañana, apénas tenian tiempo para tomar un pedazo de pan y otro de pescado cocido, que envueltos en papeles, se llevaban en los bolsillos de sus mugrientas levitas.

Mister Wilsson ponia tasa hasta al corto tiempo que les era indispensable para masticar su frugal refrigerio. Cuando olvidaban por un momento la necesidad de su estómago, calmada por aquel insípido alimento; cuando olvidaban el frio de sus boardillas y las duras privaciones á que su pobreza les tenía sujetos, con la alegría y el apetito de sus pocos años, oian la voz seca y estridente del banquero, que les decia, segun su costumbre:

—¡Al trabajo, señores, al trabajo!

Entónces los infelices jóvenes guardaban en el fondo de su bolsillo el pedazo de pan duro y moreno, que con tanto placer mordian un momento ántes, y tomaban la pluma apresuradamente, temerosos de ser despedidos.

¡Hay en Lóndres tantos desdichados que solicitan un destino, por mezquino que éste sea! Los dependientes de mister Wilsson no dudaban de que quien diese pruebas de remiso ó perezoso, sería reemplazado al instante.

A las cinco de la tarde abandonaban el escritorio, y el que más sueldo tenía no cobraba más que tres libras esterlinas cada mes. Tres libras en Lóndres, esto es, unos quince duros de nuestra mone-

da, equivalen á comer pan y pescado salado cocido en agua, á vivir en un chiribitil húmedo é infecto, y á vestirse de los desechos de las prenderías. Sin embargo, todos aquellos desgraciados tenian padres, hermana ó esposa, y alguno, además de todo esto, dos ó tres criaturas.

¡Ah! ¡Miéntras haya miseria habrá avaros, esa polilla, que carcome como un cáncer nuestra sociedad!

II.

El doctor esperó durante algunos minutos á mister Wilsson, que entró por fin en su despacho.

Hacía algunos dias que se habia despojado de su redingote blanco, y á la sazon estaba vestido con su eterno frac azul, cuyo paño empezaba á descubrir la trama junto á las costuras.

—Vengo de avivar á esos tunantes, dijo sentándose delante de su mesa; si no los vigilara yo, emplearian cada dia un par de horas en su almuerzo.

La indignacion coloreó la noble frente del médico; pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y contestó:

—Es V. muy digno de compasion, amigo mio, por la vida que lleva.

—¡Oh, pues no sabe V. hasta qué punto vivo esclavizado! repuso el banquero animado por las

palabras del médico; soy solo para todo: mis criados me roban, mis dependientes descuidan los trabajos del escritorio, y no tengo á nadie que me descanse.

—¡Es verdad, es verdad! Por eso le compadezco á V., mi querido amigo. ¡Ah, si V. se hubiera casado con otra mujer, con una inglesa, por ejemplo!

Mister Wilsson miró con desconfianza al médico. Le habia creido siempre sobrado adicto á Rafaela, para que en esta ocasion le pareciese su lenguaje natural y sincero. Contentóse, pues, con dar un suspiro por toda contestacion, esperando, con su sagacidad habitual, á que el médico se descubriese más.

—Mistriss Wilsson me habia interesado, continuó el anciano; es más, me interesa aún, como una buena y sencilla criatura; pero conozco que no es la mujer que conviene á V.

Tampoco contestó á estas palabras mister Wilsson. Levantóse, y dirigiéndose á su *bureau*, dijo al médico:

—Perdone V. que no me haya acordado aún de pagarle sus cuidados por Rafaela y por mi hija; tantas atenciones me tienen trastornada la cabeza.

Al decir estas palabras, abrió el *bureau*, y tomó de uno de sus cajones diez guineas que presentó al doctor. Este sonrió, al ver la mezquindad de la paga, y luégo, separando con dignidad la mano del banquero, le dijo con dulzura:

—Guárdelas V., mister Wilsson: estoy recompensado con haberle podido servir de algo.

Brillaron los redondos y pequeños ojos del avaro, y los clavó con profundo asombro en el rostro venerable del doctor.

—Me intereso mucho por V., continuó éste; veo que es desgraciado, y quiero darle una prueba de mi afecto; además, ya le he dicho que me intereso tambien por su pobre esposa, y á hablarle acerca de ella he venido, que no á cobrar mis honorarios.

—Hable V., pues, dijo mister Wilsson, sentándose con más complacencia de la que hubiera empleado, á no mediar el desprendimiento del anciano.

Este parecia meditar, y luégo, fijando en el esposo de Rafaela una mirada dulce continuó:

—Ya he dicho que su esposa de V. no es la mujer que le conviene: que le sirve de carga más que de ayuda, y que la considero sólo como una pobre criatura de pocos alcances, aunque de muy buen fondo.

El avaro hizo un signo de asentimiento, y el médico, siguió en estos términos:

—Creo, amigo mio, que nuestro deber de cristianos es el de conservar la existencia de las personas á quienes la religion nos manda amar, aunque realmente no las amemos, ya porque ellas no se lo merezcan, ya por una natural antipatía del corazon.

Mister Wilsson no tenía corazon; mas, á pesar de eso, aparentó que comprendia muy bien las palabras del médico, y respondió con aire de convencimiento:

—Es verdad; pero, ¿qué existencia deberé yo conservar? ¿Cuál está amenazada?

—¡La de Rafaela! contestó el anciano con más calor del que hubiera querido manifestar.

Despues, calmando aquel generoso arranque con el enérgico esfuerzo del hombre de mundo, añadió friamente:

—Rafaela se muere; nacida bajo un cielo radiante é iluminado por un sol siempre hermoso y vivificador, su corazon se hiela bajo nuestras nieblas; su cabeza dolorida está destrozada; su estómago debilitado y casi perdido el apetito, causa natural de su absoluta carencia de ejercicio.

—¿Y por qué no sale? repuso mister Wilsson con una ira que cubrió sus flacas mejillas de un encarnado repugnante y bilioso; ¿por qué no trabaja? ¿quién la obliga á que pase los dias sentada en un sillon?

—Su temperamento, su naturaleza muelle y perezosa. ¿Qué quiere V.? ¿Podemos nosotros perfeccionar la obra de Dios?

—¿Y qué hacér? ¡Yo no puedo darle la salud, si ella se empeña en no tenerla!

—Óigame V., amigo mio, dijo el médico aproximando más su sillon al de mister Wilsson; óiga-

me V.: ¿necesita absolutamente en su casa la presencia de su esposa?

—Yo, no por cierto, doctor; ¿la veo yo acaso? ¿Sé de ella siquiera?

—Pues bien, escuche V. un plan, y dígame si lo aprueba.

Yo tengo una esposa y una hija, que viven en mi castillo conmigo, y son dos criaturas excelentes, á quienes debia parecerse su esposa de V. Catalina, mi mujer, es regañona, avara más bien que económica, laboriosa; en una palabra, lo que se llama una envidiable ama de su casa. Enriqueta, mi hija es un prodigio de instruccion. Sabe el frances, el aleman, el italiano y el español; tiene una erudicion asombrosa, pues ha leido mucho; no hay quien la aventaje en el conocimiento de la historia y de la geografía; podia ganar por oposicion una cátedra de matemáticas, y es capaz de componer un sermon mejor que muchos clérigos protestantes,

—¡Ah! ¡Quién hubiera hallado ese tesoro! exclamó mister Wilsson con un profundo suspiro. Yo buscaba capacidad ó dinero; sabia que esto último no lo tenía Rafaela; pero creí encontrar en ella instruccion bastante para ayudarme.

—Todos erramos alguna vez en la vida, amigo mio; paciencia: pero vamos á ver ¿no cree usted que Rafaela sería aún susceptible de aprender? ¿Qué edad tiene?

—Creo que no ha cumplido todavía veinte y dos años.

—Aun puede volverse otra; y para que vea usted cuánto me intereso en la felicidad de V., vengo á proponerle que me la deje llevar á mi castillo.

—¿Y ella querrá? preguntó mister Wilsson, en cuyos ojos brilló la alegría.

—Yo la convenceré; y allí al lado de Catalina y de Enriqueta cambiará quizá de carácter; en fin, ¿qué cuesta probar?

—Nada; sacrificaré sin mucha pena algun dinero para satisfacer á V. los gastos que le haga mi mujer, á trueque de que ella venga capaz siquiera de ser una buena y entendida ama de gobierno.

—No tiene V. necesidad de sacrificar nada; si consigo la cura moral y física de su esposa, me pagará V. los gastos cuando se la devuelva; si nada consigo, no quiero tampoco ninguna recompensa.

—Puede V., pues, llevársela cuando guste.

El médico, sin querer gastar más tiempo con aquel ruin personaje, salió del despacho y se dirigió á la habitacion de Rafaela.

III.

La jóven estaba levantada desde el alba. No era la misma que la víspera. La esperanza, aliviando

las heridas de su corazon, habia comunicado á su rostro una paz y una calma que admiraron al médico, á pesar de su profundo conocimiento del corazon humano.

—He dormido cuatro horas, dijo Rafaela tomando con cariño y gratitud la mano del doctor.

—¿Tranquilamente? preguntó el anciano contando con cuidado los latidos del pulso de la enferma.

—¡Oh, sí! repuso ésta, con la mayor tranquilidad.

—Bien se conoce, dijo el médico soltando la mano de Rafaela con semblante satisfecho.

Y luégo añadió sonriendo con esa bondad que es la coquetería de las canas.

—Vaya, ¿te hallas con fuerzas para hacer los preparativos de la marcha?

—Pues qué, ¿nos vamos? exclamó Rafaela, en cuyas bellas facciones brilló la esperanza.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Así que tú estés dispuesta.

—¿Y mi hija?

—No me he atrevido á hablar de ella por hoy á tu marido; hubiera sido darle que sospechar, y todo estaba perdido.

Rafaela bajó la cabeza sin responder; pero el doctor, que le observaba atentamente, vió deslizarse dos gruosas lágrimas por sus blancas mejillas.

—Hija mia, la dijo volviendo á tomar sus manos; no te doy mi palabra formal de llevarte á tu hija, porque no sé si lo podré lograr; un hombre nunca debe prometer más que lo que está seguro de cumplir, y prefiero verte padecer á darte una esperanza vana. Sufre con valor, Rafaela; todos tenemos en este mundo una cruz más ó ménos pesada, y Dios quizá te ha deparado una que abrumará tus hombros; pero su bondad no te abandonará; el que no desampara á los pajarillos, el que cuida del más pequeño de los insectos que el agua produce ó que se oculta entre la grama, ¿se ha de olvidar de ti, querida hija mia? ¿Te habrá dado un corazon bueno y tierno sólo para sufrir? ¿Te querrá arrebatar completamente el único de tus goces, haciéndote desconocida á tu hija? No lo creas así; dudar de la bondad, de la justicia de Dios, es una impiedad que no merece perdon!

Rafaela lloraba en tanto que hablaba el doctor; pero habia levantado la cabeza, que en lo agudo de su pena doblara sobre el pecho, y sus lágrimas corrian con mucha ménos amargura que otras veces.

—Hija mia, prosiguió el anciano, continuando la dulce tarea de verter el bálsamo de sus palabras sobre aquel corazon enfermo y abatido: hija mia, si tú conocieras una pequeña parte de los dolores que yo he presenciado en esta vida, y de los que he padecido yo mismo durante mi larga carrera, no

dudarias de la piedad de ese sér bienhechor, que preside desde el cielo nuestro destino.

Del seno de las más grandes amarguras brota á veces un rayo de esperanza, y el Señor aplica siempre la copa del consuelo á los labios del que va á fenecer ahogado por el dolor.

Yo soy uno de los hombres que más han sufrido en este mundo. Muy jóven aún, amé á una mujer buena, hermosa, dulce..... que se te parecia, en fin! No obstante, mi padre la aborrecia: y sin embargo, él era tambien bueno, justo y razonable.

En vano traté de vencer su resistencia: era anciano, y aquella antipatía estaba aferrada á su alma, fria ya por la edad, y calentada sólo con los rayos de mi cariño.

Mi padre dependia de mí, y me declaró que rehusaria todo socorro que viniese de mi mano, si me unia con aquella mujer. Este era el más poderoso, ó mejor dicho, el único medio de hacerme imposible aquella pasion y la felicidad que en ella disfrutaba. Conocia á mi padre, y sabía que ántes se dejaria morir de hambre que deber á su hijo desobediente un pedazo de pan.

Desistí. Durante largos años me he preguntado despues el motivo de aquella aversion de mi padre hácia la angelical criatura, que hubiera sido para él la mejor y más cariñosa de las hijas, y jamás pude encontrarle.

Fuí á ver á mi amada, y apuré la amargura de

decirle que no podia casarme con ella. Me oyó tranquila y resignada en la apariencia; pero la palidez de su semblante me hizo conocer lo que sufria.

¡Oh, Dios mio! prosiguió el doctor llevándose las manos á la frente con una expresion de dolor ardiente y concentrado que asustaba, al ver sus blancos cabellos: ¡Dios de los buenos! ¡Cuándo borrarás en mí la memoria de aquella aciaga hora! ¡Cuarenta años han pasado, Señor, y áun veo ir subiendo la densa palidez de la muerte á las facciones de aquella mujer, y áun veo irse anublando la luz de sus ojos, y áun veo temblar sus labios, como las hojas de una rosa batidas por el vendaval!

Calló el anciano: sepultó entre ambas manos su rostro venerable, y un profundo sollozo salió de aquel pecho, que aún guardaba, con tan generoso sentimiento, el recuerdo de su primer amor.

Los corazones nobles, amantes y entusiastas, no envejecen jamás. La religion de los recuerdos es en ellos tan poderosa y conmovedora, como la realidad de sus tiempos de amor. Levantan un altar en el fondo de su alma al sér que amaron, y allí le dan culto toda su vida.

Despues de una larga pausa, alzó el doctor la cabeza, y continuó de esta suerte:

—Vi á aquella criatura, á quien amaba sobre todo lo criado, hacerme con la mano una imperiosa

señal para que me retirase. Ni una palabra me habló: ¿pero qué importaba? Yo habia asistido allí, á la agonía y á la muerte de su corazon, de aquel corazon, por cada uno de cuyos latidos hubiera dado yo muchos años de vida.

Salí á la calle loco; llevaba el cabello erizado y la frente cubierta de un helado sudor. Nada veia, nada oia; y, sin embargo, en el fondo de mi corazon se alzaba una voz que me gritaba:

—*¡Has hecho bien! ¡Has hecho bien!*

Llegué á la presencia de mi padre, y á pesar de aquella voz consoladora, caí á sus plantas como muerto. Cuando la fiebre que me estuvo devorando durante un mes dejó libre mi cerebro, supe que la mujer, á quien tanto habia amado, habia muerto para el mundo y para mí, tomando el velo en uno de los conventos del condado de Khent.

Seis años más tarde murió mi padre bendiciéndome, y poco despues me uní á Catalina Parry, cansado de la soledad en que la muerte de mi padre me habia dejado.

—¿Encontró V., por fin, la felicidad, señor? preguntó Rafaela tomando afectuosamente la mano del médico, y profundamente conmovida de la alteracion que demostraban aún sus facciones.

—Sí, respondió él; la felicidad, hija mia, existe sólo en el convencimiento de obrar bien! sólo en la tersa superficie de la conciencia pueden embotarse los dolores de la vida, y el bueno puede de-

safiar los pesares todos de la existencia, seguro de que nunca le ha de faltar consuelo en su propia razon.

Luégo he sufrido aún: he perdido á seis hijos, y, entre ellos, á uno que entraba en la carrera de la vida adornado con los más preciosos dones del cielo. Tenía veinte años cuando le perdí, y su talento era sólo comparable á la excelencia de su corazon y de sus sentimientos: mi ciencia no pudo salvarle, y le cerré los ojos y le depositó en su ataud, llorando sangre de mi corazon.

La muerte de cada uno de mis hijos ha dejado una honda herida en este pobre corazon tan combatido, tan destrozado ya, casi desde que empezó á darse cuenta de sus latidos; pero la solícita ternura de Catalina ha hecho mi vida soportable, y el amor de mi hija me ha hecho bendecir siempre la bondad de Dios.

No sé, Rafaela, si el eterno dispensador de las venturas humanas creerá que no te conviene la de vivir con tu hija: en ese caso, resígnate, y si la ves alguna vez, procura grabar en su alma la conformidad con los designios del Todopoderoso. Que todas tus palabras para Alicia sean de paz y de mansedumbre; inspírale amor á su padre, porque quizá él, por sí mismo, no se haga querer de esa niña; siempre que puedas abrazarla repite á su oido las máximas del deber y de la virtud, en vez de emplear el tiempo en locos trasportes de ternu-

ra; y de ese modo, cuando esté léjos de ti, pensará en su madre como en un sér benéfico y querido; de ese modo conjurarás la indiferencia y el menosprecio que hácia ti despertarán en su corazon las manos venales y oficiosas que la manejen, y no se extinguirá en su pecho la santa semilla del amor filial.

—¡Oh, señor! exclamó Rafaela; todas las palabras que se escapan de los labios de V. caen en mi corazon refrescándole y consolando su amargura; ¿qué poder tienen los razonamientos de usted para aliviarme así?

—Esa es la única ventaja que queda á los que han sufrido mucho, hija mia, dijo el doctor levantándose y sonriendo melancólicamente; sabemos aliviar los dolores de los demas, y así olvidamos alguna vez los nuestros.

El médico estrechó las manos de su protegida, y salió para dejarla en libertad de hacer sus preparativos de viaje. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Dos horas despues subian ambos á un carruaje que debia conducirlos al castillo de Simpson, nombre que tomaba del apellido del médico.

Rafaela lloró mucho al abrazar á su hija, lo que hizo delante de su marido, que la despidió friamente á la puerta de la casa.

Poco á poco la vista de la campiña, bañada por un radiante sol, y las dulces palabras del médico, calmaron su espíritu, y llegó triste, pero tranquila, al castillo de su bienhechor, cuya familia les esperaba impaciente en la puerta.

CAPITULO II.

Mistriss Simpson y su hija.—El castillo.—Lazos del corazon.—Alicia.—Diplomacia del doctor.

I.

La esposa y la hija del doctor no eran lo que su esposo y padre habia dicho á mister Wilsson. Más aún: eran todo lo contrario.

Mister Wilsson habia consentido en que Rafaela pasase con ellas una temperada, halagado con la esperanza de que aquélla aprendiese, á su lado, á ser ó una buena ama de su casa, segun la acepcion que él daba á esta palabra, ó una mujer instruida y apta para los negocios del escritorio. Es decir, esperaba que se convirtiese en una mujer regañona, grosera é intolerable, ó en un usurero con faldas.

Desgraciadamente para él, si la bella y delicada criatura que le habia tocado en suerte, hubiera necesitado de dulzura y sencillez, en ninguna parte

la hubiera podido aprender mejor que en el pobre y vetusto castillo del médico.

Al bajar Rafaela del carruaje, halló, para apoyarse, la blanca y gruesa mano de mistriss Simpson y los torneados hombros de miss Enriqueta, su hija.

La señora Catalina habia cumplido ya los cincuenta y dos años de su edad. Era alta y corpulenta, y en su semblante, blanco y rosado, se reflejaba la paz profunda de un alma, cuya hermosura nunca habia sido alterada por un mal pensamiento.

Sus cabellos, que habian sido del más hermoso matiz dorado, estaban casi blancos, pero nada habian perdido de su riqueza y abundancia: partíanse en la frente, y luégo bajaban á lo largo de sus mejillas en dos gruesas trenzas, hasta perderse entre los pliegues de una gran cofia de linon blanco.

Llevaba un vestido de seda gris, un delantal negro, tambien de seda, y una gran pañoleta de linon, como la cofia, que dejaba ver una cruz negra, pendiente de un terciopelo del mismo color, que rodeaba su cuello.

Miss Enriqueta se parecia mucho á su madre; era alta, pero poseia toda la graciosa esbeltez de sus diez y siete años. Sus cabellos largos, blondos y sedosos, estaban rizados por la mano cariñosa de la señora Catalina. Tenía los ojos azules y la

nariz perfecta, lo mismo que la boca, que era diminuta y sonrosada. Sus manos eran afiladas y blancas, y en toda su persona reinaba esa gracia algo fria, pero delicada y llena de dignidad, que es el principal adorno de las mujeres inglesas. Vestía un traje blanco y liso, sujeto á la cintura con una cinta azul.

Rafaela dejaba vagar sus ojos de la madre á la hija y no se cansaba de contemplarlas. Habia en ámbas cierta especie de mesurada dulzura y una expresion de dicha tranquila, que ella no habia visto ni habia sentido jamás.

Por su parte, mistriss Simpson y su hija contemplaban á la viajera con dulce interes, y no bien se hubo apeado, miss Enriqueta le ofreció el brazo y la condujo al salon, siendo seguidas ámbas por el doctor y su esposa.

II.

—Catalina, dijo el médico á su mujer no bien se hubieron sentado; considera á esta jóven como á nuestra Enriqueta; es mi hija mayor y espero que la mires lo mismo que si fueras su madre.

—Entónces, hija mia, repuso mistriss Simpson dirigiéndose á Rafaela, me dispensarás de los cumplidos y permitirás á Enriqueta que te llame hermana, ¿no es verdad?

Rafaela besó por toda contestacion la mano de la señora Catalina, y dejó caer en ella una lágrima.

—Mucho has debido sufrir, hija mia, prosiguió mistriss Simpson; sólo los que han sido desgraciados lloran cuando se les demuestra amor; en el corazon de las personas dichosas se alberga siempre mucha indiferencia.

—Sí, he sufrido mucho, señora, contestó Rafaela; y sólo me aqueja el temor de venir á entristecer esta casa con el espectáculo de mis penas.

—Mi madre y yo consolaremos á V., señora, y si no podemos lograrlo, lloraremos juntas; observó la hija del doctor.

—Vé, Enriqueta, dijo el señor Simpson; conduce á Rafaela á su cuarto, y que se acueste, porque necesita descanso; yo tengo que hablar con tu madre, y luégo iremos al cuarto de Rafaela.

Las dos jóvenes salieron del salon y atravesaron una galería entoldada de pámpanos, que daba entrada á varias habitaciones de la casa. Enriqueta abrió una de las muchas puertas que se veian en ella y penetró con Rafaela en un cuartito fresco, blanqueado y amueblado con extraordinaria sencillez.

—Este es su cuarto de V., amiga mia, dijo á Rafaela; está inmediato al mio y puede llamarme á cualquier hora del dia y de la noche que me necesite.

—No sé, en verdad, señorita, cómo agradecer

tantas bondades, dijo mistriss Wilsson dejando vagar sus miradas por aquella sencilla habitacion, á través de cuyas ventanas abiertas se distinguian las montañas de Escocia cubiertas de nieve y heridas por el sol.

Tanta era su distraccion, que no advirtió que Enriqueta la iba desnudando.

—Por Dios, señorita, ¿qué hace V.? exclamó Rafaela confusa.

—Mejor será, dijo Enriqueta, que nos llamemos de tú; ¿no me ha encargado mi padre que nos miremos como hermanas?

—Es verdad, contestó Rafaela; y yo tendré en ello mucho gusto, y mi corazon recibirá un inmenso beneficio; pero deja que me desnude yo.

—Aquí, dijo Enriqueta, tenemos sólo dos criadas ancianas que han servido á mis padres desde que se casaron, y que, demasiado toscas para servir de camareras, te disgustarian, querida Rafaela; por eso te ruego que me permitas ayudarte.

—¡Ah! exclamó mistriss Wilsson con efusion: no creas, querida Enriqueta, que pueda molestarme ninguna muestra de interes, de cariño ó de complacencia, cualquiera que sea la persona de quien venga; he sido siempre tan desgraciada, y he visto en derredor mio tan poco amor, que estoy ansiosa de él.

—Entónces, amiga mia, repuso Enriqueta, aquí te hallarás bien. Mi madre es sencilla como una

campesina, pero amorosa y buena; yo creo que lo soy tambien, porque, educada por ella y por mi excelente padre, no podia tampoco ser otra cosa; además que, desde el instante primero en que te he visto, una simpatía irresistible me atrae hácia ti.

Enriqueta, al decir estas palabras, acabó de abrochar en el torneado cuello de Rafaela una bata de dormir, y despues la ayudó á acostar, arropándola con el mayor esmero.

Aún hablaban las dos nuevas amigas cuando entraron el doctor y su esposa, y poco despues se presentó una de las ancianas sirvientes con un vaso de leche caliente, colocado en un plato de loza blanca.

El señor Simpson hizo que Rafaela la bebiese, en tanto que la señora Catalina encendia una lamparilla colocada sobre un velador, y despues de desear á su huéspeda una noche feliz, se retiraron todos, despidiéndose hasta el siguiente dia.

III.

Dos meses se pasaron para Rafaela en el castillo del doctor con la rapidez de un sueño.

La existencia en él era, sin embargo, bien monótona, y hubiera parecido insoportable á cualquiera otra que no fuera mistriss Wilsson.

Pero, ¿qué mujer de alma tierna y piadosa no halla recursos en sí misma? Más que á la mujer realmente desgraciada, compadezco yo á la mujer que se fastidia; porque, ¿hay algo comparable á esa helada indiferencia hácia todas las cosas que nos rodean? ¿Hay algo peor que esa falta de sentimiento, ó esa falta absoluta de aspiraciones y de calor en el corazon?

Preferible es, á mi modo de ver, el sufrir las mayores penas, á esa ausencia completa de sensibilidad y de afectos, á ese hastío hácia todo aquello que forzosamente ha de rodearnos.

Rafaela era de las mujeres privilegiadas que pueden sufrir mucho, pero que no pueden fastidiarse jamás. Conjuraba ella la monotonía de la vida del castillo con los recursos de su propia imaginacion.

Bordaba, leia, se paseaba áun en los dias nebulosos, tan frecuentes en aquel clima, y tocaba sus sonatas favoritas en el piano de Enriqueta. Como todas las mujeres de alma tierna, dedicaba algunas horas del dia á la oracion; y cuando la memoria de su hija la perseguia demasiado, cuando el dolor y el desaliento invadian por completo su espíritu, rezaba tambien, y la oracion traia á sus ojos un llanto copioso que la aliviaba.

No obstante, aquel recuerdo punzante estaba siempre en su alma; no habia una hora, un instante en que no viese la imágen de su hija, ora-

hermosa y risueña, tendiéndole los brazos, ora enferma y moribunda, con su pálida cabecita recostada en el seno mercenario de mistriss Beld.

El doctor participó un dia en la mesa que tenía que marchar á Lóndres para atender á la cura de uno de sus antiguos clientes. Aunque aquel excelente anciano se habia formado ya una renta suficiente para sus modestas aspiraciones, no habia podido desentenderse de algunas de sus relaciones, y visitaba á sus amigos, siendo en casa de uno de estos donde mister Wilsson le conoció, y le rogó que fuese á ver á su esposa.

El avaro creyó desde luégo que sería mucho ménos caro un facultativo que vivia en el campo que uno de Lóndres, y se ha visto que el éxito sobrepujó á sus esperanzas, puesto que el doctor Simpson nada quiso admitir por los cuidados que habia prodigado á Rafaela.

Al participar el doctor á su familia su próximo viaje, Rafaela le miró de un modo tan triste y expresivo, que el doctor le contestó comprendiéndola:

—Ten confianza en mí, hija mia.

Rafaela enjugó una lágrima de gratitud, y la señora Simpson preguntó á su esposo que cuánto creía que podría durar su ausencia.

—Un mes á lo más, contestó el doctor: confio curar en ese tiempo á la persona que me necesita.

Mistriss Simpson y Enriqueta, acostumbradas á las frecuentes ausencias del médico, continuaron

comiendo y hablando de otras cosas con tranquilidad; mas Rafaela pensó con secreto terror en el aislamiento moral en que iba á dejarla la ausencia de su amigo. Éste la miró, y comprendió su pensamiento, pues leia en aquella alma como en un libro que él mismo hubiese escrito.

—Vamos á dar un paseo por el parque, hija mia, dijo al levantarse de la mesa, y en tanto que su esposa y su hija guardaban metódicamente los platos sobrantes de la comida.

Rafaela apoyó su delgada mano en el brazo del doctor, y bajaron al jardin.

Hacia una hermosa noche. La luna pasaba sus plateados rayos por entre el ramaje de los árboles, é iba á herir con sus reflejos el pálido y hermoso semblante de Rafaela y el venerable del doctor. Una fuente cercana caia murmurando en un pilon de piedra blanca, y los pájaros cantaban al derredor, como regocijados por el sonido del agua.

Durante algun tiempo, ni el doctor ni Rafaela rompieron el silencio que reinaba, y al que la noche daba cierta poética y melancólica solemnidad. Rompióle por fin mister Simpson, y habló así á la jóven:

—Rafaela, sé que mi ausencia va á dejarte triste, y por lo mismo quiero preparar tu corazon á soportarla.

Ella no contestó, y el médico siguió hablando, seguro de que sería escuchado en silencio.

—Ya te dije, hija mia, el dia mismo que precedió á nuestra salida de Lóndres, ya te dije aquel dia, en que te descubrí las más hondas llagas de mi corazon, que te parecias á la mujer á quien amé como si hubieras sido su hija.

—¿Qué fué de ella? preguntó vivamente Rafaela rompiendo el silencio contra la esperanza del médico.

—¡No lo sé! respondió éste sombriamente; ¡no lo he sabido jamás! ¿Para qué? ¡Ella habia muerto para mí, y felizmente para el mundo tambien! Pero volvamos á lo que tenía que hablarte, hija mia: te he dicho que te pareces á Carlota en cuerpo y alma.

—¡Carlota! gritó Rafaela parándose de súbito. ¡Carlota era, señor, el nombre de mi madre!

—¿Qué dices?..... repuso el médico palideciendo como si fuese á morir.

Luégo pasando la mano por su calva frente murmuró:

—¡Sueños vanos! ¿No me dejareis tranquilidad ni áun en la vejez?

IV.

Reinó de nuevo el silencio. Rafaela, agitada, parecia sumergida en un mar de pensamientos. En cuanto al doctor, se ocupaba en vencer, con la

fuerza de su voluntad, la tempestad que se alzaba con sordos mugidos en su corazon.

—Volvamos á la vida real, dijo al fin con triste sonrisa; te he dicho, Rafaela, que estoy acostumbrado á leer en un alma y en una fisonomía que se parecian á las tuyas, y que leo en éstas como leí en aquéllas. No me lo niegues, hija mia; tú me echarás de ménos, y te encontrarás solitaria entre mi mujer y mi hija: mi mujer ocupada en hacer queso, en batir manteca y en tejer medias para mí. Mi hija, que cifra su vida en coser con primor mis camisolas, en arreglar cuatro veces al dia los juguetes de loza y china de su velador, en dibujar una flor, y que aunque está para casarse con su primo Allan, de Escocia, se casaria sin pena con un doctor irlandés, si yo le dijese que tal enlace me convenia.

—¡Ah, señor! exclamó Rafaela, es V. injusto con ellas; ¡son tan buenas!

—Lo son, en efecto, hija mia, y yo soy el primero en reconocer su bondad; pero ¿basta esto para llenar tu vida? ¿Ha bastado para llenar la mia? ¡No! ¡Han sabido curar las sensaciones dolorosas; pero no han alcanzado á darme otras gratas! Y créeme, hija mia..... vale más sentir un agudo dolor, que experimentar el vacío en torno nuestro.

—¡Demasiado lo sé! murmuró débilmente Rafaela.

—¡La inteligencia! ¡Oh, la inteligencia! exclamó el anciano deteniéndose y levantando al cielo su semblante venerable, sobre el cual caian á plomo los rayos de la luna; ¡la inteligencia es, oh Dios mio, un rayo de luz caido de tus ojos! ¡Y cuando está unida á la sensibilidad y á la poesía del alma, es una misma parte de tu sér!

—Pero su esposa de V. y su hija son buenas y sensibles, amigo mio, dijo tímidamente Rafaela.

—¡Es verdad! contestó el anciano. ¡Es verdad! pero mi casa está helada, como lo están muchos palacios de magnates, en los cuales hierve la riqueza, y en los cuales, sin embargo, he sentido enfriarse mi corazon.

Prefiero sentir en rededor mio el bramido de las pasiones, á la calma de los sepulcros. Quiero la virtud sentida, no rutinaria. La quiero amada, no impuesta. La quiero por conviccion, no por costumbre. ¡Si no te hubiera hallado á ti, quizá, hija mia, hubiera yo muerto muy pronto!

—¡Ah, señor! ¡Ah, padre mio! exclamó la jóven cubriendo de besos y de lágrimas la mano del anciano: ¿con que aún vale para alguna cosa esta desdichada, á quien han quitado hasta su hija?

—Te han quitado á tu hija porque temian que la hicieses, con tu ejemplo, demasiado buena, demasiado tierna, demasiado sensible, y porque su padre quiere hacerla tan ruin como él. ¡Pluguiese al cielo que yo pudiera evitarlo!

—¡Dios pagará tan hermosos deseos, ya que yo no pueda hacerlo! murmuró Rafaela.

—Tú me has pagado y me pagas con usura, si te he hecho algun bien, hija mia: ¿en quién, sino en ti, he hallado yo ese iman que apega á la vida y la hace ver á traves de un rosado prisma? Y ¿qué nombre daremos al sentimiento que me liga á ti? El loco mundo, el mundo ruin y calumniador le llamaria *amor* quizá; pero yo, si le llamo amor, le llamaré amor de padre, que es el único que le conviene.

—¿Será posible que me ame V. como á Enriqueta? preguntó cándidamente Rafaela.

—¡Te amo más, ó te amo mejor, hija mia! por más que se diga, el cariño de los padres y de las madres no es tan ciego como se cree, y está casi siempre en relacion con las cualidades y con el carácter de los hijos: además, Enriqueta tiene tres personas que la amen, su madre, yo y su prometido: en tanto que tú no tienes á nadie más que á mí que te quiera, y á quien querer: su naturaleza es, por otra parte, muy distinta de la tuya; tiene un organismo inglés, que, para desgracia mia, no ha querido concederme la Providencia; tú necesitas mucho amor, ella se contenta con muy poco: dejadme, pues, que os quiera á entrambas como padre, pero que os quiera á cada una segun lo necesita.

El médico, al pronunciar estas palabras, vió ve-

nir por una de las calles del parque á su mujer y á su hija.

—Escríbeme todos los dias, dijo á Rafaela conociendo que toda intimidad iba á desaparecer de la conversacion: yo voy á ver si puedo traerte á tu hija cuando vuelva aquí.

El paseo continuó, pero ya no se trató sino de asuntos generales. A las diez volvieron todos al castillo, y cada uno se retiró á su cuarto, pues el señor Simpson debia marchar á Lóndres al amanecer del siguiente dia.

Rafaela, poseida de una profunda tristeza, durmió muy poco, y la aurora la encontró apoyada en la ventana de su cuarto, desde la cual oyó partir el carruaje del doctor.

V.

Aquel mes lo pasó mistriss Wilsson casi en la misma soledad para su corazon en que siempre habia vivido. ¡Extraña fatalidad empujaba sin cesar á aquella mujer hácia los séres que ménos podian comprenderla!

No obstante, sus ojos disfrutaban mayor solaz allí que en la sombría habitacion que habia ocupado en casa de su esposo. El castillo, aunque triste, era vasto, y su gran jardin y su extenso parque le permitian pasearse, hasta que el cansancio

del cuerpo dominaba á la melancolía del espíritu.

Además esperaba á su hija. ¿Qué madre no se resigna á todo, ante la perspectiva de ver y abrazar, en un término breve, á la hija que apénas conoce?

Sólo un temor anublaba aquella celeste esperanza; pero horrible. Era el temor de no verla realizada.

Por fin se oyó una tarde el rumor de un carruaje. Rafaela conoció en los latidos de su corazon que era el del doctor. Pero sus huéspedas, sólo cuando vieron asomar un pañuelo blanco por una de las portezuelas supieron que se acercaba su padre y su esposo.

Mistriss Wilsson se lanzó á la ventana y miró ansiosamente al fondo del coche. El doctor no venia solo. A su lado distinguió Rafaela la papalina negra de mistriss Beld, y cerca del seno del anciano, una cabecita infantil cubierta con un gorrito de encajes.

Bajó como un relámpago, y el doctor puso á Alicia en los brazos de su madre. Inútil será que yo trate de describir los trasportes de Rafaela: las madres lo comprenderán sin que yo los explique. Las que no lo sean, no los podrán comprender jamás.

Riendo, llorando y cubriéndola de besos, pasó mucho rato; en tanto que la niña lloraba, viéndose apretar por aquella mujer desconocida, y en tanto que mistriss Beld la miraba con aire irritado.

La niña era muy bonita: tenía, como su madre, los ojos azules y el cabello negro, y en la tierna edad de cinco meses, que contaba, era imposible hallar más viveza y gracia. Poco á poco fué cesando en sus llantos y en sus gritos, y correspondió con risas á las caricias de su madre. Mistriss Simpson y Enriqueta miraban tambien aquel hermoso cuadro, y sólo Rafaela se acordó de preguntar al doctor, cuando vió que iba á retirarse:

—¿Y el enfermo?

—¡Curado! respondió el doctor, pasmado de aquella sensibilidad de corazon, que hacía á Rafaela acordarse de las penas de los demás en medio de la alegría mayor que en su vida habia sentido.

Cuando llegó la noche, la cuna de Alicia fué colocada junto al lecho de su madre, que, por mirarla, no pudo dormir ni un instante. Al dia siguiente, mistriss Beld escribió al esposo de Rafaela este billete:

«Milord: La señora no deja un momento á su hija: apénas la he tomado desde ayer en mis brazos, y hasta la noche la ha pasado en el lecho de su madre.

»Creo de mi deber avisarlo á vuestra gracia, y soy, sin más por hoy que comunicarle, su humilde criada,

JENNY BELD.»

El criado que llevó esta carta trajo otra; pero no para la nodriza. Era para el doctor, y decia así:

«Querido amigo: Como V. me habia anunciado, ya ha empezado mistriss Beld con sus chismes; creo, como me aseguró, que por este medio quiere hacérseme precisa y sacarme dinero; así, pues, le suplico que evite que me traigan ninguna carta suya.

»Fio del todo en V.

»Soy suyo sincero y buen amigo,

RICARDO WILSSON.»

CÁPÍTULO III.

Vuelta á Lóndres.—Mary.—Carácter de Alicia.—Prevision de madre.—El dia del ángel San Rafael.—Amor filial.—Rosas y diamantes.—La cartera.

I.

Un año permaneció Alicia al lado de su madre sin que mister Wilsson fuese una sola vez al castillo en el trascurso de este tiempo. Tranquilo con las cartas del doctor acerca de la robustez y excelente salud de su hija, y del apartamiento absoluto de Rafaela, en que la hacía vivir, nada más necesitaba saber, y se entregaba á su pasion dominante: la de acumular oro.

Sin embargo, el doctor Simpson tenía ganada á la nodriza. Apénas Alicia cumplió un año, avisó el médico á mister Wilsson la necesidad de desmamar á la niña, y le hizo presente tambien que, estando muy encariñada con mistriss Beld y careciendo esta mujer de familia, le parecia conveniente que se quedase al servicio de la pequeña Alicia. Mister Wilsson consintió gustoso en todo esto, y

hubiera consentido del mismo modo en cuanto le hubiese propuesto el doctor, á quien creia haber interesado con *su desgraciada suerte*.

Achaque muy comun es la credulidad en las personas egoistas. Sin saber por qué, creen que interesan al mundo entero en su favor, y merced á la astucia y á la lisonja, se les engaña con la mayor facilidad.

Mistriss Beld era tambien egoista y avara: pagada bien por su amo, y regalada continuamente por el doctor, tomó su partido, y pareció interesarse mucho por Rafaela, á quien abandonaba enteramente el cuidado de Alicia, miéntras ella pasaba el dia en comer, en beber ó en roncar tendida en un sillon de baqueta oscura, que habia hecho colocar en su cuarto.

Sin embargo, sentia hácia Rafaela una especie de respeto profundo é involuntario. Y es que las madres tienen un prestigio sagrado, que las envuelve como los pliegues de un aéreo y perfumado manto, y al cual no resisten ni las organizaciones más groseras y materiales. Aquella mujer, que no era nada devota, se sentia con deseos de rezar, cuando cada dia veia á Rafaela arrodillada junto á la cuna de su hija, y recitando en voz baja las oraciones de la noche.

La pobre madre era feliz; pero debia contar con muy poca dicha sobre la tierra, y bien pronto vió desaparecer su tranquilidad.

II.

Un dia que se levantó mister Wilsson de mal humor, tomó la pluma y escribió al médico que le enviase su hija, pues contaba ya ésta quince meses y deseaba tenerla á su lado.

Este golpe aterró á Rafaela, á quien el doctor enseñó la carta, calculando que no podia aminorar el daño con ocultarlo.

Conociendo Rafaela que nada adelantaria con llorar, vistió á la niña, y luégo se puso ella misma su traje de camino.

—¿Qué quieres hacer? le preguntó el doctor.

—Seguir á mi hija, contestó Rafaela resueltamente.

—¿Y para qué? ¿No sabes que tu marido no quiere que viva á tu lado?

—Al ménos no podrá privarme que viva bajo el mismo techo que ella; que oiga su voz y sus risas y su llanto.

—¡Desgraciada! ¡Quieres volver á aquella sombría habitacion de la cual te saqué casi moribunda!

—¡Sí, quiero volver; todo lo arrostraré para no separarme de mi hija!

En vano mistriss Simpson y Enriqueta intentaron disuadirla. Rafaela fué inflexible. Vió partir en el coche del doctor á éste con mistriss Beld y

Alicia, y luégo les siguió en la calesa que la señora Catalina y su hija usaban en sus paseos campestres.

Tan extraño vehículo llamó mucho la atencion de los transeuntes no bien entró en Lóndres: pero la pobre jóven iba demasiado dolorosamente preocupada para reparar en ello.

Detúvose, al fin, el carruaje en la puerta de su casa, y notó en ella el mismo sepulcral silencio que desde el dia primero que entró bajo sus muros habia notado en su derredor. Casi dudó de que su hija estuviese allí.

Poco despues de llegar ella y de haberse mudado de traje, hizo avisar á su marido, quien se presentó un cuarto de hora despues. Miróla con enojo, y le preguntó por qué habia venido sin llamarla él.

—El doctor me habia dicho que tu salud allí era inmejorable, añadió, y siento mucho que hayas venido aquí á exponerla de nuevo.

—He venido siguiendo á mi hija, respondió Rafaela con firmeza, porque no quiero renunciar, por mi voluntad, á mis derechos de madre.

Mister Wilsson se encogió de hombros é iba á salir, pero Rafaela le detuvo con una señal imperiosa.

—Quiero saber, dijo, á qué hora del dia podré ver á mi hija.

—A ninguna; todo lo más que puedo concederte es que la veas una vez á la semana, y eso du-

rante muy poco rato; por ejemplo, cada domingo media hora.

—Necesito que me digas la razon de una determinacion tan injusta.

—Yo no necesito darla; sin embargo, te diré que, por su propio bien, debes desear que no se te parezca.

—No quiero discutir acerca de tan absurdas opiniones, dijo Rafaela con desden; pero te aseguro que apelaré á las leyes, para saber á punto fijo si tú puedes separarme con tanta barbarie de mi hija.

—¿Cómo has llegado á dudar de que puedo hacerlo? La madre que es capaz de dar malos ejemplos á su hija, pierde todo derecho sobre ella; además, yo quiero educar á Alicia á mi modo, y como jefe de mi casa y de mi familia, puedo obrar de la manera que más me convenga.

Mister Wilsson salió, apénas hubo pronunciado estas palabras, sin que su mujer, abatida, pensase en detenerle.

Un golpecito dado á la puerta vino á sacarla de sus dolorosas reflexiones. Rafaela abrió, y vió entrar á una niña, como de doce años, que traia en sus brazos una pequeña maceta.

Era su enredadera, sin flores á causa de la estacion, pero cuidadosamente arreglada en unas delgadas cañitas.

—¿Quién eres, niña? preguntó Rafaela á la muchacha, tomando la maceta con una especie de ar-

repentimiento doloroso, y colocándola en su ventana.

—Soy Mary, señora, respondió ella, creyendo que la señora de la casa no necesitaba para conocerla de más explicaciones.

—¡Mary! repitió Rafaela admirada.

—Sí, señora, Mary, la hija del cochero; cuando la señora se marchó enferma, ví desde el patio esta pobre planta olvidada y me la llevé para cuidarla, ¿he hecho mal, señora?

—No, hija mia, contestó Rafaela, besándola en la frente; has hecho muy bien, y te lo agradezco mucho.

—Ahora está muy hermosa, dijo Mary, contemplando con orgullo la planta, en tanto que Rafaela buscaba inútilmente en sus bolsillos una moneda que darle.

No hallándola, miró con tristeza en derredor suyo, y sus ojos se fijaron en una caja de dulces, que Enriqueta le habia dado para el camino.

—Toma, Mary, dijo presentándola á la muchacha; toma y adios.

Mary hizo una cortesía, y desapareció cantando y llevándose la caja.

III.

Cuatro años pasaron sin que hubiese en la vida de Rafaela la variacion más leve, si exceptuamos las visitas dominicales que recibia de Alicia, y la que diariamente le hacia la linda Mary. Sin embargo, la desesperacion no volvió á clavar ya su ardiente garra en el pecho de aquella desgraciada mujer. Padecia mucho durante toda la semana; mas todo lo soportaba esperando el domingo, y meditando lo que habia de hablar á su querida hija, en la media hora que le dejaban verla.

Mary venía todas las tardes á las dos, y le traia alguna fruta ó alguna flor que cogia en los campos cuando hacia buen tiempo. Estas ligeras pruebas de interes eran las únicas que recibia Rafaela, y las pagaba con un beso, única cosa que podia dar á aquella hermosa y compasiva criatura.

—¿No te ocupas en nada, Mary? preguntó un dia á la niña.

—Sí, señora, respondió ésta; por la mañana, me ocupa mi tia la cocinera, en barrer la cocina y en limpiar las legumbres.

—¿Quieres que por las tardes te enseñe yo á leer y á coser?

—¡Oh, sí, señora! Saber leer y coserse los vestidos, debe ser muy agradable!

Rafaela empezó desde el dia siguiente aquella hermosa obra de caridad, y bien pronto tuvo la recompensa. El primer domingo que fué á verla su hija, le puso en la mano un bolsillo con algunas moneditas de plata.

—¿Qué es esto, hija mia? preguntó Rafaela, sentando á la niña sobre sus rodillas.

—No sé, mamá, respondió Alicia, balbuceando con toda la gracia de sus cinco años. Papá me ha dado hoy esto, y como yo no sé para lo que es bueno, te lo traigo á ti, para que le compres un gorro á la señora.

Alicia, al decir estas palabras, señaló, con la punta de su diminuto dedo, á la imágen de la Vírgen, cuya cabeza no tenía, en efecto, más abrigo ni adorno que su rica cabellera.

Rafaela fijó sus ojos en la escultura con una expresion inefable de amor y gratitud.

—Pero, hija mia, dijo abrazando á la niña; si papá sabe que no guardas esto, te reñirá.

—No se lo digas, Jenny, exclamó Alicia volviéndose hácia mistriss Beld.

—Bien está, miss, contestó ésta: y luégo añadió en voz queda y dirigiéndose á Rafaela, en tanto que la niña, que habia bajado de las rodillas de su madre, saltaba por el cuarto:

—No hay cuidado de que ella diga nada á su padre.

—¿No le ama, pues? preguntó Rafaela.

—Casi puedo asegurar que no, señora.

—¡Es extraño! murmuró Rafaela pensativa.

—¡Extraño, señora! ¡Yo no lo encuentro tal! El señor tiene siempre tan mal gesto, que miss Alicia le ha cobrado miedo.

—¿Y á mí me teme tambien?

—¡Al contrario! Todas las tardes, á estas horas, toma uno de los pliegues de mi falda, y empieza á tirar con todas sus fuerzas, gritándome:

—¡Vamos á ver á mamá! ¡Jenny, llévame á ver á mamá! Si le doy un dulce, guarda un pedacito, y dice—¡esto para mamá!—Si la regaño, me amenaza con que se lo *dirá á mamá*, y cada noche, al rezar su Ave-María, me dice: luégo rezaré otra por mamá; ¿querrás, mi buena Jenny?

Rafaela enjugó sus lágrimas; lágrimas dulcísimas y consoladoras, pues veia cuán bien se grababan todas sus palabras en el corazon de su hija.

En efecto, ella le habia dicho un dia que rezase por su madre, y la niña obedecia.

—Mamá, dijo de repente Alicia acercándose á su madre, ya doy leccion de leer y de escribir, y así que lea bien, dice papá que me traerá otro maestro.

—El de italiano, añadió mistriss Beld.

Rafaela alzó los ojos al cielo con resignacion. Ya empezaba la educacion de su hija, aquella educacion, que segun su padre habia dicho muchas veces, debia ser muy complicada, y que habia for-

zosamente de contener á un tiempo mismo los medros de su edad y las expansiones de su corazon. Ya empezaban á educarla á los cinco años, edad en que sólo se vive de juegos y de risas.

Mistriss Beld vió en el reloj que era ya hora de retirarse, y se levantó. Rafaela se levantó tambien, y le dijo á media voz mostrándole el bolsillo que le habia dado su hija:

—Este es el primer dinero que veo en mi mano desde hace siete años, y es mi hija quien me lo ha dado: cederé á V. una parte de él, la mayor parte, Jenny, si me promete no decir nada á mi esposo del regalo que me ha hecho mi hija.

—¡Ah, señora! exclamó mistriss Beld enjugando sus ojos; guarde V., guarde V. ese dinero, y disponga de todo el que yo tenga: ni por mí, ni por la niña sabrá nada el señor.

—Jenny, continuó Rafaela, yo deseaba tener algunas monedas, no por mí, pues no amo el dinero, ni le necesito para nada, sino para tener algo que dar á mi hija cuando viene á verme; deseo algun dinero para comprar hilo, y tejerle yo sus mediecitas, para comprar un poco de batista, y verla adornada con un gorrito bordado por mi mano... ¡Oh, Jenny! Yo he sido siempre tan desgraciada, que no he conocido ninguna de las santas y sencillas alegrías de las madres!

Mistriss Beld, conmovida por aquella desgracia tan terrible como oscura y silenciosa, aseguró una

y mil veces á Rafaela de su adhesion, y salió llevándose á Alicia, que abrazó á su madre, y parecia no poder separarse de ella.

IV.

Desde aquel dia un nuevo rayo de luz iluminó la existencia de Rafaela. El tiempo se le hacia breve, pues le ocupaba en recibir y contestar las cartas del doctor, en leer y en trabajar para Alicia, á la que cada semana hacia algun regalo.

Además, cuando llegó la primavera, Jenny llevaba á Alicia á paseo, y Rafaela les citaba en una iglesia cercana. Allí enseñaba á orar á su hija, y oraba por ella con todo el fervor de un corazon tierno y dolorido.

La niña le llevaba mucho dinero: su padre, queriendo hacerla amar, desde su edad más tierna, el vil metal que él estimaba tanto, no lo escaseaba con ella, aunque encargando siémpre á mistriss Beld que le comprase con él juguetes, dulces, vestidos, y en una palabra, las cosas que más apeteciese. Casi todas aquellas cantidades pasaban á manos de Rafaela, aunque no podria yo asegurar que algunas no quedasen detenidas en las faltriqueras de mistriss Beld. Pero, á pesar de todos los esfuerzos de su padre, Alicia manifestaba poquísimo apego al dinero.

Otro defecto se echaba de ver en ella, que hacia sufrir mucho á su buena madre. Era excesivamente vana, y se ruborizaba de pararse en la calle á dar limosna á un pobre; cuando Mary le hablaba en la escalera, y le daba las buenas tardes, no se dignaba ni contestarla ni mirarla siquiera.

Tenía seis años cuando mistriss Beld le dijo un dia que sin duda queria tanto á su madre porque era muy buena.

—No, respondió Alicia con viveza; no la quiero por eso.

—Pues ¿por qué? la interrogó Jenny.

—La quiero porque es bonita y está muy bien vestida.

—¿Y si fuese fea, y vistiese como la tia de Mary?

—Entónces no la querria, ni iria á esperarla á la iglesia.

Además del defecto de la vanidad, Alicia iba descubriendo todos los dias otros nuevos, y de muy difícil correccion. Era en extremo imperiosa é iracunda, y se entregaba á los accesos de furor por la contradiccion más leve. Terca y desconfiada por naturaleza, como su padre, y nutrida además por las perversas máximas y por el nocivo ejemplo de mister Wilsson, bien pronto fué un pequeño tirano para toda la casa, que temblaba ante una mirada suya y ante el más insignificante de sus caprichos.

Su padre, que, á pesar de su aparente estoicis-

mo, estaba dotado de un talento tan perspicaz como fatal, vió con siniestra alegría el giro que tomaba el carácter de Alicia, en tanto que su madre, para la cual habia comenzado un martirio más doloroso que todos los que habia sufrido, lloraba desconsoladamente.

No obstante, Alicia sentia por su madre una afeccion extraña, y enteramente opuesta á los sentimientos que abrigaba hácia todos los demas. Era una mezcla de amor, de respeto, de ternura y de conmiseracion, que hacia que la prefiriese á todas las cosas de la tierra que ella conocia.

Complacíase la niña en que la adornase Jenny con esplendidez, y la antigua nodriza aglomeraba sobre aquel cuerpo infantil el raso, el terciopelo, las plumas y las joyas, con tanta profusion como amaneramiento. Mister Wilsson no oponia dique á los costosos caprichos de su hija: amábala á su modo, todo cuanto era capaz de amar, y su riqueza habia crecido de tal suerte, que los cinco ó seis mil duros que gastaba cada año en el carruaje, servidumbre y trajes de Alicia, causaban en sus gabetas el mismo efecto que causaria en el mar, el tomar, de su parte más honda, un vaso de agua.

En cuanto á la niña, pedíale continuamente dinero, que él no le negaba jamás. Poseia Alicia un talento tan sobresaliente y tanta aptitud para toda clase de estudios, que nada habia que se le resistiese; y cada vez que admiraba con sus adelantos á

alguno de sus maestros, le obligaba á que fuese á participarlo á su padre, á quien sacaba en recompensa algunas guineas.

Sin embargo, Alicia no empleaba jamás un ochavo en caprichos: sobria por naturaleza, austera, grave, como verdadera inglesa, apénas comia; no era golosa, ni antojadiza, y sólo manifestaba un excesivo amor al fausto y á la ostentacion. Todo el dinero que su padre le daba lo llevaba á su madre, que le recibia con una melancólica sonrisa de satisfaccion.

Alicia cumplia, sin saberlo, uno de los más ardorosos deseos de su padre: fuese herencia de los instintos paternales, fuese costumbre de ver en el dinero lo mejor de la tierra, ella le miraba como un talisman al que nada se resistia, y como el manantial de todas las felicidades. Creia, pues, que no podia llevar á su madre otra cosa de más valor que dinero, y cada domingo le entregaba un bolsillo de seda carmesí, lleno de oro, que Rafaela desocupaba en uno de los cajones de su *secretaire*.

¿Por qué recibia con sonrisa los donativos de su hija, aquella mujer tan noble, tan desinteresada, tan poco materialista? ¿Era por vivir con más lujo?

Ella no habia abandonado la modesta sencillez de sus trajes.

¿Era para gozar de más comodidades? En su cuarto se veia la misma pobre sillería de lana, y

los antiguos muebles de caoba; y á no ser lo que gastaba en útiles para algun trabajo destinado á su hija, en algunas limosnas, y en comprar algunas flores, no sacaba una moneda de aquel cajon que Alicia habia ido llenando poco á poco de oro con su donativo semanal.

Rafaela guardaba aquel dinero cuidadosamente, porque recordaba que ella tambien habia sido rica y que, por su pobreza, se habia visto obligada á casarse con un hombre á quien no amaba y que la habia hecho completamente infeliz.

—¡No! pensaba cada vez que abria el cajon en que guardaba el dinero; ¡no te verás tú condenada, pobre hija mia, á la suerte de tu madre! ¡este dinero es tuyo y yo te lo guardaré! ¿Quién sabe si será algun dia tu único recurso? ¿Quién sabe si toda tu inmensa riqueza desaparecerá mañana envuelta en las tormentas de la desgracia? ¿Quién sabe lo que el cielo te tiene reservado? ¡Sea cualquiera la suerte que te aguarde, tu madre vela por ti!

V.

—¡Mamá, mamá! dijo un domingo Alicia, entrando en la habitacion de su madre, ¡ya tengo otros dos maestros!

Al pronunciar estas palabras, una alegría indes-

criptible brillaba en su hermoso rostro, cuyas facciones tenian el corte severo y puro de un busto romano.

—¿Y eso te alegra, hija mia? repuso Rafaela trayendo hácia sí á la niña y sentándola sobre su regazo.

—¿Que si me alegra? ¿Dónde hay una dicha más grande, que la de saber mucho para no necesitar de nadie?

Rafaela contempló á su hija con suma tristeza durante algunos instantes.

—Tal vez sea cierto, hija mia; pero dime, ¿qué van á enseñarte tus nuevos maestros?

—El español y el francés.

—¿Y seguirás con todos los que tenías ántes?

—Sí: con todos.

—¿De modo que ahora aprendes?...

—Música, dibujo, baile, italiano, francés, español, historia, geografía, blason y aritmética, contestó apresuradamente Alicia, llena de vanidad.

—Temo, hija mia, que tantos estudios te dañen; ¡no tienes más que ocho años!

—¿Dañarme, mamá? no lo creas; ¡lo que yo deseo es saber mucho!

—¡Quizá te convenga eso! murmuró Rafaela. ¡por saber tan poco ha sido bien desgraciada tu pobre madre!

Volvióse Alicia rápidamente al oir las pala-

bras de Rafaela, y dirigiéndose á mistriss Beld, le dijo con imperio:

—Véte.

—El señor me lo tiene prohibido, miss, respondió la antigua nodriza.

—¡Vete! repitió Alicia hiriendo el suelo con su pequeño pié; y ten entendido que desde hoy, cuando venga á ver á mamá, quiero estar sola con ella.

—Tendré, pues, que avisar al señor de la nueva órden de miss Alicia, dijo la pobre mujer caminando intimidada hácia la puerta.

—No hay necesidad, repuso la niña: yo diré hoy á mi papá, que si no me deja estar sola con mamá media hora cada dia, y una los domingos, me negaré á aprender todo lo que se me enseña.

Jenny salió cerrando la puerta, y Alicia dijo tomando las manos de su madre:

—No quiero que Jenny oiga ya lo que hablemos; ya soy grande, mamá, y deseo ser tu amiga.

Rafaela miró sorprendida á su hija, dudando de que fuese una niña de ocho años la que le hablaba así.

—Oye, mamá, continuó Alicia: papá me dice algunas veces:—«No quiero que veas con frecuencia á tu madre; es una ignorante que echará á perder tu educacion; no sabe nada, y nada ha sabido jamás; por cuya razon he tenido que hacer con ella lo que se hace con los muebles inútiles, que se encierran en los desvanes ó bohardillas.»

Pues bien, mamá, prosiguió la niña; yo quiero saber mucho, muchísimo, y así cuando sea grande, me separaré de papá, me iré á mi casa y te llevaré conmigo; yo manejaré todos los negocios, y tú pasarás el dia en leer y en tocar el piano, que tanto te gusta.

—¡Ah, hija mia! ¿qué dices? ¿Será posible que no ames á tu padre? exclamó Rafaela con terror.

—Yo le amo, sí, mamá, pero no como á ti; su cara, adusta y amarilla, me entristece, en tanto que tu cara de ángel me pone el corazon así... tan alegre... ¡Mira!

Y Alicia colocó la pequeña mano de su madre en su seno que latia apresurado.

—Hoy, continuó la niña, quien, por estar callada todo el dia, tenía muchos deseos de hablar, hoy me acordé de que era tu santo; y dije á papá que queria comer contigo; él no se acordaba de que era tal dia y me respondió:

—No quiero comer sin ti; además, la comida de tu madre te hará daño.

—¿Por qué? le pregunté.

—No come más que legumbres y frutas.

—¿Por qué no le llevan otros platos?

—Nunca los pide.

Entónces, mamá, me levanté llena de ira, tiré de la campanilla y vino el ayuda de cámara de papá.

—Dile al repostero que venga, le ordené.

Cuando apareció éste puse muy mala cara, y le dije:

—Envia hoy para la mesa de mi madre seis platos variados, dulces, pastas y vinos extranjeros; y desde mañana cuidarás de que sea servida con seis platos distintos, procurando tú repetir más aquellos que yo te diga son de su gusto.

El repostero miró á mi padre.

—He advertido muchas veces ya que mi hija sea obedecida en todo, dijo con mal humor.

— ¡Cómo, papá! exclamé yo volviéndome hácia él, cuando el repostero hubo salido: ¡es posible que tú y yo tengamos una mesa de grandes señores, y que mi madre coma peor que los criados!

—Nunca ha comido de otro modo, respondió: su fortuna ha sido siempre muy mediana.

—Pero yo soy muy rica, segun dices, y desde hoy quiero que mi madre sea tratada como debe serlo.

Papá no respondió, pues he conocido que me teme algunas veces: es claro, todos los malos temen á los buenos, y yo soy buena, ¿es verdad?

—Sí, hija mia; pero tu padre lo es tambien.

—¿Mi padre bueno? Mas dejemos esto, que el señor cura me manda que le respete y le quiera: en fin, mamá, yo me senté á la mesa y no probé nada y guardé el apetito para comer contigo.

Alicia, dichas estas palabras, se asomó á la ventana, y llamó:

—¡Mary!

—Aquí estoy, miss, respondió la muchacha desde el patio.

—Dí que nos sirvan, y sube eso.

Alicia fué en seguida á la puerta y esperó.

Un instante despues tomó de manos de Mary un magnífico ramo de rosas y jazmines, y volvió al lado de su madre.

—Toma, mamá, dijo; anoche en el teatro pedí á milord Straford flores de su estufa y te he hecho yo misma este ramo.

Rafaela tomó las flores y vió que estaban liadas con un soberbio collar de diamantes.

—Esa sarta me la envió hace tres dias lady Sumerhill, dijo Alicia, por una flor que la dibujé para que se la bordasen en un pañuelo, y te la he guardado á ti: ¡ah, se me olvidaba! papá me ha mandado que te dé esta cartera, que dice era de tu padre, y que no se ha acordado de entregarte.

—Rafaela tomó con afan aquella reliquia: era de piel, y sólo encontró en su fondo una carta cerrada, cuyo sobre decia:

«*Á mi hija.*»

Abrióla, y encontró dentro otra, cerrada tambien, y en cuyo sobre escrito se leia:

«*Para el doctor Simpson.*»

Rafaela leyó con ansia la que le estaba dirigida, Decia así:

«Voy á morir, hija mia, y te dejo sola y casi

abandonada en Lóndres; pero debe habitar dentro de sus muros un hombre generoso, á quien he buscado en vano desde tu casamiento, y no me ha sido posible encontrar.

»Búscale tú; y al instante que le encuentres, entrégale la carta adjunta y él te protegerá.

»Adios, hija mia, muere bendiciéndote tu padre

CLEMENTE DE AGUILAR.

—¡Un criado! ¡Que venga un criado, al instante! exclamó Rafaela, no bien hubo leido la carta de su padre.

Alicia iba á salir, pero su madre pareció herida de una súbita reflexion, y la detuvo.

—¡No! dijo, ¡no! ahora no soy desdichada... tengo á mi hija... ¿para qué pedir proteccion? Guardemos este último recurso por si algun dia quisieran arrebatarme á mi Alicia! ¡Oh! ¡hija mia! prosiguió abrazando á la niña; hija mia, cuánto te debo! Tu enérgica ternura ha conmovido el corazon de tu padre, hasta el extremo de hacerle darme este tesoro, que él, en dias más aciagos, pensaria arrebatarme!

—¡Mamá, no llores! Mira que ya suben lòs criados á servirnos, dijo Alicia, enjugando con su pañuelo las lágrimas que bañaban el semblante de su madre; vamos, mamá, anímate por mí! ¡Comeremos mucho, y luégo tocaré todo lo que sé nuevo en tu piano!

Alicia ni era golosa ni aficionada á la música;

pero deseaba consolar á su madre, y distraerla de los tristes recuerdos que parecian atormentarla.

Poco á poco se fué calmando Rafaela; aquella comida, la primera que hacia en compañía de su hija desde los tiempos de su feliz estancia en el castillo de Simpson, tenía para ella un encanto indecible: despidió á todos los criados, y ordenó á Mary que ella solamente quedase por si algo se les ocurria.

Despues de la comida, Alicia desató del ramillete el cordon de diamantes y le puso en el cuello de su madre.

—¡Oh, qué hermosa estás así, mamá! exclamó: jamás he visto una mujer que te se iguale; cuando voy al teatro ó á paseo á Hyde-Park (1), papá me dice algunas veces:

—Mira que hermosa es lady Williams ó lady Stevart ó lady Stanhope.

Pero yo le contesto siempre:

—Mucho más hermosa es mi madre.

Rafaela besó á su hija en la frente, y ésta continuó:

—Tú te pareces á esos ángeles que sostienen el altar mayor de la iglesia donde vamos á rezar, y si cuando me duele la cabeza, te viera sonreir, creo que me curaria.

---

(1) Paseo de la buena sociedad inglesa, así como el bosque de Bolonia lo es de la de París.

Jenny dió fin á este dulce coloquio viniendo á buscar á Alicia. Rafaela le puso en la mano dos guineas, como regalo del dia de su santo ángel patrono, y la pobre mujer salió llevando á Alicia de la mano, y enjugándose los ojos, llenos de lágrimas de enternecimiento y de gratitud.

CAPÍTULO IV.

Nuevas conocidas —La dama de gran tono.—Proyectos.— Presentimientos maternales.

I.

Dos años han pasado, y voy á conducir á mis lectores de Lóndres á París, que es, como dije en otro capítulo, donde tiene lugar la historia que les refiero.

Si me he ocupado con tanto detenimiento de sucesos anteriores á esta época, ha sido porque he creido que de ningun otro modo podria dar á conocer mejar á mister Wilsson, á su esposa y á su hija, al mismo tiempo que al doctor Simpson, y á su familia.

Eran las once de una noche de Abril, y el más profundo silencio reinaba en una casa del arrabal de San German. Sin embargo, ninguno de sus habitadores se habia entregado aún al sueño.

En una sala pequeña, se veian tres mujeres sentadas alrededor de una chimenea, en la cual ardia

un fuego poco abundante, á causa de lo avanzado de la estacion.

Esta sala estaba alhajada con exquisito gusto, aunque con suma sencillez. Algunos divanes de seda celeste la circuian: veíanse en las paredes y sobre el papel, azul tambien con arabescos dorados, algunos cuadros de gran belleza artística, encerrados en marcos lisos en forma de medallones. En los huecos que estos cuadros dejaban entre sí, se veian, alternando, una estatua de bronce oscurecido al galvanismo, y otra de pórfido, de igual tamaño.

Anchas cortinas de seda azul caian delante del balcon y de las puertas, sujetas á las galerías doradas que las sostenian, con gruesos cordones de seda azul y oro que remataban en grandes borlas. Lucia sobre el mármol de la chimenea un espejo ovalado con marco liso, y grandes jarros de bronce cincelado, con asas de mármol, contenian enormes ramilletes de flores que embalsamaban la atmósfera con un perfume fresco y delicioso.

Una lámpara de porcelana azul con flores blancas, pendiente del techo por otro cordon de seda y oro, como los de las cortinas, alumbraba levemente esta graciosa habitacion. Además de aquella vaporosa luz, habia sobre un velador de sándalo, una lámpara de bronce muy baja y cuya bomba formaba una azucena, en cuyo cáliz se encendia la llama de una mecha, perfumada con lirio y rosa.

Sentada junto á aquel velador, y bordando en una labor de tapicería, se hallaba Rafaela. Dije ya que á la sazon tenia treinta y dos años, pero nadie lo hubiera conocido al ver la tersura de nácar de su frente, el fresco sonrosado de sus labios y la viveza de sus hermosos ojos.

Llevaba un traje de seda color gris perla y un cuello de encaje que realzaba la gracia de su cuello algo largo, blanco como el marfil y cruzado de venas azules. Recogíanse sus cabellos en sus sienes por medio de dos gruesas trenzas, semejantes al ébano bruñido por su lustre y tersura.

No léjos de la esposa del banquero, otra mujer, con las manos cruzadas sobre las rodillas, seguia las tenues oscilaciones de la llama que ardia en la chimenea.

Aquella mujer era tambien hermosa, acaso más que Rafaela; pero su belleza era de un género enteramente distinto del de la madre de Alicia.

Podria tener cuatro años más que Rafaela, y sus ojos negros poseian una viveza tal, que hubiera podido creerse que se habian abierto á la primera luz bajo el cielo del Mediodía de España.

Dos cascadas de rizos, negros como las alas del cuervo, bajaban á cubrir casi sus mejillas de una palidez trigueña y suave. Tenía la boca grande y encendida como la grana, la frente estrecha y graciosa, y la nariz pequeña y ligeramente levantada.

Llevaba puesto un vestido de terciopelo turquí, adornado con ricos encajes negros y bajo de escote; su garganta, morena y redonda, estaba ceñida con una doble sarta de gruesas perlas, del mismo modo que si estuviese ataviada y dispuesta para ir á un baile. Aquella dama era Leontina R..., viuda del conde de Harley, opulento señor francés, que habia muerto hacía cuatro años.

Un poco separada de las dos señoras estaba una jovencita, ó más bien, una niña, pues contaria apénas doce años de edad, aunque su estatura esbelta y bien proporcionada le hiciese aparentar uno ó dos más.

Á pesar de presentar en su figura y semblante un tipo enteramente opuesto al de la hermosa Leontina, se conocia fácilmente que era hija suya, á causa de esa invisible semejanza que se revela en los movimientos, en la sonrisa y en el aire todo de la fisonomía. Sin embargo, Consuelo, que éste era el nombre de la señorita de Harley, era más suave, más humilde por decirlo así, que su madre. Nunca un nombre bonito y dulce ha cuadrado mejor á la persona que le ha llevado.

Consuelo de Harley podía consolar, con una sonrisa ó con una mirada, las penas más amargas, porque, al verla, era preciso creer en la existencia de los ángeles en la tierra. Una poblada cabellera rubia, vaporosa y dorada, coronaba su frente de nácar. Tenía grandes ojos azules, mejillas sonro-

sadas y hermosa dentadura; su talle era flexible como una palma; su voz melodiosa y lentamente acentuada, y sus modales estaban llenos de mansedumbre y de dulzura.

Sin embargo, Consuelo no era hermosa; todo su atractivo consistia en la perfecta armonía de sus facciones con su carácter, con su voz, con sus maneras dulces y castas, modestas y dignas; y pudiérase decir que lo que en ella llamaba la atencion y fijaba la vista, hasta el extremo de no poder separarla, era el reflejo de su alma, que enviaba una luz suave y armoniosa sobre su rostro y sobre sus movimientos.

Vestía de tafetan blanco, salpicado de florecitas azules; su traje escotado, como el de su madre, estaba adornado en el pecho y en las mangas, con encaje blanco de gran valor, y llevaba el cabello recogido en gruesas trenzas, sujetas con lazos de cinta azul. Sentada junto al velador, y enfrente de Rafaela, bordaba un pañuelo de trasparente batista, cuyo dibujo era tan complicado como precioso.

Hacía algun tiempo que reinaba el silencio. Rafaela y Consuelo parecian embebidas cada una en su respectiva labor, y la condesa miraba á las llamas que serpenteaban en la chimenea, moviendo con impaciencia su lindo pié, calzado de raso negro, y cubierto con una media de seda calada.

Pareció cansarse por fin de aquella ocupacion, y dijo, dirigiéndose á mistris Wilsson.

—Si no dejas tu bordado, Rafaela, me voy á mi casa.

—Esa amenaza es omnipotente para mí, contestó Rafaela, clavando la aguja en su tapicería y dejándola sobre el velador.

—Tú, niña, vete con Alicia, continuó Leontina, dirigiéndose con imperio á su hija.

—Pero, mamá, contestó Consuelo con dulzura, Alicia está ocupada con su maestro de matemáticas, y no puede sufrir que la interrumpan.

—¡Vete de todos modos! gritó la condesa con un furor que enrojeció ligeramente sus pálidas mejillas. ¿Es posible que no me he de ver jamás libre de tu presencia?

Consuelo dejó su labor y se dirigió con humildad hácia la puerta.

—Vuelve, hija mia, y tira del cordon de la campanilla, dijo Rafaela á la jóven.

Ésta obedeció, y un instante despues apareció Mary á la puerta de la sala.

—Acompaña á la señorita Consuelo á la biblioteca, y enséñale los libros que ha comprado ayer el señor para la señorita Alicia, dijo Rafaela.

Mary se inclinó, y esperó respetuosamente á que Consuelo saliese, siguióla al instante, despues de haber dejado caer los pesados pliegues de la cortina de seda azul.

II.

—Eres injusta con el cielo y tambien con tu adorable hija, dijo Rafaela aproximando su asiento al de la condesa, luégo que Consuelo hubo salido, y tomando con afecto una de sus manos.

—¿Ya empiezas con tus sermones? preguntó con mal humor aquélla, en tanto que fruncia sus negras cejas.

—No, Leontina; pero cuando te veo hastiada de la presencia y de la compañía de Consuelo, recuerdo con amargura que yo estoy privada, bien á pesar mio, de la de mi Alicia!

La pobre madre enjugó, al decir estas palabras, algunas lágrimas que se escapaban de sus ojos.

—Si tú supieras tomar la vida como debe tomarse, no sufririas tanto por cosas que nada valen, dijo la condesa, conmovida al ver llorar á su amiga, porque, á pesar de su genio áspero é irritable, tenía buen corazon; pero tú siempre has sido así, continuó mirándola con una especie de lástima. ¿Te acuerdas de cuando vivíamos en Madrid y éramos de la edad de nuestras hijas?

—Sí, contestó Rafaela con un doloroso suspiro.

—¡Quién pudiera volver á aquel tiempo! exclamó la condesa: vivia mi madre, que tanto me

queria, y que jamás supo rehusarme ningun placer!

—¿Quién te los ha arrebatado despues? preguntó Rafaela sonriendo, no obstante su tristeza.

—Nadie, es verdad; pero confiesa, Rafaela, que mi carácter me ha ayudado toda mi vida á ser feliz: hija yo de una viuda que sólo tenía una posicion mediana, brillaba en todas partes más que tú, que lo eras de un rico comerciante; jamás quisiste lujo ni fiestas; por eso yo pude atrapar á un jóven conde, gallardo y elegante, y tú te casaste con mister Wilsson, ¡el hombre más feo y antipático que conozco!

La condesa soltó aquí una carcajada, que hubiera parecido insultante á cualquiera otra que no hubiera sido Rafaela.

—Tú no sabes, dijo ésta, tú no puedes saber los motivos que me determinaron á casarme con mister Wilsson.

—Como no fuera la avaricia, no alcanzo otros.

—Ya te he dicho que no puedes alcanzarlos.

—Y yo te repito que sólo la avaricia pudo decidirte á casarte con mister Wilsson, tan despreciable por todos estilos.

—Leontina, dijo Rafaela ofendida de las razones de su amiga; yo respeto y estimo á mi esposo, y siento que hables así de él en mi presencia.

—¿Por qué no dices que le amas tambien?

—Porque no sé mentir.

—¿Luégo no le amas?

—Le estimo y respeto, nada más.

—Ya sabia yo que ni una vez sola en tu vida serias franca.

—¿Qué quieres decir?

—Ni respetas á tu marido, ni le estimas.

—No discutamos, por favor, cosas tan graves, Leontina; y ya que tu hija está divertida en la biblioteca, ocupémonos de lo que tenias que decirme.

—Es verdad, ya me habia olvidado de ello; sabe, pues, que mañana á las diez de la noche, he consentido en recibir en casa á M. de Laroche.

—¡Cómo! exclamó Rafaela, ¿ha tenido ese hombre la impudencia de pedirte una entrevista?

—Él.... no; pero me ha pedido el permiso de presentármelo el conde de X....

—¿Y es posible que tú se lo hayas concedido?

—¿Por qué no?

—No creia que olvidases jamás, Leontina, que ese hombre fué el que volvió á tu esposo jugador y libertino, y el que le condujo con mano segura de exceso en exceso, hasta hacerle dejar en ellos la vida.

—¿Quién sabe si lo hizo llevado de la pasion que ya me profesaba entónces? Me la ha pintado de tal modo que....

—¡Esta mujer está loca! interrumpió Rafaela, mirando con espanto á su amiga, y como poseida

de un doloroso terror; y luégo añadió con vehemencia:

—Pero, desventurada, ¿ignoras que Laroche es el amante de todas las mujeres que le dan oidos? ¿que es un seductor de oficio?

—¿Te ha querido seducir á ti? preguntó la condesa con amarga sonrisa.

—No, respondió con firmeza Rafaela; sabía él que yo no soy de las mujeres que se dejan seducir; pero quizá hubiera publicado por todo París que era mi amante, si no le hubiera cerrado las puertas de mi casa.

Alicia, que entró en este instante, interrumpió el vehemente razonamiento de su madre.

En los dos años que han pasado desde que la dejamos en Lóndres, habian sufrido, así su semblante, como su persona, una extraordinaria mudanza. Contaba sólo diez primaveras, y su estatura y la gravedad de sus facciones acusaban catorce. Grandes ojeras daban á su mirada azul y abrillantada una expresion muy triste. Sus anchas cejas negras, sedosas y afelpadas, y sus luengas y espesas pestañas, negras tambien, prestaban cierta austeridad y dureza á la parte superior de su rostro, que completaba el corte de su ancha frente, elevada y serena, y en la cual estaba escrita su inteligencia grandiosa, rápida y profunda.

Pocas veces presenta la naturaleza un tipo más extraño que el de Alicia Wilsson. Conocíase que

el estudio incesante y devorador, que la ambicion de saber habian petrificado el corazon de aquella hermosa niña, y que la gravedad de las meditaciones habian contenido las expansiones de su carácter.

A pesar de su poca edad, su alta estatura, y su gusto tambien, le habian hecho adoptar el traje largo. Llevaba una bata de terciopelo violado, guarnecida de piel de Chinchilla; sobre el cerrado escote del traje volvia una pelerina de la misma piel, que realzaba la blanca palidez de su rostro. Recogíanse sus cabellos, sin adorno alguno, detras de su cabeza, en un grueso y brillante bucle de ébano, sujeto por una espiga de diamantes, y llevaba abrigados los piés con unas babuchas de terciopelo, como el vestido, forradas de pieles y bordadas de oro.

El pañuelo que traia en la mano, y que se hubiera creido bordado por los dedos de alguna hada, estaba guarnecido de encaje regio é impregnado de un fuerte y penetrante perfume.

III.

Alicia entró lentamente. No tenía ya ni la viveza de la niñez, ni el amable abandono y la turbulencia de su edad. A través del orgullo que resplandecia en su frente y en su mirada, se veian una

profunda tristeza y una altivez, que se hubieran podido confundir con el desaliento.

Saludó con una leve inclinacion de cabeza á la condesa, y luégo se sentó en el almohadon de seda azul, con flores de oro, en que se apoyaban los piés de su madre.

—¿Cómo estás, mamá? dijo, apoyando lánguidamente su cabeza en el regazo de Rafaela.

—Bien, hija mia, contestó ésta, acariciando los cabellos de Alicia y besando su frente. Entónces observó que estaba abrasada, y exclamó con terror:

—¡Dios mio, Alicia! ¿por qué trabajas tanto? ¡Vas á enfermar!

La niña no respondió; pero llevó su blanca y pálida mano á la cabeza, y sacó de sus cabellos la aguja de diamantes, arrojándola con desden sobre el velador qne sostenia la lámpara.

Derramóse instantáneamente su cabellera, como una cascada de seda por sus espaldas, y la envolvió en un reluciente manto.

—¡Pero, Alicia, vas á manchar ese magnífico traje! dijo la condesa, mirando con lástima la bata de terciopelo de Alicia, sobre la cual se esparcian sus cabellos.

La niña encogió los hombros con desprecio, y nada respondió. Pero su madre reunió con trabajo aquella soberbia cabellera, y la ató con una cinta de terciopelo que quitó de su propio cuello. Luégo se puso á trenzarla con íntimo placer, y para que

no martirizase la espalda de Alicia con su peso, la enroscó en su misma falda. Cuando acabó, se inclinó hácia su hija; pero ésta, fatigada de sus largas horas de estudio, se habia dormido con toda la inocente paz de sus dos lustros.

—¡Duerme, hija mia! murmuró Rafaela contemplando á su hija con una conmiseracion profunda. ¡Duerme, y haga el cielo que siquiera en sueños te visiten las cándidas ilusiones y la dulce alegría de tu edad! ¡Eres ya célebre, mi pobre Alicia! ¡Todo París habla ya de tu profundo saber, de tu talento y de tu riqueza! Dentro de dos años te asediarán los pretendientes, y serás la jóven más codiciada de Francia y de Inglaterra. Pero ¡quién te devolverá, amor mio, la savia del corazon, y las gratas esperanzas de la infancia! Siendo tú tan grande, ¡qué hallarás que sea digno de tí! ¡Qué habrá en el mundo que no te parezca inferior! ¡Qué hombre habrá al que puedas tú respetar por la superioridad de su inteligencia, ó por lo vasto de su instruccion! ¡Oh, hija mia! tu madre ha sido desgraciada por ser muy ignorante, pero tú vas á serlo más por saber demasiado!

Calló Rafaela, é inclinó sobre la altiva frente de su hija su hermoso semblante, cubierto de lágrimas. Al verla llorar así, sobre aquella dormida adolescente, se la hubiera podido tomar por el ángel del dolor, lamentándose de la muerte de una jóven.

La imperiosa voz de Leontina la sacó de sus amargas meditaciones.

—Mejor sería, dijo la condesa, que en vez de llorar, enseñaras á tu hija á tener un poco más de educacion: ¡dormirse así en el suelo!

—¡Ah, Leontina! exclamó Rafaela, alzando hácia su amiga su dulce semblante: ¡Déjala! ¡No sabes cuál es su vida! ¡Este es, despues de muchas horas, su primer instante de reposo!

—¿Y por qué te desconsuelas así? ¿No debias, por el contrario, alegrarte de tener una hija célebre por sus vastos conocimientos y por su talento, no ménos que por su hermosura? ¡Cuánto no daria yo porque fuese así Consuelo!

—¡Líbrete Dios de semejante dolor! ¡Deja á Consuelo que sea buena hija primero, y despues buena esposa y buena madre!

—La humildad de sus inclinaciones me tiene aburrida; parece una labriega, no tiene aficion más que á coser y á bordar, y no hay forma de hacerla emprender ningun estudio que valga la pena.

—Yo habia pensado, dijo tristemente Rafaela, que de la intimidad de nuestras dos hijas resultaria un bien para entrambas; creí que Consuelo se aficionaria algun tanto al estudio viendo á Alicia, y que ésta tomaria gusto á las tareas femeninas, conociendo el método de vida de su amiga; pero ya he perdido toda esperanza de lograrlo.

—Sin embargo, ellas se quieren mucho; pero tambien nosotras nos hemos amado siempre, y no obstante, no nos hemos parecido jamás.

La puerta, que se abrió para dar paso á Consuelo, cortó esta conversacion. Eran las doce: la condesa se despidió de Rafaela, y se marchó con su hija.

En cuanto á mistriss Wilsson veló el sueño de Alicia, rezando fervorosamente por su tranquilidad. Cuando se despertó, la acompañó ella misma á su cuarto, y despues de haberla recomendado á los cuidados de Mary y de mistriss Beld, se volvió al suyo para acostarse.

CAPÍTULO V.

Leontina.—La emancipacion de la mujer.—Aparece Claudio Laroche.

I.

Como habrán podido ya conocer mis lectores, la amistad de Rafaela con Leontina, ahora condesa de Harley, databa desde la niñez de entrambas. Leontina era hija de una viuda que poseia una regular fortuna; pero que adorando á aquélla con esa ceguedad perjudicial, y tan comun en las madres, le dejaba hacer su gusto en todo, y se comprometia, para satisfacer sus caprichos, á gastos dispendiosos y considerables.

La jóven habia nacido bella, y estaba fatalmente dotada por la naturaleza. La escasez de sus alcances era tan notable como su excesiva vanidad y su desmedido deseo de brillar: no teniendo idea alguna sólida de religion, y habiendo vivido siempre al lado de su madre, que era buena porque en su vida habia sabido ser mala, sus defectos fueron

creciendo del mismo modo que su lujo y su ostentacion.

He dicho ya en otro lugar de este libro, que una mujer puede ser el ángel ó el demonio del hogar doméstico, segun sean su educacion é inclinaciones; pero que hay muchas que no son ni lo uno ni lo otro, lo cual es infinitamente peor.

En efecto: ¿hay cosa más desesperante que una mujer sin carácter fijo? ¿Que una de esas mujeres sin pasiones, sin inteligencia, sin aspiraciones y hasta sin defectos?

—¿Qué le falta á V. para ser dichoso? preguntaba yo, no hace mucho tiempo, á un amigo mio, hombre de buen talento, y poseido de tan devorante tristeza, que no halla en todo el mundo un lenitivo para ella: ¿qué es lo que le falta? Es usted rico, tiene una esposa bella y jóven, dos hermosos hijos y buena salud: ¿no es, pues, ofender á Dios el ostentar, y hasta el sentir ese abatimiento profundo en que todos le vemos sumido?

—No sé si es ofender á Dios el estar aburrido de la vida; me respondió con aire sombrío; pero á usted, amiga mia, le diré lo que á nadie he dicho aún: ¡me canso de vivir!

—Esas palabras impías no salen del corazon de usted; al ménos le hago la justicía de creerlo así: ¿tendrá V., por desgracia, sinsabores domésticos?

—¡Pluguiese á Dios!

—¿Es, pues, el exceso de la dicha lo que le fatiga?

—¡El exceso de la dicha! ¡Ah, si V. supiera lo que es vivir al lado de una estatua de yeso, como yo vivo hace seis años, me compadeceria!

—¿No sería peor que le hubiera tocado en suerte una mujer mala?

—No. El mal se previene, y se afana el hombre en precaverlo: el bien se goza con deleite; pero la nada ¡mata! ¿Hay que agradecerle el que sea buena á una mujer que no tiene aliento, ni corazon, ni pasiones para ser mala? ¡No, no, María! ¡Esto no es virtud! ¡Es... nulidad! ¡El amor, la generosidad, son nombres vacíos é incomprensibles para esas criaturas, para esos autómatas á quienes creo que la justicia de Dios negará la entrada en el cielo y en el infierno, y los conducirá al limbo!

—Pero, amigo mio, esos pobres séres tienen su destino en la tierra; para alguna cosa les ha criado Dios, y V. ofende su eterna sabiduría negándoles toda influencia en la sociedad y en la familia, todos sus derechos en esta vida y en la otra!

—¿Quién niega que tienen un destino? Le tienen, y tan elevado, como corresponde á su nulo organismo: tienen la mision de hacer ambicionar igualmente el bien y el mal, porque uno y otro se echan de ménos en ellos!

Mi amigo acompañó sus últimas palabras con una sonrisa seca y nerviosa, que me hizo mucho daño.

—Todavía quedan á V. sus hijos, repuse anhelando calmar aquel dolor profundo, y llenar con una sensacion consoladora, el vacío insondable de su corazon.

—¡Mis hijos! repitió, en tanto que una lágrima templaba el brillo de sus ardientes ojos, mis hijos se nos parecerán mucho á su madre y á mí; mi hija sabrá coser, barrer, comer y dormir, como hace su madre: oirá misa todos los domingos y confesará cada dos meses; pero si á los sesenta años de su edad se le preguntase qué significa lo que reza, no sabria decirlo: su corazon se helará, sin que lo haya calentado una sola vez al amor ó el entusiasmo!

Si se casa con un hombre que se le parezca, será dichosa á su manera; si se casa con un hombre que piense y sienta, será feliz tambien, pero hará de su marido un réprobo, que huirá de su lado como yo huyo del de su madre; en cuanto á mi hijo, es ya tan semejante á mí en carácter é inclinaciones, que no dudo se me parecerá completamente; buscará riqueza y hermosura, como busqué yo, y luégo maldecirá cada dia el lazo que le ahoga, y que él mismo rodeó á su cuello!

—¡Ah! pensé yo contemplando con tristeza á aquel hombre, ¡el amor es lo que eleva, hace buena y engrandece á la mujer! ¡Triste destino el de aquella que no lo comprende ó le desconoce, porque tampoco sabe inspirarle!

II.

La madre de Leontina fué para su marido *una estatua de yeso,* como decia mi amigo de su esposa. Cuando enviudó lloró los nueve dias de costumbre, pero sólo delante de las gentes; cuando estaba sola comia, bebia y dormia con el mismo desahogo que cuando vivia su esposo.

Si no se volvió á casar en seguida, fué porque su hija Leontina, que ya contaba catorce años, se ponia hecha una furia cuando alguno hablaba á su madre de casamiento. Esta temia á su hija; y aunque he dicho que la adoraba, no merece el nombre ni de adoracion, ni áun de cariño, la mezcla odiosa de indigno servilismo y de estúpida indiferencia con que miraba todos los caprichos de su hija.

Como consecuencia indispensable de los cuantiosos gastos de Leontina, su fortuna fué decayendo; no bastándole las rentas acudió al capital, y si á los diez y ocho años no hubiera conocido Leontina al conde de Harley y hubiera logrado casarse con él, madre é hija hubieran tenido que pasar muy duras pruebas.

Rafaela entre tanto pasaba su vida al lado de su padre, y casi en un absoluto retiro. Vivian en la misma casa que Leontina y su madre, y bajo el

mismo techo habian crecido entrambas jóvenes, uniéndolas más que la edad, la dulzura del carácter de Rafaela, y el afan de dominio del de Leontina. Esta tenía cuatro años más que la señorita de Aguilar y habia llegado á intimidarla de tal modo con su soberbia é irascibilidad, que Rafaela no tenía más voluntad que la suya.

Solamente con Leontina y con su madre salia Rafaela de su casa, y cuando las veian en un mismo palco, en el teatro, las dos jóvenes llamaban la atencion general; la una con su soberbia belleza de diez y ocho años, y la otra con su cándida hermosura de catorce.

Rafaela asistió al casamiento de su amiga, y apénas celebrado, partió Leontina á París con su esposo, que era jóven, rico y estaba dotado de mil cualidades recomendables. Rafaela quedó en Madrid con su padre, y seis años despues le acompañó á Lóndres, donde, como ya sabemos, casó con mister Wilsson.

El conde de Harley conoció, aunque tarde, su yerro en casarse con Leontina; tuvo dos hijos, que murieron, y por último, una hija, á la cual puso por nombre Consuelo, pues era verdaderamente el único que le quedaba en medio de sus pesares domésticos.

No obstante, el conde de Harley tenía sólo veintiocho años, y un dia pensó maduramente acerca de si le convendria más acabar de un golpe

con su esposa, encerrarla en un convento ó hacerse el tonto con respecto á su demasiado visible coquetismo.

Despues de largas reflexiones, calculó que ya no la amaba. Que con darle un golpe y matarla exponia su propia vida, y que encerrándola en un convento, además de provocar un escándalo, le costaria desembolsar el importe de unos crecidos alimentos. Sacó en consecuencia que su mujer valia tan poco que no merecia ninguna de estas cosas, y tomó el partido de dejarla divertir á su sabor y de divertirse él tambien cuanto le fuera posible.

Entónces, es decir, pocos dias despues de haber formado esta prudente determinacion, conoció á M. Laroche; era éste uno de tantos caballeros de industria como pululan en París, y que vivia, sin saber de qué, con grande ostentacion.

M. Laroche pareció aficionarse muchísimo al conde, y poco á poco le fué encenagando en todos los desórdenes de su vida licenciosa. Sin embargo, el conde conservó ileso su honor; todas sus deudas eran pagadas religiosamente, y no pocas veces satisfizo tambien las de su amigo M. Laroche.

Consuelo se parecia á su padre. Dotada de exquisita sensibilidad y de una percepcion admirable, y educada además por una excelente señora, á quien su padre suplicó le sirviese de aya, un instinto invencible la separaba de su madre, la

cual, por su parte, pasaba dias enteros sin verla y sin pensar siquiera en que tenía una hija.

Cuando Consuelo contaba apénas ocho años tuvo que llorar la muerte de su padre; la salud del conde, delicada de suyo, no pudo resistir á los excesos de todas clases á que se entregaba, y contrajo una enfermedad que le llevó al sepulcro en pocos meses. Consuelo, á pesar de su corta edad, veló á su padre noche y dia, en tanto que su madre no perdió una sola de sus habituales diversiones.

Pocos dias despues de haber muerto el conde salió para Alemania M. Laroche. Muchas personas habian advertido la aficion desmedida que le profesaba la condesa en vida de su esposo, y áun se decia que él era insensible á su cariño; así, aquella marcha precipitada chocó á casi todos, atribuyéndola á motivos favorables para Claudio Laroche. Mas, ¿qué podia ya conceder el mundo á aquel hombre dominado por las pasiones? Los rumores cesaron muy pronto, y la condesa tardó poco en volver á su coquetismo y á su disipacion habitual, olvidándose de Claudio.

Cuando Leontina se decidia á ver á su hija era sólo para regañarla y regañar á su aya por el método de vida que ambas hacian. Ella hubiera querido ver á Consuelo aficionada al lujo, y la niña era la misma sencillez. Hubiérala querido ver arrogante, y ella estaba dotada de la más dulce y

hermosa humildad. La hubiera deseado instruida y brillando por su talento, y el aya que su padre le habia buscado sólo la habia enseñado á ser buena, dulce, sumisa, á sentir, á trabajar con perfeccion en todas las labores de su sexo, á gobernar una casa y á rezar con fe y devocion.

Consuelo llevaba desde la muerte de su padre, y sin que Leontina se apercibiese de ello, todas las cuentas de los inmensos gastos de la casa, y su aya le hacía conocer los excesos y el modo mejor de remediarlos, para cuando ella tuviese una familia que gobernar.

Cuando mister Wilsson, cansado ya de ejercer la usura en Lóndres, determinó fijar su residencia en París para idear nuevos modos de enriquecerse, Rafaela escribió á su amiga Leontina, con quien habia seguido una correspondencia lenta, pero no interrumpida. La condesa, idólatra de todo lo que brilla, y sobre todo, idólatra de la riqueza, se apresuró á ir á visitar á su amiga. Pero no fué la belleza de Rafaela lo que más la admiró, ni la riqueza de mister Wilsson; lo que la cautivó sobremanera fué Alicia, su extraordinario talento, su vasta instruccion y su aire regio.

Rafaela, por su parte, halló tan vacía y superficial la cabeza de su amiga, que no pensó siquiera en confiarle la más mínima parte de sus penas. Pero ¡cuánto admiró la gracia, la dulzura y todas las bellas dotes de su hija! ¡Cómo sintió crecer

cada dia en su corazon el afecto que le inspiraba Consuelo! ¡Y cuánto hubiera dado porque Alicia se la hubiera asemejado!

III.

—No mereces tú á esa admirable niña, decia Leontina muchas veces mirando á Alicia con una envidia que se traslucia en la enconada expresion de su rostro. ¡Oh, las ayas, las ayas! ¡Qué bien ha hecho su padre en no buscarle aya y en educársela él mismo!

—Leontina, respondió mistres Wilsson con tristeza, yo hubiera querido que Alicia hubiera tenido el aya de tu hija, ya que su padre no me ha creido capaz de educarla por mí misma.

—Tú has sido siempre una necia, y no serás otra cosa miéntras vivas, respondia la condesa con impaciencia; tu marido debe tener alguna idea grande con respecto á tu hija.

—¡Sí, una idea monstruosa! replicó Rafaela un dia que su amiga le habia dicho estas palabras, acaso por la milésima vez: ¡quiere hacer ver en mi hija que es posible la emancipacion de la mujer!

—¿Quién lo duda?

—¡Yo, Leontina, yo! Y ántes quisiera morir que ver á mi pobre hija prestándose á realizar ideas tan absurdas!

—¡Pues qué! si nos dieran á las mujeres la educacion que se da á los hombres, ¿no seríamos tan capaces como ellos de manejarnos solas? ¿Hay alguna diferencia entre nuestra inteligencia y la suya?

Leontina decia estas vulgaridades, repitiendo lo que habia oido decir tantas veces; Rafaela conòció que no emitia ideas propias y que sólo era el eco de las ambiciosas utopias de otras mujeres de más talento, pero no de mejores instintos. No obstante, aunque estas reflexiones hubieran podido dispensarla de contestar, no quiso hacerlo, temerosa de la influencia que podia ejercer en su hija tan fatales ideas.

—No seré yo, repuso, quien dispute si la inteligencia de la mujer es igual ó superior á la del hombre; pero sostendré siempre, con el calor de una conviccion profunda, que la mujer no ha nacido para la emancipacion, y que Dios no le ha dado ese destino en el mundo. ¿Cómo habia de señalar la soledad y el aislamiento como la mayor de las venturas, al ser más débil y amoroso de la creacion? ¿Cómo habia de privarla de la familia y de los goces sublimes del amor materno?

—Pero, Rafaela, exclamó la condesa, cuya luz natural daba algunos chispazos cuando no la ofuscaban sus pasiones: ¿tratas acaso de confundir, ó reunir más bien de un modo inseparable los goces de los sentidos, con los derechos ó con el poderío de la inteligencia?

—Y qué, Leohtina, ¿quieres tú conceder el matrimonio á la emancipacion de la mujer? ¿Qué derechos tendria entónces el esposo? ¿Quién querria serlo de la mujer emancipada?

—Si la emancipacion fuese un hecho ó una ley adoptada en vez de una teoría como es hoy...

—¡Jamás! interrumpió Rafaela con fuego, ¡jamás habrá esposo para la mujer emancipada, ora se considere su emancipacion como un sueño de imaginaciones enfermas, ora se imponga á la sociedad como ley! ¿Qué hombre querria ver educar á sus hijas para pedagogos, y á sus hijos para la nulidad? ¿Qué hombre declinaria así los sagrados derechos de la naturaleza? ¿Qué ocupacion honrosa quedaba al hombre en su hogar si la esposa manejaba los negocios y disponia de los haberes?

—¡Bah! ¡Bah! ¿Hay más que abolir el matrimonio?

—Entónces la emancipacion es una monstruosidad á que muy pocas mujeres querrian avenirse; quedarian los hogares sin calor y sin luz, porque no habria ni esposas ni madres.

—Quedaria el amor á la mujer.

—¡Horror! ¿Qué es el amor cuando no está contenido y embellecido por el deber? ¿Pretendes que el hombre hablase sólo á nuestros sentidos y nunca al corazon? No, no, Leontina; Dios mismo hizo al hombre el jefe natural de su familia. *¡Trabaja!* le dijo en Adan. *¡Ama!* dijo en Eva á la

mujer. *¡Consuela al hombre! ¡Hazle más llevadero mi castigo! ¡Síguele donde quiera que vaya!*

—Tu hija me parece un espíritu tan fuerte, que no necesitará del amor para ser dichosa, y podrá serlo sin faltar á esa virtud que tú mides á varas.

—¡Ese es todo mi temor! exclamó Rafaela alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas y sus cruzadas manos: mi temor es que su corazon se petrifique, y que pueda vivir sin amor. ¡Sin amor!... ¡La redencion, el consuelo, la fuerza y el cielo en la tierra de la mujer!

IV.

A pesar de la diferencia de carácter y de educacion que existia entre Alicia y Consuelo, las dos niñas se amaban con entrañable afecto. Admiraba la hija de la condesa la fortaleza y la arrogancia de la hija del inglés, y Alicia miraba con una especie de tierna, pero altiva conmiseracion, la debilidad y la mansedumbre de Consuelo.

Ésta, al presentarla á mis lectores, hacía ya un año que no tenía aya. Persuadida su madre de que la buena señora á quien el conde habia encargado de la educacion de Consuelo alimentaba la *bajeza*, como ella llamaba, de los instintos de ésta, en vez de procurar enaltecerlos, aprovechó la primera ocasion de despedirla de su casa.

Consuelo quedó, pues, como aislada y falta de toda compañía desde que fué despedida su buena aya. Ocupada como estaba su madre en hacer ó recibir continuas visitas, apénas la veia, y por otra parte, sus caractéres é inclinaciones diferian demasiado para que no fuese absolutamente imposible toda intimidad entre ámbas.

Hay en el alma cierta clase de afecciones, independientes del amor, de la amistad y hasta de los lazos de la sangre. Se ve á veces que se unen dos personas por la más fuerte simpatía, siendo del todo opuestas en sentimientos y carácter, y otras veces advertimos que reina entre dos hermanas, y áun entre madre é hija, una divergencia continua y sostenida. Esto era lo que sucedia á la condesa y á su hija; sin embargo, esta constante oposicion estaba templada por parte de la niña con el respeto y la ternura que profesaba á su madre.

La condesa pasaba su vida en los salones y teatros, adonde rara vez iba acompañada de su hija, y hubiera podido creer que guardaba á Consuelo como un medio de atraer las atenciones en derredor suyo, cuando la edad hubiera disipado todos sus atractivos. Consuelo permanecia todo el dia solitaria, y pasaba las veladas igualmente sola en su cuarto, ocupada en leer alguno de los libros que tenía en la pequeña y escogida biblioteca que le habia formado su padre, y en alguna labor de aguja, en las que era, por hábito y por aficion, en

extremo primorosa. A las once, y cuando todavía no habia vuelto su madre á casa, se arrodillaba en su reclinatorio, rezaba y se acostaba.

Aunque hija de una de las casas más nobles y ricas de Francia, Consuelo vivia como una jóven de la clase media, exceptuando los trajes de valor que su madre le obligaba á gastar de continuo, para ver, como ella decia, si era posible que se aficionase al lujo. Por lo demas, Leontina, que pasaba meses enteros sin entrar en el cuarto de su hija, no habia echado de ver que su mueblaje, que cuando era muy niña tenia una excesiva sencillez, se habia convertido en muy pobre para una jóven de doce años, ó hija de la brillante condesa de Harley.

Consuelo sólo salia de su casa los domingos para ir á misa, y las noches que su madre pasaba con Rafaela. Pocas veces veia á Alicia, que ocupaba una gran parte de la velada en dar sus lecciones, y el resto en estudiar; pero ésta no se olvidaba nunca de ir á abrazar á su amiga cuando la veia llegar y cuando calculaba que era la hora de que se volviese á su casa. De este modo se fué consolidando cada dia más el lazo fuerte y simpático que unia á aquellas dos hermosas criatûras; lazo que con el tiempo debia ejercer una gran influencia en el porvenir de entrambas, porque las afecciones de la infancia dan lugar casi siempre á los más importantes sucesos de la vida.

Algunos dias ántes de la noche en que he presentado á Leontina por la vez primera á mis lectotores en casa de mister Wilsson, apareció de nuevo Claudio Laroche en París.

Era un hombre hermoso, pero de una belleza que tenía algo de fatídica y sombría. Hijo de un herrero, habia dejado la fragua de su padre para ser actor de una compañía de la legua, y luégo se habia metido á accionista con un caudal improvisado, de esos cuya procedencia no puede adivinar nadie, pero que es tanto más deshonrosa, cuanto mayor es el misterio que la encubre.

No obstante, Claudio Laroche habia tenido en otro tiempo magnífica casa y hermosos trenes, y esto bastó para que se le abriesen muchos salones, cerrados á la pobreza honrada y digna. En ellos habia conocido al conde y á la condesa de Harley, y se habia apoderado á un tiempo mismo de la voluntad del uno y de la otra.

La condesa supo su partida á Alemania con poca pesadumbre, pero vió su regreso con gran placer; porque si hubiera sido capaz de querer á otro sér que no fuese ella misma, seguramente hubiera sido M. de Laroche dueño absoluto de su corazon.

Claudio tenía treinta años á su vuelta á París. Era alto, delgado, moreno y nervioso. Sus ojos eran rasgados y negros; su cabello negro tambien, abundante y rizado; su nariz aguileña y ligeramente encorvada. Una hermosa barba negra y ensortija-

da cubria la parte inferior de su rostro; y le daba un aire enérgico y atrevido.

Procuró ser presentado de nuevo en casa de la condesa de Harley, y muy pronto halló el medio de conseguirlo, gracias á la facilidad con que Leontina accedió á las instancias de otro de sus numerosos amigos, que se lo rogó en nombre de Claudio, diciéndole que no se atrevia á presentarse solo en su casa.

CAPÍTULO VI.

La berlina azul.—Dos antiguos socios.

I.

Eran las diez de la mañana. El sol de Mayo brillaba en el cielo, comunicando vida y alegría á la gran ciudad de París, cuando un hermoso carruaje paró á la puerta de una casa de mísera apariencia, en el solitario barrio del Marais. La calle, larga y triste estaba cubiérta en parte por la hierba que brotaba entre las mal unidas piedras, signo seguro de su soledad. Dos ó tres casas diseminadas á largas distancias, y separadas por las tapias de otros tantos grandes jardines, era lo único que animaba la monotonía del paisaje, terminado entónces por una iglesia que se veia al fin de la calle.

La casa á cuya puerta se detuvo el carruaje, de que ántes he hablado, era la más pequeña de todas. La puerta, angosta y despintada, estaba guarnecida de gran cantidad de telarañas, imprimiéndole el desaseo un sello repugnante de incuria y de tris-

teza. Sobre la puerta habia dos ventanas, llenas tambien de polvo y telarañas, y cerradas con vidrios engastados en plomo. No se veian cortinas en su parte interior, ni señal siquiera de que habitase nadie aquella mísera vivienda.

Extraño contraste hacía por cierto aquella pobre casa con el brillante carruaje que se habia detenido á su puerta. A pesar de no tener blasones el coche, llamaba mucho la atencion su soberbio tronco de caballos tordos, la riqueza de las guarniciones y la vistosa librea del cochero y de los dos volantes que ocupaban la trasera. La berlina era azul, grande y cómoda: estaba cerrada con cortinas de seda azul tambien, y se conocia fácilmente que su dueño pertenecia á la aristocracia del dinero, por cierto mal gusto, consistente, sobre todo, en ostentar un tren de gala á las diez de la mañana.

Uno de los lacayos que ocupaban la trasera del carruaje, bajó y llamó tres veces con el sonoro aldabon, no sin haberse quitado ántes su flamante guante blanco para no ensuciarlo, accion que hablaba poco en favor de la prodigalidad de su amo. Oyéronse al instante unos pasos precipitados, y la puerta se abrió, asomando por ella la enérgica cabeza de Claudio Laroche.

—¿Viene su gracia? preguntó en voz baja al lacayo.

— Sí, señor, respondió éste, al mismo tiempo que bajaba del coche su amo con toda la lentitud y prosopopeya de un hombre opulento.

Su aspecto, tanto por lo ménos como la carencia de blasones del carruaje, y su ridícula ostentacion, decian que aquel hombre pertenecia á esa clase incalificable que participa del hurto, de la usura y de una riqueza enorme. Llevaba pantalon negro muy ajustado, que dejaba ver un pié larguísimo, huesudo y anguloso, calzado con media de seda blanca y zapato de charol con hebilla. Un frac azul, ya muy deteriorado, encerraba los contornos de su cuerpo, y su chaleco y su corbata, de una blancura deslumbradora, hacian resaltar más la palidez amarilla de su flaco rostro.

Creo que mis lectores habrán conocido sin dificultad á mister Wilsson en el personaje que tan temprano visitaba á Claudio Laroche. Entró aquél en la vivienda de este último, y la puerta se cerró tras del visitador y del visitado.

II.

—Pensaba hallarte aún en la cama, dijo el inglés á Claudio en tanto que subian la escalera de yeso, tan hedionda y llena de basura, que apénas podia darse un paso en ella.

—¿En la cama? ya hace media hora que he vuelto á casa, despues de haber andado otras dos por París, repuso Claudio.

—Entónces no te habrás acostado esta noche.

—Así ha sido; vine á las cuatro á casa, y luégo escribí algunas cartas.

Al decir estas palabras, ámbos entraron en una salita desmantelada y oscura, á pesar del sol que iluminaba la pared de enfrente, pues por la excesiva suciedad de los vidrios no podia apénas pasar la luz.

—Siéntate, dijo Claudio á mister Wilsson, dándole una silla coja, única que se veia allí.

Y luégo sentándose él mismo en un delgado y mugriento colchon que habia en el suelo, y que probablemente le habia servido de cama con una manta apolillada que se veia rebujada encima, preguntó con una acritud amarga, que no podia disimular á pesar de sus esfuerzos:

—¿Qué quieres de mí?

—¿No lo presumes? preguntó á su vez mister Wilsson con una risita sardónica que dejó ver un poco sus dientes amarillos y desiguales.

—Sí, contestó sombriamente Claudio; me parece que vienes á pedirme dinero.

—Te parece, pues, la verdad.

—Mira, repuso Claudio riendo á su vez con una expresion que hubiera helado de espanto á cualquiera que no hubiera sido mister Wilsson, mira en derredor tuyo.

El banquero tendió sus redondos ojos por la estancia, con una expresion admirable de indiferencia y de frialdad.

—Ya he mirado, dijo despues á Claudio.

—Ahora, continuó éste, mírame á mí; y con un movimiento rápido desabrochó su raida levita negra, y mostró al inglés su pecho moreno, desnudo y enflaquecido. Claudio Laroche no llevaba camisa. Mister Wilsson se encogió de hombros con un movimiento que decia bien claro:

—¿Qué me importa á mí todo eso?

Claudio Laroche vió aquel movimiento y le comprendió. Existian entre aquellos dos hombres lazos muy odiosos, pero muy fuertes y antiguos para que pudieran desconocerse.

Lanzó á mister Wilsson una mirada ardiente y profunda, y le dijo con una calma glacial, que hacia el más espantoso contraste con la expresion de su rostro:

—Creo que ya no pensarás en pedirme dinero.

—Claudio, dijo mister Wilsson, tienes treinta años y yo cincuenta y dos; y á pesar de que has cruzado con paso bastante rápido la tortuosa senda de tu vida, yo sé más que tú.

—¿Qué me importa? replicó Claudio con expresion salvaje.

—Hablemos un poco, y luégo bueno será resumir, Claudio: ya sabes que hace once años te entregué una fortuna que debíamos partir entre los dos, y que, sin embargo, me dijiste necesitar entera.

—¿Y cómo habias de conservarla, sabiendo to-

dos los negociantes de Lóndres que en tu casa habia estado depositada, y afirmando tú que la habia retirado de ella su legítimo poseedor?

—Sea de ello lo que quiera, tú te llevaste 80.000 duros, y el dueño de ellos murió loco por querer yo favorecerte á ti con la mitad de esa cantidad, que despues te llevaste por entero. Poco despues te dí otra gruesa suma para que pudieras deslumbrar al conde Harley y escamotearle en el juego, á condicion de entregarme á mí 600.000 francos.

—¿Y no te los entregué?

—No lo niego; pero déjame hablar: no vengo á pedirte nada por lo que respecta á semejante asunto.

—¿Será por los 80.000 duros que gasté en Alemania?

—No, escucha: cuando ví perdidas mis esperanzas de casarme con Rafaela Aguilar, ya sabes que yo compré al comerciante de París, quien declarándose en quiebra, dejó casi por puertas á su padre.

—¡Es cierto! murmuró Claudio, cuya fisonomía se alteró de un modo extraño.

El comerciante hizo tres partes de las sumas depositadas en su casa por el Sr. Aguilar: te dió á ti la una, quedó él con la otra, y la tercera la percibí yo.

Entónces fué cuando nos conocimos.

—Sí; tú eras ya compañero de infamias de aquel

honrado socio, y te presentó á mí como una persona *muy entendida en los negocios*, tardando tú bien poco en demostrarme toda tu habilidad á pesar de tus pocos años.

—¿Y qué se deduce de todo eso?

—Que ahora vengo á pedirte para mi hija, la parte que cobraste de la ruina de su abuelo.

Claudio soltó una carcajada, y el banquero continuó:

—Sé que no puedes devolverme las sumas anteriores; pero sí la que te tocó en aquel reparto.

—¿No te he dicho que no tengo un maravedí?

—Sí, yo lo sabía además; y por eso no te la exijo ahora.

—¿Cuándo, pues?

El dia que te cases con Leontina.

III.

Reinó el silencio algunos instantes. Claudio habia doblado la frente, y parecia sumergido en una meditacion amarga y profunda. Mister Wilsson esperó una respuesta, pero viendo que no la obtenia, prosiguió así:

—Escucha; te casarás con Leontina; y marchareis en seguida á los Estados-Unidos; en vez de darme los 10.000 duros que te tocaron en el despojo de mi suegro, te daré yo medio millon de reales.

—¡Qué escucho! exclamó Claudio levantándose de su mísero colchon; ¿qué es lo que te mueve á hacerme tan magníficas promesas?

—Mi propio interes. ¿Crees acaso que hago alguna vez algo por nada? Ya te he dicho que yo necesito que te cases con la condesa; pero áun me falta decirte lo demas que te exijo.

—Habla.

—Así que seas su marido, pretextarás negocios en New-York, adonde marcharás al instante con tu esposa y con mi hija.

—¡Cómo!

—La condesa y tú os llevareis á Alicia; los Estados-Unidos son el único país capaz de hacer germinar en el alma de mi hija las ideas que yo he sembrado en ella; allí hay mujeres sábias y doctoras; harás que mi hija asista á los *meetings*, y á las cátedras, y al mismo tiempo la harás presenciar los crueles castigos de los esclavos negros, para que su corazon adquiera la dureza necesaria, y que la ha de servir de coraza para los efectos que combaten la existencia de las mujeres en general.

—¡Por el infierno! ¿Qué proyecto es el tuyo? exclamó Claudio dando un paso atras con el cabello erizado á pesar de la dureza de su alma: ¿quieres pervertir á tu hija? ¿Deseas que se convierta en una fiera semejante á ti? ¡No esperes de mí que coopere á semejante monstrosidad!

—Siéntate, Claudio, y acaba de escuchar con calma lo que exijo de ti, dijo mister Wilsson con la más admirable sangre fria, y sin que le hiciese la más leve impresion la indignacion de su socio; luégo, continuó, luégo te diré cuál es la recompensa que destino á tus servicios.

Sentóse otra vez Claudio en su mísero lecho, y se enjugó el sudor que corria por sus sienes con un pañuelo de rica batista, que por el blason bordado en una de sus puntas era fácil conocer que habia pertenecido á alguna dama, y que era dádiva de una de aquellas frenéticas pasiones que Claudio sabía inspirar.

—Quiero, continuó el banquero, que Alicia asista á las disertaciones de las doctoras, y á las cátedras de los protestantes; quiero que la lleves todos los dias al mercado de esclavos, y que presencie los castigos que los colonos imponen á sus negros; de esta manera perderá esa blandura de carácter que áun advierto en ella, y que le ha sido fatalmente trasmitida por su madre.

—¿Pero qué proyectos son los tuyos con respecto á tu hija?

—Quiero hacer ver á la sociedad entera que la condicion de la mujer puede ser enaltecida por medio de su emancipacion.

—Pero si esa opinion hubiera prevalecido siempre, ni te hubieras casado tú, ni se hubiera casado ningun hombre.

—¿Y para qué me ha servido á mí el casarme? exclamó mister Wilsson levantándose con furia de su asiento, y cruzando á grandes pasos aquella miserable habitacion; ¿qué ha adelantado mi fortuna con mi matrimonio? ¿De qué me ha servido mi mujer? ¡No, no! No quiero que el dinero que con tanto afan he ganado, pase á poder de otra familia; quiero que lo disfrute mi hija, mi hija sola.

—Pero, loco, repuso Claudio, en cuyos labios se pintó una sonrisa de desprecio, ¿no conoces que todos esos sueños son irrealizables, que todos esos castillos han de venir á tierra el dia en que tu hija se enamore?

—Para evitar que se enamore, pues, es para lo que te la entrego, Claudio: ¡Enamorarse! ¡Amor! Estas palabras han carecido siempre de todo sentido para mí. La mujer se casa para tener libertad, posicion, riqueza; y si á mi hija le sobra todo eso, no pensará jamás en casarse para adquirirlo.

—¿Y tú por qué te casastes?

—¿Qué sé yo? Tenía por mi mujer una especie de sentimiento amargo y lleno de afan, que me martirizó hasta que me casé con ella, y que al mes de mi matrimonio habia ya desaparecido; pero no hablemos de mí; yo no tengo ya otra pasion que la de acumular dinero, mucho dinero.

—Esa te ha dominado siempre.

—No te lo niego, pero ahora se ha acrecentado.

Claudio no dió muestras de haber oido estas últimas palabras. Con la frente apoyado entre las manos parecia entregado á una meditacion dolorosa y profunda.

Extraño contraste presentaban aquellos dos hombres. Mister Wilsson alto, flaco, huesudo, con la cara y manos arrugadas, con su mirada amarga é incisiva, con su boca hundida y burlona, se parecia á Mefistófeles, el tentador de Fausto.

Claudio Laroche, dotado de esa belleza peculiar del estío de la vida, de esa belleza enérgica y ardorosa que tanto dice al alma, y que lleva el sello del alma de quien la posee, se parecia al mismo Fausto. Como el amante de Margarita, tenía Claudio morena la tez, hermosa y abundante la negra cabellera, y magníficos los ojos; pero como aquél llevaba impreso en su fisonomía ese sello fatídico y sombrío, producto de la eterna lucha de su ambicion y de los punzantes dolores de su conciencia.

El aspecto de Claudio daba pena y miedo; atraia, y luégo parecia repeler con una extraña fuerza. Era preciso amar aquel hombre hasta el fanatismo, ó aborrecerle con un odio mortal. Era uno de esos pocos hombres dotados de una organizacion magnífica, y que, pudiendo haber sido héroes, la fatalidad, ó el enemigo del género humano, los ha hecho réprobos.

Mister Wilsson, viendo que no respondia á sus

últimas palabras, volvió á sentarse no sin alguna impaciencia, y dijo:

—Claudio, acabemos porque tengo que marcharme.

—Acabemos, contestó Laroche.

—Ya sabes lo que quiero que hagas con respecto al corazon y á la inteligencia de mi hija:

Ahora tengo que advertirte lo que quiero que hagas con respecto á sus instintos y á su carácter. La harás conocer todas las maldades que has practicado en esta vida, que no han sido pocas, y le participarás igualmente todas aquellas que has visto practicar á tus innumerables queridas.

—¡Dios del cielo! ¿Qué hombre es éste? exclamó Claudio en voz baja y temerosa; ¡yo le creia un condenado, pero es el mismo Satanás!

Mister Wilsson dejó ver en sus labios su habitual sonrisa, lenta y fria como el filo de un puñal, y luégo continuó como si no hubiera oido las exclamaciones de Claudio:

—De esta manera conocerá todas las miserias de la humanidad, y aprenderá á desconfiar de ella por completo. No conocerá el amor ni la amistad: todo se lo hará por sí misma, y no tendrá más afan que el de acrecentar su fortuna, y gozarla en paz y en una completa soledad.

—¿Has acabado? preguntó Claudio á mister Wilsson viendo que ya habia dejado de hablar.

—No; aún me falta decirte, que si dentro de

cuatro años me devuelves mi hija tal como yo la quiero, te daré cuatro millones; y que en tanto que la *educas*, te señalo una renta anual de 8.000 duros.

IV.

Claudio volvió á meditar profundamente, en tanto que el banquero, esperando su decision, se paseaba impaciente por la estancia.

De repente se iluminó su semblante con una expresion radiosa; levantóse, y dijo acercándose al banquero:

—Antes de contestarte necesito que me presentes á tu mujer.

—¡Cómo! exclamó el banquero asustado á pesar de su impasibilidad, ¿querrias decirle?.....

—No me hagas preguntas, porque á ninguna he de responderte: necesito que me des entrada, no sólo en tu casa, sino en la habitacion de tu mujer.

—Está bien: ¿cuándo?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Ven á esa hora á mi gabinete particular, y en seguida te conduciré á la habitacion de Rafaela; pero ¿cuándo sabré si podré contar contigo?

—Mañana á estas horas.

—Hasta la noche, pues, dijo mister Wilsson dirigiéndose á la puerta, y luégo, volviendo algunos pasos, añadió:

—Si mañana me dices que te llevas á Alicia, te daré en el acto tu pension del primer año.

Claudio se encogió de hombros con un movimiento de triste indiferencia que debia ser muy nuevo en él, porque el banquero le miró sorprendido, y le dijo:

—¡Te habrás vuelto filósofo!

—Hasta la noche, repuso Claudio, despidiendo á mister Wilsson con cierta majestad.

Éste salió, montó en su berlina, y bien pronto se le oyó alejarse al trote de su magnífico tronco.

Entre tanto Claudio habia cerrado la puerta, y dejándose caer en la silla que ocupaba poco ántes el inglés.

—¡Dios todo poderoso! exclamó elevando al cielo sus manos unidas: ¡hoy te reconozco! ¡Veo tu mano suspendida sobre mi cabeza. y tiemblo y me estremezco de que la dejes caer! ¡Mucho he tardado, Señor! ¡He pasado veinte años de mi vida en el camino del mal! ¡Dame un rayo de luz que ilumine el resto, y me aparte del abismo de la desesperacion!

Claudio sepultó el semblante entre sus manos, y durante algun tiempo..... ¡lloró!

CAPÍTULO VII.

La declaracion.—Aparece otra vez el doctor Simpson. —El salvador.—La carta de Claudio.

I.

A las nueve de aquella noche, Tom, el ayuda de cámara de mister Wilsson, introdujo en la habitacion de su amo á Claudio Laroche.

Nadie que hubiera visto á éste por la mañana le hubiera conocido vestido por la noche con una elegancia llena de naturalidad y distincion. Sin embargo, su traje ostentaba una sencillez que distaba mucho del lujo: queria sin duda dar á entender á Rafaela que su deseo de ser presentado á ella habia sido casual, ó nacido en el momento de entrar á ver á su marido.

Llevaba pantalon claro, admirablemente hecho, levita color de castaña y corbata negra. Su cabello negro, abundante y lustroso, se ensortijaba en copiosos anillos, y su barba, igualmente rizada y negra, daba á su semblante una expresion enér-

gica y apasionada, que realzaban sus negros ojos y sus cejas de seda, negras tambien.

Al verle entrar se levantó el banquero, despidió á Tom con una seña, y dijo:

—Vamos.

Salió cerrando tras sí, y Claudio le siguió.

La marcha del banquero, al atravesar la serie de magníficas piezas que separaban su habitacion de la de su esposa, tenía su carácter pausado y habitual. Claudio le seguia, ya apresurando el paso de una manera nerviosa, ya andando más lentamente que el mismo mister Wilsson.

Llegaron por fin á la puerta del aposento de Rafaela: llamó mister Wilsson, y abrió Alicia, que se hallaba con su madre en aquel instante.

La niña tenía puesta aquella noche una larga bata blanca, que hacia parecer mayor su estatura, demasiado desarrollada para su edad.

Sus cabellos, divididos por una raya desde la frente á la nuca, caian en dos largas y hermosas trenzas negras á lo largo de su traje.

—¿Qué haces aquí, Alicia? preguntó mister Wilsson á su hija.

—He venido á ver á mi madre, respondió la niña con gravedad, y pasando delante de su padre y de Claudio.

Al oirles entrar, levantó Rafaela la cabeza del libro en que leia, y bien pronto apareció en su semblante una profunda expresion de desprecio y

asombro al ver á Claudio, al que conocia ya hacia mucho tiempo de nombre, y al que últimamente habia visto algunas veces en casa de Leontina.

Ya sabemos de qué manera reconvino á su amiga cuando ésta le anunció que iba á recibir á M. Laroche en su casa. Cuando le encontró en ella, apénas habia querido hablarle, y su asombro fué tan grande como su enojo al oir decir á su marido:

—Rafaela, mi amigo M. Laroche, me ha rogado que te le presentara.

—No sé, en verdad, lo que puede querer de mí este caballero, balbuceó Rafaela, roja de indignacion.

—Él te lo dirá: en cuanto á mí, me llaman mis negocios á otra parte; vamos, Alicia, continuó volviéndose á su hija: si quieres, te dejaré en la ópera donde se hallan esta noche la condesa y su hija.

Alicia abrazó á su madre, hizo una grave cortesía á M. Laroche, y salió con su padre, dejando solos á Rafaela y á Claudio.

II.

No bien hubo caido la *portière* del gabinete de mistris Wilsson, se volvió ésta hácia Claudio, que permanecia en pié y en actitud respetuosa.

—Caballero, le dijo con dignidad; extraño mucho que se haya tomado la libertad de venir á mi

cuarto, y espero que me explique el motivo que le ha determinado á tomársela.

M. Laroche, en vez de responder, siguió contemplando á Rafaela con la mirada triste que habia fijado en ella al entrar en su habitacion. La señora Wilsson esperó en vano durante algunos instantes á que le contestase; pero viendo que no lo hacia, se sentó, y apoyando la mejilla en la palma de la mano con el movimiento triste y digno que le era habitual, guardó un despreciativo silencio.

Despues de un rato, Claudio separó los ojos de Rafaela, pasó la mano por la frente y dijo:

—He venido, señora, á decir á V. una cosa que debe saber hace mucho tiempo.

—¿Y cuál es?

—¡Que la amo!

Claudio dijo estas palabras con una voz que salia de lo más íntimo de su alma; y era tanta la verdad y el sentimiento que su acento revelaba, que Rafaela volvió hácia él sus asombrados ojos.

—Yo no sabia semejante cosa, caballero, respondió, y aseguro á V. que hubiera deseado no saberla nunca.

—Señora, dijo Claudio, acercándose á Rafaela, y como si acabara de tomar una resolucion poderosa: oigame V. durante algunos momentos, y despues V. decidirá de mi destino.

Rafaela no cambió de postura; pero hizo un ges-

to de resignacion, por el cual M. Laroche conoció que le escuchaba.

—Hace veinte años, señora, continuó él, hace veinte años que soy un miserable; bajo la apariencia frívola del hombre de mundo, he contribuido ó he forjado por mí solo la ruina de muchos hombres de bien. Habia pensado, al volver á Francia, casarme con la condesa de Harley, que es muy rica y la cual me amó en otro tiempo lo poco que ella es capaz de amar; pero vi á V. en su casa, y mis proyectos se volvieron humo, y mi corazon latió de un modo que no conocia yo aún.

—Yo no he tenido jamás la pretension de convertir malvados, Sr. Laroche, respondió Rafaela con un desprecio más hiriente que los mayores dicterios.

Palidecieron las morenas mejillas de Claudio; pero aquella ira fugitiva ó aquel doloroso despecho, se apagó casi instantáneamente.

—Yo no sé, señora, continuó despues de una pausa, yo no se qué cosa hay en torno suyo, que me atrae y me fascina: es sin duda el reflejo de su hermosa alma y de su inmaculada virtud. Sea lo que quiera, prosiguió aquel hombre que se iba animando de una manera que hubiera infundido miedo al que le hubiera conocido, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que este amor puede volverme al camino de la perdicion, ó puede hacer de mí un hombre de bien.

—¿Y qué mé importa? dijo Rafaela con indiferencia.

—Aún tengo que hablar algo más, señora, repuso Claudio á quien el desprecio de Rafaela iba encendiendo ya en ira.

—Me es igual, respondió aquélla.

—¿Igual?

—Sí, caballero; enteramente igual.

—Luego ¿V. me aborrece?

—¡Yo! no llego á tanto; le desprecio á V., y así se lo he dicho muchas veces á Leontina.

—¿Y no podré esperar que se amortigüe ese desprecio hácia mí?

—No, caballero.

—Pues bien, señora, entónces debo decir á usted que soy el dueño de su hija.

Palideció Rafaela al oir estas palabras, como si la hubieran herido en medio del corazon, y miró con angustia á Claudio.

—¡Ah! ¡ah! exclamó éste, ¡ya parece que siente V. un poco más que desprecio!

—Siento terror y afliccion, caballero; ¿qué quieren decir las horribles palabras que acaba de pronunciar?

—Quieren decir que su marido de V., señora, el cual es mil veces más perverso que yo, me ha dicho esta mañana que es necesario que me case con Leontina, y que me vaya con ella y con Alicia á los Estados-Unidos, donde completaré su educacion.

—¡Robarme á mi hija! exclamó Rafaela con espanto: ¿sería V. capaz de ello, caballero?

—Muy capaz, señora; pero no lleguemos á un caso extremo. Rafaela, prosiguió Claudio dulcificando de nuevo su acento y su actitud; Rafaela, yo no pido que V. me ame, sino que me permita amarla!

—¡Y yo no quiero soportar por más tiempo la presencia de V.! exclamó Rafaela levantándose indignada: ¿no sabe V. que soy casada?

—¡Casada! ¿y con quién? interrumpió impetuosamente Claudio; ¿quiere V. que le diga lo que ha sido y lo que es su marido?

—Nada de eso quiero saber, ¡sólo quiero que salga V. al instante de aquí!

—¡Pero desdichada mujer, no conoce que su hija está en mis manos! exclamó Claudio con una sonrisa amarga y olvidando todo miramiento: ¿no sabe que su padre me la entrega para que pervierta su corazon, para que le endurezca, y para que extirpe de él todos los buenos sentimientos que hoy alberga?

—¡Y qué! ¿Dejaria Dios sin amparo y sin defensa á una desgraciada madre, á quien roban con su hija su único bien? ¿dejaria sin castigo á sus infames raptores? ¡No, no, caballero! ¡Váyase usted de aquí! ¡nada temo, porque me pongo, con mi hija, en las manos de Dios!...

Rafaela, al acabar de decir estas palabras, se dejó

caer de rodillas, elevó al cielo sus manos cruzadas, y empezó á recitar á media voz la fervorosa oracion que, con tanta frecuencia dirigia á la Vírgen María en la sombría habitacion de su casa en Lóndres.

Allí, cerca de ella, estaba aquella sagrada imágen que no habia querido abandonar. Colocada á los piés de su lecho, ella la acompañaba en los largos ratos de soledad, que, lo mismo en París que en Lóndres, la agobiaban.

Claudió la contempló en silencio durante algunos instantes, y al ver á aquella mujer postrada y orando, pareció conmovido hondamente. Mas el enemigo del género humano volvió á posesionarse de su alma, y dijo á Rafaela:

—Esta noche, señora, debe V. despedirse de su hija, porque mañana estará en mi poder.

Salió dicho esto; pero Rafaela no dió muestras de haberle oido, y cuando él salió á la calle, aún continuaba la pobre madre su plegaria.

III.

La oracion ha sido siempre el alimento del alma que desfallece, agobiada por el dolor. Dios, al dejarla al género humano, le dió la mejor égida contra todos los pesares que le afligen. Pero si la oracion es un bien para la humanidad entera,

puede decirse que es el único consuelo para la mujer.

Rafaela se levantó confiada y casi tranquila despues de haber rezado, y sin embargo, estaba amenazada aún de perder á su hija como ántes de rezar. Sentóse delante de su *secretaire*, tomó papel y pluma, é iba á empezar una carta, cuando la puerta, que se abrió con ímpetu, la hizo volverse sobresaltada. Mary estaba en su umbral y detras el doctor Simpson.

—¡Ah! exclamó Rafaela con un grito del alma. ¡Gracias, Dios mio, por el amparo que me envias, y que yo acabo de pedirte en mi afliccion!

Precipitóse, al decir estas palabras, en los brazos del anciano llorando de alegría, en tanto que Mary se retiraba discretamente.

—Doctor, dijo cuando su emocion le permitió hablar, señalando la carta que iba á empezar, ahora mismo iba á escribir á V.

—¿Me necesitabas, hija mia? preguntó el anciano: yo he llegado hace dos horas, añadió, para encargarme de una cura peligrosa, y así que he visto mi enfermo, mi primer cuidado ha sido verte á ti; pero estás pálida y agitada; ¿qué tienes?

Rafaela, anegada en llanto, le refirió lo que acababa de pasar, y el doctor la escuchó con aquella calma dolorosa que se refleja en la frente de los hombres sabios ó que han sufrido mucho.

—Acosada por Laroche, prosiguió Rafaela, he

recordado, amigo, mio que tenía una carta de mi padre para V.

—¡Una carta para mí! repitió asombrado el doctor. ¿De tu padre dices?

—Sí; la recibí, con otra para mí, por mano de mi hija, á quien las entregó mí marido mucho tiempo despues de haber muerto mi padre; en la que me dirigia á mí me decia, que si alguna vez necesitaba de amparo en Lóndres, buscara al doctor Simpson y se la entregase, segura de que él me protegeria.

—¿Dónde está esa carta?

—Aquí; iba á enviársela á V.

Rafaela sacó de un cajon interior de su *secretaire* la carta que su padre habia dejado escrita para el doctor, y se la entregó á éste. El anciano rompió el sello con mano trémula, y leyó con voz temblorosa lo que sigue:

«Señor doctor: dejo una hija sola é infeliz, cuya madre le ha sido á V. muy querida, y por esta razon me atrevo á rogarle que no desoiga sus súplicas si alguna vez acude á V. para que la proteja.

»Veinticuatro años hará que tuve que pasar al condado de Kent para asuntos de mi comercio; en una de las habitaciones de la casa donde yo me hospedaba se hallaba tambien una pobre viuda con una hija muy enferma.

»La jóven habia entrado como novicia en un

convento; pero un mal indescifrable consumia su salud, y acababa lentamente con su vida. Los médicos aconsejaron á su madre que la sacase del convento; y viendo que la jóven, segura sin duda de su próximo fin, no oponia resistencia, se la llevó consigo á la casa donde habia tomado hospedaje, y en el cual fijé yo mi residencia pocos dias despues.

»Yo no pude ver á la jóven sin amarla: era ella una de esas mujeres que cautivan todos los corazones, y cuando le hice saber lo que pasaba en el mio, me respondió con dulzura:

»—No tengo dificultad en casarme con V., amigo mio; Dios no me quiere para sí, y me tendré por dichosa si puedo hacer la felicidad de alguno en el mundo.

»Uníme, pues, á ella; pero no sin que ántes me confiase que habia amado mucho á un hombre, el cual habia roto bárbaramente los lazos de su amor, y que su corazon le recordaba á cada instante.

»—Pero yo curaré, añadia con su santa sonrisa, yo curaré con el poder de Dios.

»No curó sin embargo; enferma de alma y cuerpo, vivió diez años, y no obstante, me hizo durante ellos tan dichoso como jamás pude soñar haberlo sido.

»Mi esposa se llamaba Carlota, y el hombre á quien tanto habia amado el doctor Simpson.»

Cayóse, al llegar aquí, la carta de las manos del

doctor, y cubrió sus facciones una palidez tan intensa, que Rafaela, toda asustada, se precipitó hácia él; mas el anciano volvió á tomar la carta, y leyó con voz firme ya lo que sigue:

«Dejóme Carlota, á su muerte, una niña de nueve años, en cuyo tierno corazon habia sembrado ya su santa madre las máximas de la más sólida virtud: hoy, señor, la dejo en Lóndres, sola y casada con un hombre al cual se unió por salvarme de la pobreza. La Providencia ha querido sin duda traerla al país de su madre, á pesar de haber nacido en España, para que halle aquí el bienhechor que en ninguna otra parte podia encontrar.

»Señor, si alguna vez le pide su ayuda, por la memoria de su madre, que está en el cielo, no la desampare V. Así se lo ruega su desgraciado y moribundo padre

CLEMENTE DE AGUILAR.»

IV.

Cuando el doctor acabó de leer esta carta, copiosas lágrimas bañaban sus mejillas; doblóla, la guardó en su pecho, y luégo extendió sus brazos á Rafaela, que se arrojó en ellos sollozando.

Ambos permanecieron largo rato sin poder hablar y enteramente sometidos á la emocion que les dominaba.

—¡Ah! exclamó el doctor. Ahora me explico, hija mia, la fuerza irresistible que me arrastraba hácia ti. No temas, añadió haciendo un esfuerzo para recobrar su serenidad, que formaba la base principal de su carácter: no tiembles; yo salvaré á tu hija... Sin saber los designios de su padre, creo adivinarlos, porque conozco á Claudio Laroche desde que vivia en Lóndres.

—¿Pero qué haremos, Dios mio, qué haremos? exclamó la pobre madre con creciente agonía. Su padre tiene derechos que nadie le puede disputar... y luégo, ¡si le ayuda ese hombre tan perverso, tan desalmado!...

—Dios nos ayudará á nosotros: yo veré á Claudio, y ¿quién sabe? ¡quizá moveré su corazon! Son las diez, continuó el doctor mirando su reloj; ahora debe estar en su casa... vuelvo dentro de media hora.

El doctor, dichas estas palabras, tomó su baston y su sombrero, y salió apresuradamente, dirigiéndose en seguida á casa de Claudio.

V.

El doctor no podia, á causa de su pobreza, gastar coche. Era Julio, y las calles, pobladas de gente, no le dejaban el paso tan libre como él hubiera deseado en su impaciencia.

Cruzó por fin las más populosas, y se halló en

el solitario barrio de Marais, en donde ya pudo caminar con mayor rapidez, llegando bien pronto á la casa de Claudio. ¿Cómo conocia el doctor aquella misteriosa vivienda, haciendo tan pocas horas que habia llegado á París?

Asistiendo á su entrevista con Claudio lo sabremos. Llamó á la puerta, y no tardó en oirse la voz de Claudio, quien, asomándose á la ventana, preguntaba:

—¿Quién llama?

—El doctor Simpson, respondió éste con apacible acento.

Al instante se oyó un paso rápido que bajaba la escalera, y Claudio abrió la puerta, trayendo en la mano un cabo de vela de sebo.

—¡Señor! balbuceó con respeto, inclinándose ante la austera figura del anciano.

—Buenas noches, hijo mio, dijo éste; ¿quieres recibirme en tu casa?

—¡Ah, señor, que pregunta! exclamó Claudio con emocion. ¡Vamos, vamos arriba!

Ambos subieron la escalera y entraron en la mísera salita que ya conocemos.

—¿Cómo se halla V. en París, señor? preguntó Claudio, que apénas se atrevia á levantar los ojos delante del médico.

—He venido á encargarme de la cura del duque D., hijo mio, y despues de cumplir con mi deber, no he querido marcharme sin verte.

—Me avergüenzo de tanto cariño, señor.

—¿Por qué, Claudio?

—¡Despues de la última cantidad que debí á la generosidad de V., ni siquiera he vuelto á escribirle!

—¿Qué importa? Yo por eso no te quiero ménos; ¿te acuerdas de aquella terrible enfermedad por la cual todos los médicos de Lóndres te habian desahuciado ya? Desde entónces te amo, Claudio, porque conocí que eras un hombre extraviado, pero no perverso; desde entónces no he cesado de velar por ti, y cuando hace dos meses me escribiste que habias vuelto á París y que vivias en este solitario barrio, temí por tu suerte, figurándome que estabas muy pobre.

—¡Es la verdad, señor! repuso aquel hombre bajando humildemente la cabeza. ¡Es la verdad; estoy pobre, arruinado, perdido, y soy un miserable!

—Felizmente, hijo mio, tengo con qué socorrerte, dijo el doctor sacando una pobre bolsita de seda verde y presentándola á Claudio; luégo añadió:

—Toma; es todo lo que poseo.

—¡Señor, señor! ¡Cuán confundido estoy al ver tanta generosidad! No, no, yo no puedo admitir....

—¿Pues qué, Claudio, te avergonzaria acaso mi modesto dón?

—¡Sí, me avergüenza! exclamó Laroche ocultando el rostro entre las manos: ¡sí, me avergüenza, señor, porque V. es un justo y yo soy un gran criminal!

—Claudio, sé más indulgente contigo mismo, dijo el doctor tomando suavemente la mano del socio del banquero: no sé de tu vida pasada más que aquello que tú has querido decirme; pero sé que Dios perdona al pecador más endurecido, y no quiero ser yo más severo que él. Además ¿qué derechos tengo yo sobre ti? No debo hacer más que consolarte, y jamás me oirás reconvenirte.

—¡Ah, señor! Si V. supiera.....

—Habla, repuso el doctor contento al ver correr el llanto por las mejillas del réprobo: habla, Claudio; soy hombre, y todo lo puedo escuchar, porque he sido amaestrado en la escuela de la desgracia: habla; ¿tienes crímenes sobre ti? ¡Todos los lava el arrepentimiento, y áun eres jóven y puedes enmendar cuanto mal hayas ocasionado, haciendo otro tanto bien!

—Señor, dijo Claudio con voz ahogada, estoy tan pobre, tan miserable, tan perdido, que me hallo en vísperas de venderme para el más infame de los crímenes; me compran para que robe una hija á su madre y para que la pervierta bajo la influencia de mi propia maldad.

Claudio, al decir estas palabras, humilló su frente casi hasta tocar la tierra, temeroso de hallar la severa mirada del doctor. Mas éste, en vez de soltar la mano que tenía entre las suyas, la estrechó cariñosamente, y dijo·

—Lo sabía.

—¡Cómo! ¿Sabía V. que estaba encargado por mister Wilsson de llevarme á su hija?

—Sí.

—¿Quién ha podido decírselo?

—Rafaela.

—¡Rafaela! repitió Claudio en voz baja y asombrado.

—Rafaela, sí; y ahora vengo á decirte: Claudio, hijo mio, á quien tanto amo, por quien tanto me intereso, ¡no arrebates á esa pobre madre su hija, que es lo único que le queda en el mundo!

—¡Oh, señor!

—Claudio, un lazo fuerte, muy poderoso, me une á Rafaela, que es una mártir; ella es hija de la única mujer á quien he amado en este mundo; cuando la ví por vez primera estaba moribunda como tú; á los dos os cuidé yo y os salvé de la desesperacion; en aquel tiempo, Claudio, pasaba yo todas mis horas entre vosotros dos; á ella la llevé á mi lado, pero á ti no pude, porque tu vida aventurera te llevó á Alemania; hoy sé que la amas, Claudio; ambos habeis llegado al estío de la vida; ella siendo buena y sufriendo mucho, tú siendo culpable, pero dichoso, porque tu conciencia dormia; y hoy digo desde lo íntimo de mi alma: ¡Pluguiese á Dios que ambos fuérais libres para que yo pudiera uniros, haciéndoos felices!

—¡Señor, me confunde tanta bondad! murmuró Claudio, que no podia resolverse á levantar la

abatida cabeza y á mirar de frente al doctor; usted sabe quién soy, sabe quién es ella, y sin embargo...

—Y sin embargo, Claudio, si ella fuera libre, y tú quisieses aceptar el porvenir que te ofrezco, no vacilaria en uniros con los lazos de una eterna union, á pesar de la diferencia de vuestras cunas y de vuestro pasado. Dios murió por todos, hijo mio, y no ama ménos al que nunca ha pecado que al delincuente arrepentido.

En cuanto á mí, Claudio, no puedo ni debo ser más severo que el Dios de justicia; cuando vine á París traje el propósito de encontrarte y de ponerte al abrigo de la miseria que estaba seguro de que te perseguia; lo he logrado, y por eso te digo que te ofrezco un porvenir.

—¡Un porvenir!

—¡Sí! La persona á quien he venido á curar de mi triste soledad, es el duque D., español, y residente en Madrid; me ha dicho que necesita un secretario jóven, activo y que posea con perfeccion el español, el aleman, el inglés y el francés. Claudio, prosiguió el doctor fijando en el semblante de Laroche la dulce mirada de sus grandes ojos, de aquellos ojos que no habia podido la edad empañar; Claudio, yo que tantas veces he buscado para ti, sin poder encontrarla, una posicion honrosa que te apartase del camino del mal; yo que, al contrario de todos aquellos que te han conocido, te

he juzgado siempre más desgraciado que culpable, vengo hoy á decirte:

—¿Quieres ser honrado y dichoso? ¿Quieres ser algo en la sociedad, tú que siempre has sido considerado en ella como un paria? La persona á quien deseo proponer tus servicios nada te preguntará acerca de tu pasado; no abriga preocupaciones, y le bastará que tu presente sea honrado é intachable.

M. Laroche juntó sus manos con expresion de viva gratitud, y la emocion que embargaba su voz le impidió decir que aceptaba.

El doctor, tan perfecto conocedor del corazon humano, habia leido demasiado bien en el de aquel hombre. Tenía razon; era más desgraciado que culpable: ¿y qué hombre hay en el mundo, por otra parte, que no prefiera ser bueno á ser malo, cuando le dan medios honrosos y fáciles para que siga por el camino del bien?

Siempre hay cierto pudor en el alma, áun de los séres más abyectos y despreciables, que responde cuando se le invoca. La dureza, el menosprecio de la sociedad precipitan á muchos séres en la sima sin fondo del crímen, cuando sólo han recorrido el camino del mal.

¡Si cada uno de los pobres extraviados encontrase un doctor Simpson, no habria tantos criminales!

VI.

—Acepto, señor, dijo Claudio tras una leve pausa; acepto, tengo treinta años, y aún puedo ser honrado; mi corazon no está pervertido, he servido de instrumento para muchas maldades, pero no he cometido ningun crímen por mí mismo.

—¿Desistes de venderte á mister Wilsson para llevarte á su hija? preguntó el doctor, en cuyas facciones se retrataba una viva alegría.

—Desisto, sí; sólo puedo pagar á V. su generosidad procurando ser lo que hasta aquí no habia sido jamás, bueno y honrado.

—¡Y tú lo lograrás, hijo mio! ¡Sí, tú lo lograrás! Dios no deja sin ayuda los esfuerzos de los que quieren sinceramente entrar en el camino de la virtud; dentro de un mes saldrás para Madrid con el duque D., olvidarás á Rafaela; y si no la olvidas, su recuerdo, léjos de ser criminal, te alentará en el camino del bien; ese es el privilegio de la virtud: todo lo purifica, todo lo alumbra, todo lo alegra! Claudio, hijo mio, acepta aquel dinero que he dejado sobre tu cama; él te pondrá al abrigo de la necesidad, hasta que la salud del duque D. me permita presentarte á él.

Al decir estas palabras, el doctor Simpson puso en las manos de Claudio el bolsillo de seda, que

éste tomó sin ruborizarse ya, pues sabía que él le habia de preservar del crímen.

El doctor volvió á casa de mister Wilsson despues de haber abrazado á Claudio, á quien prometió ver todos los dias, temeroso de que se debilitasen sus buenas resoluciones.

Rafaela salió á recibirle ansiosa.

—¿Qué hay? preguntó apretando convulsivamente las manos del doctor.

—No te quitarán á tu hija, respondió el anciano estrechando contra su pecho á la pobre madre, que rompió á llorar embriagada, con el exceso de su alegría y de su gratitud.

—¡Cómo pagar á V. lo que le debo, señor y padre mio! murmuró con voz ahogada por la emocion. V., solo V., se ha interesado en este mundo por mi felicidad, pues mi pobre padre nada pudo hacer por ella.

—¿No eres tú la hija de Carlota? repuso el anciano que no podia separar sus ojos del plácido semblante de Rafaela. ¡Así la hubiera yo visto muchas veces llorando de gratitud y de felicidad por mis cuidados y mi ternura, si el deber no nos hubiera separado para siempre!

El anciano fué interrumpido por un hombre desconocido que entró en la antesala, donde se hallaban, con una carta en la mano.

—¿Será vuestra gracia mister Wilsson? preguntó al doctor mostrándole la carta.

—¡Es la letra de Claudio! se dijo el doctor; y luégo añadió: no soy yo, pero haré llegar al instante esta carta á sus manos.

El mandadero se la entregó y salió al instante.

—Veamos lo que le escribe, dijo el doctor despegando la oblea que aún estaba húmeda; no espero de él una infamia, pero tampoco puedo confiar enteramente cuando se trata de tu dicha y de la de tu hija.

Dicho esto abrió la carta y leyó lo que sigue:

«He meditado lo que me has propuesto, y no puedo consentir en ello; tu proyecto me horroriza, y por lo mismo, en vez de esperar á mañana para negarme á él, te escribo hoy para que no cuentes conmigo.

En cuanto á lo que dices soy en deberte, todo te lo pagaré cuando honradamente pueda adquirir medios para ello: me he cansado ya del mal, Ricardo, y deseo probar el bien.

CLAUDIO LAROCHE.»

El doctor volvió á cerrar la carta, llamó á Tom, y le encargó que se la entregase á su amo, añadiendo que un hombre desconocido acababa de traerla para él.

—¡Dios mio! exclamó Rafaela, ¿estará ya libre mi pobre hija de los crueles proyectos de su padre?

—Yo deseo verla, dijo el doctor; ¿no podrias llamarla para que la abrazase ántes de retirarme á mi casa?

—¡Ay, amigo mio, me es imposible! repuso mistriss Wilsson, ¡mi hija está ahora encerrada con sus maestros! Cuando se halla ocupada así, es en vano que la llame, pues me responde que le es imposible complacerme.

—¡Cómo! ¡Así vas renunciando á tu sagrada autoridad, Rafaela! exclamó el anciano, dolorosamente afectado.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¡Mi hija es cada dia más grave, más resuelta é independiente! ¡Con terror, con mucho terror, lo digo, amigo mio, pero es la verdad! ¡A pesar de todos mis esfuerzos y del constante ejemplo que le doy de humildad, mi hija va cumpliendo demasiado bien, para desgracia mia, todas las miras de su padre!

El anciano contempló á Rafaela durante algunos instantes, con una expresion llena de piedad y de tristeza, porque en su alma bullian mil pensamientos angustiosos, y luégo, abrazándola, se retiró á su casa.

CAPITULO VIII.

Una mirada á todos los personajes de esta historia. — La mujer sin corazon. — La muerte. — Otra vez Claudio. — Un casamiento sin amor. — Agonía de mister Wilsson. — Aparece de nuevo el doctor Simpson.

I.

Mucho tiempo ha pasado. Ahora estamos en Madrid, en una helada noche de Enero, y en casa de Leontina, condesa de Harley, opulenta hace seis años, y hoy arruinada enteramente por sus excesivas y continuas dilapidaciones.

Vive en un cuarto segundo de una casa situada en una calle bastante retirada, y apénas le queda para pagar su modesto alquiler y el salario de su única sirvienta, y para satisfacer, ó acallar al ménos, su pasion al juego, desarrollada en ella despues de haber perdido su maravillosa hermosura, á consecuencia de una tenaz enfermedad de hígado, que habia vestido su rostro, moreno y animado, de un carmesí oscuro y repugnante.

La desesperacion de Leontina fué tan grande como amarga, al ver que su belleza se iba destruyendo, dia por dia, hora por hora. Para la mujer que cifra en sus gracias personales todos los elementos de felicidad presente y futura ¿qué queda en el mundo si ésta se acaba?

Leontina, despues de haber gastado la mitad de lo que le quedaba de su fortuna en baños extranjeros y en consultar á los más famosos médicos de todos los países, quiso, á cualquiera costa, distraerse de la pena que le causaba la pérdida de todas sus esperanzas, y su espíritu mezquino no halló cosa mejor que el juego, en el cual perdia cada dia sumas considerables, que bien pronto dejaron su caudal reducido á la nulidad.

Pero ella necesitaba *matar* el tiempo á toda costa, por más de una razon: habia salido de París, siguiendo á Claudio Laroche, cuando supo que éste se dirigia á Madrid de secretario del duque D.; y no obstante, por más esfuerzos que hizo, ni logró atraerle á su casa una sola vez, ni le vió acudir á ninguna de las citas que ella le daba.

Claudio expiaba sus pasados yerros con una conducta ejemplar, era honrado, probo, sincero y adicto al duque, que, por su parte, le estimaba mucho y le colmaba de favores; pero su alma estaba herida de una incurable desconfianza hácia todos los hombres y de una acerba melancolía.

Claudio conocia el mundo bajo todas sus fases:

habia pasado demasiadas veces, durante su vida aventurera, desde las más inmundas tabernas á los más aristocráticos salones, para que le quedase nada nuevo que ver, y algo por qué sentir. Su hastío por la vida era inmenso: preguntábase frecuentemente si habia en ella algun afecto que le obligase á vivir, y su corazon le decia que no. Pero el grito de su conciencia clamaba en sus oidos:

—¡Tienes que vivir para expiar tus faltas!

Claudio bajaba la frente, al oir este grito en el fondo de su alma, y se resignaba, porque aquella órden imperiosa de conservar la existencia la hallaba tambien en todas las cartas del doctor.

Éste habitaba en Lóndres algunas temporadas y otras en su castillo: habíase casado su hija Enriqueta con su primo Allan, y fijado su residencia en Escocia, y el pobre anciano esperaba tranquilamente la hora en que Dios se sirviese llamarlo á sí, rodeado de los frios, pero asiduos cuidados de su esposa Catalina.

Una blanca imágen se levantaba entre las negras sombras que cubrian de continuo el alma de Claudio Laroche. Era la imágen de Rafaela; de Rafaela, á quien veia alguna vez, pues hacia cuatro años que vivia tambien en Madrid, y la cual, despues de la saludable mudanza que las palabras del doctor Simpson habian obrado en Claudio, no huia ya de él cuando iba á visitarla, como un amigo leal y lleno de abnegacion.

Mistriss Wilson era casi dichosa desde que habia vuelto á su patria, y lo hubiera sido por completo si hubiera disfrutado el bienestar doméstico, que es la única felicidad positiva de la tierra; pero Alicia habia ido haciéndose cada dia más despótica é independiente; vivia sola, y ya no buscaba, como en su niñez, la dulce y grata compañía de su madre: absorbia el dia entero en sus estudios; y por las noches salia sola en su carruaje, asistiendo ya á las *soirées*, ya á los teatros, en todos los cuales tenía abono, que pagaba de su bolsillo particular.

La buena sociedad madrileña se admiró hasta el pasmo de ver aquella niña de doce años, que vivia con la misma independencia que una viuda verde ó que una solterona, y miss Wilsson se hizo muy de moda, gracias á sus extrañas costumbres, á su maravillosa hermosura y á su colosal riqueza. Pronto hubo vestidos de color *Alicia*, peinados *Alicia*, cuadros *Alicia*, y habitaciones *Alicia;* y apénas la niña habia llegado á cumplir los catorce años de su edad, la rodearon todos los jóvenes de la primera nobleza, prodigándole obsequios y homenajes.

Mas la palabra *amor* era incomprensible para aquel jóven corazon y debia serlo siempre: su impasibilidad, que se atribuyó desde luégo á su orígen inglés, era efecto de su carácter, de su educacion y de cierta vaga semejanza con su padre, el adusto, egoista y cruel mister Wilsson; sin embargo, Alicia conservaba siempre hácia su madre

cierta especie de respeto involuntario, y de afeccion tierna é indeclinable, porque la hermosa y suave Rafaela cautivaba todas las voluntades, inclusa la fria é inflexible de su hija.

Pero no por esto se brindaba nunca á acompañar á su madre en sus paseos solitarios, ni buscaba las ocasiones de estar con ella. El demonio de la vanidad dominaba á Alicia por completo, y se aburria fuera del bullicio del mundo ó de la soledad de su gabinete, en el cual pasaba los dias enteros ocupada en leer y estudiar. Poco á poco se habia hecho instruir por su padre en todos los negocios de la casa, y habia muchos que los desempeñaba por sí misma cuando sólo tenía quince años.

Si alguna vez se hallaba á Rafaela paseando, acompañada de una graciosa jóven, ésta no era seguramente su hija. Era Consuelo, la hija de Leontina, que maltratada acerbamente por su madre, era una de las más desgraciadas criaturas de la tierra.

El carácter de la condesa se habia ido haciendo cada dia más imperioso é insoportable, agriado por los desprecios de Claudio, y despues por la pérdida total de una belleza que ya empezaba á marchitar los años. Conforme habian ido decreciendo sus haberes, habia ido cargando á su pobre hija con más atenciones, llegando ésta á dividir su vida entera entre la plancha, la aguja y el quita-polvos, y siendo más duramente reconvenida que la últi-

ma de las criadas que ántes llenaban el ostentoso palacio de su madre.

Por fortuna, los hábitos de la pobre niña habian sido siempre muy modestos; y lo que en tiempo de su opulencia habia desesperado á su madre, le fué de inmensa ventaja cuando llegó el tiempo de su pobreza. Rafaela simpatizaba profundamente con la hija de su culpable amiga; tenía, como ella, el carácter dulce, y, como ella, era uno de esos ángeles de paz que se ven algunas veces sobre la tierra para hacer la dicha de los que les rodean, mas para ser ellos constantemente desgraciados. Rafaela hubiera dado la mitad de su vida porque Alicia se hubiera parecido á Consuelo; pero la naturaleza se habia complacido en formarlas enteramente distintas. No obstante, las dos jóvenes se amaban con la mayor ternura, y cuando no podia ir Consuelo á casa de Alicia, dominaba ésta la repugnancia que le causaba la condesa para ir á pasar algunas horas con su amiga.

II.

Entremos en casa de Leontina, lectoras mias, que ya os he entretenido sobrado tiempo para haceros conocer las diferentes posiciones actuales de cada uno de los personajes de esta historia.

He dicho ya que vive en un barrio solitario, y

en el cuarto segundo de una casa de más que modesta apariencia. El portal es pequeño y sucio. La escalera de yeso, angosta, húmeda y ennegrecida. El cuarto principal tiene una puerta limpia y pintada de color azul y abrillantado, que aunque sirve para hacer resaltar lo miserable de la escalera, sirve tambien para demostrar que las personas que lo habitan tienen cierta aficion á la limpieza.

No podia decirse otro tanto de los habitantes del segundo. La puerta, mugrienta, apénas conservaba algunas señales de pintura oscura, y estaba además, casi cubierta de polvo. Un cordel asqueroso y lleno de nudos servia para tirar de la campanilla, y los verdosos vidrios de las ventanas de la escalera, engastados en plomo, habian perdido casi totalmente su transparencia en fuerza de las telarañas que los cubrian.

El aspecto interior de esta vivienda no era ménos repugnante que el exterior; á pesar de ser Enero, como he dicho, se veia la antesala sin estera, y tan sucia, que parecia no haberse barrido jamás. Dos ó tres sillas cojas componian todo su mueblaje.

Era la una de la noche; en una salita, estrecha y alhajada con la mayor miseria, se hallaba la condesa entregada á su ocupacion favorita: el juego.

Apénas se hubiera podido reconocer en aquella mujer, de fisonomía repugnante y cubierta con un traje casi haraposo, á la bella, coqueta y elegante Leontina de Harley, que pocos años ántes exta-

siaba á París con sus ruidosas aventuras, y con su lujo casi regio. Ahora volvemos á encontrarla, llevando impresas en su semblante las señales indelebles del vicio, de la miseria y de las más rencorosas y bastardas pasiones.

La estancia en donde nos hallamos está alumbrada solamente por la escasa luz de una vela de sebo, que puesta en un candelero de plaqué arde tristemente sobre una mesilla cubierta con un pañolon viejo y desteñido que en el invierno pasado habia servido de abrigo á la Condesa. Seis sillas de ínfimo precio, en union de una mesita cubierta de barajas viejas, de cosméticos ordinarios y de peines muy bastos y sucios, decoraban la habitacion.

Es de advertir que todas aquellas sillas estaban destrozadas, aunque lo nuevo y lustroso de su barniz decia bien claro que no era larga su hoja de servicios; pero la Condesa se entregaba á cada instante á raptos de furor, y estrellaba todos sus muebles contra la pared durante sus accesos de mal humor y de desesperacion.

Delante de la mesa del tapete se hallaban, sentadas y jugando, dos mujeres de esas que no tienen nombre, pero que son casi siempre *viudas de un coronel ó de un intendente;* sin embargo, suele haber impreso en el semblante de estas *honradas señoras* un sello tal, que basta para que se les niegue toda procedencia, y áun todo proceder decente. Estas dos *damas* estaban sentadas frente á frente,

y de cuando en cuando, tal vez para avisarse del juego, se hacian guiños y gestos, que aprenderia sin duda Satanás para horrorizar á los infelices que caen en sus cóncavos dominios.

Otro lado de la mesa estaba ocupado por un hombre como de cuarenta años, con larga barba, poblados bigotes y luenga melena, tan enmarañada, que parecia del todo imposible se la hubiese peinado jamás. Para sujetar sin duda aquella pasmosa y espeluznada cabellera, llevaba sobre ella un sombreron de anticuada forma, alto como una torre, y lleno de abolladuras, que ni áun el respecto debido á las *señoras* le habia obligado á quitarse.

Aquel personaje era alto y en extremo flaco. Su semblante, anguloso y amarillo, estaba como sumido en un mar de pelo negro, gracias á la abundancia de su barba, bigote y cabellera. Su exiguo cuerpo estaba aprisionado en un frac azul tan maltratado, que dejaba escapar un codo por una de las dos mangas, y por la otra un pliegue de camisa, casi tan negra como la lujosa barba de su dueño.

Sin duda que la pobre camisa no queria perder esta ocasion de lucirse, á causa de que no tenía otra parte por donde hacerlo, pues el frac del grave personaje estaba abrochado hasta el cuello, y éste tenía por único adorno una corbata negra de seda, tan menguada y tan retorcida como la cuerda de la campanilla.

Por las estrechísimas mangas de su frac salian unas manazas largas, negras y huesudas, que barajaban y daban cartas con la mayor agilidad, y que tenian un tacto tan fino que conocian todos los naipes ántes de verlos. Un pantalon negro y muy estrecho oprimia sus largas piernas; pero se quedaba algo corto, dejando ver una canilla muy delgada, y que servia como de mango á un pié tan enorme como las manos, y calzado con unas botas llenas de agujeros tan desvergonzados, que acusaban á gritos la falta de las medias.

El otro costado de la mesa lo ocupaba la señora de la casa, cuya figura presentaba el tipo más raro y asqueroso. Imaginaos una mujer de cuarenta y dos años de edad, pero que representa cincuenta bien cumplidos. Su semblante, curtido por los cosméticos, estaba barnizado naturalmente por ese carmesí violado que procede de las enfermedades del hígado, y que es bastante á descomponer la más perfecta belleza. Una papalina negra y mugrienta cubria sus cabellos grises, más que por la edad, por los desórdenes y por las angustias de la miseria.

Leontina, al ver que ya no podia ser bella, quiso ser francamente vieja. La transicion de una soberbia belleza á una repugnante fealdad habia sido tan súbita en ella, que no le dejó esperanza ninguna, ni áun el amargo consuelo de acostumbrarse poco á poco á la decadencia de sus encantos. Es

verdad que hizo todo lo posible porque volviesen á reaparecer; pero cuando se convenció de que habian huido para siempre, tomó su partido como mujer animosa y se dió á buscar distracciones, si no honrosas, fáciles de encontrar.

Un vello espeso y negro habia brotado en las extremidades de la boca de Leontina y sobre su labio superior. Sus ojos, enrojecidos por la costumbre de pasar las noches en vela entregada al juego, se habian hundido, adquiriendo una huraña expresion llena de recelo y de malicia.

Llevaba un vestido de indiana descolorido del uso y remendado con pedazos nuevos, pero con tanta limpieza y primor que se conocia ser obra de la mano delicada de su hija. Un pañolon gris, lleno de manchas y de gotas de sebo, se cruzaba sobre su pecho, hundido y enjuto por las privaciones y la miseria; sus manos estaban sucias y arrugadas, y por debajo de la mesa, cuyo tapete no llegaba al suelo ni con media vara, se veian sus piés cruzados y calzados con unas babuchas destrozadas. Aquellos pobres piés decian, sin embargo, cuánta belleza y gracia habia reunido la desdichada Leontina en dias más felices: pequeños, corvos y llenos de distincion en su forma, daba lástima verlos encerrados en tan asqueroso calzado.

De las cuatro personas reunidas alrededor de aquella mesa, es decir, una condesa arruinada, un

caballero de industria y dos *cucas*, la más repugnante y degradada era la primera. Sólo una cosa lucia en aquella sombría y vergonzosa reunion: era la brillante limpieza del candelero que sostenia en el centro de la mesa la nauseabunda vela de sebo, y que se debia al esmerado aseo de la pobre Consuelo.

III.

Largo rato hacia que habia empezado el juego al penetrar nosotros en la habitacion. El caballero barbudo tenía ya delante gran porcion de plata menuda y áun algunos napoleones, y las *cucas* habian ya sacado tambien su partido, á juzgar por los movimientos de impaciencia que de vez en cuando dejaban escapar.

—Debe ser lo ménos la una y media, dijo gravemente el caballero barbudo rompiendo el primero el silencio que hacía rato reinaba.

—¡Sí, como V. ya ha hecho la suya! murmuró Leontina mirando iracunda á su compañero.

—¿Qué mia ni qué demonio, señora? repuso él con grosería: ¡yo no he hecho la mia ni la de nadie! ¡Sino que es tarde y tengo sueño!

—¡Pues es claro! ¡como que ya ha sacado V. con qué comer algunos dias!

—¿Yo?

—¡Usted, sí señor, V.!

—Vaya, doña Leontina, si V. tiene gana de bromas, yo no.

—¡Ni yo tampoco! ¡Muchacha!

—¿Quiere V. algo, usía? preguntó una muchacha haraposa que se presentó á la puerta.

—¿Dónde está la señorita?

—En su cuarto, usía.

—¿Qué hace?

—Coser.

—Llámala.

La muchacha salió, y cada uno de los jugadores empezó á recoger su dinero: sólo Leontina no tenía nada que recoger, porque todo se lo habian ganado.

—Esperarse, señores, esperarse; ¡vaya una avaricia! gruñó la condesa con muy mal humor.

—¡Qué! ¿Quiere V. tomar la rebancha? preguntó una de las dos *coronelas*.

—Tal vez.

—Pues prontito, que es tarde.

La condesa se volvió con mal humor hácia la puerta, en cuyo marco, y semejante á un hermoso bajo relieve, acababa de aparecer la plácida figura de Consuelo. Nada puede imaginarse de más dulce y suave que aquella seductora aparicion. Así apoyada en la ennegrecida y mugrienta puerta, asemejábase á un ángel que bajaba por mandato de Dios á visitar los infiernos.

Llegaba apénas la jóven á las diez y ocho años. Su estatura, más bien alta que baja, estaba admirablemente contorneada, y su rostro, blanco y puro como un camafeo antiguo, expresaba el asombro del dolor.

Llevaba un pobre vestido de lana muy usado, alto de escote y sobre el cual volvia un cuello blanco y liso. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en trenzas, servian de adorno y de prendido á aquella cabeza angelical.

Sin embargo, Consuelo no era lo que comunmente se llama una mujer hermosa, porque sus facciones carecian de regularidad.

Pero en cambio, ¡qué dulce expresion reinaba en aquella fisonomía! ¡Qué suavidad en su mirada! ¡Qué mansedumbre en su sonrisa! Conocíase, al verla, hasta qué punto puede embellecer el semblante la expresion de un alma buena. Consuelo era la verdadera antítesis de los cuatro personajes reunidos en el aposento de su madre.

—¿Dónde estás metida? gritó Leontina clavando en su hija una encendida mirada.

—En mi cuarto, mamá, repuso ella con dulzura.

—¿Y por qué no coses aquí? tornó á pregunfar la viuda.

Consuelo no respondió á esta segunda pregunta, y su madre añadió con acritud:

—Trae el retrato que tienes de Alicia.

—¿Mi medallon? exclamó Consuelo con terror y llevando involuntariamente la mano á una cadenita de oro muy delgada que rodeaba su cuello.

—Sí, tu medallon, y con la cadena y todo.

—¿Mas para qué, mamá? Yo no adivino...

—Nada tienes que adivinar: le necesito.

—Mamá, yo no puedo darte el retrato de Alicia, repuso Consuelo con más resolucion de la que hubiera podido esperarse de ella.

—¿Cómo que no puedes? ¿De dónde has sacado valor bastante para replicarme? ¡Te digo que lo necesito?

—¡Pero, Dios mio!... ¡Va á pasar á poder de esas gentes el retrato de Alicia! exclamó Consuelo hecha un mar de llanto: ¡te lo ganarán en seguida, mamá! añadió juntando las manos con ademan suplicante: sí, te lo ganarán como todo cuanto teníamos, pues ya nos han dejado en la pobreza.

La viuda no respondió; púsose morada de rabia; cubriéronse de espuma sus labios; sus ojos se encendieron como dos ascuas, y se precipitó sobre su hija dando un rugido de cólera. Era la primera vez de su vida que se veia contrariada, y la ira, que tan habitualmente la dominaba, degeneró en frenesí en aquella ocasion.

Tan horrible era su aspecto, que sus dos indignas compañeras temieron por la vida de la pobre Consuelo y se precipitaron á defenderla: no fué empero necesaria su ayuda. Su horrible parasismo

robó á la condesa la fuerza y el sentido, y cayó desplomada en el suelo con los labios cubiertos de una sangrienta espuma.

IV.

Amanecia el dia siguiente cuando la condesa de Harley entró en la agonía. Habíasele reventado una vena del pecho y hacía seis horas que no cesaba de arrojar sangre por la boca.

Sentado junto al mísero lecho de la moribunda, un sacerdote le prestaba los últimos auxilios, y Consuelo, arrodillada á corta distancia, sollozaba amargamente.

Rato hacía que no se oia más que el penoso estertor de Leontina, que se agitaba entre acerbos dolores. Sin embargo, parecia escuchar con atencion las palabras del ministro de Dios, y cuando éste cesaba de hablar, los labios secos de la enferma murmuraban una oracion.

Hubo un instante en que levantó penosamente la cabeza y llamó con una voz apénas perceptible:

—¡Consuelo!...

La jóven se levantó y se acercó á su madre.

—¡Hija mia!... ¡pobre hija mia! murmuró aquella poniendo su descarnada mano sobre la rubia cabeza de Consuelo. Te dejo sola... indigente... ¡perdóname!... ¡perdóname!...

Consuelo redobló su llanto y apoyó su frente en la mano de su madre.

—¡Tú eras rica... muy rica! prosiguió la desventurada con acento cada vez más ronco y debilitado: ¡tú eras... muy rica, y todo tu caudal... lo he perdido yo!...

—¡Mamá por Dios, no te agites! exclamó Consuelo con angustia; ¿qué importa la riqueza? ¡teniéndote á ti, todo me sobra!

—Es que yo voy á morir, y te dejo sola... sola!... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡qué castigo tan cruel!

—Valor, señora, dijo el sacerdote: Dios será el padre de su hija de V.

—¡Ah! exclamó de súbito la enferma como herida de una idea repentina: Consuelo, envia al instante á llamar á Rafaela.

La jóven salió y envió á la muchacha que les servia á llamar á la madre de Alicia.

—¡Es el único sér que se interesa en este mundo por ti! dijo la enferma, cuyo semblante se descomponia por momentos.

Luégo calló y empezó á mover los labios, en tanto que el sacerdote y Consuelo oraban con fervor.

—¡Señor, señor! ¡tu justicia es inmutable! exclamó de repente la condesa, elevando sus ojos como si columbrase la majestad de Dios.

Su exclamacion fué interrumpida por la criada, que sin comprender el peligro de la situacion, entró gritando:

—Señorita, me han dicho los criados que no puede venir, porque el señor está agonizando.

—¡Sola!... ¡sola!... dijo con débil voz y cortado acento la moribunda, que parecia no saber ya articular más que aquella palabra terrible.

—¡No! dijo el sacerdote poniendo la mano sobre la abatida cabeza de la jóven. Consuélate, pobre pecadora; el Dios de las misericordias cuidará de tu hija.

—¡Sí!... ¡ah!... ¡sí!... exclamó la enferma, que por casualidad tenía fijos sus ojos en la puerta de la habitacion. Dios me envia su ayuda... ¡héla aquí!...

Volviéronse el sacerdote y la jóven, y vieron á Claudio Laroche, que se adelantaba con paso lento y majestuoso.

—Aquí estoy, Leontina, dijo acercándose al lecho. Rafaela me ha escrito que viniese, no pudiendo ella dejar á su marido.

—¡Gracias... Claudio!... ¡La mano!... Dijo la pobre mujer con angustia.

Claudio le alargó su diestra, y ella, tomando la de su hija, miró con afan al sacerdote.

—¡Claudio... es un ángel... ámala!... dijo la condesa. Luégo añadió dirigiéndose al sacerdote:

—¡La bendicion, padre... la bendicion para que pueda morir en paz!...

El sacerdote, arrastrado por la solemnidad de la situacion y por la angustia que retrataban las fac-

ciones de la agonizante, bendijo la union de Consuelo y Claudio. Una expresion de paz y de felicidad iluminó el semblante de Leontina; casi volvió á ser bella; sonrióse dulcemente, clavó los ojos en el cielo... y espiró.

Consuelo, conociendo la triste verdad, se arrojó sobre el cuerpo de su madre, y Claudio tuvo que separarla del cadáver, privada de sentido. . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues Claudio entraba con su mujer en casa de mister Wilsson.

—Señora, dijo dirigiéndose á Rafaela, confio á V. á mi esposa, que acaba de perder á su madre, en tanto que preparo una habitacion para recibirla.

Rafaela no entendió casi las palabras de Claudio; recomendó con una mirada el cuidado de la jóven á mistriss Beld, y volvió junto al lecho de su marido, á cuya cabecera se hallaba Alicia.

Mister Wilsson agonizaba ya. Su vida se extinguia con espantosa rapidez, sin que los cuidados del doctor Simpson, que hacía ocho dias habia venido á asistirle desde su castillo, bastasen á contener á la muerte, que se acercaba con paso acelerado.

Tendido el banquero en su lecho, tenía las facciones contraidas por una especie de dolor amargo y feroz.

No hablaba, no rezaba, no parecia escuchar siquiera las palabras del sacerdote; empero al ver á Claudio se animaron sus sombríos y redondos ojos con un rayo de alegría cruel.

—¡Ah! ¡ah! ¡aún nos volvemos á encontrar! balbuceó con voz desfalleciente. Pero tú eres pobre, y yo... muero rico... ¡muy rico!

Volviendo entónces la mirada hácia su hija, tomó con vehemencia sus manos, y reuniendo sus casi exhaustas fuerzas, gritó:

—¡Vive sola... Alicia... siempre sola!... El mundo entero es malo... y aborrece al poderoso... ¡Y tú lo eres mucho!... ¡Vive sola... sola... sola!...

El último acento de mister Wilsson se exhaló en estas palabras. Ni una vez pronunció el nombre santísimo de Dios, ni miró al cielo. Habia vivido como un avaro, y moria como un réprobo, dejando en pos de sí la desolacion y la desgracia.

CAPÍTULO IX.

Una casita pobre.—Desesperacion.—Elocuencia del amor.—El precio de una cadena.—La oracion.—El pan de cada dia.

I.

Dos meses despues de los sucesos anteriores, y en una hermosa mañana de Marzo, dos personas estaban desayunándose sentadas delante de un veladorcito que cubria una blanca servilleta. Hallábanse en una salita de un cuarto tercero de la plazuela de Bilbao, uno de los más agradables sitios de la coronada villa.

Eran apénas las ocho, y ya el sol bañaba de lleno aquella alegre estancia, amueblada con sencillez suma, ó más bien con pobreza. Algunas sillas pintadas de verde, una mesita, y sobre ella un tocador y algunos frascos de porcelana, componian todo su mueblaje; y sin embargo, habia allí un no sé qué de risueño y encantador que conmovia dulcemente el corazon y el alma.

Caian delante del balcon, ocupado todo él por

frescas y tempranas plantas colocadas en macetas de barro, anchas cortinas de muselina lisa, sin otro adorno que un simple feston, pero hecho por una mano primorosa. Estas cortinas estaban levantadas para dejar pasar el sol y el aire por el balcon abierto, y mostraban unos visillos, no ménos blancos, que cubrian los cristales.

Las puertas de la alcoba estaban abiertas tambien de par en par, y en su fondo se divisaba una hermosa cama de caoba, bien mullida, y cuya colcha, así como los almohadones, guarnecidos de un encaje comun y muy barato, desafiaban en limpieza á la misma nieve. A los piés de la cama habia un cofre enorme y viejo, que probablemente serviria de guarda-ropa, y á la cabecera una imágen de Jesús de yeso blanco clavada en una cruz de madera negra.

A través del balcon abierto se divisaba un bello pedazo de cielo azul y puro, y los árboles de la plazuela, que ya empezaban á brotar tiernos pimpollos verdes. Oíase el canto de los pajarillos, las voces de los vendedores de verduras y buñuelos, y las alegres risas de los muchachos, que jugaban al sol ántes de ir á la escuela. Todo era vida, movimiento y alegría: y sin embargo, la frente de una de las dos personas sentadas al lado del velador, de que ya he hablado, permanecia sombría y ceñuda.

Era Claudio Laroche. Consuelo, sentada enfren-

te de él, le miraba melancólicamente; mas cuando Claudio alzaba la cabeza, la pobre niña fingia comer con mucho apetito de un plato de patatas cocidas que tenía delante.

Extraño era, por cierto, el contraste que ofrecian ambos esposos. Los dos vestian de luto por Leontina.

Claudio, alto y robusto, era muy moreno, y en su soberbia cabellera negra y en su bigote empezaban á aparecer algunas hebras de plata. Su ancha frente estaba de continuo cargada de densas nubes, y la mirada de sus ojos era casi siempre huraña y desconfiada, efecto del amargo conocimiento que tenía del mundo y de sus habitadores. Vestia una raida levita y un pantalon no ménos viejo; su calzado se hallaba tambien en mal estado, y sólo la deslumbradora blancura de su camisa le daba cierto aspecto de decencia.

Consuelo tenía puesto un vestido de indiana de la más barata, de fondo negro, con lunares blancos muy pequeños. Un cuellecito de crespon negro volvia sobre el cerrado escote de su traje, cortado con suma gracia, y sus cabellos rubios, recogidos sin ostentacion, daban á su bella cabeza una expresion risueña y encantadora, á la par que noble y sencilla.

II.

—¿No comes, Claudio? preguntó dulcemente la jóven á su marido al ver que no llevaba á la boca ni la parte más leve de su pobre almuerzo.

Estremecióse Laroche, como si saliese de un profundo sueño, y llevó la mano á su tenedor de hierro con precipitacion.

—No comas si no tienes apetito, Claudio, dijo la jóven dejando su asiento para acercarse á su marido: vale más que escuches lo que quiero decirte.

—Habla, repuso Laroche mirando con atencion á su mujer.

—Tú estás triste, Claudio, muy triste, dijo Consuelo, cuyos hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas; qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, contestó Laroche con una especie de amarga ferocidad.

—¿No quieres confiarme tus pesares?

—Te digo que no los tengo; ¡déjame!

—¡Sí los tienes! repuso Consuelo con una vehemencia tan dolorosa, que sus blancas mejillas se cubrieron de carmin. ¡Los tienes, sí, y yo lo sé porque te amo!

—¡Consuelo! gritó Laroche levantándose con furia.

—Yo sé, prosiguió la jóven con mayor energía, yo sé que el Duque D. te ha despedido hace un mes para dar tu destino á un jóven á quien protege un ministro amigo suyo: sé que miéntras has estado en tu destino, has consagrado casi todo tu sueldo á pagar deudas atrasadas, y que hoy tienes aún acreedores, y no te queda ni aún para comer.

—¡Y bien, sí, todo eso es cierto! gritó Laroche con aire de desafío: ¡estoy arruinado, perdido, soy un miserable! ¿Quieres saber más?

—No, repuso Consuelo: ya sé lo bastante. ¡Sé que Dios no desampara jamas á sus hijos!

—¡Dios! repitió Claudio con una sonrisa amarga y sacrílega.

—¡Dios, sí! Mira ese cielo abrillantado, y la esperanza renacerá en tu alma marchita. Mira ese sol que calienta nuestros piés, esos niños que bullen en la calle, esos árboles que reverdecen al soplo divino de sus labios, esos pajarillos que le alaban y le dan gracias porque nos envia este hermoso dia! ¡Claudio! ¿Serás tú el solo sér ingrato de la creacion?

Serenóse algun tanto la adusta frente de Claudio: jamás habia visto tan bella á su mujer. Brillaban con entusiasmo los ojos de la jóven: palpitaba su seno, y sus blancas mejillas se habian cubierto de un vivo sonrosado.

De repente llamaron á la puerta. Claudio se estremeció violentamente, y su esposa clavó en él

una mirada de profunda piedad al levantarse para ir á abrir.

Claudio quiso acudir á ver quién llamaba, pero ya era tarde; pues vió entrar de nuevo á su mujer seguida de un hombre de fisonomía vulgar y repugnante, y vestido con sórdido descuido. Era el casero; el casero, á quien Claudio debia ya cuatro meses de alquileres, pues habitaba allí desde dos meses ántes de unirse á Consuelo.

Aquel hombre grosero y brutal le habia amenazado muchas veces con hacerle embargar cuanto tuviese, y hacia sólo dos dias que habia tenido con él una violenta disputa. Claudio, encendido de ira, se levantó é iba á salir á su encuentro. Recordaba los insultos de que le habia abrumado en la calle, llamando la atencion pública el dia de su última entrevista, y ahora que se hallaba en su casa queria vengarse de él. Mas con gran asombro suyo vió que le saludó humildemente, y oyó que luégo dijo á Consuelo:

—He venido, señora, segun V. se sirvió mandarme ayer.

—Me alegro de la puntualidad de V.; repuso alegremente la jóven, y le suplico espere un momento.

Dicho esto entró en la alcoba.

Claudio atónito oyó abrir el gran cofre que estaba á los piés de su lecho; oyó tambien un ruido metálico, y en su estupor se preguntaba de dónde

habia sacado dinero su mujer, cuando ésta salió de la alcoba. Hizo al casero una graciosa señal para que se aproximase, y le dijo:

—Mi esposo me dió ayer esto para V.

—¡Corriente! exclamó respirando con profunda satisfaccion el casero, y sepultando en sus bolsillos dos hermosas pilas de napoleones; cuatro meses á diez duros... ¡cuenta cabal, cuarenta! Señores, soy su humilde servidor.

Salió aquel hombre, y Consuelo se volvió á mirar á su esposo.

—¿Qué tienes? exclamó al ver la desesperacion profunda que se pintaba en las facciones de Laroche; ¿qué te sucede, Claudio?

—¿Con que tambien tú? murmuró éste con amargura, ¡tambien tú te has vendido! ¿Con que es mi suerte el inficionar cuanto se me aproxima?

—¡No te comprendo, Claudio! repuso la jóven con las mejillas rojas de vergüenza; y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Desventurada! exclamó el desdichado, repeliéndola con fuerza; ¡tú tambien eres lo que son todas! ¡sólo veo en torno mio el vicio y la miseria!

—Pero ¡Dios mio! ¿qué dice este hombre? gritó Consuelo cubriéndose el semblante con las manos; y luégo acercándose á su marido prosiguió:

—Claudio, no comprendo bien tus palabras porque nada sé del mundo; pero creo... ¡creo que dudas de mí!...

—¿Y despues de todo qué importa? murmuró Claudio á media voz, y como hablando consigo mismo; ¿no he sido yo siempre un criminal? Dos meses he acariciado la ilusion de que un sér puro é inofensivo me pertenecia y me amaba, y tal creencia me hacia bien, y me consolaba de la indigencia que volvia á amenazarme! ¡Pero esta ilusion se ha desvanecido, como tantas otras, y el cieno de la realidad me rodea de nuevo!... ¡No me mires así! prosiguió volviéndose á su esposa; mi destino es perderte, como perdí á tu padre, como perdí á tu madre... sin quererlo... pero ello fué... Tampoco queria que tú me trajeses oro, y sin embargo... me lo has traido... ¡Pues bien, ya que has empezado... sigue, sigue!...

Una carcajada seca y amarga ahogó los últimos ecos de sus palabras; y en tanto reia convulsivamente lágrimas encendidas, lágrimas de rabia corrian de sus ojos, é inundaban sus lívidas mejillas.

Consuelo habia levantado la cabeza desde el instante en que habia empezado á hablar su marido: cada una de aquellas palabras entrecortadas por gemidos, habian penetrado hasta su corazon, y habian descorrido el cándido velo que ofuscaba su inteligencia. Comprendió que su marido dudaba de su virtud é inocencia, y cuando acabó de hablar, se levantó erguida, serena é imponente; se acercó á él; separó las manos abrasadas de Claudio de su

semblante; sacó de su pecho un pequeño medallon, y mostrando á su marido el cordon de seda de que pendia, le dijo estas solas palabras:

—¡Mira!

Claudio miró con afan el negro cordoncito: apagóse el sombrío fulgor de su mirada: cesaron los lúgubres ecos de su risa, clavó con afan los ojos en el apacible rostro de su mujer, y cayendo á sus piés, murmuró levantando sus ojos y vertiendo un raudal de llanto consolador y dulce:

—¡Perdon!

III.

Despues de algunos instantes de mutuo enternecimiento, Consuelo hizo levantar á su marido, le obligó á sentarse, y ella ocupó otra silla á su lado.

—Claudio, le dijo tomando una de sus manos, óyeme, y miremos con calma nuestra situacion; nada tenemos; pero Dios nos ayudará, si le rogamos con fe y esperanza. Oye, continuó la jóven con una gravedad que nunca habia advertido en ella su marido, y que nacia del convencimiento y de la calma de su virtud; oye, Claudio; yo no sé tu pasado, ni trato de saberlo; pero quiero hablarte del mio para que no dudes de mí.

Tenía una madre que no me amaba. ¡Dios haya perdonado á la infeliz! En sus últimos momentos

pareció renacer cierta ternura para mí en su corazon, y al verte me recomendó á tus cuidados: te conocia sin duda alguna, y sabía que tú eras capaz de ser bueno. Pues bien, Claudio, yo, que á nadie habia amado y que tampoco habia sido amada de nadie; yo, que he vivido siempre en el más absoluto retiro; yo, tratada con dureza por mi madre y por todos aquellos que me han rodeado; yo, Claudio, te quiero mucho y deseo que seas feliz.

—¿Qué te mueve á quererme? preguntó Laroche, que escuchaba extasiado á su mujer.

—¿Qué? repuso ella con ese fuego que nace del corazon, y que se comunica como una chispa eléctrica. Me preguntas qué es lo que me obliga á quererte, Claudio? En primer lugar la necesidad de amar que siente mi corazon; luégo el conocer que has sido muy desgraciado, y ahora, el saber, porque tú lo has dicho, que has sido criminal.

—¡Consuelo! ¿Será cierto lo que dices? exclamó Claudio, mirando con un asombro que crecia por instantes á aquella criatura, á quien siempre habia atribuido un alma fria, y que ahora se expresaba con tanto fuego y pasion.

—¡Pues qué! continuó la jóven cuyo seno palpitaba con violencia; ¿es poco para una mujer el decirse:—¡yo puedo dar la fe de mi amor á ese hombre que otras mujeres han hecho descreido! ¡Yo puedo hacerle tan bueno como el mundo le ha hecho malo! ¡Yo puedo trabajar con él, sufrir con

él, gozar con él de la vista de la naturaleza! ¡Yo puedo enseñarle á decir desde lo más hondo de su alma: «¡Señor, padre de los buenos, yo creo en ti y adoro tu bondad!»

—Pero ¿y la pobreza, Consuelo? ¿Y la pobreza que nos agobia, y que me obligará de nuevo á ser criminal?

—Claudio, óyeme aún, y descendamos á la vida material; mira, yo he vendido la cadena que me regaló Alicia, para pagar una deuda: ¿tienes más?

—Algunas, pero me veré obligado á contraer otras nuevas.

—No lo creas, aún tenemos dinero.

—¡Dinero!

—Sí: la cadena tenía un broche de amatistas, y me han dado mil quinientos reales por ella.

—¡Y te has desposeido de la única alhaja que conservabas, siendo además un don de tu amiga!

—¿Qué importa? Me era odiosa su vista, pues ella causó la muerte de mi pobre madre; en cuanto á Alicia, su helado corazon dará poco valor á que yo conserve ó no la cadena: ella derrama el dinero en torno suyo, sin cuidarse de quién lo recoge.

—¿Resulta, pues, que aún tienes treinta y cinco duros?

—Sí: míralos en el cajon de la mesa.

—La cantidad que debo es mayor que esa.

—Pues tómala y contenta con ella á tus acree-

dores, diciéndoles con nobleza: —por ahora no tengo más; pero así que adquiera, acabaré de arreglar mis cuentas.

—Lo haré, repuso Claudio, que manifestaba á su mujer la misma docilidad que al doctor Simpson, su antiguo y generoso bienhechor; lo haré así; pero ¿con qué viviremos hasta que yo pueda ganar alguna cosa?

—Yo tengo catorce duros todavía, Claudio, contestó la jóven con inocente alegría.

—¡Tú!

—Sí.

—Pero.....

—Mira: á los ocho dias de casarnos conocí que no tenias dinero, y quise trabajar.

—¡Qué dices!

—Hay en el cuarto principal una señora anciana que tiene doncella de labor; mas la que le servia por aquellos dias se le habia ido enferma; yo le agradé, y la segunda vez que subió á verme le dije con toda franqueza: —señora, somos recien casados y tenemos que poner casa; ¿quiere V. que repase y aplanche su ropa blanca en tanto busca doncella?

—¡Has hecho eso, Consuelo! ¡Oh, Dios mio!

—¿Ves, amigo mio? ¡Ya nombras á Dios! En todas las acciones buenas, su nombre viene involuntariamente á nuestros labios.

—¡Es verdad! ¡Tú me haces creer por la prime-

—¡No tengo ahora ocupacion ninguna, ni sé dónde ganar!

—No importa; paguemos, y Dios proveerá: vete á llevar ese dinero, y luégo vuelve, y nos iremos á paseo y á tomar el sol.

Laroche se levantó lentamente y fuese á buscar su sombrero.

—¡Claudio, por Dios, no te dejes abatir! exclamó Consuelo al ver el aire triste de su marido; mira, añadió: yo podia ir ahora mismo á casa de Alicia, y rogarle que te diese ocupacion en su opulenta casa; pero no quiero poner en práctica ese medio, en tanto tengamos otros, porque sé que Alicia, en su orgullo, no te estima como tú mereces y como yo desearia; así, pues, fiemos en Dios, y él no nos abandonará!

Las dulces palabras de Consuelo lograron por fin tranquilizar el ánimo de su marido. No hay felizmente un sér tan duro y descreido que oiga invocar continuamente á Dios sin conmoverse, y sin sentir en el fondo de su corazon un inefable bienestar. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Claudio estuvo poco tiempo fuera de su casa. Cuando volvió, Consuelo se puso sobre su pobre bata un pañolon de merino negro; cubrió su hermosa cabeza con un velo de tul, y apoyada en el brazo de su marido, salió á la campiña.

El dia habia avanzado tan hermoso como estaba al empezar. Brillaba el sol y los dos esposos vieron en el campo muchas familias que comian sentadas sobre la hierba, y muchos niños que corrian alegremente.

Ya á la caida de la tarde volvieron hácia su casa. Al pasar por una iglesia oyeron tocar el *Angelus*, y Consuelo entró á rezar. Siguióla su esposo y arrodillóse á su lado. De cuando en cuando llegaban hasta su oido las palabras de la oracion de Consuelo y él las fué repitiendo, rezando, al fin, con sincero é íntimo fervor.

—Claudio, dijo Consuelo al levantarse; estoy muy cierta de que tu oracion nos ha alcanzado ya de Dios el pan de cada dia.

IV.

Poco despues de haber entrado en su casa Consuelo con su marido llamaron á la puerta.

Claudio abrió y se halló frente á una señora anciana, vestida modestamente, y de aspecto sencillo y venerable.

—¿No está la señora de Laroche, caballero? preguntó á Claudio.

—Sí, sí, señora, respondió Consuelo saliendo apresurada, porque habia conocido la voz de su vecina; estoy aquí, y á las órdenes de V.

—Sea enhorabuena, hija mia, dijo la anciana con acento afectuoso; veo, añadió, que he elegido bien la hora de mi visita, porque tengo tambien el placer de ver á su esposo de V.

Claudio se inclinó con la grave cortesía que el trato del mundo le habia enseñado, y que una vez aprendida, no se olvida jamás.

—Caballero, prosiguió la buena señora, yo vengo hoy, más que á ver á Consuelo, á pedir á V. un favor.

—Deseo complacer á V., señora, respondió Claudio volviendo á inclinarse.

—Pues bien, caballero; yo soy sola, viuda, y poseo, ó mejor dicho, debia poseer una fortuna más que regular; pero desde la muerte de mi esposo, acaecida hace algunos años, se han ido embrollando mis asuntos, de modo, que hoy apénas tengo con qué vivir con algun desahogo; ha dejado él dos sobrinos, que, alegando que no tengo hijos, pretenden quitarme casi todos mis bienes, y en el dia me han puesto dos pleitos distintos, en los cuales he consumido una buena parte de mi caudal.

—¿Y qué puedo yo hacer por V., señora?

—Voy á decirlo, señor Laroche; yo necesito un hombre honrado y probo, que se ponga al frente de mi casa, y mire por mis intereses: ¿quiere usted ser ese hombre? El marido de la buena, de la amable Consuelo, debe ser, sin duda, el hombre que á mí me conviene.

La alegría brilló en los ojos de Claudio.

—Mucho hay que trabajar en mis asuntos, señor Laroche, continuó la anciana: de mucha energía ha de necesitar para disputar á esos dos malvados una riqueza que me pertenece legalmente, pero que ellos confian arrebatarme por medios inicuos: mas hará V. una buena obra amparando á una pobre viuda, á una desvalida anciana, á quien despojan ántes de morir.

—Señora, cuanto valgo es de V., dijo Claudio mirando con respeto á su vecina; y tanto mejor podré servirla, añadió, cuanto que carezco de toda ocupacion en el dia.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la viuda elevando al cielo sus manos: ¡que no pudiera yo dar á ustedes, hijos mios, todo lo que quisiera!... porque lo que en el dia me es posible ofrecerles, es muy poco.

—Señora, dijo Consuelo tomando las manos de la anciana, no se aflija V. por eso: Dios ha dicho, *ayudaos los unos á los otros.*

—Es verdad, hija mia, y ha dicho tambien, *que una buena accion no queda jamás sin recompensa*; así, pues, voy á confesar sin rubor á su esposo de V. lo que por hoy me es permitido darle.

La anciana se volvió á Claudio y le dijo con nobleza:

—Amigo mio, no puedo señalar á V. por ahora más que 7.000 reales anuales: ¿podrá V., por tan

mezquinos honorarios, encargarse de mis negocios?

—Podré tambien encargarme de ellos, sin que usted me señale sueldo alguno, repuso Claudio, en cuya alma ardiente penetraba el honor, con más facilidad que el crímen.

—Pues aquí está la primera mensualidad, dijo la anciana poniendo sobre la mesa un bolsillo de seda; hasta mañana, señor Laroche, añadió levantándose; desde las diez tendrá V. el despacho á su disposicion.

Salió la anciana y Consuelo, arrojándose al cuello de su esposo, exclamó:

—¡Ah! ¡Bien te dije yo que tu oracion nos habia conseguido el pan de cada dia!

CAPÍTULO X.

El palacio de Alicia.—La carta del doctor.—Las heces del cáliz.—La partida.

I.

Entremos en el suntuoso palacio ocupado por mistriss y miss Wilsson para echar una mirada á la respectiva situacion de estas dos antiguas amigas nuestras.

Eran las primeras horas de una noche, á fines de Marzo. El palacio de Alicia —pues nadie designaba de otro modo la casa que habitaban Rafaela y su hija —dejaba escapar por los cristales de sus balcones torrentes de luz, ni más ni ménos que si dentro de sus muros tuviese lugar un brillante sarao. Sin embargo, sólo estaba ocupado por la viuda del banquero, por su hija y por una numerosa servidumbre.

Alicia, austera por temperamento y educacion, queria guardar rigurosamente el año de luto: no salia ni recibia á nadie: su traje, completamente

negro, la hacia parecer más grave, y daba á sus facciones mayor tristeza de la que habitualmente tenian. En la noche de que voy hablando, estaba sola en su cuarto, é inclinada sobre su mesa de escribir, leia uno de esos libros áridos é impregnados de oscura ciencia, que han sido escritos para el hombre.

Su habitacion era espléndida, y estaba alhajada con una suntuosidad verdaderamente regia. Constaba de una espaciosa antecámara, de un salon, de un gabinete de estudio, de otro de tocador y baño, y del dormitorio. Mas á pesar del lujo que sobresalia en los menores detalles, en ninguna parte se advertia afeminacion ó propension á la molicie.

Alicia era fuerte, activa é incansable, lo mismo para el trabajo que para las diversiones. Montaba á caballo perfectamente y daba largos paseos acompañada de jóvenes de la aristocracia, y sin pararse un instante á pensar en lo que podrian decir de unas costumbres tan extrañas y tan opuestas á los usos establecidos.

Y sin embargo, mucho se hablaba de ellas. Si habia algunos que atribuian á su educacion inglesa el comportamiento de Alicia, otros, y sobre todo *otras*, le herian con todos los dardos de la maledicencia y de la envidia.

¿Y qué tenía de extraño? No contaba más que diez y seis años, y obraba exactamente igual que

una viuda de cincuenta. Salia sola desde los catorce, y sola habia recibido á todos sus amigos, que no eran los de su padre, porque éste no los tenía; ni los de su madre, porque Rafaela mostraba cada dia más aficion al retiro.

Su carácter y su educacion habian, pues, persuadido á Alicia de que se bastaba á sí misma, y de que era un sér superior á todo el género humano. Poco á poco se habia ido separando más y más de su madre, á quien sólo veia ya una media hora cada noche. Ella manejaba sus caudales. Cuidaba del escritorio y de los dependientes, de la misma manera que lo hacia su padre; esto es, tiranizándoles hasta un punto increible. Sabía las salidas, los ingresos, y estaba impuesta, en fin, en todas las operaciones mercantiles que practicaban sus casas de Lóndres, de París, de Franckfort y de Bruselas.

Unia á su disposicion para los negocios una instruccion vastísima; cada dia escribia por su mano gran número de cartas en diferentes idiomas, y dictaba otras tantas á su secretario particular. En cuanto á los estudios de adorno, los habia descuidado completamente: ya no tocaba el piano, ni dibujaba, porque tenía por mal empleado el tiempo que gastaba en ello, y porque ademas estos pasatiempos no divertian su vasta inteligencia. Bastaba con verla, para conocer que no era una mujer como las demas; pero que esta diferencia,

por muy sobresaliente que fuese, era tambien la más á propósito para hacerla completamente desgraciada.

Un candelabro con seis bujías ardia sobre la mesa, delante de la cual estaba Alicia sentada. Vestida ésta con una bata de seda negra, entretelada y forrada de raso negro, apoyaba la frente, pálida por las vigilias y el estudio, en la palma de su blanca y torneada mano.

Alicia, fastidiada del tiempo que empleaban en peinarla, y fatigada con el peso de su soberbia cabellera, se la habia hecho cortar, á pesar de las lágrimas y de los ruegos de su madre para que desistiese de semejante propósito. Pero ¡ay! ¿qué habia de comun entre aquellos dos séres tan distintos? ¿En qué se parecian aquella hija varonil y altiva y aquella madre delicada y tierna? ¡Alicia hizo su gusto, como lo habia hecho siempre, y como debia hacerlo miéntras viviese! Cortó el peluquero su magnífico cabello, que Rafaela trenzó é hizo encerrar en un marco de oro.

Desde entónces la cabeza de Alicia adquirió un aire enteramente varonil, y en la noche de que voy hablando, más se parecia á un hermoso jóven que á una niña de diez y seis primaveras. Su estatura, mucho más alta que la general de las mujeres, era robusta sin ser gruesa; y sus formas, demasiado desarrolladas, le daban bastante corpulencia.

Dejémosla leyendo, y pasemos á ver á su madre, retirada al otro extremo del palacio, donde tenía su habitacion, y donde pasaba casi todo el dia desde la muerte de su esposo.

II.

Rafaela estaba sola tambien, y leia, como su hija. Mas no leia en un libro: era una carta lo que tenía en la mano, y sobre la cual caia de cuando en cuando una lágrima.

Rafaela tenía ya treinta y ocho años, y parecia más jóven que su hija. Su talla, mucho menor que la de Alicia, era, lo mismo que en los dias de su juventud, esbelta y flexible, pues su delicada constitucion no le habia permitido engruesar. Vestia sencillamente, pero con más esmero que su hija, porque sus diferentes temperamentos, y en particular su diversa educacion, se advertian en todos sus hábitos y hasta en su exterior, de una manera irrecusable.

En vez de llevar, como Alicia, una holgada bata, llevaba un vestido de talle liso y ajustado. Sus mangas de crespon, bordadas con aplicacion de raso, hacian resaltar la mórbida blancura de su cuello y manos. Sus cabellos negros conservaban toda su hermosura y abundancia, y bajaban, partidos en dos anchas bandas, un poco levantados sobre la

frente, yendo á perderse en la gruesa trenza enlazada en graciosa forma detras de su cabeza.

A pesar del esmero de su traje, Rafaela estaba triste, muy triste. La muerte de su esposo la habia dejado en una soledad más profunda que la que hasta allí la habia rodeado; porque, cuando vivia mister Wilsson, Alicia, que no le amaba, pasaba algunas horas con su madre por huir de él, en tanto que ahora, que no tenía de quien huir, apénas la veia. Pero Rafaela era una de esas mujeres, tan escasas en el mundo, que embellecen cuanto tocan y cuanto las rodea, que están hermosas sin serlo, y que poseen ese encanto misterioso é indefinible, que deja detras de sí cono un celeste perfume y como una luz consoladora.

Su habitacion estaba en la más perfecta armonía con su figura y con su carácter: pues uno de los atributos de esas mujeres privilegiadas que se asemejan á Rafaela, es un exquisito buen gusto y una perfecta conformidad entre su persona y los objetos que las rodean. No tengo que describir el aposento en que se hallaba, pues ya lo conocen mis lectoras. Era el gabinete azul en el cual encontramos por primera vez á la desdichada Leontina y á su hija Consuelo, hace seis años y algunos meses, con la única diferencia de haberse trasladado ahora á Madrid.

La misma lámpara azul ardia en el centro, pendiente del techo por un cordon de seda y oro; el

mismo quinqué ardia sobre el veladorcito de sándalo, y sobre él se veia tambien una labor de tapicería empezada. Porque Rafaela, como todas aquellas mujeres dotadas de una sensibilidad exquisita, no gustaba de la variacion.

Su carácter generoso y blando la inclinaba á amar hasta el más pequeño objeto de su uso, y no los hubiera cambiado áun cuando le hubiera ofrecido su hija los más preciosos del mundo. Los recuerdos eran para ella como un tesoro, y se apegaba á las paredes de su cuarto, y le parecia poblado de visiones, ya tristes y llenas de ternura, ya risueñas y consoladoras. Allí, á los piés de su lecho, velaba la imágen de María, colocada en la mesita de palisandro, del mismo modo que le habia hecho compañía en su sombría habitacion de Lóndres y en la que habia ocupado en París.

La carta que Rafaela tenía en la mano, y que leia llorando, decia así:

«Estoy muy enfermo, y casi solo en este viejo castillo, lleno aún de tu imágen, hija mia. ¡Sí, Rafaela! Hace diez y seis años que te abrigaron estas paredes, y áun me parece que me guardan el eco de tu voz. ¡Hace diez y seis años que el riachuelo que cruza mi jardin retrató tu semblante, y áun creo que me ofrece tu imágen! ¿Qué poder reside en ti y en todas las criaturas que se le parecen que jamás deja que se os olvide?

»Ese poder es, segun yo imagino, el que hace

inalterable el amor y la amistad que inspirais. Vemos en el mundo hombres que han perdido á una esposa jóven y bella, y que bien pronto la olvidan y se enlazan con otra mujer. Y vemos otros que lloran eternamente y sin consuelo la muerte de la compañera de su vida, que no era hermosa, y que, sin embargo, parece haberse llevado á su sepulcro la alegría y el corazon del hombre que estuvo unido á ella.

» Vemos padres que se consuelan de la pérdida de todos sus hijos, y otros que consagran constantemente lágrimas amargas á la memoria de uno solo que dejó de existir, sin que baste á mitigar su acerba agonía la presencia de los que les quedan.

» Yo he perdido seis hijos, y sólo de la muerte de uno no me consolaré jamas. He casado á Enriqueta muy léjos de aquí y casi seguro de no volverla á ver nunca, y me he consolado más pronto de su ausencia que de la tuya. Y sin embargo, mis hijos eran buenos y hermosos, y Enriqueta lo es tambien.

» ¿En qué consisten, pues, esas pasiones enérgicas y voraces que sólo á algunas criaturas os es dado encender? Yo no lo sé; y á pesar de haber pasado muchos años de mi vida en estudiar el corazon humano, no he podido saberlo jamás.

» Enriqueta vive en Escocia con su marido y con sus cuatro hijos. Catalina ha perdido completa-

mente el uso de sus miembros á causa de la parálisis que, como tú sabes le aqueja hace dos años; ¿no pudieras venir, hija mia, á cuidarme en los postreros dias de mi carrera? Poco debo ya vivir, y dejaré sin pena un mundo en que tanto he padecido, y que sólo considero un tránsito para una vida mejor.

»Ven, Rafaela, mi corazon te llama y te necesita; ven para que pueda llevar á tu madre las palabras de amor que le consagres, pues que espero hallarla en el cielo. Ven, y llevaré á tu padre algunas lágrimas tuyas al decirle que te he evitado otras muchas, protegiéndote como él deseaba y me encargó en su carta: en el cielo no entran los celos, el rencor ni ninguna de las mezquinas pasiones de la tierra, y yo amaré igualmente á tu padre y á tu madre.

»No te digo adios, hija mia, sino hasta la vista; Catalina une sus ruegos á los mios, y te espera tu segundo padre.

JAMES SIMPSON.»

Cuando Rafaela acabó de leer, sus lágrimas caian abundantemente sobre la carta. ¡Ay! ¡Ella conocia demasiado que iba á morir el hombre benéfico de quien habia sido tan amada! Dios le llamaba ya á sí para darle el hermoso premio que debe dar en el cielo á los mártires del corazon.

Durante largo rato lloró Rafaela sobre aquella carta, besándola de vez en cuando como si fuese

una santa reliquia. Luegó enjugó sus ojos, la guardó en su pecho, y pasó á la habitacion de su hija.

III.

Al ver entrar á su madre, se levantó Alicia con la misma fria ceremonia que empleaba siempre, y se adelantó á recibirla algunos pasos.

Ya he dicho que el cariño de aquella helada y altiva jóven para su madre se habia aminorado mucho, y hasta pudiera decir que se habia casi extinguido á medida que la vanidad y el afan de la ostentacion y de la independencia se habia desarrollado en ella. Pasábanse muchos dias sin acordarse siquiera de que vivia, pues la sociedad, con su adulacion y sus homenajes, habia estragado su corazon casi por completo.

Sin embargo, su cariño hácia la bella y santa mujer, á quien debia el sér, vivia aún en el fondo de su alma; pero, de la misma manera que su padre, á quien se asemejaba bastante, hacia años que la consideraba como un sér muy inferior á ella en inteligencia y talento, si bien dotado de bondad y mansedumbre.

Aunque vió sus ojos enrojecidos, no le preguntó la causa de su tristeza; pues, como ella decia, *lloraba por cualquiera cosa.*

—Hija mia, dijo Rafaela sentándose con la dulce

dignidad que le era habitual y tomando la mano de su hija; mi querida Alicia, vengo á decirte que esta misma noche salgo de Madrid.

—¡Salir de Madrid! repitió la jóven frunciendo sus grandes cejas negras y como admirada de hallar en su madre voluntad propia.

—Sí, repuso Rafaela: quiero, hija mia, ir á cuidar á mi anciano amigo el doctor Simpson, que está muy enfermo.

A esta palabra *quiero*, las cejas de la jóven se frunciron mucho más.

—No puedes dejarme, mamá, contestó friamente.

—Me es, en verdad, muy doloroso separarme de ti, aunque sea por muy poco tiempo; pero me es preciso: el doctor ha sido mi único amigo, y mi solo consuelo en mis dolores.

—¿Y yo, qué soy para ti? preguntó Alicia, cuyas facciones se contrajeron con un sacudimiento nervioso, y cuyos ojos lanzaron un sombrío fulgor.

Sin embargo, no era la ira lo que más predominaba en aquel organismo inglés y helado: muy pronto se apagaron los resplandores fugitivos de aquel fuego interior, y apareció en su severo rostro una exprexion fria, pero terrible. Era la decision de imprimir á su madre su voluntad... ó de vengarse.

Rafaela advirtió las trasformaciones por que pasaba el semblante de su hija, y tembló. No obstante, no era aquella noble criatura capaz de un temor

vergonzoso: sabía hasta qué punto era augusto su carácter de madre, y quiso hacer conocer á su hija, por la vez primera de su vida, que tenía voluntad y que ésta era invencible.

—Hija mia, dijo con suavidad, respondiendo á la pregunta de Alicia: hija mia, tú eres para mí, lo más caro que existe, el sér á quien más amo en el mundo, y por ti daria mil veces mi existencia; pero tú tienes buena salud; y además, el género de vida que llevas, no me hace precisa á tu lado: eres fuerte, hermosa é independiente: debo, pues, ir á recoger el último suspiro del anciano, que te conservó á mi amor cuando tu padre queria separarte de mí.

—Quizá hubiera hecho mejor ese sabio impertinente en no oponerse á los designios de mi padre, dijo Alicia con un desden terrible por lo helado y punzante.

—¡Qué dices! exclamó Rafaela palideciendo horriblemente.

—Madre, repuso Alicia, ya sabes que soy sobria de palabras, y así te diré tan sólo las que tú necesitas oir: no puedo consentir en que salgas de casa.

—Yo quiero salir al instante, repuso Rafaela levantándose con dignidad.

—No puedo, por dos razones, consentir en que vayas al castillo de ese viejo loco, prosiguió Alicia sin alterarse.

—No quiero saber esas razones, ni debo oirlas,

dijo Rafaela adelantándose hácia la puerta con paso vacilante.

—Yo las diré, sin embargo; me opongo á que te vayas, en primer lugar, porque detesto á ese apóstol del bien, y no quiero que una persona, de cuya suerte dispongo, vaya á servirle.

Rafaela dió un gemido, y apoyó su lánguida cabeza contra la pared. ¡Su ingrata hija tenía el cruel valor de decirle que disponia de su suerte!

—La otra razon, prosiguió Alicia confundiendo el dolor de su madre con una debilidad mezquina que la empequeñecia á sus ojos, la otra razon que tengo para no dejarte marchar, es que te necesito á mi lado para que sigas gobernando la repostería y la cocina.

—¿No tienes otras que darme? dijo Rafaela con voz baja y temblorosa.

—No: pero esta última creo que debe convencerte; ¿te parece que debo yo ocuparme del gobierno interior de la casa?

Rafaela nada contestó ya, y se dirigió en silencio á la puerta.

—Supongo que habrás ya desistido de tu propósito, mamá, dijo Alicia abriendo de nuevo el libro en que leia cuando entró Rafaela.

—¡Adios! dijo ésta volviéndose con el semblante cubierto de lágrimas, y como si el acento de su hija la despertase de un sueño penoso. ¡Adios! repitió, tendiéndole los brazos.

—¿Persistes, pues, en irte? dijo como asombrada Alicia.

—Sí, respondió su madre.

—¿A pesar de todo lo que te he dicho?

—A pesar de todo lo que he tenido la paciencia de escucharte.

—¡Mire V. lo que hace, señora! dijo la jóven con una mirada sombría: ¡oponiéndose á mi voluntad, renuncia á mí!

—¿A su voluntad? sollozó Rafaela. ¡Oh, Dios mio! ¡A su voluntad! ¡Estas son las palabras y el acento de su padre!

Y luégo, enjugando su llanto y alzando su frente con majestad, añadió:

—Los hijos ingratos y rebeldes no hallan felicidad sobre la tierra: ¡humíllate, y que Dios te perdone como yo!

—Señora, repuso la jóven, yo no entiendo lo que quiere decir la palabra *humillacion:* mi razon y mis maestros me han enseñado á dominar, porque he nacido fuerte: jamás cejaré ante lo que creo justo y razonable: así, pues, declaro á V. que si abandona esta noche mi casa, no volverá á entrar en ella, á ménos que no se la abran las leyes.

Al oir estas bárbaras palabras, Rafaela alzó al cielo sus manos unidas como para pedir á Dios que no descargase su mano terrible sobre la culpable. Luégo un temblor horrible recorrió todo su

cuerpo, y la palidez de sus facciones se hizo espantosa.

Alicia no alzó los ojos del libro en que leia, ni pudo ver el dolor agonizante de su madre. Aunque le hubiera visto, no le hubiera comprendido tampoco, porque ya he dicho que su corazon estaba petrificado por la ciencia y por la adulacion. Poco á poco cesó el temblor de su desdichada madre, quien levantó con mano desfallecida la *portière* de terciopelo, y salió echando sobre su hija una larga y dolorosa mirada.

Mucho rato habia pasado cuando levantó Alicia la cabeza. Su madre habia desaparecido.

Un instante despues oyó el ruido de un carruaje, y se asomó al balcon. En aquel coche se dirigia su madre con Mary á la casa de postas.

Alicia tiró del cordon de la campanilla, y bien pronto apareció mistriss Beld. La buena mujer venía llorando con tanta amargura, que apénas podia respirar.

—¿Y mi madre? preguntó imperiosamente Alicia.

—¡Se ha marchado, miss! contestó llorando á lágrima viva la antigua nodriza: ¡se ha marchado y me ha dicho estas palabras que me han destrozado el alma:—«Jenny, mi buena Jenny, hasta el cielo»:—luégo me ha abrazado, dándome gracias por todo lo que habia hecho por su Alicia, me

ha rogado que nunca me separe de ella, y ha partido!

— ¡Basta! dijo Alicia con imperio: ¡vete!

Jenny salió, y la jóven volvió á sentarse pálida y temblorosa. Era que en el fondo de su alma se alzaba la voz de su severa conciencia.

CAPÍTULO XI.

Remordimientos.—Dos bienaventurados.—El perdon.—Rafaela descansa al fin.

I.

Dos meses despues de estos sucesos, se hallaba una tarde Alicia Wilsson en la habitacion que habia ocupado su madre. ¿Qué hacia allí? Ni ella misma nos lo hubiera podido decir. Alli iba desde el dia siguiente de la partida de Rafaela á buscar el encanto de su recuerdo, ya que estaba privada del de su presencia.

Por una terrible intuicion, al oir el ruido del coche que se llevaba á su madre, habia conocido que la habia herido de muerte. Luégo cada dia recordaba su dulzura, su carácter amoroso y tierno, y el perfume de poesía y de gracia infinita que dejaba en pos de sí y por doquiera que pasaba.

Desde la salida de Rafaela del palacio parecia estar éste sumergido en la tristeza más profunda.

Alicia se detenia muchas veces en medio de sus

suntuosas habitaciones creyendo oir el sonido del piano de su madre, ó percibir su voz melodiosa que hablaba con Mary, que era casi su única compañía. Despues recordaba la funesta escena que habia tenido lugar entre ambas la noche de la partida de Rafaela, y gruesas y ardientes lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

No habia dia en que no trajese á su memoria con íntima amargura todas las escenas de su niñez cuando iba por las tardes al cuarto de su madre con mistriss Beld, y cuando despues le enseñaba á rezar en aquella retirada y solitaria iglesia de Lóndres donde la esperaba despues de su paseo. Por eso iba á buscar á la habitacion de Rafaela los objetos que más recientemente habia tocado su madre, engañándose con la esperanza de verla volver, y deseando huir de los dulces y acusadores recuerdos de sus primeros años.

Nadie más que ella habia penetrado en el gabinete azul desde que se habia ido Rafaela á recoger la última despedida del anciano doctor. Todo estaba como ella lo habia dejado. La luz de la lámpara se habia consumido sobre el velador de sándalo. Al lado de la extinguida luz, se veia áun la tapicería, labor favorita de Rafaela, y el libro en que ésta habia leido la última noche que pasó en el palacio. La hermosa imágen de la Vírgen velaba al pié del intacto lecho, sonriendo sobre la mesita de palisandro; y á sus piés habia dos jarrones de

flores marchitas, las postreras que le habia ofrecido Rafaela.

Alicia, en la tarde de que voy hablando, miraba todos estos objetos con un dolor seco y profundo como su corazon, pero que no era por eso ménos violento. Ora veia á su madre moribunda y llamándola con angustia. Ora la veia presa de un inmenso dolor, con su hermoso semblante desfigurado por la ira, maldecirla y llamar sobre su cabeza la justicia eterna. Durante largo rato permaneció Alicia sumergida en un profundo abatimiento: mas con la energía y rapidez de decision que la caracterizaban, se resolvió á marchar en busca de su madre, para rogarla que la perdonase, y se volviese á su compañía.

Llamó á mistriss Beld, y tres horas despues salian ambas de Madrid en la posta, que corria con ménos velocidad que el pensamiento de Alicia, aguijoneado por una impaciencia devoradora, y que jamás habia sentido.

II.

Miss Wilsson y mistriss Beld llegaron al vetusto castillo del doctor, á la caida de una hermosa tarde de Mayo. El sol doraba los picos de las montañas de Escocia y las copas de los grandes árboles que crecen en ellas.

Al bajar Alicia del carruaje á la puerta del castillo se asemejaba á la estatua del dolor. Llevaba un traje nuevo de seda, una manteleta igual, y un sombrero de crespon con velo caido delante de su rostro. Al traves del tenue tejido de la blonda, se divisaba, sin embargo, la palidez de la jóven, y el brillo sombrío de sus grandes ojos.

Cuando puso los piés en aquella tierra, cubierta de yerba por el escaso tránsito de las personas que pasaban por allí; cuando vió ante sus ojos el sombrío y viejo edificio, casi ruinoso, donde se hallaba su madre, se oprimió mucho más su corazon.

Á pesar de que el rumor del carruaje que conducia á las viajeras debia oirse en el interior del castillo, la puerta no se abrió ni salió persona alguna á recibirlas. Mistriss Beld dió fuertes golpes con el aldabon y nadie contestó.

Volvió á llamar, y entónces se oyeron á lo léjos unos pasos tardos y pesados. Un instante despues se abrió la puerta, y una anciana apareció en el umbral.

Alicia miró á aquella mujer y se estremeció. Sus arrugadas mejillas estaban bañadas de lágrimas, y sus facciones expresaban un agudo y profundo dolor. Parecia tan embargada por su pena, que no habló á las viajeras una sola palabra. Cerró la puerta, y las condujo silenciosamente á la escalera. Era una de las dos ancianas sirvientas del castillo, y la única que quedaba, pues su compañera habia

muerto hacia ya tres años. Alicia se lanzó tras ella, con el corazon prensado de angustia, y mistriss Beld siguió á su jóven señora.

Abrió por fin la anciana la puerta del salon, y Alicia tendió hácia el fondo una mirada ansiosa. Mas no bien sus ojos se habian fijado en las personas que le ocupaban, cuando, á pesar de la fortaleza de su espíritu, palideció de una manera terrible, y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer desmayada.

Sin embargo, aquel salon presentaba un aspecto risueño y apacible, como todo el castillo, y como todas las habitaciones ocupadas por la paz y la virtud. Los últimos rayos del sol reflejaban en los cristales de las abiertas ventanas del salon, cada una de las cuales estaba entoldada de una cortina de flores y verdor.

Aquella luz dorada y suave hacia resaltar los frescos colores de la sillería de encina y tela persa de algodon de ramos blancos y azules, la limpieza del encerado pavimento, y la de los muebles de nogal, ennegrecidos en fuerza del uso. Junto á una de las ventanas, y colocados uno enfrente del otro, habia dos sillones, y en ellos descansaban el doctor Simpson y Rafaela.

Sentado entre ambos, y en otro sillon algo más bajo estaba un anciano sacerdote católico, que ora atendia al doctor, ora á Rafaela con una solicitud evangélica y llena de dulzura. Á la derecha del sa-

cerdote, y sobre una mesa cubierta de blanco, se elevaban un gran crucifijo y una Vírgen de los Dolores, ante los cuales ardian dos bujías en antiguos candeleros de plata. Delante de las divinas imágenes estaba el sagrado copon, pues el doctor y Rafaela acababan de recibir los santos sacramentos de la confesion y comunion.

No habia médico allí. El que moria era un sabio en la difícil ciencia de aliviar á la humanidad, y conocia que no habia remedio alguno capaz de alargar su vida y la de la desgraciada que moria á su lado.

Alicia permaneció un instante con la mirada fija y extraviada. Luégo dió desatentada algunos pasos, y fué á caer á los piés del sillon de Rafaela, gritando con una angustia desgarradora:

—¡Madre mia!...

Rafaela abrió sus ojos, lánguidamente cerrados. Su vida, que habia ido apagándose á impulsos de una pena mortal desde la aciaga noche en que recibió tan rudo golpe de la mano de su hija, se extinguia por instantes.

—¡Alicia!... ¡Hija de mi alma!... murmuró con infinito amor, buscando con sus débiles manos la inclinada cabeza de la jóven.

—¡No, no!... ¡Yo no soy tu hija! gritó la desdichada niña, cuyo pecho se rompia á impulsos de secos y terribles sollozos: ¡no me llames así, madre mia! continuó golpeando su frente contra el

brazo del sillon, con una desesperacion concentrada y sombría: ¡yo he sido tu verdugo!...

—¡Gracias por haber venido, hija mia! dijo la dulce madre acariciando los cabellos de Alicia, que habia levantado de nuevo la frente. ¡Gracias, hija mia, porque así muero feliz!... ¡No te acuses de mi muerte... no! ¡Dios me llama á su lado, y su infinita bondad me concede entrar en su reino, acompañada de mi único amigo, de mi segundo padre, de mi constante bienhechor!... ¡Oh, mi Alicia! continuó Rafaela, que en aquella última hora habia recobrado esa fuerza súbita, esa energía que es casi un patrimonio de los moribundos: ¡oh, hija mia, tu nacimiento me trajo la dicha de conocer á este hombre benéfico, pues el dia que tú viniste al mundo le ví por primera vez!... ¡Pluguiese á Dios que yo pudiese dejarle hoy á tu lado para protegerte!...

—¡Se muere! murmuró el sacerdote como hablando consigo mismo: y levantándose apresuradamente aplicó los santos óleos á las venerables sienes del anciano.

—¡Señor, señor! exclamó éste con voz dulce, segura é inspirada, volviendo sus ojos hácia el Oriente, ya bañado con las sombras de la tarde: ¡Señor, Dios de las batallas, de las madres y de los niños! ¡Señor, Dios de justicia y de piedad! ¡Dios fuerte, y padre amoroso y blando! ¡Yo te doy gracias por la paz que en esta última hora me

concedes! ¡Yo te doy gracias por haberme enviado la fuerza necesaria para domar las pasiones que tantas veces se han desbordado en mi alma como un mar impetuoso!

¡Gracias, Dios mio! prosiguió, miéntras que una gota de dulce llanto templaba el férvido resplandor de su mirada. ¡Yo te doy gracias porque ahora envias ante mis ojos todas las sombras de mis protegidos! ¡Allí, al pié de aquel monte, está Honoria, para cuyo dote vendí mi reloj! ¡Más allá hay una tropa de niños, para los cuales fundé una escuela gratuita! ¡Sentada al pié de aquella encina veo á la pobre anciana Verónica, cuyo haz de leña llevé sobre mi espalda en una calurosa tarde de Agosto! ¡Junto á aquella fuentecilla está el viejo Jerónimo, á quien saqué de su cabaña incendiada! ¡Inmediata á él, columbro á Marta, la pobre lechera, cuya hija se ahogaba en el rio y recogí yo en mi barca!... Y allí, solo, con la frente erguida, está Claudio, mi hijo predilecto, á quien el mundo llamaba réprobo y malvado, y á quien yo pude separar de la carrera del crímen... y le hice bueno y generoso, invocando el nombre de una criatura celestial.

Un débil suspiro que se escapó del pecho de Rafaela interrumpió el éxtasis del anciano, que se volvió como atraido por aquel eco triste y agonizante.

—¡Y tú tambien! prosiguió; tú tambien estás

aquí, hija mia, mi buena Rafaela!... ¡y tú me acompañarás, porque Dios ha puesto fin á tu martirio y te abre las puertas del cielo! ¡Niña! continuó con dulzura y buscando las manos de Alicia. ¡Niña, á quien yo recibí en mis brazos al nacer! ¡Niña hermosa, que hoy entras en la carrera de la vida, ven á mi lado para que yo te bendiga y bese tu frente, tan blanca y tan pura todavía!

El sacerdote levantó á Alicia y la colocó en su propio sillon, acercándole despues al del moribundo. La jóven inclinó llorando su cabeza sobre el pecho del médico, y éste continuó:

—¡No llores así, hija mia!... ¿qué has podido tú hacer que merezca tan amargo llanto? Algo, es verdad, algo ha pasado entre tu madre y tú, pues Rafaela llegó aquí ya herida de muerte; pero á tu edad pueden expiarse todas las culpas cometidas practicando buenas obras: no cedas nunca al mal, hija mia; sé piadosa y compasiva: la ternura del alma es el más bello atributo de la mujer; siembra beneficios al derredor tuyo; en nuestra última hora, en esta hora terrible en que yo me hallo, todas las pompas, todas las vanidades de la tierra desaparecen, y sólo nos queda, para dulcificarla, el recuerdo del bien que hemos hecho!

Calló el anciano durante un instante, y luégo, poniendo sus manos en la cabeza de Alicia, dijo con solemnidad:

—¡Dios te bendiga y te haga buena y feliz, pues

no hay penas que no consuele la tranquilidad de la conciencia!

—Esta sortija para mi esposa, añadió volviendo penosamente la cabeza, y presentando al sacerdote una sortija de oro liso que sacó de su dedo anular. Era la misma que habia aplicado á los labios frios de Rafaela el dia en que la encontró desmayada junto á su ventana, y en que reanimó su alma con el calor de su palabra.

—Dile tambien, amigo mio, continuó el doctor dirigiéndose al sacerdote con el cual le unian hacia muchos años los lazos de la amistad, dile tambien que allá arriba rogaré por ella, hasta que Dios la lleve á mi lado: dile que abrace, en nombre mio, á Enriqueta cuando vuelva aquí, y que le diga que su padre le alcanzará la proteccion de Dios.

La voz del doctor sonaba lenta, pero reposada y dulce. En los últimos instantes de su vida era lo que siempre habia sido: un buen esposo, un buen padre y un hombre justo. Cuando acabó de hablar con el ministro del Señor, se volvió á Rafaela, que debilitada por la emocion que le habia causado la vista de su hija, iba respirando cada vez con mayor dificultad.

—Te precedo bien á mi pesar, hija mia, le dijo: ¡pronto, sin embargo, me seguirás al reino de eterna gloria donde habitan tus padres!....

Calló, dichas estas palabras, cruzó las manos y

se puso á orar con los ojos fijos en la imágen del Crucificado.

Su muerte era tan hermosa como su vida. Envolvíale una bata de seda de grandes pliegues, y sus blancos cabellos, agitados por la brisa de la tarde, formaban una plateada corona en derredor de su espaciosa y elevada frente. Ni una sola contraccion habia desfigurado aquel semblante venerable: sus grandes ojos pardos, de dulce mirar, parecian más hermosos y apacibles en aquella hora suprema. Sus labios, finos y pálidos, se movian suavemente, y sus manos, blancas y delgadas, se cruzaban sobre su pecho en una actitud de fervorosa paz. Aquel hombre era un justo cuya alma subia al cielo, separándose del cuerpo sin esfuerzo y sin lucha.

De súbito el sacerdote vió empañarse levemente la hermosa luz de los ojos del doctor; vió levantarse su pecho con una fatiga casi imperceptible, y arrodillándose exclamó á media voz:

—¡Recibe en tu seno, Dios mio, esta alma que vuela á ti!....

—¡Hasta..... muy pronto..... hija mia!.... murmuró el anciano con un acento que se confundió con el susurro de la brisa entre las flores que daban sombra á la ventana.

Inclinó la cabeza, dió un suspiro, y su alma santa voló á la mansion de la eterna gloria. . .

. . . . . .

El sol desapareció entónces de los cristales de la ventana, y fué á alumbrar de lleno el rostro venerable del doctor.

Durante algunos minutos, formó una áurea corona sobre los blancos cabellos del anciano y alumbró su santa y dulce sonrisa y sus abiertos ojos.

El sacerdote cerró aquellos párpados suaves y transparentes, y entónces los últimos rayos del astro del dia desaparecieron y fueron á iluminar los altos montes que se elevaban frente al castillo.

III.

Durante algun tiempo sólo se oyeron en aquel aposento los sofocados sollozos de Alicia, y las preces del sacerdote que rezaba arrodillado á los piés del cadáver. De cuando en cuando una lágrima resbalaba por la mejilla del ministro del Señor, pues habia amado con entrañable cariño al amigo incomparable que acababa de arrebatarle la muerte.

Alicia habia vuelto á postrarse ante el sillon de su madre. Tenía apoyada su frente sobre las manos de la moribunda que bañaba con sus lágrimas, y ahogados sollozos se escapaban de su pecho.

—¡Oh, madre mia! exclamó despues de una larga pausa: ¡madre mia! ¡La mejor, la más tierna y santa de las madres! ¡Es posible que he de perderte!

—¡Te dejo rica, hija mia..... y capaz de vivir sin el apoyo..... que otras mujeres necesitan y que tu educacion..... te hace inútil!.... repuso mistriss Wilsson, cuyo semblante palidecia cada vez más: sólo te encargo una cosa, añadió con una voz que se debilitaba por instantes.

—¡Habla, habla, mamá! exclamó ansiosamente Alicia: cuanto me digas será religiosamente cumplido por mí.

—¡Sé compasiva..... hija mia!.... ¡No cierres nunca tus oidos á los clamores de la desgracia!.... ¡Eres rica..... y el único beneficio de la riqueza, es..... el poder hacer la felicidad de los demás!....

Calló Rafaela.

Su hija sólo respondió con sollozos, pues su angustia le impedia hablar; pero viendo que el silencio se prolongaba demasiado, alzó la cabeza para mirar á su madre.

—¡Señor, señor! ¿no ve V. que se muere? exclamó con furia Alicia, y empujando rudamente al sacerdote que aún lloraba ó los piés del cadáver del doctor. ¡Si le pagan á V. bien en esta casa, yo le haré pesar en oro, con tal de que preste á mi madre los últimos consuelos!

Estas crueles y sacrílegas palabras encendieron de santo rubor la frente del sacerdote.

—Jóven, dijo con triste y severa gravedad, usted no será nunca buena ni feliz. Quien se deja ar-

rebatar por la ira en presencia de la muerte, mucho necesita de la misericordia de Dios.

Estas palabras secaron las últimas gotas del llanto de Alicia, pues todo lo que era fuerte excitaba su soberbia, á la manera que los antiguos gladiadores romanos se exaltaban á la vista de un enemigo corpulento y fornido.

Recobró su dureza, y fijó de nuevo sus ojos en el hermoso semblante de su madre, que rogaba á Dios del mismo modo que habia rogado el doctor.

—¡Adios..... adios..... hija mia!.... murmuró tras un breve rato de silencio. ¡Jenny!.... ¡Mary!.... ¡no las desampares jamás!.... ¡Mi *secretaire*..... lo que encierra es..... tuyo!.... ¡es para..... ti!....

Estas fueron las últimas palabras que dirigió Rafaela á su hija. Luégo clavó sus ojos en el cielo, y murmuró:

—¡Claudio!....

Este nombre no llegó á los oidos de Alicia; tan débilmente fué pronunciado. Este nombre, sin embargo, encerraba una historia entera de amor y de lucha. La historia del corazon de una pobre mártir. Era un secreto encerrado seis años hacía en el alma de aquella mujer.

¡Extraños misterios de la vida humana!

Alicia vió á su madre sonreirse y mover sus labios. Hubiérase dicho que alguna encantada vision vagaba ante su vista. Luégo rezó á media voz algunas oraciones, y volviendo sus ojos hácia el

Oriente, como habia hecho el doctor, apareció en su semblante una inefable expresion de ventura.

—¡Claudio! volvió á murmurar.

—¡Sube al cielo, alma santa! dijo el sacerdote extendiendo sus manos sobre la cabeza de Rafaela.

Esta se incorporó de repente: tomó con fuerza las manos de su hija, las estrechó contra su seno, desplomóse de nuevo sobre el respaldo del sillon, y espiró. . . . . .

. . . . . .

La luna apareció en aquel instante por detras del monte, é iluminó con sus primeros rayos el blanco y dulce rostro de Rafaela.

Dios quiso alumbrar de una manera digna la agonía de aquellos dos bienaventurados. El refulgente sol, emblema de la sabiduría, iluminó la entrada en el cielo del alma triunfante del doctor Simpson. La blanca luna acompañó á las regiones etéreas el alma angelical y sencilla de Rafaela. .

. . . . . .

. . . . . .

IV.

El carácter, los instintos, y más que todo el corazon, es lo que imprime el sello de la edad. Rafaela habia muerto pura, cándida, jóven, porque

aquella ideal mujer no podia envejecer. Su hija, revestida de la gravedad de una anciana, se ocupó por sí misma de todos los preliminares del entierro de su madre. De su madre, á quien ella habia dado el golpe mortal.

El cuerpo, embalsamado, fué transportado á Lóndres, y Alicia le siguió, sin cuidarse siquiera de enviar un recado de atencion á mistriss Simpson, que yacia paralítica, y que, encerrada en su cuarto, apénas sabía nada de lo que pasaba en la casa. ¿Qué significaba, en efecto, aquella pobre vieja para la orgullosa y soberbia miss Alicia Wilsson?

Los funerales de Rafaela se celebraron en Lóndres con una magnificencia asombrosa. No tiene la Iglesia una pompa mayor que la que se empleó para aquella desdichada mártir, que tan oscura y silenciosa habia pasado su vida. Muchas personas que oian decir que la difunta era la esposa de mister Wilsson, el rico banquero que durante tanto tiempo habia vivido en Lóndres, hasta ignoraban que aquél habia estado casado.

Alicia volvió á Madrid el dia despues de las exequias de su madre, acompañada de mistriss Beld y de Mary. Esta se habia hecho una linda jóven, y en su semblante se leia una afliccion mucho más viva y profunda por la muerte de su bienhechora que la que se pintaba en el de la hija de ésta.

Alicia no lloraba. En los caractéres helados y egoistas el dolor es de poca duracion, y léjos de

servir para ablandar el alma, sólo sirve para endurecerla más y más.

Miss Wilsson, que cuando la rodeaba el dulce encanto que su madre esparcia en torno suyo era impasible, se volvió cruel despues que la dejó sepultada. Herida su alma por el remordimiento, le pareció que sólo aturdiéndose podria acallarle, y llevaba la firme intencion de arrojarse de lleno en medio de un mundo, que siempre la acogia con aplausos y adulaciones.

Cuando la primera falta mancha la conciencia, Satanás pone una venda en los ojos del cuipable para que corra á su perdicion.

CAPÍTULO XII.

Las dos amigas.—Felicidad doméstica.

I.

Tres años tenemos que dejar pasar, lectoras mias, para hallar de nuevo á Consuelo y á Alicia. Ni una ni otra han variado en este tiempo, ni era tampoco posible que esto aconteciese. La educacion de entrambas respondia del presente y del porvenir de cada una de las dos amigas.

Consuelo, instruida en sus primeros años por la excelente aya que su padre, en medio de los extravíos de su vida, tuvo la prudencia de buscarle, y despues, teniendo por modelo á la buena y dulce Rafaela, á quien amaba con la mayor ternura, era la que forzosamente debia ser, formada por aquellas dos intachables mujeres. Alicia, viviendo siempre á su capricho, sin rienda ni sujecion alguna, y pervertida por las venenosas máximas de su padre, era la mujer dura y casi feroz, esa mujer cuyo tipo

no es muy comun en la sociedad, pero que, sin embargo, se ve en ella algunas veces.

En los tres años, transcurridos en una absoluta carencia de afectos desde la muerte de su madre, habia dado sobradas pruebas de un corazon el más egoista y cruel. Casi no habia pasado un solo dia sin despedir á un inquilino de una de las casas de su pertenencia porque se retrasaba en el pago, ó sin embargar todos sus míseros efectos á un pobre padre de familia, que suspenso ó despojado de su destino, no habia podido satisfacerle su corto alquiler. No obstante, al dictar tan crueles disposiciones, la sombra de su madre venía ante sus ojos, y le parecia que la reconvenia con semblante triste.

—¡Sé buena para los pobres! le habia dicho agonizante ya.

Pero Alicia, arrastrada por su carácter inhumano, habia olvidado estas palabras, y sólo el remordimiento las traia á sus oidos.

A pesar de su cruel avaricia su caudal habia decaido considerablemente. Empeñada en manejarse sola todos sus asuntos, porque, á ejemplo de su padre, creía que la robaban siempre, cerró sus casas de París y de Amsterdan, y sus negocios comerciales menguaron en una tercera parte. Sus dependientes no le eran fieles, en efecto, pues su afan de cambiar le habia hecho admitir mucha gente nueva, y toda de no buenos antecedentes.

Horrible cosa era ver á aquella jóven de diez y nueve años sin afectos, sin cariño, y aislada en medio de un mundo que aguzaba sus crueles instintos y su vanidad, y que luégo le acusaba sin piedad de los mismos defectos que formaba en ella. Su hogar estaba mudo, desierto, helado, mas para librarse del triste vacío que reinaba en torno suyo, sólo estaba en él el tiempo que necesitaba para el escritorio, y despues corria de fiesta en fiesta, deseosa de aturdirse y de huir de sí misma. Sólo el amor podia haber regenerado á aquella alma marchita; pero la misma superioridad de su vasta instruccion y de su indisputable talento era para ello un obstáculo invencible. Como su madre habia dicho un dia, con ese tierno presentimiento de las almas nobles y amantes; ¿qué hombre era el que podia amar á aquella mujer tan fuerte, tan exenta de todos los amables defectos de la mujer, tan cargada de esas culpas que petrifican el alma, y de esa negra ciencia, que hace del mundo un desierto y de todo cariño un juguete despreciable?

Alicia no habia amado á nadie, ni áun á su padre. Más aún: nunca debia amar. El único afecto puro que habia sentido, se lo habia inspirado su madre. Y este afecto habia sido ahogado, oprimido y como destrozado por su carácter férreo ó independiente.

—A los diez y nueve y años, apénas conservaba ya miss Wilsson señal alguna de belleza. Y es que

el semblante es el espejo del alma, y la belleza de la mujer consiste, sobre todo, en la suavidad de la expresion.

No es la belleza la que triunfa en el mundo, y ménos aún en nuestro sexo. Lo que triunfa, lo que domina, lo que subyuga, lo que impera, en fin, es la gracia. Porque la gracia es el arma más poderosa de la mujer, y al mismo tiempo el principal de sus atractivos. Alicia no tenía gracia; y la majestad severa de su frente y la correccion intachable de sus facciones, no equivalian á la dulzura de la mirada, ni á la blanda expresion de la sonrisa.

Jamás habia pensado en casarse, á pesar de los muchos pretendientes que todos los dias la asediaban. Bastábase á sí misma, ó al ménos ella lo creia así.

Dos veces á la semana la llevaba la costumbre á ver á Consuelo, á quien compadecia profundamente, y con todo el sentimiento de que ella era capaz.

Una afeccion extraña y la única que tenía cabida en ella la arrastraba hácia aquella criatura, á quien tenía por una de las más insignificantes de la tierra. Y era que Consuelo se parecia á su madre, y habia sido muy amada de Rafaela.

Claudio le inspiraba una especie de odio instintivo, á pesar de haber acompañado y asistido á su padre desde los primeros dias de su enfermedad. Cuando mister Wilsson se postró en el lecho, Claudio corrió á su lado acordándose de las veces que

habia socorrido su miseria; pero el organismo fuerte de aquel hombre y su severa fisonomía disgustaban en extremo á Alicia, quien le aborrecia de todas veras.

II.

Era un sábado por la mañana. Las once acababan de dar, cuando el hermoso coche de miss Wilsson se detuvo en la plazuela de Bilbao, y á la puerta de la modesta casa ocupada por Claudio Laroche y por su esposa.

Hacia frio, pues áun no habia espirado Diciembre. Miss Wilsson bajó de su coche, y subió la escalera con la sensacion desagradable que experimentaba siempre que entraba en aquella casa. La escalera de la suya estaba alfombrada desde el umbral, adornada de estatuas, y alumbrada por la noche con magníficos reverberos.

Antes de que ella llamase, se abrió la puerta de la habitacion de Consuelo, pues habiendo conocido ésta por el ruido del coche que era su amiga, habia enviado á abrir á su criada, que era una muchachita de catorce años.

—Buenos dias, Alicia, dijo Consuelo levantándose de la silla en que se hallaba sentada y cosiendo, y adelantándose algunos pasos para recibir á su amiga.

La hija del banquero contestó con su frialdad habitual al saludo de Consuelo; se sentó en una silla que le presentó ésta y tendió los ojos por la habitacion.

—¿Miras mis nuevos muebles? preguntó alegremente la señora Laroche: ¿verdad que es bonita la tapicería de mis sillas?

—No es fea, contestó lacónicamente Alicia.

—Voy á enfundarlas de blanco, porque si no, mi dos ángeles me las mancharán.

Esto diciendo acarició Consuelo la cabeza de un niño como de dos años, que estaba sentado á sus piés, y echó una tierna mirada hácia una cuna que habia á su lado, y en la cual dormia otro niño que apénas contaria uno. Luégo tomó su labor, que habia dejado al entrar Alicia, y volvió á ponerse á coser.

—¡Qué afan de aguja! exclamó la inglesa con enfado; ¿no puedes dejarla un instante siquiera?

—No, repuso Consuelo con dulzura; perdónameme, Alicia; pero estoy haciendo camisas para la señora de abajo, y he de darme mucha prisa, si quiero tener tiempo de preparar la envoltura al nuevo hijo que espero.

—No habia reparado aún en tu embarazo, dijo Alicia mirando con asombro á su amiga; y luégo añadió con desden:

—Hé aquí el matrimonio, ¡trabajos, penalidades y falta absoluta de sosiego!

—¿Quién dice eso? exclamó vivamente Consuelo; ¿dónde hay institucion más bella y santa? Donde no hay amor legítimo, ¿puede haber felicidad doméstica? ¿Y no es el matrimonio el único medio de lograrla?

—No lo sé, respondió Alicia, quien á pesar de su frio egoismo, gustaba de discutir con su amiga, cuyo claro talento se habia desarrollado al lado de la superior y vasta inteligencia de Claudio; no sé si el matrimonio es el único medio de lograr la felicidad doméstica; solo sé que yo soy dichosa sin él.

—¡No, no! ¡Tú no eres dichosa! exclamó Consuelo con vehemencia: no puedes serlo, viviendo siempre sola, siempre aislada, y como oprimida con tu propia vida y con tu excesiva riqueza.

—¿Me disputarás la felicidad que yo misma experimento?

—¡La felicidad! repitió Consuelo: ¡si fueras feliz, no perderias la frescura de las mejillas y el brillo de la mirada! ¡Si fueras feliz, no estaria desterrada de tus labios la sonrisa!

—Pues áun lo sería ménos, atada con las cadenas del matrimonio. Ese yugo indestructible, ¿es acaso la dicha? ¿Consiste la tuya en verte rodeada de séres inocentes, á quienes no puedes dar más que un poco de pan?

—Les doy todo el que quieren, contestó Consuelo mirando con ternura á sus dos hijos: ¡todavía no les ha escaseado un dia!

—¡Gracias á tu continuo y aflictivo trabajo!

—¡No, Alicia, no! ¡Gracias á su padre y á Dios! ¿Qué hay comparable á esa dulce union de dos almas, producto de un matrimonio feliz? ¿Qué hay más bello que esa reciprocidad de afectos, de dolores y de alegrías? El amor ilegítimo, si por desgracia existe en la sociedad, ¿es otra cosa que una imitacion bastarda del matrimonio mismo? ¿Qué hacen el uno por el otro dos amantes nobles y entusiastas, que no hagan dos esposos que lo sean tambien? ¿Arrebata acaso la nobleza y la generosidad del corazon, ese nudo que santifica y legitima el amor á los ojos del mundo?

—Acaba el amor mismo, repuso Alicia: el esposo no obra como el amante: desde el momento en que es el dueño *legítimo* de la mujer á quien amaba, deja de considerarla y de guardarle hasta los miramientos que exigen la buena educacion y la cortesía. Dime, por ejemplo, continuó clavando en Consuelo una mirada de lástima: si Claudio fuera tu amante en vez de ser tu marido, ¿te permitiria estar trabajando dia y noche para ayudarle á sostener la casa? No es vergonzoso que una mujer gane dinero para mantener á sus hijos? ¿No es ésta la obligacion del marido?

—Creo, por el contrario, repuso Consuelo, que la mujer debe ayudar tambien cuando tiene medios para hacerlo, y cuando el esposo no gana lo bastante para vivir con desahogo y comodidad. ¿Qué

es el matrimonio sino una comunidad de trabajos y de placer, de alegría y de dolor? ¿No disfrutan lo mismo el uno que el otro de lo que ámbos ganan? ¿Hay algo comparable á la dicha de ofrecer alguna comodidad al objeto amado? Mira mis muebles, Alicia, mira mis lindas sillas de tapicería que han sustituido á las de paja que ántes nos han servido; mira mi consola; mira mi espejo, tan grande, tan hermoso; mira mi velador, mis cortinas, y esos cuadros que representan escenas campestres; todo esto me parece más bello de lo que es en sí, porque lo han ganado mi aguja y la pluma de Claudio. ¡Más alegra mis ojos este modesto ajuar, que alegran los tuyos los suntuosos muebles que há poco has renovado sin costarte otro trabajo que sacar de una de tus gabetas un puñado de oro!

—No creo nada de cuanto me dices, repuso Alicia; pero forzoso será persuadirse de que estás contenta en medio de tu pobreza, cuando algunas veces te he ofrecido dinero, y siempre lo has rehusado.

—Gracias, Alicia, muchas gracias, dijo Consuelo estrechando la mano de su amiga; no debe abusarse de la amistad en tanto que Dios nos conceda los medios de ganar el pan; yo tambien soy rica, ¡muy rica! Tengo un esposo que me ama con pasion, y á quien yo he vuelto bueno y creyente, de iracundo y descreido que era: tengo dos hijos hermosos como ángeles, y espero otro para ser del todo feliz.

III.

Calló la jóven despues de pronunciar estas palabras, y Alicia la consideró silenciosamente durante algun tiempo. Consuelo estaba hermosa, animada así por el amor entusiasta que su esposo y sus hijos le inspiraban.

En medio de aquella modesta habitacion, y al lado de Consuelo, vestida con un sencillo traje de lana oscura, se destacaba la soberbia figura de Alicia, vestida de rico terciopelo, y envuelta en una capa de pieles, como una soberana en su manto imperial.

Y sin embargo, ámbas simbolizaban exactamente las imágenes de la dicha tranquila, y del fausto y la riqueza. Consuelo alegre, sonrosada, con la mirada tranquila y apacible, ora miraba á sus hijos, ora al cielo, como para darle gracias por su ventura. Alicia, con la mirada fija y perdida, con sus labios fruncidos y la fisonomía helada é impasible, parecia incapaz de sensaciones.

—Te compadezco, dijo al fin dirigiéndose á su amiga; sí, te compadezco, Consuelo, porque, á imitacion de la mayor parte de las mujeres, vives sólo para el amor, y serás víctima de él.

—¿Cuál es, pues, el destino de la mujer, sino el amor? repuso Consuelo; yo tambien, Alicia

mia, yo tambien te compadezco á ti, porque no lo sientes.

—No espero tampoco sentirlo jamás.

—De ese modo siempre te compadeceré, pues no hallarás nunca dicha en la tierra, y tu corazon estará eternamente helado y vacío, y tu alma árida y triste.

Consuelo se detuvo aquí, y despues, como herida de una súbita reflexion, volvió á dirigirse á su amiga, y le preguntó:

—¿No amas, pues, á Dios?

—Le admiro en mí mísma, contestó la jóven con un orgullo tan helado y feroz, que Consuelo hizo un movimiento de espanto.

—¿Sólo en ti? exclamó con una sorpresa mezclada de pena.

—Unicamente en mí.

—¿No habla nada á tu imaginacion la vista de la naturaleza?

—Nada; por eso no voy jamás al campo.

—¿No rezas todos los dias?

—Sí; todos repito las oraciones que me enseñó mi madre.

—¿Y no sientes al rezar cierta ternura? ¿No se han arrasado alguna vez tus ojos de lágrimas con las palabras de la oracion?

—No: sólo una vez he llorado en mi vida.

—¿Cuándo?

—Cuando ví morir á mi madre.

—¿Pero de qué nacia ese sentimiento?

—De la certidumbre de haber perdido el único sér que me era completamente adicto en la tierra.

—¡Ah! exclamó Consuelo con vehemencia; ¡hé aquí los tristes resultados del saber! ¡Sólo con un temple como éste puede vivir la mujer emancipada! Como Eva has trocado el amargo fruto del árbol de la ciencia, por la obediencia y amor á Dios. La ambicion ha sofocado todos los gérmenes de la religion y de la piedad. ¡El dia en que seas religiosa, amarás, Alicia, amarás! ¡Jesús y su Madre son las más hermosas imágenes del amor! ¡Ellos le aconsejan y le inspiran!

—Ama en buen hora, contestó Alicia con desden; ama tú, pobre y débil hiedra, al fuerte y áspero roble que te da apoyo y te sostiene. Yo me basto á mí misma.

—Pero te espera una vejez sin afectos, Alicia; ¡una vejez sin familia y sin cuidados!

—¿Qué importa? Soy muy rica y todo me sobrará: hasta hoy he renunciado á muchos placeres, por no probar sinsabores; he renunciado á la amistad y al amor, para no padecer con las penas de los otros, ya que no las tengo. Creo que nadie ha sido tan feliz como yo, pues me basto á mí propia, y para demostrarte hasta qué punto me son indiferentes las sensaciones, bastará con que te confiese que mi madre al morir me dijo *que lo que en-*

cerraba su secretaire era para mí, y que aún no he tenido deseo de mirarlo.

—¡Será posible! exclamó Consuelo.

—La imágen de mi madre vive en mi memoria áun más de lo que yo quisiera; ya he procurado borrarla, pero es indestructible, continuó Alicia con sombría expresion: ¿para qué necesito, empero, volver á abrir su habitacion? Ésta es un templo para mí, al cual me retiraré el dia en que sea verdaderamente desgraciada.

La llegada de Claudio contuvo en los labios de su esposa la respuesta que iba á dar á la hija del banquero, é hizo que esta última se levantase para despedirse.

No obstante, era tan grande la mudanza que se habia efectuado en Laroche, que Alicia no pudo ménos de mirarle con atencion. Claudio no era ya el hombre de aspecto silencioso y sombrío.

La alegría brillaba en su rostro, y parecia haberle rejuvenecido. Una indescriptible expresion de paz y bienestar embellecia sus facciones, hermosas por naturaleza, y parecia tan satisfecho de los demas como de sí mismo. Vestia con una decencia que se asemejaba al lujo, y sus modales, cultos siempre, por su mucho trato de mundo y por su sobresaliente talento, habian perdido la amarga aspereza que les comunicaba la desgracia.

Al entrar, abrazó á su esposa y á sus hijos; y

luégo, reparando en miss Wilsson, la saludó con una política grave y llena de frialdad.

La pasion que le habia inspirado Rafaela fué subyugada con la reflexion cuando el doctor removió en aquel pecho empedernido las semillas del honor; pero veneraba siempre su memoria, y detestaba á su hija como á su verdugo y como á una mujer sin corazon.

Alicia se despidió de su amiga, y bajó para tomar su coche, en tanto que Claudio, sentándose sobre la alfombra, se ponia á jugar con su hijo mayor.

CAPÍTULO XIII.

La Fuente Castellana.—Dos carruajes.—Una herencia inesperada.—Suicidio.—Mme Stael.

I.

Voy á terminar la historia de Alicia y de Consuelo, contándoos lo que he sabido de ella hace poco tiempo.

Era una bella tarde del 20 de Febrero de 1876, y paseaba yo por las hermosas alamedas de la Fuente Castellana. Despues de algunas vueltas me sentí algo cansada, y me senté en una de las sillas de piedra del paseo, entreteniéndome en mirar los carruajes.

Todos estaban llenos de damas, más ó ménos bonitas, más ó ménos jóvenes, y á todos las miraba yo con esa curiosidad indiferente que fatiga bien pronto, cuando ví pasar uno que llamó mucho mi atencion. Ocupábanle dos personas. La una era una señora que aparentaba sesenta años de edad, en extremo flaca y angulosa, de nariz larga, boca hundida y ojos azules y mortecinos.

A su lado iba un jóven de veinticinco años, bello como un Adónis, pero con esa belleza afeminada, tan muda para los ojos como para la imaginacion. Ambos vestian con extremado lujo, pero ella ostentaba en todo su traje un esplendor que no estaba destituido de gravedad, en tanto que su acompañante vestia unas galas en extremo afeminadas, y en perfecta consonancia con su fisonomía mujeril.

Habia tenido la ocurrencia de ponerse chaleco y corbata blancos, una enorme cadena en el reloj y una levita azul muy ajustada. Su cabello estaba rizado en grandes tufos, y sobre sus guantes, color de canario, lucia multitud de anillos con enormes piedras.

—¿Quién será esa extraña pareja? pregunté, sin poder contener la risa, á las personas que me acompañaban.

—¿Se acuerda V., me respondió una señora jóven y muy bella que estaba sentada á mi lado, se acuerda V. de aquella miss Wilsson, á quien visita mi padre, y de la cual he hablado á V. tantas veces?

—Sí, contesté yo.

—¡Pues bien, ésa es!

—¡Será posible!

—Muy posible.

—¡Esa es Alicia Wilsson!

—La misma.

—¡Pero si esa es una señora anciana!

—Sólo tiene cuarenta y seis años; mas la sequedad del corazon envejece al rostro, mi amada María, y eso es lo que ha acontecido á esa mujer.

—¿Y no se ha casado?

—No; rehusó hacerlo cuando era rica, y luégo quedó pobre.

—¿Pobre?

—Sí, muy pobre; todo su caudal quedó entre las manos de los que manejaban sus negocios, pues á pesar de su empeño, no podia atender ella sola á todo, y no tenía un hombre al frente de sus intereses. Es una mujer que no ha sido niña ni jóven, y que, despues de la muerte de su madre, se convirtió en un sér á la vez ridículo y cruel. Mi padre me contaba anoche que, hará un mes, fué cuando tuvo noticia de su completa ruina, y se encontró sin un cuarto; entónces abrió la habitacion de su madre, entró en ella, cubriéndose los ojos con la mano para no ver los objetos que le habian pertenecido, y se dirigió sin vacilar á un sencillo *secretaire* que habia sido de la difunta. Abrió uno de los cajones, y halló dentro una crecida cantidad de oro. Aquel oro lo habia ido dando Alicia á su madre desde que cumplió cinco años hasta que tuvo diez y seis. A esta época ya se habia hecho tan egoista, que sólo pensaba en sí misma, y dejó de pensar en su madre. Pero ésta la protegia aún desde su tumba. Gracias al oro que, guiada de los

presentimientos de su corazon, habia ido recogiendo para su hija, Alicia ha podido conservar su casa y sus trenes. ¿Sabe V., mi querida María, continuó mi amiga, cuáles son sus proyectos ahora?

—No los adivino, respondí, poco deseosa de fijar mi pensamiento en la suerte venidera de la detestable inglesa.

—¿No ha visto V. á un jóven que la acompaña?

—Sí.

—Pues bien; ha llegado á convencerse de que le hace falta un hombre que maneje sus intereses, y de que la mujer nada puede por sí; ha elegido entre los hombres venales, que creyéndola muy rica la asediaban siempre, y va á casarse.

—¡A casarse!

—Sí.

—¡A su edad!

—Cegada por su vanidad, cree que es aún muy bella, y que su talento y su mérito son superiores á la juventud misma.

—¡Pero esa pobre mujer va á ser muy infeliz!

—¿Cuándo ha sido dichosa? Los egoistas llevan en sí mismos el castigo de su odioso carácter.

—El que va á ser su marido es mucho más jóven que ella.

—Podia ser su hijo.

—Y me parece además una persona ridícula.

—Es más que eso: es un petardista.

—¿Y no tiene ningun amigo que la aconseje?

—Si Dios concediese amigos á los séres egoistas, crueles y duros, ¿qué nos quedaba á los que no tenemos ninguno de estos defectos?

Callé yo, no sabiendo qué contestar á la justa observacion de mi amiga, y ámbas volvimos á mirar la carretela de miss Wilsson, que daba la vuelta á la alameda, y venía á pasar otra vez por delante de nosotras.

II.

Alicia nos lanzó una de aquellas miradas desdeñosas y triunfantes, con las cuales medía á todos los que nos hallábamos modestamente sentados en las sillas del paseo. A causa sin duda del fresco de la tarde, iba como recostada en su carretela, y abrigada con una magnífica piel de tigre.

Preguntábame yo, llena de asombro, si sería aquella la misma Alicia, que cuando niña, era tan tierna y tan noblemente cariñosa con su desgraciada madre: y sólo á la falta de aquella madre sin igual, podia atribuir la total y ruin perversion de miss Wilsson.

Su cara, larga y angulosa, no tenía ya el más leve rastro de hermosura: era el tipo de la soltera-na, sin blandura y sin expresion ninguna. La sensibilidad del alma puede embellecer las facciones más destituidas de gracia; pero la crueldad de los

instintos marchitan la fisonomía, y le imprimen un sello bajo y repugnante.

Entregada estaba yo á estas reflexiones, cuando vi llegar otra carretela abierta y ocupada por cuatro personas de aspecto más agradable. Eran una señora que entraba apénas en el invierno de la vida, vestida con rica sencillez y distincion. Llevaba un traje de seda verde guarnecido de blondas negras, un elegante abrigo de terciopelo, y un sombrero blanco del mejor gusto.

A su lado iba sentado un hombre, cuyos cabellos, casi blancos, hacian un contraste muy notable con sus negros ojos y con sus cejas de ébano. Aquel hombre vestia con una elegancia severa y digna á la par. Aún era hermoso, pero con esa hermosura llena de inteligencia y de vida, con esa hermosura de la imaginacion, que sobrevive á los años y á los pesares, y que revive, por decirlo asi, en cada hora serena.

Las otras dos personas que ocupaban el carruaje eran dos hermosos jóvenes, que podrian tener el uno veinte y dos años y veinte el otro. Ambos estaban dotados de esa belleza enérgica y risueña de la juventud.

—Mire V. los otros dos personajes de la historia que mi padre ha referido á V., me dijo mi amiga señalándome la carretela.

—¡Cómo! ¿Esos son?...

—Consuelo y su esposo.

—¿Ese es Claudio Laroche?

—Sí.

—¿Y esos jóvenes?

—Son sus hijos; además tienen tambien una hermosa hija de diez y ocho años, casada ya.

—¿Con que ahora son ricos?

—Si; Dios, que nunca desampara á los buenos, les ha llevado al puerto de bonanza: ¿se acuerda usted de aquella anciana señora, vecina de Consuelo, que rogó á Laroche que se pusiese al frente de sus asuntos?

—Si. ¿Aquella buena anciana que le señaló sólo siete mil reales al año?

—La misma; siete años estuvo Claudio trabajando en su casa, y viviendo sin otro auxilio que el módico sueldo que le daba, y que apénas bastaba para cubrir las necesidades de su familia; durante estos siete años la pobre Consuelo trabajó mucho; ella, la hija del noble y opulento conde de Harley, cosia, bordaba y aplanchaba sin cesar para proporcionar alguna comodidad á su marido y á sus hijos; con la mayor dulzura y la resignacion más grande soportó todas las penalidades de su situacion, y ni una queja salió de sus labios, ni jamás quiso admitir los socorros de su amiga Alicia. Mas al finalizar el sétimo año que trabajaba para su buena vecina, murió ésta, dejando toda su fortuna, que era muy pingüe, á Consuelo y á su esposo, quien con su rara inteligencia se la habia

devuelto casi toda, arrancándola de las manos que se la querian usurpar.

Claudio ha aumentado despues sus caudales en especulaciones honrosas, y ha dado brillantísimas carreras á sus dos hijos; pero á su hija sólo su madre la educó con tanta sobriedad y sencillez como modestia.

Calló mi amiga, y yo fijé de nuevo los ojos en Consuelo y en su esposo cuyo coche se iba alejando lentamente. A pesar de tener dos años más que Alicia, parecia Consuelo mucho más joven: y es que las dulces sensaciones del amor y de la maternidad, imprimen al semblante un carácter de frescura y juventud eternas.

III.

Un mes despues vino á verme á mi casa la amiga que me habia acompañado en la Fuente Castellana. Apénas entró se dejó caer en una silla, exclamando:

—¡Ah, María, que desgracia! ¡qué horrible desgracia!

—¡Dios mio! ¿Qué pasa? exclamé asustada.

—Se acuerda V. de miss Wilsson?

—Sí.

—¡Pues bien, se ha matado!

—¡Ella! ¡tan helada! ¡tan egoista é impasible!...

—¡Ella misma, sí!

—¿Pero por qué?

—Hace quince dias se casó con aquel hombre que la acompañaba.

—¿Y bien?

—Este se hizo cargo de todo el dinero, de aquel dinero que Rafaela habia dejado á su hija, y que era su único recurso; pero á los dos dias desapareció, llevándoselo todo.

—¡Qué maldad!

—Alicia se informó, con un valor digno de mejor causa, del camino que llevaba su marido, y algunos dias despues supo que se habia embarcado para la India. Entónces, al verse sola, sin recursos, sin afectos, sin juventud y sin corazon, tomó un veneno activo, que ha puesto fin á sus dias.

—¡Dios mio! ¡Qué horror!

—Ha dejado una carta escrita, en la cual dice que le pesaba la vida, y que por eso se la quita, sin dar más explicaciones.

—¡Ah! exclamé yo. ¡Hé aquí la suerte de la mujer emancipada! Vivir sin amor, sin religion, sin ternura; hallar el vacío en torno suyo, y cuando llega á la helada vejez, en que ya nada tiene que esperar sino la pobreza y la mofa del mundo.... ¡suicidarse!

IV.

Mistriss Beld pasó á casa de Consuelo cuando su amiga puso fin á sus dias. Mary se habia casado, ya hacía algunos años, con un artesano honrado, atrayéndose así la aversion de miss Vilsson, que nada le dió al casarse.

Creo haber demostrado, con ejemplos vivos y enérgicos, que no es posible la emancipacion de la mujer, la cual necesita para todo del amparo del hombre. Que el matrimonio es lo que enaltece y protege al sexo débil. Y que la mujer sencilla y modesta que sólo sabe amar y cuidar á su familia, es el verdadero *Angel del Hogar*, pues que atrae sobre él todas las bendiciones del cielo.

Ya lo he dicho muchas veces. La ciencia no conviene á la mujer, como las faenas domésticas no convienen al hombre. A cada uno ha señalado la religion y la sociedad sus atribuciones, y es una locura querer trocarlas ó violentarlas. Ocúpese la mujer en amar á su esposo y á sus hijos, y en embellecer su casa. Ocúpese el hombre en los negocios y en el estudio, que es su mision.

Olvidad, pobres mujeres, vuestros sueños de libertad y de emancipacion. Esas son teorías de cabezas enfermas que jamás se podrán practicar, por-

que la mujer ha nacido para ser amparada y protegida por el hombre.

Hablando de dos hombres que la amaban, pone Mme. Staël en boca de su sublime *Corina,* estas incomparables palabras:

«El primero me agradó, inspirándome la más alta estimacion de sus excelentes prendas; pero poco á poco fuí conociendo que no era grande ni su instruccion ni su talento: hablando con él no me atrevia á manifestar todos mis alcances, temiendo deslucirle en un todo; así, pues, conocí que la estimacion que le tenía, disminuiria necesariamente el dia en que dejase de tener aquella especie de miramiento, y cierto es que á las personas que se las trata así, no se las puede mirar siempre con entusiasmo.

»El otro tenía mucha gracia y no ménos talento; pero en una ocasion muy importante conocí que su alma carecia de fortaleza, y que en ciertas circunstancias de la vida me veria obligada á animarle y casi á defenderle: desvanecióse con esto mi amor, pues necesitando la mujer de ser constantemente amparada y defendida, no hay cosa que más enfrie su pasion que el ser preciso suceda lo contrario.»

Cuando el espíritu fuerte, el carácter varonil y el profundo talento de Luisa Germana de Staël, razonaban así acerca de la posicion de nuestro sexo, nada tengo yo que añadir.

CAPITULO XIV.

La resignacion.

I.

La impaciencia es un defecto de carácter que puede tener una influencia fatal y directa en la felicidad de la mujer, y que es preciso, por lo tanto, que la educacion modifique y extinga si es posible: es un defecto muy comun. Tanto, que las mujeres más virtuosas y ejemplares no se aperciben de que lo sea, y se dejan llevar de él casi sin conocerlo; es uno de los defectos que más daño causan en la vida doméstica, por la misma razon de que, pasando desapercibido, á veces basta por sí sólo á destruir un edificio, al parecer muy sólido, de felicidad y bienestar.

A la primera persona que toca reprimir y moderar el carácter impaciente de una niña, es á su madre, puesto que aquél se desarrolla desde la edad más tierna. Apénas la niña conoce á su madre, ya se impacienta si no la toma en sus brazos en el

momento que la ve. Luégo, si tiene mala educacion, si la miman, su vida no es otra cosa que una impaciencia continua.

Se impacienta si no le compran, cuando sale de casa, cuantos juguetes y dulces encuentra al paso. Más tarde se impacienta si no le permiten que lleve á paseo su muñeca, ó si no le pone el traje que prefiere. Así que llega á la calle vuelve á impacientarse si andan despacio. Si van á visitas, no deja sosiego á su madre con sus enojosas impaciencias. La incomoda el gato que la mira, el perro que le lame la mano, la mucha ó poca luz del aposento, y sobre todo la quietud que se ve obligada á guardar.

Se me dirá que hay caractéres malos y propensos á la impaciencia, pero que hay otros dulces y sumisos; no obstante, el más excelente de estos últimos se pervierte con la condescendencia continua é imprudente de sus padres, así como el que haya nacido más voluntarioso y desapacible, se cambia con el freno de la educacion, en bueno y amable.

Criaturas hay á quienes se teme como á un enemigo formidable por sus repetidos caprichos é impaciencias. No há muchos dias que, hallándome yo de visita en casa de una amiga, entró una señora con una hermosa niña, que contaria de cinco á seis años; sobre un velador colocado en el centro de la estancia habia multitud de juguetes de la China,

pequeñas estatuas de pórfido de un mérito admirable, y vasos de dibujo antiguo de un gusto exquisito; la criatura se fué derecho á él, y se puso á jugar alineando los preciosos objetos, y llevando parte de ellos á los sillones, donde los distribuyó á su antojo.

Todos veíamos cambiar cien veces de color el semblante de su madre, miéntras le rogaba suavemente que dejase aquellos objetos en su lugar; pero la niña indómita de sí, y acostumbrada á cumplir siempre su voluntad, no hizo el menor caso de las advertencias maternas, y continuó su diversion con la mayor tranquilidad. De súbito, yo que no perdia de vista el hermoso rostro de la jóven madre, le vi cubrirse de mortal palidez: ella por su parte, no separaba los ojos de su hija, y habia visto caer dos vasos y una pequeña estatua, que representaba á Hebe, ántes de que el estruendo nos avisara á los demas de que se habian hecho pedazos.

En efecto, el pavimento de mármol—pues por ser estío estaba sin alfombra—el pavimento despiadado recibió é hizo añicos la estatua de Hebe, y dos vasos incomparables; es decir, destruyó el valor de 1.000 duros. Entónces la pobre madre, arrebatada por la ira y por el pesar, se levantó y dió dos ó tres golpes á la niña ocasionando otro mal, pues ésta empezó á llorar de un modo capaz de ensordecer á todos los presentes. Unicamente calló cuando su madre depuso su enojo, y la tomó en

sus brazos llenándola de caricias, ofreciéndole dulces, y diciéndole que lo que habia hecho *no valía nada*.

Si aquella madre, demasiado débil, hubiera oido el concierto de vituperios que se levantó contra ella apénas hubo salido de la sala, es seguro que hubiera deplorado amargamente la educacion que daba á su hija, y que hubiera procurado mejorarla.

II.

El castigo en público, léjos de corregir á los niños les exaspera y les hace perder el sentimiento de su propia dignidad, sentimiento el más precioso de todos, y el que con más cuidado debe conservarse en la infancia.

La correccion de los defectos de los hijos es una de las tareas más sagradas que pesan sobre los padres, y que éstos deben cumplir en el retiro de su hogar sin dar jamás intervencion en ella á personas extrañas. Los más pequeños accidentes de la vida sirven á una madre para corregir la impaciencia y los caprichos de su hija. ¿Para qué ha hecho Dios, si no, ese lazo, tan hermoso como fuerte, del cariño filial y materno? ¿Para qué sino para que la madre forme á su hija de modo que un dia pueda bendecirla?

La madre que no corrige la impaciencia de su hija desde la más tierna edad de ésta, se impone un martirio que cada dia ha de ir creciendo forzosamente; un martirio, que, cuando la niña llegue á ser mujer, se convertirá en un suplicio intolerable, pues su misma hija la despreciará, en justo castigo de sus imprudentes condescendencias. Por buena, por dulce que sea una niña, debe acostumbrársela á que vea alguna vez quebrantada su voluntad; este medio de dulcificar la índole es más eficaz que el castigo; porque el castigo exaspera casi siempre, y la índole exasperada se vuelve amarga. Es necesario hacer comprender á las niñas que sólo para el bien deben tener voluntad; y sabiendo que carecen de ella para todo lo demás, y que el mas precioso de sus deberes es la obediencia, no se impacientará por nada, pues estarán persuadidas de que aquello que les ordenan es lo mejor.

Casi siempre la impaciencia más peligrosa aparece en la mujer á la edad en que deja de ser niña, y esto por buena, cuidadosa y esmerada que haya sido su educacion; y es que la razon enseña á la jóven que existe la voluntad; que el corazon habla y la mente desea y sueña mil placeres aún no conocidos.

Á la edad de quince años, se impacienta una jóven porque no estrena un traje el dia que habia pensado; porque no va al teatro á causa de la llu-

via; porque el calzado le está ancho, ó porque la jaqueca no permite á mamá llevarla á paseo. Todas estas impaciencias son más ó ménos perniciosas y culpables, segun la índole y la educacion de quien las tiene: si aquélla y ésta son buenas, la impaciencia se convertirá muy en breve en un pesar dulce y razonado; el corazon de la mujer debe sentir y ¡ay de aquella que tiene el suyo indiferente á todo! De esa clase de mujeres sin pasiones, sin tristeza, sin sentimientos, en una palabra, nada bueno puede esperarse.

La que siente las contrariedades y es contenida por su educacion y su buen carácter, no tarda en hallar la resignacion, que es el antídoto más precioso contra todas las borrascas de la vida. La resignacion, esa hija del cielo, es tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura más afligida, más despreciada, más perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo. No hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no alivie.

III.

Mil ejemplos pudiera aducir para probar que la resignacion de una persona perseguida y atormentada ha desarmado á sus perseguidores. Cárlos I, el rey mártir de Inglaterra, Luis XVI, el rey santo

de Francia, llegaron al cadalso llevando en pos los remordimientos de sus verdugos. Su perfecta y digna resignacion durante sus largos cautiverios, y en medio de los tormentos y humillaciones sin cuento que les hicieron sufrir, convencieron á sus frenéticos enemigos de que algo de noble y sublime habia en los hombres que iban á sacrificar.

Cuando cayó la cabeza del heroico Cárlos I, un sollozo inmenso retumbó en Wite-Hall, y acompañó su alma al cielo. El mismo Cromwell se estremeció hasta lo íntimo de su alma y llevó la mano á su frente, creyendo hallar en ella la sangre que acababa de hacer verter.

Cuando rodó en la guillotina la cabeza del benéfico, del dulce Luis XVI, muchos de los espectadores que desde el Temple habian ido acompañándole hasta el lugar de su martirio, huyeron desalentados como si la sangre regia hubiese cegado sus ojos. Las madres, escondidas en lo más recóndito de sus hogares, estrecharon á sus hijos contra el pecho, y los esposos de aquellas mujeres, que habian escoltado al rey con picas, sables, chuzos y palos, que le habian llenado de injurias, que le habian escupido al rostro, que le habian negado una capa y un sombrero para guarecer de la lluvia su regia cabeza y sus desfallecidos miembros; aquellos hombres, digo, volvieron á sus casas pálidos, desalentados y transidos de piedad y de horror.

Era que habian visto al rey dejarse atar las ma-

nos pacientemente, aunque temblando de dolor. Era que se acordaban de que le habian privado hasta de lo último que se concede á todos los moribundos, pues no le habian permitido hablar más que estas dos palabras que, desbordándose de su corazon, subieron hasta sus labios:

—¡Muero inocente!

Era que el abate Firmont, su confesor, habia gritado dominando todos los murmullos, todas las maldiciones:

—¡Hijo de San Luis, subid al cielo!

Y este grito ahogó las imprecaciones, llevando el remordimiento y el espanto á todos los corazones.

Luégo gritaron:

¡Viva la república!

Pero este grito, que habia hecho estremecer de júbilo á los pueblos, se apagó sin eco.

«La república, dice Alejandro Dumas (padre), tenía sobre su frente una de las manchas que no se borran jamás. Hubo en París un sentimiento inmenso de estupor, que llegó hasta la desesperacion. Una mujer se arrojó al Sena. Un peluquero se degolló. Un librero se volvió loco. Un antiguo oficial murió de espasmo.» Por la noche se iluminó París, pero sus calles estaban desiertas: únicamente algunas hordas de esos hombres que, como demonios escapados del infierno, aparecen sólo en las revoluciones, recorrieron la ciudad, llevando

en las puntas de sus picas jirones empapados en la sangre del rey, y gritando con voz ronca y vinosa:

—¡El tirano ha muerto! ¡Hé aquí la sangre del tirano!

Pero estos aullidos de hienas fueron contestados únicamente con sollozos varoniles desde el fondo de las casas: con plegarias de mujeres que rezaban ante las imágenes del Crucificado por el alma del santo Luis XVI; de aquel rey, cuyo único amor era su esposa, cuya única amistad era su hermana, cuya única alegría eran sus hijos, cuya única ambicion la felicidad de aquella Francia ingrata que le habia sacrificado.

IV.

La Francia, que deliró de dolor y de arrepentimiento á la muerte de su rey, vió con carcajadas de alegría el cadalso y la muerte de su reina; y es que Luis era todo resignacion y dulzura, y María Antonieta todo impaciencia y altanería. Nada conmovió á París ni á las provincias federadas: ni la hermosura de María Antonieta, hermosura de ninfa, hermosura la más seductora de su tiempo, ni su tez de nácar, ni sus grandes ojos celestes, ni su pura frente, ni el desolador manto de nieve que en la noche de dolor que siguió á su despedida con

el rey, matizó sus cabellos dorados; nada, en fin, conmovió á aquel pueblo irritado con sus desdenes, ultrajado por su impaciencia, herido por su orgullo. María Antonieta perdió ante el pueblo francés hasta su carácter de madre, y eso que es notorio con cuánto extremo amaba á sus hijos aquella reina sin ventura.

El orgullo, la altanería de María Antonieta perdieron á su esposo; y los franceses, que cegados por la revolucion no lo conocieron, abrieron los ojos á la luz despues de haber sacrificado al inocente Luis XVI, y revolvieron todo su furor contra su viuda, acusándola de la muerte de su monarca.

—¡Muera la austriaca! gritaron furiosos, al verla llegar al cadalso que le habian destinado. ¡Ella es nuestra enemiga mortal y verdadera! ¡Ella separó al rey de su pueblo! ¡Ella le hizo huir de entre nosotros! ¡Ella nos obligó á traerle preso, pues nos irritó con sus palabras iracundas! ¡Ella mató á su esposo y nuestro rey! ¡Muera, muera!

Y María Antonieta murió, mártir tambien, pero sin ser compadecida más que por sus hijos y por la princesa Isabel, la hermana querida del rey.

Si aquella mujer hubiese opuesto la resignacion y las dulces lágrimas de súplica, á los primeros rugidos de la revolucion; si en vez de castigar como reina, se hubiese presentado rogando como esposa y como madre, quizá hubiera salvado la monar-

quía. En vez de usar de la resignacion con su pueblo, opuso la seduccion con los representantes de la Asamblea Constituyente: víctimas de la pasion que supo inspirarles, fueron el gran Mirabeau, el genio inmortal que asombró á la Francia; el austero y apasionado Barnave, hombre intachable y gran orador; el noble y gallardo conde de Charny, cuyos hermanos Jorge é Isidoro murieron, como él, defendiendo á la reina, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

El mayor atractivo de la mujer no es la hermosura, ni el talento, ni la opulenta cuna; uno de sus más poderosos encantos, una de sus más bellas cualidades, su más irresistible dominio, consiste en la dulzura y la resignacion.

V.

Jóvenes esposas, hijas de familia, madres respetables, mujeres todas que sabeis sentir, á vosotras me dirijo, y para vosotras escribo, porque ya os he dicho otras veces que vuestra felicidad me interesa mucho.

La resignacion es una de las santas coqueterías de la mujer. No es la falta de sentimiento: es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo así, con la dulzura y la paciencia.

Toda mujer religiosa es resignada, porque la

resignacion se encierra en estas palabras: *Dios lo quiere.*

Las más insufribles desgracias, los más terribles golpes de la fatalidad, se hacen llevaderos con este pensamiento lleno de suavidad, con esta consoladora reflexion. Acordaos vosotras, cuya vivaz imaginacion sufre con las contrariedades; acordaos de que Dios no puede ordenar nada que no sea para nuestro bien, pues su amor ni puede engañarse ni engañarnos.

Acordaos tambien de que la impaciencia roba todos los atractivos de vuestro rostro, y empaña todas las bellas cualidades de vuestro carácter. Cuando esteis impacientes, si sois hijas, provocareis el enojo de vuestros padres. Si sois esposas, hastiareis á vuestros esposos, que huirán de vuestro lado por no soportar vuestro mal humor. Si sois madres, asustareis á vuestros hijos, los cuales, por otro lado, se creerán autorizados para imitar vuestros raptos de impaciencia, pues es sabido lo mucho que influye el ejemplo en la infancia y en la juventud. Y de todos modos, cualquiera que sea vuestro estado ó vuestra posicion, perdereis el prestigio más poderoso de vuestro sexo, que consiste en la bondad y la benevolencia.

No me cansaré de repetirlo: la mujer debe dominar por la dulzura y la persuasion. La debilidad hace ridícula la ira y hasta la impaciencia, y cada sexo tiene sus atributos señalados por el mismo Dios.

Dejemos al hombre la fuerza, la resistencia y el dominio. Nuestro imperio es más suave y más ligero, pues consiste en la dulzura, en la resignacion y en la conformidad. Sostenga la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

CAPÍTULO XV.

La bondad y la amabilidad.

I.

La bondad se confunde muchas veces con la amabilidad, á pesar de que son dos cualidades esencialmente distintas, aunque igualmente recomendables; ámbas son necesarias en la vida, empero la bondad lleva no pocas ventajas á la amabilidad; la bondad nace del corazon, y tiene el privilegio, no sólo de hacer dichosos á todos los séres á quienes amamos, sino de contribuir á nuestra propia felicidad; la persona que está dotada de verdadera bondad, sufre poco, porque es indulgente. Sin que se fatigue en buscarlas, halla excusas para casi todos los defectos de los séres que la rodean; y es indudable que hay mucha más dulzura en perdonar que en acusar, porque la persona que se cree ofendida, tiene amargado el corazon, y ya padece sólo por esta causa.

Sin embargo, la bondad tiene ciertos límites,

porque, si no, degenera en *debilidad*, cosa fatal siempre, y sobre todo en ciertas circunstancias de la vida. Un padre, una madre, pueden y deben ser bondadosos, pero jamás débiles; porque su debilidad no sólo les hará descender de su sagrado lugar, sino que labrará la desdicha de sus hijos.

Como ya os dije en otro lugar de este libro, lectoras mias, os presentaré ejemplos verdaderos, siempre que me sea posible, en vez de haceros áridas reflexiones: pues todo cuanto se acerca á lo natural, todo lo que es sencillo, conmueve y persuade más que los argumentos más pomposos. Además yo escribo este libro para la mujer en general; y aunque vuestro ilustrado entendimiento comprenda todo cuanto yo os diga, sea en los términos que quiera, tal vez caiga en manos de otras personas, que por su poco desarrollada inteligencia ó su escasa instruccion, necesiten, para distinguir el bien, verle representado en imágenes vivas.

Las que hayais leido la sublime obra de Richardson que lleva por título *Clara Harlowe*, no teneis más que estudiar el carácter de la heroina para conocer la más verdadera, la más bella imágen de la bondad. No obstante, como esta novela está reputada en general como sobradamente difusa y poco entretenida, habrá muchas de vosotras que no hayan tenido ánimo para leerla, y quiero trazar con breves rasgos el carácter de la incomparable Clara.

La hija de Sir Jaime Harlowe, opulento señor inglés, aunque no de nobleza muy antigua, era á los diez y siete años el modelo más perfecto de su sexo. Dulce como un ángel, casta y poéticamente bella, su belleza y su dulzura estaban, no obstante, llenas de fuego y de expresion, lo que prueba que su bondad emanaba de la excelencia de su corazon y no de las cualidades negativas de su carácter: porque se ven en el mundo muchas personas que pasan por bondadosas porque son impasibles, porque su cabeza está vacía ó su corazon helado, ó porque sus cortos alcances les impiden todo raciocinio, y las libran de toda pena en el presente, de todo temor para el porvenir.

Clara Harlowe era una criatura de esas que aparecen pocas veces en la tierra, ó que la cruzan con paso tan breve y tan ligero que no dejan la más leve huella de él. Unia al más claro y distinguido talento la más rara bondad y la dulzura más exquisita: á la mayor sensibilidad, la más angélica resignacion, y su carácter presentaba esa extraña mezcla de suavidad y de energía que en tan pocas mujeres se ve, y que es, sin embargo, el bello ideal de nuestro sexo.

Pero la desdichada jóven tenía un padre duro y rigorista, una madre débil y de pocos alcances, una hermana maligna y envidiosa, y un hermano despótico, vulgar y grosero. Clara era un blanco lirio que habia brotado en medio de un enorme zarzal;

éste creció, y sus ásperas ramas y su maleza, erizada de espinas, ahogaron á la pobre flor y le dieron un doloroso martirio, cuyo término fué el sepulcro.

Para colmo del infortunio de Clara, se enamora de ella un libertino sin corazon, y al mismo tiempo sus padres se empeñan en casarla, por instigaciones de sus hermanos, con otro ente tan despreciable como despreciado por todos, á pesar de sus grandes riquezas.

La paciencia, la dulzura de Clara durante la desesperada lucha que sostiene con toda su familia, son admirables. Su bondad disculpa siempre á sus padres y á sus hermanos; pero con una firmeza no ménos asombrosa, se resiste á dar hasta la menor esperanza á su odioso pretendiente; en fin, *Lovelace,* el amante libertino, se vale de una estratagema, ayudado de un criado que tiene á su devocion en el palacio de los Harlowes, y roba á Clara de su casa.

La desdichada es conducida á Lóndres, donde, creyendo que va á vivir con una señora viuda que tiene dos sobrinas, es condenada á pasar sus dias entre gente que ha perdido enteramente su reputacion. Los ultrajes de su indigno amante, y por último, el conocimiento de lo que son aquellas mujeres, le obligan á huir de aquella casa; pero es arrestada por supuestas deudas y conducida á una prision.

Ni áun entónces se abate su dignidad ni se altera su dulzura. Cúlpase á sí misma de cuanto padece, y su bondad le obliga á disculpar constantemente á sus padres y á sus hermanos, á pesar de ser ellos la causa de sus infortunios.

Cuando un amigo del perverso Lovelace, que no obstante su depravacion se duele de la desgracia y de la hermosura de Clara, la saca de la prision, la hija de sir Jaime Harlowe está ya herida de muerte. Tantas penas, tantas angustias, tan malos tratamientos habia sufrido, que una fiebre lenta la consumia y una extrema languidez acababa con su vida; entónces fué conducida á casa de un honrado comerciante, cuya jóven esposa, cariñosa y benéfica criatura, la habia acogido al huir de la fatal casa adonde la habia conducido Lovelace; pero ya no habia remedio para la pobre Clara, que se agostaba como una flor sin sol y sin rocío. Continuamente leia una carta de su cruel hermana, en la cual le repetia, palabra por palabra, la terrible maldicion que su padre le habia lanzado al saber su huida con Lovelace; y aquella maldicion perseguia siempre á la desdichada jóven, robándole el sosiego de sus dias y el sueño de sus noches.

Vió por fin llegar la muerte sin susto. Desde su entrada en la prision habíase negado constantemente á ver á su indigno amante, á pesar de todos los medios que éste buscó para que le recibiese. Preparóse á morir, esperando de Dios que su largo

martirio podria servir de expiacion á la falta de haber abandonado la casa de sus padres, y entró en la agonía con la dulce paz del justo.

Lo que prueba la rara bondad de Clara es que jamás acusó á sus padres por la violencia que querian ejercer al tratar de casarla con un hombre á quien aborrecia, no obstante que este inhumano empeño fué la causa de su huida. Lo que manifiesta su firmeza es que en ninguna de las muchas cartas que les dirigió implorando su perdon y la revocacion del terrible anatema que lanzaron contra ella, se confesó culpable por haber rehusado aquella union, pues sabía que, al hacerlo, usaba de su derecho.

Es muy notable la siguiente circunstancia de la vida, ó mejor dicho, de la muerte de Clara. En los últimos dias que estuvo en el mundo ocupó su tiempo en preparar su ataud, eligiendo ella misma en la Biblia las inscripciones que habia de llevar en la tapa, y haciéndole colocar á los piés de su lecho cuando estuvo concluido. Este rasgo de la fortaleza de su alma es más elocuente que cuanto yo pudiera deciros para elogiarlo!

La pobre Clara muere al fin sin haber conseguido ver á nadie de su familia, excepto á su primo el coronel Morden, que llega para asistir á su agonía, y acompaña su cuerpo al palacio de Harlowe.

En la historia de Clara figura otra jóven amiga

suya, miss Ana Howe, bella tambien y virtuosa; pero Richardson, sin duda para hacer resaltar más el sublime tipo de Clara, ha hecho de Ana su contraste, dotándola de un carácter vivaz y atrevido. Efectivamente, el contraste no puede ser más perfecto; pero á pesar de las brillantes dotes del carácter de Ana, cuya base es la generosidad, el interés del lector es todo para Clara, lo que demuestra que la virtud preferente en la mujer, su más irresistible atractivo, son la bondad y la dulzura.

II.

Una mujer bondadosa, con un talento muy mediano, tendrá siempre más simpatías en la sociedad que otra de genial áspero, aunque su inteligencia sea muy brillante y privilegiada.

Aún asentaré otra verdad. La mujer de talento y de gran penetracion es mirada en la sociedad con prevencion ó con envidia, y tiene que hacerse perdonar *el grave pecado* de poseer dotes intelectuales no comunes, á fuerza de bondad, ó de amabilidad al ménos, porque la amabilidad es la bondad aparente. Una mujer amable recibe siempre sonriendo á sus amigos, se domina, para no manifestarse jamás iracunda, y pone todo su conato en parecer agradable y graciosa en cualquier tiempo y lugar.

Puede decirse que la amabilidad es una parte integrante de la coquetería, una belleza del carácter. La bondad es una prenda del corazon.

¡Feliz la mujer que posea ambas cualidades, pues ella será amada de cuantos la traten! Pero de tener la una ó la otra solamente, vale mil veces más que posea la bondad sincera, que la amabilidad cortés. Porque la bondad únicamente la posee la mujer *buena;* de la amabilidad se sirven muchas perversas criaturas para encubrir graves defectos.

Yo conozco á una mujer que es bastante antipática á primera vista, pero cuya seductora amabilidad le conquista el corazon de las personas que empiezan á tratarla.

Esta mujer reune en su carácter todos los defectos más odiosos, y en su corazon los más infames instintos; pero su amabilidad y dulce cortesía no se alteran por nada, y recibe con la más encantadora sonrisa hasta á su mayor enemigo. Sin embargo, quien la trata con alguna intimidad ve al fin que es helada, egoista, y que hace de su amabilidad una especulacion, y por consiguiente, abandona su trato poco á poco, ó le sostiene sólo de una manera superficial.

Estas mujeres se dejan ver pocas veces sin máscara, porque evitan todo trato frecuente, á fin de no descubrir su carácter y de conservar el prestigio que han adquirido en sociedad. La mujer bon-

dadosa, por el contrario, gana con ser tratada, y en gracia de las excelentes cualidades de su corazon, se le perdona mil leves defectos, é inspira una simpatía viva y duradera.

III.

Mujeres hay tambien, y por fortuna no son muy escasas, en quienes la amabilidad de su trato y la dulzura de sus modales son consecuencias de la bondad de su carácter y de su corazon.

¡Cuán encantadoras son esas mujeres! Sea cualquiera su edad, todas las buscan y las aman. Ni la vejez misma es bastante á destruir el poderoso encanto de su bondad; léjos de eso, ella es la única coquetería que sienta bien á las canas.

En ninguna parte, como en Madrid, se halla ese tipo tan encantador; por eso sus mujeres están reputadas como irresistibles. Muchas veces se ve en un palco del Teatro Real á una señora de cabellos plateados y vestida con una elegancia que parece extremada é impropia de su edad á primera vista; pero fijad durante algun tiempo vuestra atencion en aquella mujer, y poco á poco ireis olvidando que es anciana, y la gracia de sus modales, exquisitamente distinguidos, la benevolencia de su sonrisa, la dulzura de su fisonomía, os cautivarán con una fuerza invencible: y es que aquella dama lleva

impreso el carácter de la verdadera bondad, ó que, á lo ménos, ha hecho tan perfecto estudio del modo de aparentarla, que nadie puede dudar de la que respira su fisonomía, sus modales, su porte todo.

Esa dama dará bailes probablemente, porque la ancianidad, que une la bondad á la amabilidad, gusta de rodearse de juventud, de alegría y de flores: y si una noche de sarao os fuera posible penetrar en sus deliciosos salones, no podríais dejar de profesarle, al salir, la más viva simpatía, al ver el esmero con que procura complacer á todos, su indulgencia para los jóvenes, su tacto para toda clase de personas.

Por eso esas mujeres tienen su corte, y se ven rodeadas de afectos más sinceros que la juventud misma: porque los afectos más durables son aquellos en los cuales entran por poco las ilusiones y que están basados en las prendas del alma, y en la excelencia de un carácter bueno é indulgente.

Aparte de la clase elevada y aristocrática, en la cual la bondad y amabilidad de la mujer tienen tantas ocasiones de brillar, toda mujer buena y amable halla en su vida, por oscura que sea, medios de hacerse querida por estas admirables prendas en el círculo de sus amigos, y, sobre todo, en el centro de su hogar, que es donde más se deben apreciar las afecciones, donde éstas son más sinceras y durables.

Pero de la bondad excesiva á la debilidad, y

hasta á la bajeza, la pendiente es tan resbaladiza, que la mujer puede bajarla, sin sentirlo; y nada trae tantos dolores, como una imprudente debilidad.

Entre los infinitos privilegios del hombre, se cuenta el de poder ostentar esa bondad fuerte, que es la más bella, la que más atractivos ejerce. Un hombre, que reune á un valor á toda prueba, una dulce é indulgente bondad, es la obra más admirable de Dios, porque ha unido en una misma naturaleza la prenda más heroica del sexo fuerte, con la más dulce del sexo débil.

La mujer debe ser bondadosa con dignidad. Sólo así puede considerársela como la obra más hermosa de la creacion, porque reune á lo majestuoso de la virtud, lo suave y dulcísimo de la indulgencia.

Enriqueta de Inglaterra, hija del desventurado Cárlos I, de quien os hablé en mi capítulo anterior, hermana de Cárlos II, el monarca ingrato y voluptuoso, á quien nunca pudo amar el severo pueblo inglés, y esposa del duque de Orleans, era la mujer más amable de su tiempo, *la más adorable*, *la más adorada*, como dice Bossuet.

Sin embargo, Enriqueta, léjos de ser bondadosa, dió pruebas inequívocas de una gran perversidad de corazon. Sus amores con el rey Luis XIV, su cuñado, fueron, no el escándalo de la Francia, porque la Francia de aquel tiempo no se escanda-

lizaba de nada, pero sí el tormento de la buena, de la dulce, de la angelical María Teresa, princesa sin ventura, á quien arrancaron del palacio de nuestros reyes, para que fuese á morir de dolor en el tálamo del rey de Francia. Si Felipe IV de España hubiera podido prever que la princesa de Inglaterra habia de ir á Francia, jamás hubiera concedido á su hija en matrimonio á Luis XIV.

El coquetismo de Enriqueta estribaba, más que en su belleza, que era muy mediana, en su amabilidad; pero sabido es que las mujeres muy bellas jamás han inspirado pasiones violentas, y que aquellas cuya hermosura ha sido insignificante ó ninguna, han hecho nacer amores frenéticos que muchas veces han ido más allá de la tumba.

«La duquesa de Orleans—dicen los historiadores de aquel tiempo—no era hermosa, ni áun linda: de pequeña estatura, su excesiva delgadez le impedia ostentar perfeccion alguna en su persona: era pálida y trigueña: tenía la boca grande, la nariz levantada, los ojos garzos y rasgados; sus soberbios cabellos rubios la envolvian como un manto de seda cuando estaba en el tocador, y por eso señalaba esta hora para recibir á todos aquellos á quienes queria atar al carro de sus triunfos.»

Esta princesa hizo infinitas víctimas con su amabilidad y dulzura, encendiendo pasiones que ocasionaron la desdicha de muchas jóvenes amantes y sencillas, de muchas esposas tiernas y ejemplares;

en cambio, jamás enjugó las lágrimas de una mujer infeliz. Por eso, toda la juventud guerrera y cortesana de Francia, adoraba á la duquesa de Orleans y llevaba sus colores: pero ni una madre, ni una esposa la bendecia al verla.

Cuando la reina María Teresa salia con una de sus damas á dar un paseo solitario, las mujeres seguian su carroza y la llamaban su ángel. Es verdad que ningun hombre miraba á aquella jóven, silenciosa y triste; que ninguno reparaba en la hermosura de sus ojos azules, siempre empañados por el llanto; en las gracias de aquel lindo rostro, siempre pálido; pero las bendiciones de las ancianas y de los niños á quienes socorria, llegaban en coro al trono de Dios.

Por eso, Enriqueta murió por los estragos de un veneno, administrado por los celos ó por la ambicion; María Teresa murió, porque Dios la llamó á sí, creyendo indigno al mundo de poseerla, y murió sonriendo, y en los brazos de su ántes tan ingrato esposo: y Luis XIV se apartó del cadáver deshecho en llanto y dejando escapar estas palabras, que pintaban fielmente la amargura de sus remordimientos:

—¡Su muerte es el primer dolor que me ha causado!

La bondad de María Teresa era majestuosa y digna. Jamás le oyó nadie quejarse del abandono en que su esposo la tenía, ni de los extravíos de éste.

Preguntándole su confesor, cercana ya á morir, si no habia amado á otro hombre que á Luis XIV, ó si en la corte de España habia llamado alguno su atencion, contestó con tanta naturalidad como dulzura:

—¿Cómo habia de amar á ningun hombre en España, si no habia en ella más rey que mi padre?

Esta respuesta retrata mejor que nada su carácter verdaderamente augusto, pero endulzado por la más exquisita bondad.

Concluiré este capítulo encargándoos, lectoras mias, que no confundais la *amabilidad* con la *bondad*. La primera es casi siempre exterior. La segunda nace del corazon y de la belleza y dulzura de los sentimientos.

La amabilidad es la apariencia de la bondad cuando ésta no existe; por consiguiente, puede decirse que es un tributo que se le rinde. La amabilidad conquista homenajes y admiracion; pero sólo la bondad conquista afectos. Si quereis, no obstante, ser amadas y admiradas, procurad reunir á la bondad, á esa angélica prenda del alma, la amabilidad, esa hechicera coquetería de la buena educacion, ese encanto que es una de las pocas cosas útiles que enseña el trato del mundo.

CAPÍTULO XVI.

La reserva y el disimulo.

I.

La reserva y el disimulo son dos cosas muy distintas, y como la vanidad con el orgullo, y la bondad con la amabilidad, se confunden á primera vista produciendo siempre efectos muy funestos.

¡Cuántas mujeres hay que son buenas en el fondo, y ya sea por no saber distinguir lo verdadero de lo falso, ó bien porque jamás han dedicado un breve espacio de tiempo á la reflexion, caen en faltas cuya existencia ignoran, exponiéndose á la despiadada censura del mundo!

Más de una ejemplar é irreprensible criatura es juzgada ligera é inhumanamente por la ciega y maligna sociedad, miéntras que muchas, que realmente son muy culpables, pasan con la frente erguida, y reciben el acatamiento debido sólo á la verdadera virtud.

Pero estas personas llevan el castigo en su conciencia; dejadlas sin envidiar sus triunfos, y procurad buscar en el cumplimiento de vuestros deberes el camino más suave de la vida. Porque suave, muy suave, es el camino del bien, y á veces tengo por una paradoja el tan conocido axioma de que *el camino del cielo está sembrado de espinas.*

Si son espinas el no correr de placer en placer, ó por mejor decir, de fiesta en fiesta, porque el mundo da pocos placeres; si son espinas el no tener riquezas, joyas, carruajes y palacios para todas las estaciones, concibo el axioma ántes citado, aunque en este caso sería asentar que los ricos tenian cerradas las puertas del cielo. Pero si se mira la vida bajo su aspecto más dulce, si se existe, no para los goces materiales y groseros, sino para la inteligencia, para el trabajo, para el amor, para la amistad, la vida es buena y hermosa, y los mortales debemos incesantemente dar gracias á nuestro Criador porque nos la ha concedido.

Uno de mis principales cuidados al escribir este libro es daros á conocer, jóvenes lectoras mias, aquellos defectos que se confunden ó pueden confundirse con las virtudes, su saludable antítesis; porque ¿no es realmente muy doloroso que, creyendo poseer una buena cualidad ó practicar una virtud, caigais en el defecto contrario? ¿De qué os sirve entónces vuestra índole privilegiada, vuestra propension al bien? De nada si una mano ami-

ga no os muestra el camino libre de las nieblas de la duda.

II.

La reserva y el disimulo, que son la buena cualidad y el odioso defecto que sirven de base á este capítulo, se confunden, como he dido ántes, con mucha frecuencia. Hay quien, por huir del *disimulo*, *simulacion ó fingimiento*, que las tres cosas son muy parecidas, se olvida completamente de la reserva, y haciendo alarde de sinceridad y de franqueza, dice todo lo que hace, lo que proyecta hacer, y hasta lo que piensa. Hay, por el contrario, quien, tratando de tener una prudente reserva, recata de tal modo sus sentimientos, que nunca habla como piensa, y se violenta para que no sólo sus palabras, sino la expresion de su fisonomía, engañen hasta á sus mejores amigos.

Estas gentes son dignas de compasion: esclavas de su ridícula manía, desconocen las dulces expansiones de la amistad y el encanto de la confianza. Estas criaturas deben ser necesariamente descreidas y hostiles á la sociedad, y deben vivir amargadas por ella, pues de lo contrario no se impondrian un martiro tan insoportable.

Es verdad que suelen conseguir mejor que nadie el logro de sus fines; es verdad que suelen subir

con rapidez los escalones de la fortuna; mas ¿qué importa todo esto si sus corazones se van quedando vacíos y sólo hay savia en sus cabezas? ¿Qué importa, si no tienen familia ni amigos, porque desconfian del amor y de la amistad? ¿Qué importa, si se condenan á vivir solas en medio del mundo, como vive la roca en medio de los mares? Más que ese disimulo homicida, vale una extremada franqueza, por más que ésta traiga casi siempre tristes consecuencias.

Lo que nos hace estimables y estimados es un justo medio entre esos dos extremos, y un justo medio es tambien lo que nos hace vivir con tranquilidad y sin la zozobra que acompaña comunmente, lo mismo á la excesiva franqueza que al estudiado disimulo.

La reflexion y el raciocinio son generalmente los que deben aconsejar cuando conviene una generosa franqueza y una prudente reserva. El disimulo nunca es conveniente; la reserva hace guardar silencio cuando lo que vamos á decir puede perjudicar, ya sea á nosotros, ya á otras personas; pero el disimulo ó simulacion enseña á mentir, disfrazando lo que se siente, por poco importante que sea.

Segun la edad, puede ser la mujer más ó ménos explícita. A una jóven conviene siempre la reserva en todas sus acciones, en todas sus palabras: porque su reputacion es un cristal purísimo que la

más leve sombra basta á empañar, sin contar con los borrones con que pueden mancharle la envidia, la calumnia ó la maledicencia. La reserva no rebaja las buenas cualidades de una amable jóven; ántes bien las hace resaltar y las comunica nuevo brillo y mayor mérito; porque la reserva nace siempre de la modestia, y la modestia es el más hermoso atractivo de una jóven.

Yo quiero dedicar un capítulo entero á *la modestia,* porque ella es, lectoras mias, la corona de violetas que adorna el ramillete de inmarcesibles flores que se llaman virtudes. Pero ántes de seguir recomendándoos la reserva y afeando el disimulo, necesito distinguir á vuestros ojos aquella virtud de este defecto, pues si no me comprendeis bien y con claridad, será inútil todo cuanto os hable de una y de otro.

III.

Reserva es ese sentimiento de pudor y de delicadeza que nos hace recoger nuestras sensaciones, gratas ó dolorosas, en el fondo de nuestro corazon, como recogemos una flor querida dentro de una caja para que no se evapore su perfume. Reserva es una fuerza misteriosa que nos impele á ocultar y corregir nuestros defectos, en vez de hacer un ridículo alarde de ellos.

La reserva nos induce igualmente á callar los defectos de las personas que nos son amadas, y áun de aquellas que nos son indiferentes, por la ley santa de la caridad. La reserva nos hace callar tambien nuestros proyectos para lo presente ó lo futuro, más que por desconfianza, por el temor de hacer un papel desairado si se malograsen por uno de esos eventos de que está llena nuestra vida. La reserva nos hace guardar dentro del alma algunas santas y respetables tristezas que el mundo no comprenderia, y que para nosotros son tan sagradas como queridas.

¿Qué conseguirá una madre contando las faltas de sus hijos, aunque sea á su mejor amiga y en el secreto de la confianza? Rebajar á los ojos de quien la escucha á aquellos mismos hijos á quienes, en lo íntimo de su corazon, no puede ménos de amar.

Así, pues, mil veces mejor haria esa mujer, siendo reservada, y ofreciendo su pena á los piés de la Reina del cielo, amparo y consuelo de todas las madres.

¿Inspirará simpatías la jóven que refiera, quejándose de ellos, los defectos de sus padres y de su esposo, por graves, por odiosos que estos defectos sean, por mucho que le hagan sufrir? Léjos de conquistarse afectos, sólo obtendrá una lástima, mezclada de repulsion, porque infringe el más santo de sus deberes, publicando las faltas de aque-

llas personas á quienes le toca amar y respetar más que á nadie en el mundo.

¡Bendita sea la reserva, que recomienda el silencio en tales casos! La mujer que no la rechace será admirada, bendecida é imitada por todas las almas religiosas y buenas.

La reserva es indispensable, tratándose de los asuntos ó de los intereses ajenos, ó de aquellos que nos son propios, pero en los cuales están mezclados los de otros. Unicamente en los que nos conciernen á nosotros solos, nos es dado usar de franqueza, confiándolos á otras personas. El tacto está en saber elegir á los séres que han de poseer nuestra confianza, no equivocando los falsos amigos, ó los amigos de sociedad con los verdaderos; pero este particular pide un capítulo separado, porque *la amistad* es un afecto que tiene mucha influencia en la desdicha ó felicidad de nuestra vida.

Quiero hablaros aún de la reserva, de esa bella y recomendable cualidad; que tan bien sienta en las jóvenes, y que tan necesaria es á la mujer, sea cualquiera su edad y su posicion. La persona que se deja arrastrar de una excesiva franqueza, puede cometer mil imprudencias sin que se aperciba de ello: puede ser causa de graves desgracias, que despues deplorará amargamente, porque, en lo general, las mujeres muy francas y sinceras, están dotadas de un excelente corazon.

—¡Qué franca es la señorita B.! me decia no há

mucho tiempo una señora en extremo curiosa: por ella sé todo lo que pasa en su casa, los trajes que ella y su hermana estrenan, las veces que salen, las cuestiones que tienen lugar entre su padre y su madre; los platos que se sirven á su mesa, y el estado de todos los negocios de su familia.

—Pero, señora, exclamé sin poder contenerme, ¿por qué escucha V. á esa imprudente jóven? ¿Qué dirán sus padres si se divulgan todos sus asuntos, y las escenas de su vida privada?

—¿Y yo, por qué me he de inquietar por eso? ¿Tengo la culpa de que su hija sea tan habladora?

—Pero, amiga mia, si V. no la oyese....

—Si yo no la oyese lo iria á contar á otras personas, porque la que es propensa á hablar, habla aunque sea sola, y no hay que agradecerle sus confianzas: no faltaria quien las escuchase y lo divulgase más que yo, que sólo cuento á mi marido y á *alguna que otra amiga* lo que me dice.

Estas palabras me enseñaron todo lo que hay de perjudicial en una excesiva franqueza. Las personas á quienes se cuentan las cosas que deben estar reservadas, léjos de agradecerlo, culpan la propension á hablar, á la cual deben unas imprudentes confianzas que pueden comprometerlas.

IV.

¿No habeis visto muchas veces, lectoras mias, en el círculo de vuestras relaciones, no habeis visto algunas mujeres, más consideradas, más respetadas que otras, aunque la fortuna y la naturaleza no les hayan concedido grandes dotes? Pues, es que esas mujeres se envuelven en una delicada reserva, como en un manto de exquisita y perfumada seda. Úsanla hasta en medio de su familia; y el pedestal en que están colocadas, y que se han fabricado ellas mismas, parece tan alto, porque si no ocultan, no hacen alarde al ménos de las necesidades, de las dichas y de los dolores de su vida.

La reserva no es disimular ó mentir; consiste en callar casi siempre, en velar ó recatar de las miradas profanas, frias y burlonas del mundo, las sensaciones y los afectos de la vida. Las mujeres que poseen una reserva delicada y digna, tienen algo de elevado y de noble. Nunca se ve en ellas más que lo bello, lo ideal, y conservan las ilusiones á todas las personas que las tratan, y lo que es mucho más precioso, hasta á su propia familia. Sus esposos no encuentran en ellas esa parte de grosero materialismo, verdugo del amor; sus hijos las ven siempre dignas y sublimes, porque en la mísera condicion humana es lo mejor aquello que

ménos se comprende, aquello que aparece más vago y más velado.

Una mujer, pudorosamente reservada, virtuosa, dotada de bondad, y adornada de esa graciosa coquetería, de ese tacto y buen gusto que ya en otro capítulo os recomendé, es el bello ideal de su sexo; es la criatura más simpática y que más atractivos ejerce, aunque la naturaleza la haya favorecido muy poco con sus gracias.

Muy breves serán las palabras que dedique á la simulacion ó disimulo. Este defecto es raro en la mujer, y enteramente ajeno de la juventud, y la que esto escribe á la juventud se dirige.

¿Para qué necesita la mujer del fingimiento ó del disimulo? Dejemos tan inmenso trabajo al hombre político, al hombre de graves negocios y ambiciosos planes. La mujer destinada á imperar en el hogar doméstico, á hacer la dicha, y embellecer la vida de los séres que la rodean, no há menester más que de una amable franqueza, ó de una prudente y bien entendida reserva. La franqueza debe usarla siempre que sus padres ó su esposo la interroguen acerca de algun punto importante, en cuanto á sus sentimientos ó á su corazon.

¿Para qué hemos de usar de reserva con los séres que más nos aman? ¡Es tan dulce manifestar el corazon abierto de par en par á las personas que nos son queridas!

Una madre debe ser tambien franca con sus hi-

jos en muchas ocasiones de la vida. Debe advertirles sus defectos y reprendérselos con firmeza siempre, con rigor y severidad cuando estos defectos, por leves que sean, nacen de una mala índole ó de sentimientos perversos. Pero una buena madre es reservada tambien en ciertas circunstancias: es reservada para la sociedad, porque los mismos defectos de sus hijos, que corrige en la soledad de su hogar, los reserva al mundo con el mayor cuidado y la más exquisita solicitud.

¡Santa y difícil mision de las madres que reune y aduna en sí la bondad y la firmeza, la franqueza y la reserva, la dulzura y la severidad!

V.

Muchas veces, una franqueza excesiva ha privado de un buen amigo, convirtiéndole en un enemigo irreconciliable; porque hay en ciertas personas tal dósis de amor propio que no les deja soportar una verdad. Con esas personas es mejor guardar un prudente silencio, ó dar una respuesta evasiva, áun cuando consulten vuestra opinion.

Debe procurarse, ante todo, no herir nunca el amor propio de nadie, porque estas llagas no se curan jamás. No hagais á otro la confianza de los defectos de vuestros amigos. No descubrais las flaquezas ajenas. Para huir de una persona, cuy

trato fastidia, no es menester zaherirla, criticarla ó ponerla en ridículo: basta con retirarse poco á poco de su amistad, empleando el suficiente tacto y delicadeza, y dando alguna excusa política y verosímil para que no se ofenda.

En esto consiste la reserva prudente y bien entendida, y esta reserva es cuanto necesita la mujer para ser estimable y estimada.

Si la mujer se concreta á reservar sus sentimientos y sus sensaciones para las personas á quienes ama, no tendrá decepciones, no caerá en esos errores del corazon, que tan dolorosamente le destrozan. Si se acostumbra á una excesiva franqueza, concede á todos lo que sólo debe conceder á los objetos de su amor: porque ¿en qué estriba el amor sino en hacer partícipes de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras sensaciones, á otro sér que se ha hecho dueño de todos los latidos de nuestro corazon?

La mujer que prodiga á todos los que trata estos tesoros, ¿qué dará ya á las personas á quienes ame, que éstas pueden estimar?

Si todas las mujeres supieran unir la prudente reserva con una tierna sinceridad, el prestigio de nuestro sexo sería inmenso, y pocas, muy pocas, carecerian de la general estimacion.

CAPÍTULO XVII.

La envidia y los celos.

I.

Entre las infinitas penas que afligen á la mujer, que torturan su corazon, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa por la actividad de su imaginacion fogosa, por la extremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de una educacion descuidada y poco religiosa.

Dos de los más amargos dolores que se crea son la envidia y los celos. Los celos, dardo emponzoñado y forjado por el infierno. La envidia, sierpe venenosa que roe el corazon de que se posesiona hasta dejarle vacío como un sepulcro.

Ya me parece ver las lágrimas en los ojos de algunas pobres celosas; ya oigo que me dicen con acento dolorido:

—¿Qué culpa tenemos nosotras de ser desventuradas, cuando á costa de la mitad de nuestra vida quisiéramos no tener esa horrible pena?

Sin dar un solo dia de vuestra existencia, que es de Dios, podeis vivir, si no felices del todo, al ménos con mucha mayor tranquilidad, si no os empeñais en pedir á la pobre humanidad más de lo que puede daros: esto es, abnegacion completa y amor eterno.

—¿Qué remedio nos darás á nosotras? me preguntarán las atormentadas por la envidia.

Pero mi contestacion á esta pregunta será algo más severa que á la otra. Diré á esas mujeres que su padecimiento, en vez de compadecerme como el de los celos, me indigna, porque nace de una causa totalmente distinta, y mucho ménos noble: los celos y la envidia son dos cosas muy diferentes, por más que se confundan entre sí con esa poca premeditacion con que los pobres mortales confunden todas sus pasiones, como si éstas no fuesen el orígen de sus males, como si no fuesen la base del terrible drama social que se desarrolla en el interior de cada familia, de cada casa, de la sociedad entera.

¿Por qué, pues, no ha de haber alguna mano caritativa que descorra el velo que ofusca la vista de tantos séres que han nacido para ser buenos, y á quienes la ignorancia hace culpables? ¿Por qué no ha de tener la sociedad sus misiones cultas, benéficas, elocuentes, como las tienen religiosas y consoladoras los cipayos de las Indias, los indígenas de las costas de América? ¿No es acaso mucho

más inocente é inofensiva la vida de aquellos desdichados salvajes, que pasan sus dias fabricando canoas y adornándose con plumas, que la de los séres que la pasan en nuestra ilustrada sociedad haciendo víctimas de sus pasiones? ¿Es, por ventura, más criminal el caribe que devora carne humana, porque sus padres y abuelos le enseñaron á usar de este alimento, que el hombre culto de nuestra civilizacion, que, sin peligro alguno, sin exposicion y con la más completa tranquilidad, ve que se pierden almas que él podia alumbrar con su ciencia y sus consejos, almas que habian sido creadas para el bien, y que sólo necesitaban de un rayo de luz que les iluminase su camino?

Sólo hay una cosa que deplore en su condicion de mujer la que escribe estas líneas: la debilidad que prohibe á su sexo toda empresa fuerte y animosa. El hombre puede hacer muchos más beneficios á la humanidad, porque tiene abiertos anchos caminos para el bien; la mujer no los tiene ni debe tenerlos, y la que mujer ha nacido debe contentarse con rezar por los que padecen, y aliviarlos con medios sencillos y humildes como su condicion.

Pero ya que no me sea dado emprender la mision gloriosa de extirpar malas pasiones, permítaseme al ménos destruir los errores que pueden hacerlas nacer en mi sexo: séale lícito á una mujer dar consuelo y consejos á las demas mujeres, mostrar-

les el camino del cielo, que, por más que se diga, es fácil y dulce, y recoger, en vez de un capital de gloria, un caudal de simpatías y de amor.

II.

Los celos y la envidia han producido en todos tiempos grandes desgracias, por más que sean dos sentimientos distintos; pero tampoco se parecen en nada el huracan y el rayo, y sin embargo, ámbos hacen destrozos espantosos y ámbos son hijos de la tempestad. Las tempestades del alma son los celos y la envidia; y tanto importa que sus efectos sean rápidos como el rayo, ó sordos y rastreros como el cierzo helado y bramador, si unos y otros son igualmente desoladores.

Los celos abrasan el corazon, como el rayo abrasa el campo de frondoso y verde trigo donde cae. La envidia arranca del alma todas las sensaciones dulces, como el cierzo arranca los tiernos arbolillos, los olorosos rosales y hasta las viejas encinas de los bosques. Pero si ambos sentimientos causan grandes desastres, proceden de diversas causas.

La envidia nace de la pequeñez del alma. Los celos de la gran sensibilidad del corazon.

Suele vituperarse algunas veces á una persona que tiene celos, pero se la compadece siempre. Una persona envidiosa, solamente inspira desprecio, y

todo lo más que en su favor alcanza, es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado. La envidia no conoce la compasion: el envidioso quisiera que todo el mundo fuese pobre y desgraciado para reunir él solo todas las riquezas y prosperidades.

Las celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazon; si causa dolor el que la persona que los inspira sea bella y rica y esté dotada de relevantes cualidades, es tan sólo porque estas ventajas conquistan el amor, que el infeliz que vive atormentado por los celos quisiera para sí. Los celos ambicionan afectos; de todo lo demás ni áun se acuerdan. La envidia lo quiere todo para sí; los trajes, las joyas, las atenciones, la consideracion pública, y en lo que ménos piensan es en los afectos.

Cosa muy fácil por cierto es el precaverse de los ataques de la envidia; y si todas las madres educasen á sus hijas con una prudente templanza, con un absoluto alejamiento del lujo y de la ostentacion, la envidia huiria á ocultarse en el infierno por no tener corazon ninguno donde morar. Porque la envidia escoge pocas veces para vivienda el corazon del hombre, y hace su presa casi exclusivamente en la mujer, por la excesiva debilidad de su carácter.

Madres de familia, sofocad con energía en el corazon de vuestras hijas los primeros movimientos de la envidia, si no quereis que sean muy desgraciadas, y tal vez muy culpables: la envidia engendra el rencor, el odio y muchas malas pasiones; y el que se deja dominar por ella, segun el temple de su alma, sueña con la ruina de su enemigo y no perdona medio para lograrla. Enseñadlas, ante todo, á contentarse con las comodidades, con los bienes que Dios les ha enviado, por escasos que sean, y á que no ambicionen los de los demás.

No gasteis en el traje, en el aposento, en las diversiones de vuestras hijas más que cantidades muy cortas, por más que vuestra fortuna sea brillante; porque ¿sabeis cuál es el móvil de la envidia? El hastío de aquello que poseemos. Así, pues, una niña, una jóven debe siempre tener algo que desear y conquistarlo con su buen proceder, con su cariño y sus atenciones para con sus padres.

Si lo que hace nacer la envidia es el hastío de lo que se posee, lo que más contribuye á ahuyentarla es ese tacto, esa distincion exquisita que toda madre debe inspirar á sus hijas desde su edad más tierna. Enseñadlas á disponer bien y con gusto su atavío y su habitacion, pero obligadlas á que lo consigan de un modo económico y fácil. Decidles que el más precioso adorno de la juventud es la sencillez, y que á una jovencita le sienta mejor un traje blanco y una flor, que los terciopelos y los

diamantes. Y para que os crean, realzadlas á sus propios ojos; inspiradles esa seductora coquetería, de que ya os hablé en otro capítulo, y vereis que, estimándose lo bastante á sí mismas, y apreciando lo que poseen, no envidiarán á los demás, ni mucho ménos sus bienes.

El arreglo del tiempo, la buena distribucion de las horas del dia y de la noche, no dejan tiempo para forjar sueños vanos ni deseos reprensibles. Cuando el corazon y la cabeza están nutridos saludablemente, no pueden admitir el veneno del mal ni los pensamientos culpables.

Es una gran verdad que la propia estimacion es la base de muchas virtudes, y que el orgullo bien entendido y tal como yo os lo he recomendado, excluye todas las pasiones ruines y bastardas: ¿podrá sentir la envidia una mujer orgullosa y amante de su dignidad? No: porque este sentimiento la rebajaria á sus propios ojos, concediendo á los extraños más valor que á sí misma.

Una mujer buena, pura, digna, en una palabra, sabrá que su virtud vale más que los mayores tesoros del mundo; que la resignacion es uno de los atributos más preciosos de la mujer cristiana; que la verdadera felicidad consiste en contentarse con los bienes que Dios nos ha dado, y que la culpable ambicion de los ajenos, es la ruin y miserable envidia, colocada por el mismo Dios en el número de los pecados capitales, es decir, de los que sólo se

expian por medio de costosos sacrificios y de muchas lágrimas de arrepentimiento.

III.

Vosotras, pobres mujeres, que sufrís la horrible tortura de los celos, quizás no hareis caso de mis consejos, y me contestareis que no se manda al corazon. Conozco que si la envidia es una pasion ruin, los celos son un mal, una pena incomparable; pero voy, no á dar un consejo, sino á hacer una advertencia cariñosa á las que hayais perdido el cariño de la persona á quien amais.

No os quejeis demasiado; no hagais del llanto vuestra ocupacion continua; no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena; ocultadla en lo más profundo de vuestro pecho, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazon que hayais perdido.

No intenteis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío, infidelidad con infidelidad. Entónces perderiais tambien lo único que puede serviros de consuelo; perderiais la paz de la conciencia y el derecho de levantar vuestras frentes, limpias de toda mancha. Una suave y digna resignacion, una conducta irreprensible y decorosa, una firmeza noble é igual

en los modales, y un prudente retraimiento en la vida íntima, quizá os volverán el sitio, que es vuestro, en los corazones que llorais perdidos. Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas. No seais jamás víctimas ni verdugos, porque es tan odioso y degradante lo uno como lo otro.

Aparentad, miéntras os sea posible, que ignorais los extravíos de vuestros esposos; no les reconvengais por ellos; porque miéntras procuren ocultároslo, es seguro que os tienen estimacion ya que no cariño: es seguro que respetan el santo lazo de la familia, la tranquilidad de su compañera; pero desde el momento en que hagais un imprudente alarde de saberlos, perderán todo decoro y os impondrán la ley del fuerte sobre el débil.

Aquellas que poseais en toda su plenitud el amor del hombre á quien hayais unido vuestro destino, procurad conservarle para que nunca sufrais el terrible dolor de los celos; porque son pocos los séres que pueden pasarse sin amor, y si llegan á hastiarse de vosotras, nuevos afectos ocuparán irremisiblemente su corazon. Mujeres conozco que han atormentado de tal modo á sus esposos con celos infundados, que aquéllos tenian por la mayor de las desgracias el quedarse solos con ellas: las mujeres, de que os hablo, les contaban los minutos que estaban fuera de casa y el dinero que gastaban; les impedian cumplir en sociedad con los deberes de buena educacion; les pedian cuenta de todas

sus acciones, de todos sus pensamientos, y cuando los sabian los regañaban sin cesar.

Los maridos, así asediados, empiezan por engañar á sus mujeres; les ocultan que han entrado en el café, como si esto fuese un pecado mortal: si han ido al teatro, les dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío más profundo se apodera de su vida, hasta que hallan una mujer amable, graciosa y coqueta que los seduzca.

Conquistad el corazon de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce y graciosa, con la bondad, con la coquetería.

Hacedles agradable su casa y amable vuestro trato. Sed sus amigas al mismo tiempo que sus amantes. Partid sus alegrías. Consolad sus tristezas. Endulzad sus dolores. Cuidad sus enfermedades. Esmeraos en su elegancia. Procurad que nada les falte á su tiempo. Velad por los intereses de la casa, que son los vuestros tambien. Haceos, en fin, necesarias á su dicha y dejadlos libres, completamente libres. No les pregunteis adónde han ido, que ellos mismos os lo dirán espontáneamente. No les pregunteis el dinero que han gastado, que es rebajarlos á sus propios ojos, y las heridas del orgullo son las que ménos han de perdonaros. El hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa: para impedir sus extravíos no teneis más medio lícito que imperar sobre su corazon.

Mujeres, que teneis envidia, dominad esa culpable pasion ó comprareis con ella la desdicha de vuestra vida y vuestra eterna condenacion.

Desgraciadas, que padeceis la insoportable tortura de los celos, implorad de Dios que os socorra y llorad bajo el manto de su santa Madre. Pero, ante el mundo, sed dignas, fuertes, enérgicas é irreprensibles; apareciendo víctimas, sólo conseguireis una desdeñosa lástima para vosotras y una general execracion para quién os hace padecer, pues la sociedad, en su extraña lógica, colma á un mismo tiempo de anatemas al verdugo, y de desdenes á la víctima.

Sed sufridas y generosas. No rechaceis con dureza al que os ofendió, cuando os dé alguna muestra de arrepentimiento, por ligera que sea. No os vengueis de él cuando le veais lleno de amarguras y decepciones.

¿Dónde reclinará su frente, si vuestro seno no ha permanecido puro? ¿Qué será del honor de vuestros hijos? ¿Dónde hallareis la sublime dicha de perdonar? Los que fomenten vuestro celoso despecho, los que os digan que es lícita la venganza, serán los primeros en despreciaros.

Y vosotras, dichosas criaturas, que estais escudadas con un amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia ó impremeditacion. No pidais al hombre más de lo que puede concederos. No querais violentar sus gustos, sus senti-

mientos, sus inclinaciones. Respetadle al mismo tiempo que le ameis; pero sabed haceros precisas á su bienestar, á su dicha y á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

CAPITULO XVIII.

Un marido débil. — Una madre enamorada de su hija. Clemencia y Paulina.

I.

Voy á contaros una sencilla historia que hace poco me refirieron, y cuyos principales personajes conozco, pues ella os hará ver toda la hermosura y heroismo del amor filial mucho mejor que todo cuanto yo pudiera deciros.

Yo alcanzaria sólo á repetiros lo que ya sabreis, porque mil veces lo habreis leido y os lo habrán recomendado las personas encargadas de vuestra educacion.

Los sentimientos más naturales son los que más necesitan verse retratados con ejemplos vivos; y es que á fuerza de oirlos enaltecer, se debilita en nosotros la impresion de su belleza.

Hace algunos años vivia en Madrid el coronel Cervera con su esposa y sus dos hijas.

La mayor de las jóvenes contaba veinticinco es-

tíos, y en cuanto á hermosura, no tenía mucho que agradecer á la naturaleza.

Era de estatura mediana, delgada y pálida; sus facciones delicadas y distinguidas, carecian, sin embargo, de regularidad; sus ojos, de límpido azul, eran grandes, como si Dios hubiera querido mostrar en ellos toda la pureza y hermosura de su alma, é iluminaban dulcemente su rostro blanco y oval, coronado por una abundosa cabellera castaña; su talle, flexible como una palma, tenía una soltura y una gracia tan natural como admirable, no obstante ser este encanto bastante comun en las mujeres delgadas. En suma, Clemencia, que este era su nombre, no llamaba la atencion á primera vista; á poco que se la tratase despertaba una viva simpatía, y más tarde no era difícil que esta simpatía se trocase en una de esas pasiones eternas, que sólo se acaban con la vida.

Y á pesar de esto, Clemencia habia ya cumplido veinticinco años, como más arriba he dicho, y áun permanecia soltera. ¿Qué enigma era éste? Sólo Dios y Clemencia podian descifrarle.

La otra hija de los señores Cervera, entraba apénas en su cuarto lustro, y era bella como el sueño de un poeta.

Figuraos un semblante de alabastro, cuya deslumbrante blancura templan dos ojos rasgados y negros como el azabache bruñido, y una cabellera rizosa y negra como la endrina; figuraos una boca

de coral y perlas, una garganta de ángel, unas manos dignas de una Vénus, unos piés de niño, la estatura más alta que es permitida á la mujer para que sea completamente bella, y el talle más perfecto y elegante, y tendreis una idea de lo que era Paulina.

—¡Bendita sea! exclamaban los ancianos volviéndose aún para verla, despues que ya habia pasado por delante de ellos.

—¡Bendita sea! repetian las madres con alguna pena, porque tan espléndida belleza oscurecia la de sus hijas.

—¡Bendita sea! decian sus padres todos los dias.

Y así, entre bendiciones, y miradas de amor, y caricias, y lisonjas, creció y se hizo mujer aquella criatura en que Dios parecia haber agotado todas sus perfecciones.

II.

Bueno será ya que os hable, lectoras mias, del carácter de los señores Cervera y del de sus hijas.

El coronel era un hombre de esos que han nacido en el sexo fuerte por un error de la naturaleza. Habíase batido, no obstante, durante toda la guerra, con el arrojo suficiente para poder conservar su puesto en el ejército, pero no con aquel ardor del valor nativo; y áun para sus escasas proezas habia

necesitado siempre que la presencia de sus jefes le pusiese en la alternativa de perder su sangre ó de perder su honor.

Así fué que en cuanto la paz se aseguró, es decir, en cuanto pudo hacerlo sin merecer la nota de una extremada y vergonzosa cobardía, pidió su retiro y se dedicó á cuidarse mucho y á vivir con tranquilidad.

Desde la época de su separacion del servicio, el señor Cervera fué un cero en su casa y en su familia. Su esposa cobraba la paga, y su esposa tambien la gastaba sin darle cuenta de ella, ni pedirle parecer para nada. Vestía lo que le ponian en el colgador de su alcoba. Comia lo que encontraba en la mesa, y hasta de fumar se privó por no oir regañar á su cara mitad, que no podia sufrir que gastase en tabaco.

Perdonadme, benignos lectores, si á vuestro parecer degrado vuestra condicion de hombres en el anterior retrato; yo os afirmo que está copiado del natural, y que nada hay en él de mi propia invencion.

La señora de Cervera era la antítesis de su esposo: ella se habia apropiado las atribuciones del coronel; ella mandaba, disponia, regañaba, compraba y vendia; es verdad que no lo hacia mal, porque á fuerza de regaños, y gracias á su irascibilidad, tenia á toda la casa metida en un puño, como suele decirse.

Aunque las delicias de la señora coronela consistian en dominarlo todo, y dirigir hasta los pensamientos de las personas que habia á su alrededor, siempre estaba quejándose del excesivo trabajo que pesaba sobre ella y de la atareada vida que el gobierno de su casa le imponia.

Cuando sus amigos le preguntaban que por qué se atareaba tanto teniendo ya dos hijas tan crecidas, contestaba que éstas no valian para nada, y que se habian acostumbrado á que su madre las sirviese en todo.

Semejante aserto era verdadero con respecto á Paulina. Esta jóven, mimada y aplaudida por su admirable belleza, era el ídolo de la casa, y su carácter, ligero é indolente además, le hubiera impedido siempre todo trabajo metódico y formal.

En cuanto á Clemencia era otra cosa; entendia perfectamente el gobierno interior de la casa, pero no queria contrariar el empeño de su madre, que se habia encargado de él, y aunque se hubiera propuesto descansarla, no lo hubiera alcanzado jamás.

La señora de Cervera queria gobernarla todo; pero además se quejaba de que lo gobernaba.

Ahora, lectoras mias, os toca á vosotras perdonarme; tambien este retrato está copiado del natural. Por desgracia, hay matrimonios en los cuales el marido es un cero á la izquierda y la esposa se ha apropiado los derechos de ámbos.

III.

Las dos jóvenes hacian una vida muy diferente.

Paulina, á quien habian hecho creer que la dote principal de la mujer es la belleza, pasaba los dias en el tocador, recibiendo con su madre ó haciendo visitas con ella, y las noches en los teatros y *soirés*. Sabia, es verdad, hacer un té y servirle con mucha gracia; bailaba como una sílfide; tocaba en el piano algunos walses, y cantaba bastante mal dos ó tres canciones andaluzas; no ignoraba además cuál era el peinado que más la favorecia, cuál era el drama de moda; sabía sentarse ruidosamente en su palco cuando iba al teatro, flechar sus gemelos de nácar con la mayor gracia y vestirse con sumo gusto, aunque la compra y direccion de los trajes estaban á cargo de su madre. Sin embargo, con todas estas *habilidades* Paulina habia ya cumplido veinte años, y á pesar de su celebrada hermosura, tambien estaba soltera como su hermana.

La razon la sabrán mis lectoras si quieren escuchar á la señora de Cervera y á una amiga suya, quienes tenian un dia la conversacion siguiente:

—¿Sabes, decia á la coronela su amiga, sabes que se casa Elisa, aquella chiquilla tonta, hija del teniente coronel del regimiento de tu marido?

—¡Es posible! ¡si no tiene más que diez y seis años! exclamó consternada la madre de Paulina.

—Ni tiene tampoco un cuarto.

—¡Dios mio! ¡Yo no comprendo esto! ¡Esa muchacha es fea y pobre y se casa! ¡Mi hija Clemencia podia haberse casado á los quince años y desde entónces acá está desechando buenos partidos, y á Paulina, tan hermosa, haciendo tan brillante papel, nadie le ha hablado todavía de casamiento, y ya ha cumplido veinte años!

—Oye, ¿y por qué no se casa Clemencia?

—¡Qué se yo! ¡Manías suyas!... ¡Ella, qué no los quiere, tiene tantos novios, y á su hermana, que se casaría de buena gana, no se le presenta ni uno siquiera!

La señora de Cervera, con todo su gobierno, tenía tan limitado talento, que no le servia ni áun para adivinar lo que pasaba en el corazon de su hija.

Clemencia no queria casarse, porque con su matrimonio dejaba á su pobre y débil padre enteramente aislado, puesto que á su madre y á su hermana les faltaba el tiempo para correr de diversion en diversion.

En cuanto á la rareza de tener ella novios miéntras que su hermana no tenía ninguno, estaba basada en las muy distintas cualidades que adornaban á una y á otra.

Paulina era ligera, superficial, y aunque no le

faltaba viveza, la empleaba toda en lucir ese coquetismo que, á su parecer, le conquistaba los homenajes de la sociedad. Su talento no era tan sobresaliente como el de su hermana; pero esto no hubiera sido un obstáculo para su buena colocacion, pues la mujer tiene bastante con una razon clara para hacer la dicha de los suyos.

No debe pedirse genio á todas las criaturas, y á mi ver vale mucho más la mujer buena, sencilla y dulce que sabe únicamente arreglar su casa, que la erudita que todo lo abandona por lucir su talento.

Lo que dificultaba la colocacion de Paulina era el excesivo lujo que ostentaba: porque habeis de saber lectoras mias, que nada espanta tanto á las personas de razon, como una ostentacion imprudente.

El hombre que os ame no querrá que á su lado experimenteis privaciones, y renunciará á vuestra mano por el temor de no poder, ya que no aumentar, sostener al ménos, vuestro lujo de solteras.

Lo que tambien perjudicaba á Paulina era que se la veia en todas partes, y por más que sea tenida por una costumbre elegante el asistir á todas las diversiones, pocos hombres se encuentran que confien su dicha y la direccion de su casa, á una mujer que tan poco ocupa la de sus padres, miéntras permanecen bajo la autoridad de éstos.

—¿Qué hará esta mujer, se dicen, qué hará

cuando se vea con la libertad de casada, si ahora está siempre de diversion en diversion?

Y si el amante no hace estas reflexiones, nunca falta un amigo que se las haga, y áun á veces alguna amiga más envidiosa que caritativa.

Por eso es preciso que las madres eduquen á sus hijas para la sencillez y el retiro por más que su posicion sea muy brillante. Por eso es necesario que las jóvenes tengan aficion al trabajo y amor á las paredes de su casa; y que, por más que reunan esas gracias, esas habilidades, esa belleza que hacen brillar en todas partes, piensen que todo esto no consigue más que aguzar los dardos de la envidia, si no va acompañado de un prudente método de vida, y de la laboriosidad y buen juicio indispensables en toda la que ha de ser buena esposa y buena madre de familia.

IV.

Clemencia reunia á esa gracia sencilla, que cautiva todos los corazones y que vale casi siempre más que la belleza, la más completa educacion y y las dotes más hermosas.

Tan acostumbrada estaba desde sus primeros años á oir decir á su madre que era muy fea, que habia llegado á creerlo así: con tanta frecuencia le repetian que no tenía gusto ni elegancia, que se ha-

bia convencido de ello; pero, como en toda mujer hay instintos de coquetería, la pobre Clemencia quiso ver si podia adquirir algun atractivo que disminuyese su ponderada fealdad y la vulgaridad de su figura.

Á pesar de la inocencia de su carácter, llegó un dia en que no pudo ménos de decirse:

—Es verdad que yo soy mucho más fea que mi hermana; pero entónces, ¿por qué le compran á ella tan bonitos vestidos, cuando se pasan años sin que á mí me hagan un solo traje? ¿por qué le dan joyas, lazos, encajes y flores, y á mí no me dejan un adorno que disimule mi fealdad? Si Paulina es tan bella, como dicen, el lujo debia ser para mí.

Pero cuando participó á su madre estas reflexiones le contestó ésta:

—Hija mia, la ostentacion está demás para ti, porque nunca lograra ni áun hacerte pasable; en cambio realza de un modo admirable la hermosura de Paulina.

Despues de esta respuesta, la buena Clemencia quedó completamente convencida: acabó de desear y de pedir; y á tanto llegó la desconfianza que tenía de su propio mérito, que un dia que su madrina le regaló un precioso relojito de oro, fué corriendo á presentárselo á su hermana.

—¡Cómo! ¿me lo cedes? exclamó ésta asombrada, porque era la primera cosa de valor y de

buen gusto que la pobre Clemencia habia poseido en su vida.

—¿No deseabas un reloj? preguntó á Paulina.

—¡Oh! mucho que lo deseaba!

— Pues toma el mio; tú le lucirás más que yo, porque eres tan bonita, que todo cuanto llevas se repara, en tanto que de mí nadie hace el menor caso.

Una lágrima brotó de los rasgados ojos de Paulina al escuchar estas palabras: abrazó á su hermana y suspendió de su cuello la linda y delgadísima cadena de oro que sostenia el reloj, contemplándose despues al espejo llena de delicia.

Por fin, un dia Clemencia conoció lo que valia, y la ceguedad de su familia con respecto á su mérito.

Clemencia iba á dejar de ser niña, y desde los primeros albores de su juventud, un sinnúmero de atenciones y de galanteos rodeó á aquella gentil y graciosa criatura que tan raras veces se dejaba ver en público y que tantos atractivos tenía en su inocencia, en su modestia y en la completa ignorancia de su propio mérito.

CAPITULO XIX.

El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El conde de Santurce.—Casamiento de Paulina.

I.

Quince años cumplia Clemencia cuando su madre la llevó por primera vez al teatro.

Paulina, que sólo contaba diez, estaba algo indispuesta y se quedó en casa con su padre.

Aunque las dos niñas contaban tan pocos años, ya formaban el contraste más perfecto.

Clemencia, cuya estatura estaba poco desarrollada, ostentaba toda la inocencia de su edad y toda la bondad y tímida modestia que imprime el no tener jamás voluntad propia.

Paulina, cuyos medros eran excesivos, tenía la misma talla que su hermana, y ese coquetismo trivial é insoportable de la niña que quiere figurar mucho ántes de una época razonable.

La soledad habia obligado á la pobre Clemencia á buscar su distraccion en la lectura, en el dibujo

y en la música: quedábase en casa todas las noches que su madre y su hermana salian, porque Paulina asistia al teatro y á las reuniones, como si ya fuera una señorita cuya educacion estuviese completamente terminada, y cuya edad la llamase á hacer papel en el mundo.

Clemencia y su padre quedaban, pues, solos en casa y en la habitacion de este último: el anciano se recostaba en un sillon, y Clemencia tocaba un rato el piano y otro rato leia para distraer el aislamiento de su padre y el suyo propio.

La noche que la señora de Cervera abria á sus amigos su lindo salon y les daba un agradable té, continuaba para el padre y la hija la misma soledad: el anciano, á pesar de su impasible bondad, no queria hacer ante los concurrentes el papel que le habia reservado su esposa; y en cuanto á Clemencia preferia quedarse á su lado para hacerle compañía.

En la noche de que hablé al empezar este capítulo, la señora de Cervera llevaba al teatro á su hija mayor, porque, de otro modo, estando Paulina indispuesta, hubiera tenido que renunciar á la primera representacion de un drama, que hubiera sentido perder, en atencion, á ser la obra de un autor muy acreditado.

No bien la señora de Cervera y Clemencia salieron de casa, entró Paulina en la habitacion de su padre.

—Hija mia, dijo el anciano, léeme un poco en ese libro en que acostumbra hacerlo tu hermana.

—No puedo leer, papá, respondió la niña secamente.

—¿Por qué?

—Porque estoy de muy mal humor: figúrate que, además de tenerme que quedar en casa por mi dolor de cabeza, ha puesto mamá á Clemencia un vestido mio.

—¡Un vestido tuyo!

—Sí, sí! El peor, es verdad, el blanco de muselina lisa que me hicieron poco há; ¡pero al fin era nuevo!

—Pues qué, ¿no tiene Clemencia vestidos? exclamó el pobre padre asombrado á pesar de su aparente inercia.

—Tiene algunos trajes de casa... oscuros y muy feos... ¡como nunca sale!... pero desde hoy tendrá uno más, porque yo no me vuelvo á poner el que lleva.

—Niña, ¿y por qué?

—Porque me habrá ensanchado el talle cuatro dedos! ¡bonito estará ya!

—Perdone V., señorita, dijo una doncella que servia el té en un veladorcito al coronel y á Paulina: yo misma he tenido que entrar lo ménos un dedo todas las costuras del cuerpo del vestido: la señorita Clemencia tiene un talle tan lindo y tan gracioso que jamás lo hubiera creido.

—¡Vóte y llévate el té! gritó la niña, terriblemente contrariada: ese olor me aumenta el dolor de cabeza.

—Vamos, tiene el mismo carácter que su madre, murmuró el coronel: ¡nunca ha podido sufrir que otra persona valga más que ella!

II.

El teatro Español, adonde aquella noche se dirigieron la señora de Cervera y su hija, estaba lleno de una concurrencia escogida.

Ocupaban los palcos las más hermosas mujeres de la sociedad elegante, cubiertas de lazos, de encajes, de pedrería y de flores.

Al terminarse la sinfonía se abrió con estrépito un palco bajo, y la señora de Cervera apareció en él pomposamente, movió las sillas, dió á uno de los caballeros que la seguian su abrigo blanco, tomó de las manos de otro la caja de sus gemelos, volvió á empujar las sillas, y se sentó en una de espaldas del escenario.

Entre tanto Clemencia se habia despojado modestamente de su pañolon de merino blanco y le habia colocado con esmero en el respaldo de su silla; porque aquel pañuelo le habia sido prestado por su madre al reparar ésta, por la primera vez, en que no tenía su hija para abrigarse más que un raido capotillo negro.

En cambio Paulina tenía abrigos de todas clases, formas y colores.

Al oir el estruendo producido por la esposa del coronel, todos los gemelos se fijaron en su palco y forzoso es confesarlo, durante largo rato permanecieron clavados en él con rara insistencia y sin hacer caso del drama que se estrenaba.

Verdad es que la señora de Cervera y su hija formaban el más extraño contraste.

Llevaba la primera un traje de raso azul de cielo, con volantes de encaje blanco de ínfima calidad: entre sus cabellos canos y teñidos de un negro lustroso, campeaban dos grandes alfileres y una diadema de piedras falsas. Componíase su peinado de multitud de rizos y de trenzas postizas: llevaba guantes blancos de piel, muy cortos, que dejaban al descubierto sus flacos y morenos brazos, y un enorme ramillete de flores artificiales.

Clemencia tenía puesto el traje de su hermana: su gracioso talle estaba libre de toda sujecion, pues á pesar de haber estrechado el cuerpo del vestido, le estaba muy flojo todavía. El peluquero que arregló sus cabellos, y que era el mismo que habia peinado á su madre, quiso mostrar todo su gusto y habilidad en la cabeza de Clemencia: advertido por ésta de que ningun adorno habia de llevar, rizó su rica cabellera, formando con ella gruesos y lustrosos bucles que rodeaban su frente y sus mejillas, y acariciaban sus hombros y el nacimiento de su blanca espalda.

Todo su traje lo componia un vestido blanco enteramente liso. Todo su adorno consistia en sus cabellos. En su rostro no habia belleza, y sin embargo, Clemencia fijaba la atencion general.

—¿Quién es esa jovencita tan graciosa? preguntaba en las butacas un jóven á un amigo suyo.

—No lo sé, no la he visto hasta hoy; pero debe ser hija de esa vieja loca que está con ella, la coronela Cervera.

—¡Esa niña es encantadora! Se descubre en ella un sello de gracia tan exquisita y tanta distincion, que vale mucho más que si fuera hermosa. ¿Será rica?

—No por cierto: su padre tenía alguna hacienda además de su retiro, pero la coronela lo ha vendido ya todo para comprarse galas y comprarlas á otra niña que tiene, y que es la que la acompaña siempre.

—¿Vale tanto como su hermana?

—Es ya una belleza deslumbradora.

Clemencia nada de esto oia: atenta completamente al drama, cuando abandonó el teatro ni áun se apercibió siquiera del efecto que habia producido.

III.

Desde aquel dia se supo que el coronel Cervera tenía dos hijas en vez de una; pero á pesar de la

belleza de Paulina, á pesar del empeño de su madre en realzarla á costa de Clemencia, todas las miradas se fijaban en ésta cuando aparecia al lado de su hermana.

El trascurso del tiempo aumentó lo que la coronela llamaba *extravagancia del mundo*: la hermosura de Paulina se veia tanto en todas partes, que todos se acostumbraban á ella, al paso que Clemencia tenía el privilegio de llamar la atencion general por lo poco que aparecia en público.

Porque habeis de saber, lectoras mias, que por más completa que sea vuestra hermosura, por más que esteis dotadas de todas las perfecciones, si asistís á todas las fiestas, á todos los espectáculos, si os poneis constantemente en público, concluirán todos por hastiarse de veros, y por no reparar siquiera en vuestra presencia.

La reserva, que es uno de los más bellos atributos de la mujer, aconseja tambien que ésta viva, desde su más tierna edad, entre las paredes de su casa: sólo así puede hallar la verdadera felicidad; sólo así puede alimentar su entendimiento y su corazon; sólo así puede tener tranquila su conciencia, porque los deberes que imponen á una mujer una casa bien ordenada y una familia feliz son muchos, y mal los cumplirá la que dedica al mundo y á los placeres todo su tiempo. Por el contrario, sin más que tener una figura regular y gracia

para vestiros causareis más efecto cuando os presenteis en público si esto lo haceis pocas veces: vuestras gracias parecerán mayores cuanto más nuevas sean, y llamareis más la atencion de todos que aquellas bellezas perfectas que sólo se ocupan de lucir en todas partes.

La señora de Cervera instaba mucho á Clemencia para que las acompañase á las reuniones, á los paseos, á los teatros; pero ésta se excusaba siempre con su poca aficion y se quedaba, junto á su padre, bordando ó leyéndole en voz alta.

Clemencia poseia una rara habilidad para todas las labores de su sexo: además, tocaba el piano con admirable perfeccion, dibujaba con gusto y maestría, cantaba como un ángel y sabía el frances y el italiano. Y todo esto se lo habia aprendido sola, sin más auxilio que el de algunos libros hallados en el gabinete de su padre, ó prestados por una amiga de su edad, que los habia desechado ya por viejos.

Cuando se veia precisada á presentarse en sociedad, su atavío era excesivamente modesto, porque sabiendo los apuros que cada dia iban asediando su casa, no se atrevia á pedir nada á su madre para su adorno; no ignoraba que ésta habia gastado con Paulina todo cuanto poseian y que apénas podian ya contar con pasar el resto de sus dias al abrigo de la miseria.

Mas, á pesar de tanta sencillez, bien pronto se

vió olvidada Paulina al lado de su hermana: su frívola conversacion, lo vacío de su espíritu y de su cabeza, hacian que su trato fatigase á las personas sensatas; no entendia más conversaciones que aquellas en que se trataba de bailes, de modas ó de aventuras galantes; y su educacion habia sido tan descuidada, que ni áun le habian enseñado que hay ocasiones en las cuales debe una jóven hacer entender, con su silencio, que no comprende de qué se habla.

IV.

Los triunfos de Clemencia ahogaron en el alma egoista de su hermana la afeccion que le profesaba cuando aquella permanecia oscurecida é inofensiva.

No obstante, Clemencia seguia siendo la modista perpetua de su madre y de su hermana; todos los objetos bordados que usaban en su atavío eran obra de aquella amable jóven; cada mañana entraba en el elegante tocador de Paulina y peinaba con el mayor esmero y primor sus hermosas y abundantes cabellos negros; y luégo hacia ella su propio tocado en su humilde cuartito y delante de un pobre espejillo que tenía un palmo en cuadro.

Nada de esto desarmaba á Paulina; ántes bien la irritaba cada dia más.

Los culpables no admiran la dulce y celestial

virtud. Léjos de suceder ésto, despiértase su envidia y su encono contra los que la poseen.

Un nuevo accidente vino á poner el colmo á la ruin animosidad de Paulina.

Clemencia, que habia ya desechado diferentes proposiciones de matrimonio, sin decir nada á su familia, inspiró á un gallardo jóven una pasion tan violenta, que no pudo pasar desapercibida como las otras.

Clemencia, á la verdad, justificaba aquel extremado cariño: acababa de cumplir veinte y dos años y jamás mujer más graciosa y encantadora ha fijado las miradas de la sociedad; no era ciertamente tan bella como Paulina y áun le faltaba mucho para ser linda; pero habia en torno suyo tal perfume de elegancia y delicadeza; era tan dulce y espiritual; llevaban todos sus movimientos el sello de una gracia tan exquisita; eran tan elocuentes sus grandes ojos azules, tan hermosos sus cabellos castaños, tan agradable su sonrisa, tan precioso su talle, tan delicadas sus manos, tan pequeños sus piés, y estaba tan noblemente lleno de atractivos su conjunto todo, que era imposible verla y no amarla.

Clemencia imperaba á un tiempo mismo sobre el corazon y sobre la cabeza de las personas que la trataban; subyugaba á la vez el alma, los sentidos y el espíritu de los que tenía en torno suyo, y era, en fin, uno de esos séres nacidos para inspirar las volcánicas pasiones, que jamás ha podido hacer

nacer la belleza perfecta, y que ésta no sabria hacer durables, aunque le fuera dado encenderlas.

El hombre que tan violentamente se apasionó de aquella jóven era, en verdad, el único que hubiera podido hacer latir de amor su corazon. Reunia á las ventajas de un brillante nacimiento, todos los atractivos de una belleza varonil; á las dotes de la inteligencia, las más esclarecidas cualidades del alma y las más hermosas prendas del corazon; y al amor más intenso, la más rara estimacion por las excelentes virtudes de Clemencia; pero ésta rehusó su cariño como ya habia rehusado otros muchos: sólo que esta vez dió razones que anteriormente no habia dado.

Dijo que su padre, enfermo y aislado, necesitaba de su asistencia; que su madre estaba atacada de un padecimiento á la vista que ella misma no conocia, y que, siendo muy probable que Paulina se casase ántes de pasar mucho tiempo, debia ella permanecer libre para cuidar á sus padres.

—Ellos lo serán mios, repuso el conde de Santurce, que éste era el enamorado jóven: vivirán con nosotros y todo les sobrará.

—Les faltaria mi tiempo y la parte mejor de mi cariño, que serian para mi esposo, contestó Clemencia con tristísima, pero dulce sonrisa; además, usted tiene madre y hermanas, amigo mio, y aunque yo estoy cierta de que sabria complacerlas, estoy segura tambien de que mis pobres padres sólo

serán, dentro de poco, agradables á mis ojos, y amados de mi corazon.

El conde no insistió; pero corrió á pedir la mano de Clemencia á sus padres.

El coronel se encogió de hombros con indiferencia: los años habian trocado su debilidad de carácter, en un completo egoismo.

En cuanto á la señora de Cervera oyó con disgusto la peticion matrimonial: su ídolo era Paulina, y en su falta de tacto se atrevió á insinuar al conde que más feliz sería con la *hermosura* de su hija menor, que con la *figura insignificante* de Clemencia.

El conde salió desesperado. Tres dias despues partió para París, no sin dirigir ántes una amarga carta á Clemencia, dándole un irónico parabien por los padres que le habia concedido el cielo, y por los cuales se sacrificaba.

V.

Desde que despidió al conde de Santurce, Clemencia se retiró absolutamente de la sociedad. Pasaba al lado de su padre, ó sola en su cuarto, meses enteros trabajando en obras prolijas de bordado y de pintura, que luégo guardaba cuidadosamente, y empleando algunas horas del

dia en leer ó cantar, acompañándose con el piano.

Ni su madre ni su hermana sabian de ella, ni la veian apénas.

La señora de Cervera se ocupaba en derrochar los últimos restos de su caudal, y Paulina en lucir su belleza, que, forzoso es confesarlo, era cada dia más deslumbradora, sin que bastasen á empañarla las noches sin sueño pasadas en los bailes.

Así trascurrieron tres años: al fin de ellos, un elegante jóven, secretario de una legacion extranjera, vió á Paulina en una *soirée*, se hizo presentar en su casa, y despues de un mes de galanteos pidió su mano, que le fué concedida con loca alegría por la señora de Cervera, y con extrema indiferencia por parte del coronel.

Otro mes habia pasado cuando Clemencia dejó una mañana su lecho al rayar el alba, y entró en la habitacion de su hermana para adornar su frente con la corona nupcial.

Paulina abrazó llorando á su hermana, y le suplicó que le perdonase su desvío y su injusticia pasada, pues no queria ir al altar con tan cruel remordimiento.

Clemencia se lo otorgó llenándola de caricias, y empezó á ataviarla con un magnífico traje, extendido en el divan de seda azul que rodeaba el tocador.

Aquel traje agotó los últimos recursos de los señores de Cervera, y eso que el regio aderezo de

diamantes que debia ostentar Paulina, habia sido regalado por su novio.

Los desposados y sus padres fueron al templo en una soberbia carretela azul, tirada por caballos blancos y forrada de raso de este mismo color.

Clemencia se envolvió en una mantilla espesa, y presenció, oculta por un pilar la ceremonia; desde que despidió al conde, vestia hábito negro de la Soledad, y nadie oyó los sollozos que alzaban el pecho de aquella enlutada figura.

¡El amor filial, por fuerte que fuese, no podia sofocar los recuerdos de su perdida dicha!

Al salir de la iglesia volvió la comitiva á casa del señor Cervera, y despues de un suntuoso almuerzo, cambió Paulina de traje y se dirigió con su esposo á tomar el elegante coche de camino que les aguardaba en la puerta, pues el jóven diplomático tenía licencia para ir á pasar la luna de miel á su país natal.

Paulina no derramó una lágrima siquiera al dejar á sus padres; pero no hay en esto nada de extraño, pues sabido es que los hijos sólo aman á los autores de sus dias, cuando éstos llenan debidamente su sagrada mision.

Unicamente al abrazar á Clemencia se llenaron de llanto los ojos de la jóven desposada. ¡Ya no habia envidia que las dividiese! ¡Paulina veia un horizonte de dicha! ¡Clemencia quedaba en la desgracia!

Aquélla estrechó á ésta convulsivamente contra su blanco seno, y murmuró en su oido:

—¡Reza por mí!

Luégo subió con su esposo al carruaje, que partió al trote.

CAPÍTULO XX.

La mano de Dios. — El trabajo. — Para lo que sirven las habilidades. — El ramo de violetas y la paloma.

I.

Cinco años despues de la boda de Paulina, y en un callejoncillo sin salida situado en uno de los barrios más solitarios de la corte, se veia una casa húmeda, triste é iluminada solamente por dos ventanitas muy bajas y angostas.

Conocíase, sin embargo, que aquella casa estaba habitada por una mujer, y por una mujer jóven, por cierto no sé qué de pudoroso y encantador que sobresalia en medio de su fealdad.

Cubrian los emplomados, pero limpios vidrios de ambas ventanas, unas cortinillas de blanca muselina, cuyos pliegues estaban graciosamente recogidos con lazos de cintas de color de rosa.

En cada antepecho se veia una maceta de barro fresco y encarnado, ostentando la una una zarzarosa, y la otra un verde y pomposo sándalo.

¡El sándalo!

Yo no sé que perfume tiene para las almas buenas esta humilde y aromada hierbecilla. Ella crece con preferencia en las casas de los pobres, y en las aldeas de mi país, apénas hay una ventanita que no esté engalanada con una mata de sándalo, plantado en un cajon de madera ó en un tiesto de barro.

Las novias entretejen en sus hermosas trenzas ramitas de sándalo, al ir á recibir la bendicion nupcial.

Las muchachas ponen en su seno una hoja de sándalo para averiguar si sus amantes les son fieles en su ausencia; esta hoja debe estar cogida al salir la luna entre los olivares; y si al esconderse ésta detrás del primer arbol la hoja se ha marchitado, las pobres jóvenes tienen por cierta la infidelidad de sus novios.

De hojas de sándalo cubren las madres los ataudes de sus hijos cuando la muerte les arranca de su seno ántes de cumplir el primer año de su vida; y cada hacendado rico del país planta una mata de sándalo el dia que nace su primogénito, otra de albahaca cuando nace el segundo hijo, otra de toronjil al venir al mundo el tercero, y otra de mejorana cuando ve la luz el cuarto; si llegan sus hijos al número cinco, vuelve á empezar por el sándalo.

Por eso quizá cuando se pregunta á un mucha-

cho campesino qué edad tiene, contesta sencillamente si cuenta diez años:

—Ya he visto mudarse diez veces las hojas de mi sándalo.

El noble y poético pueblo aragonés ha destinado el sándalo para sus primogénitos, y esta planta significa para él, el amparo de una casa y las esperanzas de una familia. Si muere el primogénito, se arranca la planta, se cubre con las hojas el ataud, y se entierran las raíces en la misma sepultura de aquel cuya vida simbolizaba.

II.

La solitaria callejuela de que he hablado, apénas se veia iluminada por el sol, y jamás frecuentada por persona alguna.

Era tan estrecha, tan aislada, tan insignificante, que ni tenía aceras ni pasaba nunca por sus inmediaciones el carro de la limpieza pública.

De dia apénas tenía luz, y por la noche estaba completamente á oscuras, pues el ayuntamiento no habia creido necesario destinarle ni un solo farol.

Unicamente la luna, esa deidad consoladora que lo mismo alumbra el dorado palacio que la mísera cabaña, únicamente la luna le enviaba alguna vez un tenue rayo, que, pasando por entre los casi unidos

tejados, iba á quebrarse en los emplomados vidrios de las dos míseras ventanas de la casita.

Siempre que aquella blanca luz llegaba á ellas, penetraba tambien hasta el interior de la pobre vivienda, como si supiera que su cándido fulgor era un alivio para alguno de sus míseros habitantes.

Eralo, en efecto, para una mujer que iba siempre á colocar su frente cerca de la abierta ventana para que la iluminase la silenciosa luna.

Aquella mujer habia ya pasado la juventud, y entraba en el estío de la vida. En su frente, blanca como la luz que iba á acariciarla, cándida como la de una niña, elevada como la quiere el talento y las grandes pasiones la necesitan, en su frente, digo, leíanse ya treinta abriles, escritos en ella con tristes é imborrables caractéres. Sus grandes ojos parecian de un azul más puro é intenso que nunca. Su semblante, blanco como el lirio de los valles y dulcemente oval, conservaba toda la tersura de su cútis de nácar; pero en los ángulos de su boca se descubria un tristísimo pliegue, reliquia aciaga de amargos dias de sufrimientos.

Era Clemencia.

Clemencia, que vivia cinco años hacia entre su padre idiota y su madre ciega. Clemencia, que vestida con su hábito negro de la Soledad, pasaba su vida entre los dos séres que se la habian dado.

Cuatro meses despues del casamiento de Paulina,

despertó una mañana la señora de Cervera, pidiendo que abriesen las ventanas, pues estaba á oscuras.

Los criados le contestaron que estaba lleno de sol su aposento y ella empezó á impacientarse llamando á voces á Clemencia; pero ésta, que se hallaba presente y que lloraba en silencio, se abrazó á su madre sollozando y le pidió que tuviese resignacion para la dura prueba que el cielo le enviaba.

—Con que estoy ciega!... gritó la anciana retorciéndose las manos con desesperacion.

Clemencia no contestó. Hacia ya mucho tiempo que veia llegar aquella desgracia, que veia invadir los ojos de su madre á ese terrible mal, llamado *gota serena*, y habia pasado largos dias y eternas noches entregada al llanto y al dolor.

Desde la hora fatal en que la infeliz anciana se cercioró de su desventura, la más espantosa desesperacion se apoderó de ella. Pasaba horas sin cuento sollozando, y cuando sus lágrimas y su aliento se agotaban, un quejido lúgubre y ronco, que sin cesar se escapaba de su pecho, sustituia al llanto, con redoblado horror.

La vista de aquella desgracia y los continuos gritos de su esposa, acabaron de postrar el ánimo del coronel que cayó en el más completo silencio, y en la inmovilidad más absoluta.

Al parecer, todos sus sentidos se habian enervado. En vano su hija inventó mil modos de conmo-

verle. En vano echó mano de todos los recursos que en otro tiempo le hacian sentir. Todas sus facultades se habian paralizado. Miraba sin ver: no oia, ni habia sonrisa en sus labios, ni llanto en sus ojos.

Entre tanto, aquella pobre familia se vió despedida de la casa que ocupaba.

Clemencia no quiso afligir á su madre con esta triste nueva, y tuvo el amargo consuelo de bendecir la pérdida de su vista y el idiotismo de su padre.

Vendió secretamente los mejores muebles de su casa para pagar al casero; buscó la casita más pobre que pudo encontrar, é hizo trasladar á ella lo que les era absolutamente indispensable.

Luégo dijo á su madre que, por querer el dueño para sí la habitacion que ocupaban, tenian que mudarse, y le rogó que se dejase trasladar en un coche.

Nada opuso la anciana á las razones de su hija; dejóse manejar con la inmovilidad de la desesperacion y el mismo carruaje condujo á su nueva morada á entrambos esposos.

Clemencia iba sentada entre los dos.

Vestida con su negro traje de lana, cubierta la cabeza con una mantilla muy tupida y llorando silenciosamente, se asemejaba á la Vírgen de los Dolores acompañando á su hijo en el camino del Calvario; solamente que aquella pobre criatura acom-

pañaba á sus padres, y no habia conocido ninguno de los goces de la maternidad.

No bien se instalaron en la nueva casa, sacó Clemencia de un gran cofre antiguo, que se habia reservado, las obras de bordado y de dibujo, que habian divertido sus largas horas de soledad; las entregó á una persona de su confianza para que las vendiese; empleó su importe en procurarse provisiones para algun tiempo y se preparó á trabajar para atender á la subsistencia de sus padres que dependia casi enteramente de ella.

Los míseros ancianos no echaron de ver el cambio verificado en su posicion. Sus desgracias les evitaron este dolor, pues la ceguera de la una y el idiotismo del otro, hallaban iguales todas las viviendas.

Pero la señora de Cervera no encontraba tranquilidad durante el dia, ni sueño en la noche. Constantemente agitaba sus manos, se revolvia en el sillon ó en el lecho, y murmuraba con ronco y apagado acento:

—¡La mano de Dios!... ¡La mano de Dios!..

III.

La vida de Clemencia era en extremo triste é igual.

Las necesidades de sus padres eran tantas, en

su fatal estado, que apénas bastaba su renta á cubrir una parte muy pequeña de ellas; por cuya razon se entregaba á un trabajo asiduo y constante para proporcionarles alguna mayor comodidad.

Una criada anciana, que habia servido muchos años en casa de los señores de Cervera, siguió formando parte de la familia, pero Clemencia se reservaba casi exclusivamente el cuidado de sus padres, no queriendo fiarlo á una persona extraña.

En el solitario callejon, que habitaba Clemencia, no habia más que su casa y otra.

Esta última, situada enfrente, estaba habitada por un anciano sacerdote, cuya única famila y sola compañía era una hermana suya, que contaba poca ménos edad que él.

El alma dolorida de Clemencia se hallaba tranquila en aquel silencioso asilo. Para aquella mujer nacida para amar, cuya vida se habia deslizado en medio del abandono y del sufrimiento; para aquella mujer, que, á la imperiosa voz del deber, habia ahogado dentro de su seno su primero y último amor, existia un encanto indefinible en todo lo que fuese triste como su corazon, oscuro como su porvenir, tranquilo como su alma.

Levantábase no bien la primera claridad del dia teñia de una débil luz los cristales de su ventana: vestia á sus padres; les sentaba á cada uno en un ancho sillon de gutapercha; les daba el almuerzo por su mano, y luégo se sentaba á bordar junto á

aquellas vidrieras, á través de las cuales apénas se distinguia un pedazo de cielo que se asemejaba á una estrecha cinta azul.

Allí se abismaba en sus meditaciones, en las dulces memorias de su amor perdido, y más de una vez gruesas lágrimas caian mezclándose entre las flores de su bordado.

La imágen del conde no se apartaba de su memoria, y ella le habia hecho un templo de su corazon.

En las grandes pasiones se hallan casi siempre fenómenos extraños, y Clemencia era feliz en lo posible, guardando en el santuario de su alma aquellos breves y dulces recuerdos de los únicos dias hermosos de su triste vida.

Muchas veses el duro acento de su madre la sacaba de sus cavilaciones. La desesperacion habia agriado de una manera increible el carácter de la señora de Cervera, áspero de suyo, sobre todo para Clemencia. Continuamente estaba aquélla reconviniéndola. Sin cesar se lamentaba de su suerte, y apénas habia instante en el dia en que no nombrase á su querida hija, á su Paulina, cuya sola compañía podia darle tanta felicidad.

Pero esta hija tan amada parecia haberse olvidado completamente de sus padres. Durante el primer año de su matrimonio, escribió alguna vez. En el segundo, apénas lo hizo en tres distintas ocasiones muy lejanas. Despues no volvieron á recibir carta suya.

Clemencia sufria con una resignacion de ángel, con una abnegacion heroica, los ultrajes y las imprecaciones de su madre. Consolábala dulcemente cuando se quejaba del abandono de Paulina, y no escaseaba los cuidados y las caricias para tranquilizarla.

El pobre idiota conservaba tambien su frágil existencia, merced á los desvelos de su hija. Sólo en presencia de ésta se iluminaba su mirada con una chispa fugaz de inteligencia.

Dios bendecia el trabajo de aquella santa criatura: parecian triplicarse sus fuerzas, y cada dia brotaban nuevos primores de sus rosados dedos; pero ¡ay! Clemencia no contaba con otra felicidad que con la que proporciona la tranquilidad del alma, pues cuanto ganaba bastaba apénas para cubrir las más precisas necesidades de sus padres.

IV.

Lo que habia aprendido Clemencia para recrear su solitaria niñez formaba toda su distraccion en la amarga vida que arrastraba hacía cerca de cinco años.

Cuando despues de seis ó siete horas de trabajo se sentaba delante de su piano, que no habia querido vender, y cantaba alguna dulce balada, ó tocaba una de sus sonatas favoritas, olvidaba todas

sus penas y su alma se remontaba á más serenas regiones.

Tampoco habia abandonado la pintura, ni el estudio de los idiomas que habia aprendido.

Cuando se sabe hacer del tiempo una distribucion acertada, suple éste para todo y pueden llenarse nuestras obligaciones bien y exactamente, sin que por eso tengamos que renunciar á toda distraccion.

Clemencia era sensible y recta en extremo, y sabía que el deber no es un verdugo; que Dios nos ha concedido horas de trabajo y de descanso, y que debemos oponer fortaleza á las desgracias de la vida.

Aquella mujer habia llegado á los treinta años de su vida con la tranquilidad, con la conciencia de la verdadera virtud; pero con el espiritualismo y la pasion inherentes á esta edad, una de las más bellas de las mujeres que han nacido con una organizacion privilegiada.

Y digo de las más bellas, porque al llegar á ella la mujer reune al desarrollo completo de su imaginacion, la cantidad de dolores y de desengaños que les son suficientes para conocer el mundo y para distinguir lo verdadero de lo falso. Porque á esta edad sabe serlo todo; amante fiel, buena esposa, excelente hija y amorosa madre. Sabe dar á la sociedad lo que se merece, y separa perfectamente sus afecciones unas de otras.

Los treinta años son el descanso que hay para la mujer entre las ilusiones de la juventud y las decepciones de la edad madura; porque esta edad es el punto donde se mezclan la risa y el llanto. Donde la coquetería se ostenta en todo su esplendor. Donde el sentimiento llega á su apogeo.

Los treinta años de Clemencia tenian mucho de encantador.

Esta los vió llegar con alegría, porque sólo deseaba que su corazon cesase de latir, y que la calma de los años sucediese á las tempestades de su juventud, tan valerosamente sobrellevadas.

V.

Algunas veces, al ir á recoger en su frente el tenue rayo de luna que iluminaba su ventana, y ver reproducida su efigie en las angostas vidrieras, una sensacion penosa agitaba su corazon encontrándose tan graciosa y tan llena de encantos.

Con admiracion suya sus ojos no se apagaban y su cabellera conservaba toda su riqueza y su hermosura.

Una mañana, al abrir los cristales, quedó asombrada.

En el antepecho de la ventana habia un ramo de violetas, atado con una cinta verde; y al lado del ramo aleteaba una paloma blanca, encerrada en una jaula.

Clemencia tomó las flores para aspirar su perfume; mas no bien las hubo tocado, cayó en su falda un billete que decia así:

«Ya he vuelto, Clemencia, y el amor que alimentaba por V. arde aún en mi corazon; dígame si quiere ser mia, y deje esta noche su carta en el antepecho de la ventana.

»Adios, Clemencia; y que esas flores, emblema de sus gracias, y esa paloma, símbolo de su pureza, le recuerden todo mi amor.

El conde de Santurce.»

Clemencia dejó escapar un débil grito al acabar de leer, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPÍTULO XXI.

Martirio sin gloria.—Heroismo del amor filial.—El puerto de paz.

I.

La carta del conde quedó sin respuesta.

Clemencia no podia escribir. Su agitacion, extrañamente violenta, sólo le permitia levantar sus ojos al cielo, pidiéndole valor para sufrir la ruda prueba que le esperaba.

Llegó, por fin, la noche del siguiente dia.

Clemencia tenía los ojos secos de llorar y el corazon yerto de sufrir. Los ocho años de tormento, de tristeza, de pasion comprimida; aquellos ocho años, que resumian una juventud, sacrificada en el altar del deber, se presentaban dulces y hermosos á su memoria, comparados con lo que entónces sentia.

El único hombre á quien habia amado estaba cerca de ella.

¡Él tambien habia conservado dentro de su pe-

cho aquel amor, nacido en una fecha tan remota que, durante su plazo, otros hombres agotan su corazon, corriendo tras de brillantes y ruidosos goces!

¿Cómo pagarle tanto cariño, tan rara constancia?

¡Ah! ¡Muy amarga debia ser la recompensa!

Cuando los pasos del conde resonaron en el sombrío callejon, lanzóse Clemencia á la ventana de su cuarto, como impulsada por una fuerza magnética.

Sus padres dormian. Eran las once, y la luna llena enviaba aquel rayo consolador que destinaba siempre para alegrar á Clemencia.

El ramo de violetas, colocado en un vaso de cristal, despedia un suave perfume, y la blanca paloma aleteaba en su jaula.

Al ver la sombra del conde, Clemencia se apoyó estremecida en la madera de la ventana y llevó la mano al corazon, que parecia querer romper la cárcel de su pecho.

El conde se dirigió á la baja ventanilla para buscar en ella la contestacion á su carta, y entónces vió á la pobre jóven, inmóvil como una estatua, y cuyo semblante, alumbrado por la luna, parecia de mármol.

—¡Clemencia! gritó con un acento arrancado de lo más profundo de su corazon.

Clemencia no contestó. La conmocion la ahogaba.

—Clemencia, continuó el conde, al verte aquí creo asegurada mi felicidad, porque conozco tu nobleza y sé que no podias darme esperanzas que no hubiera de ver cumplidas.

Clemencia hizo un esfuerzo supremo y contestó con voz quebrantada y triste:

—He venido, señor conde, porque deseaba mucho asegurarle de que mi amistad no se ha entibiado con el tiempo, y para darle gracias porque me conserva la suya en medio de mis desventuras.

—¡Sí, sí! ¡ya sé que la desgracia ha descargado sobre la cabeza de V. su mano terrible! respondió el conde, adoptando con triste orgullo el lenguaje ceremonioso de Clemencia; por eso he volado á consolar á V. y á ofrecerle mi corazon para escudo de sus dolores.

—¡Gracias, gracias, conde! murmuró Clemencia, que no podia contener su llanto, cada instante más copioso y desgarrador.

El conde atribuyó aquellas amargas lágrimas al sentimiento de sus pesares, y lo respetó guardando silencio.

—¿Y mi hermana? preguntó por fin Clemencia haciendo un nuevo y más penoso esfuerzo para serenarse: ¿la ha visto V. desde que salió de Madrid?

A no impedirlo la oscuridad de la noche, Clemencia hubiera notado en las facciones del conde una expresion de disgusto y de repugnancia; pero

la pobre jóven no pudo descubrirla, y al ver el silencio de su interlocutor, repitió su pregunta.

—Paulina es feliz, contestó friamente el conde.

—¿De veras?

—Su esposo ha sido nombrado embajador por su nacion, cerca del emperador de los franceses.

—¡Y Paulina no nos lo ha escrito! exclamó amargamente Clemencia.

—Paulina es una mujer *de moda* en toda la verdadera acepcion de la palabra, repuso el conde con un tono de voz, que daba á entender muy fácilmente que semejante conversacion le hacia daño: el placer es su vida y no se acuerda de otra cosa que de correr en pos de él.

—¡Dios mio! ¡Ni áun de mi madre que la amaba tanto!..., murmuró Clemencia, con doloroso asombro.

—De su madre ménos que de nadie: alguna vez nombra á su padre y á su hermana, pero jamás á su madre: los mortales, por esa chispa divina, imágen del mismo Dios y que se llama alma, tenemos un instinto admirable de justicia, y sólo amamos á los séres que nos hacen buenos con su ejemplo ó con sus correcciones: nuestros afectos se extienden á veces á los indiferentes ó inofensivos; pero nunca podemos profesar cariño ni estimacion á aquellas personas que se han complacido en viciar nuestro corazon y nuestros sentimientos con culpables condescendencias; es ley amarga, pero

justa, de la naturaleza, y quizás es una de las pocas que se cumplen con inexorable exactitud.

II.

—Pero hablemos de nosotros, continuó el conde, deseoso de dar otro giro á los tristísimos pensamientos que, al parecer, embargaban á Clemencia, y deseoso tambien de ver iluminado con el sol de la ventura el horizonte de su porvenir; hablemos de nosotros, Clemencia, y hablemos ya con la franqueza, con la lisura que tanto he anhelado y que jamás me he atrevido á usar, dejemos las vanas fórmulas de la sociedad y séame permitido preguntar como los hijos de los antiguos patriarcas á la mujer de su amor: ¿quieres ser mia?

Clemencia no pudo contestar más que con un tristísimo suspiro.

—Responde, prosiguió el conde con más fuego todavía; respóndeme, Clemencia: yo vengo á poner á tus piés mi nombre y mis riquezas: vengo á ofrecerte mi mano. ¿La aceptas?

—No puedo, contestó la jóven, recobrando de repente toda su entereza, no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Mi vida es de mis padres.

—Serán mis padres tambien.

—¡Ah! exclamó Clemencia con un doloroso ar-

ranque: ¿No sabes que rehusé seguirte cuando estaban buenos? ¿Cómo he de poder dejarlos ahora que están enfermos y desvalidos?

—Seremos dos á cuidarlos.

—¡Sólo al corazon de una hija pueden ser gratos los desvelos que necesitan!

—Pero tú se los prodigarás...

—Yo te repetiré ahora lo que te dije hace ocho años.

—¡Ah! exclamó el conde retorciendo sus manos; no me repitas nada de lo que me dijiste en aquella época fatal, porque cada una de aquellas palabras me arrancó una esperanza!

—Es preciso, para que conozcas que no es falta de amor lo que me hace renunciar á ti, y que sólo un imperioso deber me aparta de tu lado: te dije que, casada, mi tiempo y mis cuidados mejores serian para mi esposo y que forzosamente tendria que desatender á mis padres... lo que entónces hubiera sido culpable, sería hoy espantoso.

—Pero, si yo les robo una parte de tu amor mis riquezas les compensarán con todo género de comodidades.

—¡Vivir mis padres de limosna pudiendo mantenerlos yo! gritó Clemencia haciéndose atras horrorizada; ¡nunca, señor conde, jamás!

—¡Pero desdichada! exclamó el conde cuyo dolor extraviaba su razon, reflexiona que tienes treinta años... que mi amor ha sobrevivido á todo...

¡pero que no hay quien comprenda lo que vales como yo!... ¡que te encontrarás sola, con una vejez anticipada por los dolores, por el aislamiento, por la pobreza!

Un movimiento brusco de Clemencia interrumpió al conde; ésta abrió de par en par la ventana y mostró al exasperado amante á sus ancianos padres, dormidos uno junto al otro en dos grandes sillones de gutapercha.

—En tanto que esos míseros ancianos vivan, dijo Clemencia, mi sitio está entre los dos; ahí viviré: por conquistar ese sitio he pasado una juventud solitaria, y únicamente los abandonaré, cuando los haya dejado acostados en sus tumbas!

Un largo silencio sucedió á estas palabras.

Luégo el conde tomó la diestra de Clemencia y la besó respetuosamente. Aquella mano estaba temblorosa y abrasada.

—Admite al ménos una corta pension para tus padres, dijo el conde tímidamente y en actitud ya de alejarse.

—¿Cómo he de admitir dinero para ellos de una persona extraña, si por no partir la santa alegría de sustentarlos, rehuso por esposo al hombre á quien amo tanto? contestó Clemencia con desgarradora sonrisa.

Adios, continuó rompiendo de nuevo el silencio que habia vuelto á reinar: este hábito de la Soledad, que llevo desde que renuncié á tu compañía,

es el símbolo fiel de la soledad de mi corazon y, del luto que llevo por mi felicidad.

El conde se alejó lentamente.

Clemencia le siguió con una tristísima mirada.

Cuando le perdió de vista, le pareció que se desataban todos los lazos de su sér, y cayó sin sentido sobre el pavimento, murmurando con voz sofocada:

—¡Ya he apurado el dolor más amargo de la vida!

III.

Desde aquella funesta noche se fué apagando la existencia de Clemencia. Todas sus distracciones habituales, la música, los dibujos, los libros, todo quedó olvidado.

Un dolor sordo y amargo la consumia en la soledad de su cuarto. A veces pasaba horas enteras sin hacer ningun movimiento, sin que un rayo de inteligencia asomase á sus nublados ojos. Otras rezaba en alta voz para romper el aterrador silencio que la circuia, porque su madre habia caido en una inmovilidad y una atonía casi tan completas como las de su padre.

Aquella madre, que tan imprudente habia sido, aquella mujer, que habia amado el mundo hasta el extremo de verse abandonada por él, en vez de

abandonarle prudentemente, sentia ahora el dolor más cruel, al pensar en la ingratitud de su hija menor, que vivia en medio del fausto y de la opulencia.

Los remordimientos la devoraban; pero en su carácter, acre y violento, sólo servian para exasperarla más contra su suerte.

La conducta de Clemencia para con ella le parecia una acusacion silenciosa, un reproche continuo por el abandono en que siempre la habia tenido; y apénas pagaba con una palabra que no fuese amarga sus cuidados y atenciones.

Así la pobre mártir no tenía ni áun la recompensa de la gratitud por parte de aquellos, por cuyo bien habia sacrificado la dicha de toda su vida.

El idiotismo de su padre, la dolorosa exasperacion de su madre, incapacitaron á entrambos de todo sentimiento dulce.

De este modo pasaron otros tres años. Durante ellos la buena y anciana hermana del sacerdote, que ocupaba la otra casita del callejon, no vió salir á Clemencia de su casa más que para ir, al rayar el alba, á oir misa á una capilla muy cercana.

Llegó un domingo, sin embargo, en que no la vió salir: preguntó á la anciana criada que si ocurria alguna novedad y le contestó que el señor estaba muy malo; que no hablaba ni abria los ojos y que se habia llamado á un médico que no daba ninguna esperanza de salvarle.

Al anochecer de aquel dia entró el Viático en

casa de Clemencia, y al rayar la primera luz del siguiente dia exhaló su padre el último suspiro.

Clemencia no se apartó un instante del lado de su padre; le cuidó en su enfermedad con increible esmero, cerró sus ojos y le colocó en el ataud.

La muerte de su esposo fué un golpe fatal para la señora de Cervera. Cayó ésta en una abstraccion sombría y en un silencio tan obstinado, que nada bastaba á hacérselo romper, y aún no habia trascurrido un año de su viudez, cuando Dios la llamó tambien á su seno.

IV.

El mismo dia que la desdichada anciana fué depositada en su sepulcro, y á la hora en que el crepúsculo de la tarde empezaba á reemplazar á la brillante luz del dia, Clemencia, vestida de negro, y envuelta en una tupida mantilla, se dirigió sola y á pié al cementerio, y se arrodilló entre las sepulturas que encerraban los restos de sus padres.

—¡Adios! exclamó sollozando; ¡adios, séres queridos, cuya vida, cuya compañía eran mis únicos bienes! Decid al Eterno Señor de todo lo criado que os cuente lo que he perdido por vuestro amor, y consoladme desde el cielo de la mayor de mis pérdidas... de vuestra muerte!...

—Aquí estoy, Clemencia; murmuró á su espalda una voz que la hizo estremecer; vengo á partir contigo, ahora tu pena... luégo la felicidad.

Clemencia tendió llorando una de sus manos al conde; éste la tomó, y sin soltarla, se arrodilló sobre aquella doble tumba, donde oró un breve rato.

Despues se levantó, pasó bajo el suyo el brazo de Clemencia, y salió con ella del cementerio, conduciéndola á casa de su anciana madre, con quien vivia ya enteramente solo, por haberse casado sus dos hermanas.

La condesa recibió á Clemencia en lo alto de la escalera, y al verla llegar con su hijo le abrió los brazos, diciendo:

—¡Bien llegada sea mi querida hija á la casa de su madre, y haga Dios que halle en ella una felicidad igual á la que va á derramar en torno suyo! ¡La que ha sido modelo de hijas, será tambien modelo de esposas y de madres!

V.

Un mes despues, se celebró el casamiento de Clemencia con el conde.

La anciana condesa no permitió más dilaciones, temerosa de que se escapase á su hijo aquel tesoro.

Tal temor no era, en verdad, infundado al ver á Clemencia.

Pálida ésta como una estatua de cera, flaca como una sombra, con sus grandes ojos hundidos, parecia amenazada de un cercano fin.

Aún era, no obstante, una mujer encantadora, y sus treinta y cuatro años podian arrebatar más corazones que los que, á esta misma edad, hizo esclavos suyos María Antonieta de Francia.

El conde contaba los mismos años, y podíase decir que, como los amantes de Teruel, él y Clemencia habian visto la luz *en un dia y á una hora*.

Para ir á la iglesia quitóse Clemencia el hábito de la Soledad, reemplazándole por un riquísimo traje, regalo de su nueva madre y el primero de valor que en su vida habia usado: cubrieron sus cabellos de diamantes y la misma condesa colocó en su cabeza el velo nupcial.

Clemencia recobró pronto la salud. Su padecimiento era moral, y la dicha la hizo más hermosa, más risueña que lo habia estado nunca.

Un año despues de su matrimonio llegó Paulina á Madrid.

Aunque ésta contaba un lustro ménos que su hermana, su belleza habia desaparecido por completo. Su graciosa fisonomía se habia vuelto dura y ceñuda, porque sus caprichos, nunca contrariados, habian dado á su carácter una irascibilidad increible.

El apacible y encantador semblante de Clemencia, conservaba la dulce frescura del lirio del valle.

Paulina, cuyo marido hacía largo tiempo que estaba aburrido de ella por su carácter frívolo, y por todos aquellos defectos inherentes á la mujer vulgar, se hizo mordaz, envidiosa é inaguantable.

El mundo habia agostado su juventud y viciado su carácter.

Quiso hacerse devota, pero la religion nada decia á aquel corazon seco y á aquella alma fria y destituida de toda elevacion.

Clemencia vive hoy dichosa, haciendo la felicidad de cuantos la rodean, y viéndose cercada de tres hijos que le pagan el sublime sacrificio que hizo por sus padres.

CAPÍTULO XXII.

La felicidad.

I.

Si buscamos la felicidad completa en el mundo y sus habitadores, no la encontraremos jamás.

La felicidad existe únicamente en nosotros mismos; su gérmen está en nuestra alma: y en este último capítulo voy á repetir, por la vez postrera, lo que tantas en el discurso de este libro llevo dicho.

Los medios de hallar la felicidad los tiene en su mano la mujer.

Sea religiosa con sinceridad, dé alimentos sólidos al corazon y á la cabeza, y será feliz.

El hastío es el más implacable enemigo de la felicidad de la mujer; pero el hastío nace de la ociosidad ó del abuso inmoderado de las diversiones.

No es en los bailes, en los espectáculos, en el bullicio del mundo, donde la mujer puede hallar la satisfaccion de su corazon, la paz de su alma.

En esos frívolos devaneos se embotará su inteligencia, y el aburrimiento reemplazará muy pronto al placer.

En el centro del hogar doméstico, rodeada de sus hijos y ayudando á su esposo á sobrellevar los trabajos de la vida, es sólo [illegible] o la mujer es feliz.

Dios, en su infinita misericordia, le dió al mismo tiempo que dolores sin cuento, goces tiernísimos, íntimos y apacibles.

La ocupacion de la felicidad de la familia, el cuidado de su hogar, la lectura, la oracion y el cultivo de algunas flores, bastan para hacer feliz á la mujer de organizacion más poética y privilegiada.

II.

Para conseguir el alimento saludable del corazon, la mujer debe amar, lo necesita: porque en ello consiste la parte mayor de su felicidad.

La mujer sin amor es una planta estéril é inútil sobre la tierra.

Ame, pues, la mujer, y que su amor se extienda á cuanto la rodea.

Léjos de mí la pretension de fijarle el objeto de su amor.

Ame la mujer, cuando vive áun entre las santas paredes de la casa paterna, ame á su Criador, á ese

Dios tan bueno, tan benéfico, tan amoroso, que llegó á dar la vida de su propio hijo por la salvacion del género humano; á ese Dios que provee todas las necesidades de nuestra vida, todos los afectos de nuestro corazon, todas las aspiraciones de nuestra alma.

Ame á la naturaleza con su sol, sus brisas y sus flores.

Ame á la infancia.

Dios, la naturaleza y los niños, pagan siempre nuestro amor.

Ame despues, si su corazon la inclina á ello, á un hombre bueno y honrado que la ampare y proteja, oyendo, al par de sus palabras de amor, las bendiciones de sus padres.

El alimento de la cabeza consiste en el juicio y la reflexion.

Las que creen incompatible la poesía con el órden doméstico y con las ocupaciones útiles padecen un lamentable error.

Todo lo bueno es bello y poético, ó mejor dicho, poéticamente bello.

Las mujeres que se entregan á ridículas afectaciones, las que emplean todo su tiempo en estudiar al espejo el peinado, la mirada, la sonrisa y el modo de prenderse, tienen vacío el corazon, hueca la cabeza y no serán jamás dichosas.

Y no es que la escasez de su talento tenga la culpa de sus extravíos.

Para que cada una cumpla con sus deberes, basta que tenga principios religiosos y una alma tierna.

El mayor ó menor brillo de la imaginacion, el desarrollo más ó ménos grande de su inteligencia, no hacen á una mujer modesta ó ridículamente coqueta y afectada.

Una mujer de buenos instintos, cumple bien y exactamente todas las obligaciones de su estado.

Es laboriosa, sencilla, dulce y cariñosa y se evita, con sus constantes ocupaciones, caer en tristezas románticas é inmotivadas, hallando en la bondad de su corazon esa suave y benéfica poesía que es la fuente de la verdadera, de la única felicidad que existe sobre la tierra.

Yo creo firmemente que en todo corazon de mujer hay un gérmen más ó ménos grande de melancolía, porque, como dice madame Cottin, la debilidad tierna tiene tambien algo de triste, que nace sin duda de su misma delicadeza.

La imaginacion de la mujer además, es viva é infatigable; así, pues, la mujer que desee precaverse de la tristeza y de los sueños peligrosos de una imaginacion desarreglada, debe rodearse de ocupaciones variadas y que reunan lo útil á lo agradable.

De éstas, la primera debe ser el cuidado de la familia.

La felicidad que ella proporcione á los séres á

quienes ama, hará la suya propia y dará á su conciencia esa tranquilidad inmutable, base de una constante alegría.

III.

Como dije al principio de este capítulo, no debemos esperar del mundo la felicidad.

Este proporciona algunos goces, sólidos ó efímeros, que nosotros podemos elegir segun nuestra voluntad.

El mundo da tambien algunos momentos de dicha; pero yo encuentro, mis queridas lectoras, una gran distancia de la dicha á la felicidad.

La dicha es pasajera y va siempre acompañada del temor de su corta duracion.

La dicha no tiene base, así como no la tienen los castillos de naipes que fabrican los niños, y se viene al suelo con la misma facilidad que esos tenues edificios.

Nosotros mismos nos forjamos la dicha, segun nuestros deseos ó nuestras aspiraciones.

El amante la halla en la expresion cariñosa de los ojos de su amada.

La madre, que es el ser más generoso de la naturaleza, en padecer por el fruto de sus entrañas.

El político en la formacion de un gabinete que favorezca sus planes.

El músico en oir una melodía de Bellini ó de Verdi.

El poeta en que se agote una edicion de sus poesías.

El autor dramático, en que se aplauda una obra suya.

La jóven linda en mirarse al espejo y hallarse graciosamente prendida.

Pero todos los séres que acabo de enumerar ven eclipsarse brevemente su dicha con las sombras de la duda, de la afliccion ó del desengaño, con una de tantas sombras, que velan de continuo el sol de la ventura en el pobre corazon humano.

La dicha es consecuencia de los goces, y los goces son efímeros y pasajeros en esta tierra de lágrimas.

No así la felicidad; hija del cielo, el cielo la envia á llamar á las puertas de nuestra alma, que tambien bajó de la region celeste.

—Vé, le dice el Criador; vé al mundo: el dorado palacio, la pajiza cabaña, la blanca casita del artista pueden cobijarte; vé, y al que te reciba, cólmale de venturas: hazle el sol más dorado y brillante, las flores más aromadas, los manjares más sabrosos, el lecho más blando, las brisas más templadas, la luna más pura y clara, y el canto de las aves más dulce y sonoro; vé, mensajera mia: al que te abra su alma, dale alegría perpetua, conformidad en las aflicciones, fervor en la oracion,

sinceridad en los afectos, ternura en la amistad; dale esa indulgencia que, amenguado los defectos de los demas, los haga ménos amargos y ofensivos á su propio corazon; dale, para el sér á quien ame, ese amor que tiene su asiento en el alma, ese amor ante el cual no hay dolores, pues hasta el sufrimiento es dulce; ese amor, hijo tuyo, y á quien tú llevas siempre pendiente de tu fecundo seno.

La felicidad, al oir las palabras del Eterno, extiende sus blancas alas, y baja al mundo á llamar á las almas.

¡Ay! ¡cuán pocos se las abren!

La ambicion es el terrible dique, la barrera invencible que se opone al paso de la celeste mensajera!

Ella espera triste durante algunos dias, sentada en los umbrales de aquellas puertas que le cierran, y luégo, hambrienta, helada, abatida, remonta el vuelo á la region celeste, rozando con las plumas de sus alas las cabezas de aquellos que no quisieron abrigarla.

¡A cuántos de éstos he oido yo exclamar despues de haberla perdido para siempre!

—¿Dónde estás, felicidad, que nunca te hemos conocido?

¡Desdichados! ¡No la espereis jamás!

La negra ambicion que alimentasteis, la hizo huir de vosotros!

IV.

No cerreis, lectoras mias, no cerreis vuestras almas á esa hija del cielo!

Los que dicen que en el mundo no hay más que dolor, ofenden impiamente á Dios.

Él ha colocado la felicidad á nuestro alcance y ha dispuesto que la mujer buena la consiga.

No deis entrada jamás á infundadas tristezas.

No lloreis por pequeños contratiempos.

Las lágrimas de impaciencia provocan la cólera de Dios.

Las de afliccion caen todas en su mano y los ángeles de vuestra guarda las convertirán en perlas para tejeros gloriosas diademas que os pondrán en el cielo.

Vosotras, jóvenes que entrais en la carrera de la vida, decid todos los dias:

—Dios mio, hágase en mí vuestra voluntad.

Y cuando algun infortunio entristezca vuestro espíritu, decid pacientemente:

—Dios lo quiere.

De este modo jamás la tristeza hará su presa en vosotras.

Las palabras que os enseño son un fuertísimo escudo en todas las desgracias, en todas las pruebas de la vida.

El demonio de la ira huye despavorido al oirlas.

Rezad, jóvenes, rezad todos los dias á María Santísima.

Vuestra belleza, vuestra juventud, serán más seductoras si se encarna en vuestros corazones una sólida y afectuosa piedad.

Compadeced á esas pobres mujeres que dicen que el rezar es *anti-elegante*, y nunca las tengais por amigas.

Nada hay más bello, más grande, más poético que nuestra sacrosanta religion; es el primero y el último de los amores de la mujer, ó mejor dicho, es la base de todos sus amores.

Jesucristo es la encarnacion del amor sublime, silencioso, mártir de su propia grandeza.

Su madre es la personificacion de lo más grande, puro y apasionado que existe.

Si teneis por base de vuestra conducta la religion y el deseo de cumplir con todas vuestras obligaciones, sereis felices; y la apacible igualdad de vuestro carácter, reflejo de vuestra alma tranquila, hará tambien constantemente venturosos á cuantos os rodean.

El amor al trabajo es quizá lo que más contribuye á hacernos felices, y un entendimiento alimentado con lecturas útiles y agradables no se deja sorprender por quiméricas visiones, ni por el tedio, esa fatal enfermedad, cáncer enconado de nuestra sociedad moderna, en la cual todo se analiza y se

desea constantemente *el más allá* que pocas veces se consigue encontrar.

¡Ese *más allá* es el cielo!

Allí encontraremos la verdadera, la inmutable, la eterna felicidad.

La que podemos gozar en la tierra la tenemos en nuestra mano, pues nos es dado lograrla con la paz interior de una tranquila conciencia.

No pidais al mundo más de lo que pueda daros.

No creais, las que sabeis sentir, que sois séres privilegiados sobre todos los demas.

No gimais como desterrados en el seno de vuestra familia, de vuestros amigos.

No tengais ambicion.

Perdonad las injurias.

Ejercitad la caridad.

Tened fe sincera.

Amad vuestros hogares.

Cuidad de las gracias que Dios os ha dado.

Sed templadas, dulces, modestas, dignas, madres cuidadosas, esposas ejemplares.

Tened esperanza en Dios.

Orad con el corazon y sereis felices, yo os lo aseguro: ¡sereis felices!

V.

Hace poco tiempo leí en un periódico un artículo que llevaba el mismo título que éste, y la firma de una mujer.

Dos cosas hallé en él y ambas lastimaron cruelmente mi corazon : una mujer descreida y un análisis impío de todas las obras, de todos los decretos del supremo juez.

Segun aquella desgraciada autora, todos los mortales, y en especial la mujer, han nacido únicamente para el llanto, para el sufrimiento, para la desesperacion.

No tenemos una hora de placer.

No tenemos goce ninguno.

Por todas partes el engaño, la desolacion y los fantasmas horribles de un mundo poblado de maldades y de perversos habitadores.

Las que hayais leido ese artículo, no creais verdades sus desoladoras utopias.

La felicidad existe. La vida es buena y hermosa, y está llena de amor, de goces, de ternura, y embellecida con el sol, las flores y la luna que el Eterno nos ha dado.

El que cuida del sustento de las míseras avecillas, el que se interesa por la suerte del más peque-

ño reptil, ¿crearia á la mujer únicamente para llorar y sufrir?

¿A la mujer, en cuyo seno tomó carne su hijo?

¿A la mujer, simbolizada en María, gloria, delicia y hermosura del cielo?

Creedme, bellas jóvenes, que dais el primer paso en la carrera de la vida.

Creedme, madres tiernas, cuya fe vacila ante tan aflictivos sofismas.

El camino de la virtud es ancho, hermoso, y está sembrado de flores; de flores aromadas que deleitarán vuestras almas si teneis fe y religion.

¿Qué son la piedad, el amor, la resignacion, sino flores de riquísimo perfume, que hacen olvidar los abrojos que brotan tambien á su lado?

Que la mujer sufre es indudable.

¿Por qué sería poética y bella sino por el prestigio que ejerce su corona de espinas, y por el encanto de su debilidad?

Pero en cambio, la mujer, que es buena, se ve rodeada de amor y de felicidad.

Adolescente, la recompensa de sus virtudes, el contento de sus padres.

Esposa, el amor, la estimacion y la confianza de su esposo.

Madre, las tiernas caricias de sus hijos.

Anciana, el amor inocente de los nietecillos que acarician sus plateadas trenzas, y besan sus demacradas manos.

La mujer, léjos de los fantasmas de la gloria, humo siempre; de la ambicion, que es la tortura, la sed hidrópica del alma; la mujer, nacida para los dulces goces del hogar, para el amor, para la vida íntima, tiene más elementos de felicidad que el hombre, dominado por estas pasiones.

La mision de la mujer en el mundo es curar las heridas que dichas pasiones abren, y la que la cumple, es indudable que dirá conmigo:

—No es una quimera, no es un sueño la felicidad. La virtud nos la da en la tierra y Dios nos la guarda más completa en el cielo, premiando en su bondad el que hayamos sabido alcanzarla creyendo, esperando y amando.

La mujer que se queja de su suerte comete una impía ingratitud.

El Supremo Hacedor la ha creado adorable por sus virtudes, angelical por su belleza, amable por su dulzura, é interesante por su misma debilidad.

¡Sí, hay felicidad! Pero casi siempre está entre las débiles manos de la mujer.

Si, como espero, llega el dia venturoso en que todas las mujeres sean, por su educacion, lo que deben ser; si todas llenan la sublime mision, que Dios y la naturaleza les han confiado, el hombre descreido dirá con verdadera fe:

¡HAY FELICIDAD! ¡DIOS ES TODO MISERICORDIOSO!

CONCLUSION.

I.

Termino aquí *El Angel del Hogar*.

Mi pluma no se ha fatigado con la tarea de escribirlo, que ha sido harto grata para mí; he querido compendiar en él la educacion moral de la mujer: es decir, la sólida y provechosa educacion, pues por muy brillante que sea la intelectual, de poco ó de nada puede servirle, miéntras la moral no sea completa y bien entendida.

He procurado daros, lectoras mias, en este libro, reglas generales para educar á vuestras hijas, ó para que vosotras mismas encontreis la verdadera felicidad, esa felicidad que tantas pobres mujeres miran huir desconsoladas, y lloran perdida despues con la mayor amargura, sin que puedan atinar el motivo porque se les escapa; y tengo la satisfactoria conviccion de que, si leeis con reflexion estas páginas, alguna vez encontrareis el motivo que

hace que esa dicha desaparezca; quizá podreis asirla ántes de que os abandone por completo, ó recuperarla, si por desgracia la habeis perdido.

Dolores hay, sin embargo, en la vida de la mujer, que por más que otra mujer los adivine no puede hablar de ellos, ni, por consiguiente, consolarlos.

Para esos dolores buscad alivio en las santas verdades, en los sublimes preceptos de nuestra grandiosa religion, pues para ella no hay pliegue oculto en el corazon humano.

Yo abrigo una creencia, que quizá será supersticiosa, pero que no debeis extrañar, porque toda alma tierna tiene algunas preocupaciones.

Una de las mias consiste en creer que la mujer buena nunca es completamente infeliz, aunque la desgracia la oprima con su férrea mano.

II.

La sociedad, por más que digan los filósofos modernos, no adelanta en corrupcion.

Por el contrario, cada dia descubre nuevos gérmenes de virtud.

Casi todas las faltas tienen por base la ignorancia ó la alucinacion acerca de los propios sentimientos.

Lo repito! la vida es buena y hermosa, embellecida por los afectos y por la virtud.

Para el que corre de desórden en desórden, llega un dia en que la existencia se convierte en un páramo desierto ó erizado de espinas.

La vida no son los placeres, los bailes, las diversiones, sobre todo para la mujer.

Esa existencia frívola, disipada, acaba con la salud, anticipa la vejez, embota el entendimiento.

La que se entrega tanto al mundo, que no cuida más que de él, la que deja eclipsar su inteligencia con las sombras de la vanidad, de la lisonja, del egoismo ¿qué guardará para cuando el mundo la abandone?

Ni la hermosura, ni la riqueza, ni la noble cuna, pueden hacer, por sí solas, dichosa á la mujer, y más de una vemos dotada de todas estas ventajas, que gime torturada por un dolor sin nombre, por una desesperacion sin término.

La felicidad la encuentra la mujer en su casa, en medio de su familia; allí es la reina, la señora; áun más, allí es la Providencia.

Si ocupa su vida en el trabajo, en el amor, en la amistad, y los ratos de ocio en la lectura y en el cultivo de esas graciosas habilidades, encanto del hogar doméstico; si desconoce la envidia y tiene piedad y creencias religiosas, si educa á sus hijos para hacerlos hombres de honor y á sus hijas para que sean á su vez buenas y ejemplares madres de familia, entónces podrá decir cada noche al arrodillarse en su reclinatorio:

—Gracias os doy, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

¡Admirable bondad la de Dios, que nos ha dado la ventura por premio de la virtud, y que la galardona además con una gloria eterna!

Sólo nuestra religion es tan próvida, tan benéfica y tan dulce.

La educacion moral de la mujer, hasta el dia tan descuidada, es lo que ha de mejorar á nuestra sociedad: esa educacion, base de todas las virtudes y fuente de la verdadera, de la constante felicidad.

III.

Terrible compañero de la vida de la mujer es el dolor.

Si ésta le acoge por primera vez en su corazon, se adhiere á él, sin que ningun esfuerzo de las personas que la aman sea bastante á ahuyentarle.

Siéntase por la noche á la cabecera de su lecho.

Aleja el sueño de sus ojos, y se posa, abrumador y frio como el hierro, sobre aquel corazon desventurado que le acogió.

Tal vez acaba por triturar el seno que le dió apoyo, y sólo consiente en alejarse cuando ya ha sorbido toda la savia de la desdichada en quien hizo presa.

No le acojais jamás, queridas lectoras mias.

El dolor cambia en agrio y adusto el carácter más bello y agota la generosidad, porque el que sufre no puede ser compasivo.

Cuando alguna pena os aqueje, pedid á Dios un consuelo para ella, y en seguida tened ánimo para buscar su remedio.

Nada hay en el mundo que no pueda remediarse con el auxilio de Dios y de su divina Madre.

No hablo yo de esos dolores naturales, originados por la pérdida de una persona amada.

Esos dolores no gangrenan el alma, ni vuelven irascible el carácter; ántes, por el contrario, degeneran en una melancolía dulce y consoladora para el alma.

Me refiero á otros dolores, forjados á veces por el acaloramiento de nuestra imaginacion, y que, por lo tanto, no tienen consuelo en lo humano.

De este número son los celos, injustos casi siempre, y sin alivio las más veces.

Las pobres mujeres, devoradas por ese monstruo terrible, son los séres que más compasion me inspiran en el mundo; y no puedo ofrecerles más escudo para oponer á sus sangrientas mordeduras, que la práctica de la virtud y el noble orgullo, que es la base de la dignidad de la mujer.

Es una verdad incontestable que la mujer digna es á lo ménos respetada y estimada sinceramente por la sociedad, y por el mismo que la amaba en otro tiempo.

IV.

La religion es la que coloca á la mujer en el pedestal más elevado que, por su condicion, puede ocupar.

Ved sino á las pobres mujeres de Oriente, constituidas en esclavas, porque la religion no ha enclavado aún en aquellas regiones su triunfante bandera.

No las ennoblece ni el amor, ni la maternidad, y viven sujetas á *un amo*, y reducidas á acatar como leyes todos sus brutales caprichos.

Contempladla en Europa.

Vedla rodeada de prerogativas y consideraciones, ennoblecida, reina, en fin, de su hogar, y si es digna de ello, señora muy amada de su esposo y de sus hijos; esta posicion envidiable la debe sólo á nuestra santa y hermosa religion.

Y ved asimismo cómo entre nosotras la mujer más virtuosa y digna, es tambien la mejor considerada.

Por más que contempleis, bellas é inocentes jóvenes, los triunfos de las coquetas; por más que mireis, castas y tiernas esposas, las conquistas y devaneos de las que son vuestra antítesis, creedme á mi, que tengo el poco envidiable instinto que hace conocer los pliegues del corazon humano y

las llagas de la sociedad; creedme y me dareis gracias algun dia por haber puesto ante vuestros ojos esta verdad:

NO HAY FELICIDAD POSIBLE, SI LA CONCIENCIA NO ESTÁ PURA Y EL ALMA LIMPIA, COMO LA MAJESTAD DEL GRANDE Y PODEROSO DIOS QUE LA HA FORMADO.

Si he conseguido el fin que me propuse al empezar á escribir este libro; si os he hecho conocer cuál es el modo de ser *El Ángel del hogar*; si he dado algun consuelo á vuestras aflicciones, están cumplidos todos mis votos, y sólo me resta dar gracias á la Madre de Dios por haberme concedido el bien inestimable que con tanto fervor le pedí al tomar la pluma para dirigirme á vosotras; LA FELICIDAD DE SER ÚTIL Á MI SEXO.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE.

Págs.

CAPÍTULO I.—El avaro.—Astucia generosa.—Consejos.—Recuerdos dolorosos.—Partida y llegada al castillo..... 5

CAPÍTULO II.—Mistriss Simpson y su hija.—El castillo.—Lazos del corazon.—Alicia.—Diplomacia del doctor..... 21

CAPÍTULO III.—Vuelta á Lóndres.—Mary.—Carácter de Alicia.—Prevision de madre.—El dia del ángel San Rafael.—Amor filial.—Rosas y diamantes.—La cartera..... 38

CAPÍTULO IV.—Nuevas conocidas.—La dama de gran tono.—Proyectos.—Presentimientos maternales... 61

CAPÍTULO V.—Leontina.—La emancipacion de la mujer.—Aparece Claudio Laroche..... 76

CAPÍTULO VI.—La berlina azul.—Dos antiguos socios 93

CAPÍTULO VII.—La declaracion.—Aparece otra vez el doctor Simpson.—El salvador.—La carta de Claudio..... 107

CAPÍTULO VIII.—Una mirada á todos los personajes de esta historia.—La mujer sin corazon.—La muerte.—Otra vez Claudio.—Un casamiento sin amor.—Agonía de Mister Wilsson.—Aparece de nuevo el doctor Simpson 130

Págs.

CAPÍTULO IX.—Una casita pobre.—Desesperacion.—Elocuencia del amor.—El precio de una cadena.—La oracion.—El pan de cada dia..... 150

CAPÍTULO X.—El palacio de Alicia.—La carta del doctor.—Las heces del cáliz.—La partida..... 169

CAPÍTULO XI.—Remordimientos.—Dos bienaventurados.—El perdon.—Rafaela descansa al fin..... 185

CAPÍTULO XII.—Las dos amigas.—Felicidad doméstica..... 202

CAPÍTULO XIII.—La Fuente Castellana.—Dos carruajes.—Una herencia inesperada.—Suicidio.—Madama Stael..... 216

CAPÍTULO XIV.—La resignacion..... 227

CAPÍTULO XV.—La bondad y la amabilidad..... 240

CAPÍTULO XVI.—La reserva y el disimulo..... 254

CAPÍTULO XVII.—La envidia y los celos..... 266

CAPÍTULO XVIII.—Un marido débil.—Una madre enamorada de su hija.—Clemencia y Paulina.... 278

CAPÍTULO XIX.—El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El conde de Santurce.—El casamiento de Paulina..... 289

CAPÍTULO XX.—La mano de Dios.—El trabajo.—Para lo que sirven las habilidades.—El ramo de violetas y la paloma..... 304

CAPÍTULO XXI.—Martirio sin gloria.—Heroismo del amor filial.—El puerto de paz..... 317

CAPÍTULO XXII.—La felicidad..... 330

CONCLUSION..... 343

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.